El Monserrate
Cristóbal de Virués



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Al Exmo Señor Don Joaquín Roca, y Castelví &c. Conde de Buñol, gentilhombre de cámara de S. M. con exercicio &c.

EXMO. SEÑOR:

Un poema épico de tan alto mérito, y que salió por primera vez a la luz pública baxo los auspicios del inmortal Felipe II, y cuyo autor es un benemérito valenciano, como V. E. lo es, juzgo tiene suficiente recomendación para hallar honrosa acogida baxo su sombra, y amparo. Añádese a esto, que la afición que profesa V. E. a toda literatura, particularmente a la poesía, y los estrechos vínculos con que la gratitud me tiene unido a su persona y a toda su familia, no me dexan arbitrio para la elección de Mecenas. Dígnese pues V. E. admitir a su trato al Capitán Virués, que a buen seguro no se arrepentirá de haberle conocido, pues en la lectura de su Monserrate hallará V. E. mucho que admirar, y que aprender.

B. L. M. de V. E.

su reconocido servidor

Agustín Bonacasa.

A los apasionados a la buena memoria
del célebre capitan y egregio poeta
valenciano Cristobal de Virués

Discurso preliminar

Si la noble emulacion de siete ciudades de Grecia llegó á competir por la palma de haber dado cuna al inmortal cantor de Aquíles, ¿quan envidiable deberá ser la gloria de Valencia, que vió nacer en su regazo no uno solo, sino muchos Homeros, cuyas liras acordes resonaron dulcemente en la cumbre del alto Pindo, siendo las delicias y el recreo del mismo Apolo? Las Musas placenteras miraron siempre con risueño semblante aquel suelo fecundo de ingenios poéticos, é introduxeron en el alcázar de aquella deidad á los *Aldanas, Artiedas, Polos,* y *Rebolledos,* formando vistoso coro con los *Ausías, Agnesios, Mercaderes, y Aguilares,* cuyas huellas siguen felizmente con asombro de los eruditos los *Colomeses, Lassalas*, y *Bahamondes*

. Estos, y otros muchos canoros cisnes vieron nacer las riberas del Turia apacible, cuyo clima, en sentir del sábio historiador Mariana, es el mas á propósito entre los restantes pueblos de la península para criar ingenios sublimes, cuyos progresos en las artes, y bellas letras confiesan francamente hasta las naciones mas remotas. Pero el sublime mérito de las obras poéticas del capitan Cristobal de Virués merece ciertamente un lugar muy distinguido en el Parnaso Español, y por ello nos proponemos dar una breve noticia a los aficionados á la poesía de su excelente poema *El Monserrate,* deseando se renueve, por medio de su reimpresion, el buen gusto que caracterizó á nuestros poetas del siglo XVI. Y para proceder con el orden debido, digamos algo tambien de nuestro Virués, y su familia. Valencia le vió nacer, y ya desde sus niñeces se echaron bien de ver las vislumbres de su virtud, valor, y talento prodigioso. Procuró darle una educacion correspondiente á su estado su buen padre Don Alonso, natural de la misma ciudad, excelente médico, y humanista de primer orden. Las

proezas militares de aquellos héroes inmortales de su siglo inflamaron su pecho, y le hicieron tomar las armas. Sirvió con la mayor reputacion al invencible Felipe Segundo en la expedicion y armada naval de Lepanto. Los mas famosos guerreros de aquella Liga quedaron asombrados del invicto valor de este rayo de Marte. De allí pasó al estado de Milán, donde continuó sus servicios. Su propension á las Musas le tenia dulcemente embelesado en aquellos intervalos de ocio que le permitian los estruendos de Belona. Por ello se hizo acreedor á los justos elogios, que de su disciplina militar, y brillante mérito en la poesía, hicieron en todos tiempos los sábios de mejor nota. En el prologo de sus *Obras trágicas, y líricas* se atribuye la gloria de haber sido el primero que reduxo las comedias á tres jornadas, como hoy regularmente lo acostumbran nuestros poetas cómicos y esta misma primacía le concede francamente Lope de Vega.

Don Nicolás Antonio no nos dexa duda alguna sobre la patria de nuestro Capitan Virués en las siguientes expresiones: *Christophorus de Virues, valentinus, ex ipsa urbe principe, quod quidèm patrium appellans Turiam, fluvium eidem adjacentem, confirmare nobis videtur*, y se apoya en las mismas palabras de nuestro poeta, donde dice:

Querido, y pátrio Túria, quando pienso
En lo que sin cesar pensar debria,
Entre tu tanto bien quedo suspenso &c.

Baltasar de Escobar, su amigo, y coetáneo, confirma esto mismo en la carta que le dirige en elogio del poema *El Monserrate*, «Demás de esto (son expresiones suyas) habiendo vmd. de formar el poema de materia verdadera, fue bien considerado tomalla de historia de aquellos reynos de donde vmd. es natural, siéndolo de Valencia, porque demás de cumplir con el precepto de Platon, de que nacemos para nuestra patria, es respeto de ánimo reconocido emplear el talento en pagar lo que le dió la benignidad de aquel clima tan favorable á los ingenios. Esto mismo, y mucho mas expresa en abono de quanto va referido el Doctor Don Vicente Ximeno en sus *Escritores Valencianos*.

El haber servido nuestro Virués á Felipe Segundo ascendiendo hasta el grado de capitan, es igualmente notorio, y averiguado. El mismo Virués en su enérgica égloga de la batalla naval de Lepanto confiesa haberse hallado en dicha expedicion, quando en persona del pastor Criseo se expresa de esta suerte:

Es como de lo vivo á lo difunto
El oirlo contar, Felicio amigo,
Y el quererte mostrar aquí el trasunto.
La menor parte de lo que hay no digo
En quanto á encarecer la menor parte,
Aunque de todo *fuí tan buen testigo*.

Y hácia el fin de dicha égloga, después de haber pintado con la mayor viveza el choque, y triunfos, que la católica Liga reportó de las lunas otomanas, y como nuestra armada partió para Mesina, añade lo siguiente:

Al fin allí, pastores, pues quedamos
En aquel puerto de Mesina, donde
Divertidos en fiestas hibernamos,
Mientras el cielo el claro tiempo esconde;
Y segun victoriosos nos hallamos,
Si al ánimo la suerte corresponde,
El año de setenta y dos cercano
Era nuestro el imperio del tirano[7].

El presente poema épico, titulado: El Monserrate, ó bien sea fundacion de aquella Real Casa, y cámara angelical, con la relacion de la vida y penitencia de Fr. Juan Garin, se dió por primera vez á la luz pública en Madrid año de 1588 (y no 1587, como lo afirma Don Vicente Ximeno en sus *Escritores Valencianos*, siguiendo sin duda equivocadamente en esta parte a Don Nicolás Antonio) de que he visto un exemplar en la Real Biblioteca del Escorial, impreso por Querino Gerardo, y dedicado al Príncipe nuestro Señor: allí mismo se reimprimió en 1601; luego el mismo Virués le reimprimió en 1602 en Milán, en casa de Gratrado Ferrioli, titulándole *El Monserrate segundo*, no porque fuese segunda parte de dicho poema (pues es obra en sí perfecta, y completa en todas sus partes) sino porque salió mas aumentado, y añadido; y así la edicion última, que se hizo en Madrid en 1609, en casa de Alonso Martin, dedicada al Rey nuestro Señor, se conformó con la insinuada; y de dicha edicion última he visto un exemplar en la Real Biblioteca de S.M., y otro en la de San Francisco el Grande de esta Corte, segun el qual se hace la presente reimpresion.

Al principio se lee la expresada carta de Baltasar de Escobar, que mi eruditísimo patricio Don Gregorio Mayáns y Siscar insertó en sus *Cartas Morales*. El objeto de Escobar fué dar á conocer el mérito de este poema épico, *el mas ajustado*, segun dice, *á las leyes de la poesía heroyca de quantos se han escrito en lengua castellana*.

En aquel discreto examen de libros, que fingió el inmortal Cervantes en su Don Quixote, se hace igualmente honorífico recuerdo, y se recomienda el mérito singular del *Monserrate*, habiéndose mandado reservar del incendio á que fueron condenados otros muchos libros, por *ser una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España, y uno de los mejores libros, que en verso heroyco están escritos en lengua castellana, el qual puede competir con los mas famosos de Italia.*

Sus *Obras trágicas, y líricas* merecen igualmente la mayor recomendacion, aunque no tanta como el *Monserrate*, por haberlas trabajado el autor en su mocedad, y hallarse el teatro moderno mas reformado, y con muchas ventajas al de los tiempos de Virués; sin embargo no dexa de tener su mérito el entusiasmo poético, la variedad del metro, la diccion castiza, y otras mil bellezas que en ellas se descubren. Dichas obras, segun Don Nicolás Antonio, y Don Vicente Ximeno se dieron una sola vez á la luz pública, y fué en Madrid por Alonso Martin (no Luis, como aquellos afirman) en 1609, en 8.º; pero por una licencia que hay allí del Ordinario de Milán de 1604 para la publicación de dichas obras, conjeturo con alguna probabilidad, que la de Madrid fué reimpresion de la que en dicho año, y en la mencionada ciudad se hizo por primera vez. Contiene esta obra cinco tragedias, intituladas: *La gran Semiramis; La cruel Casandra; Atila furioso; La infelice Marcela;* y *Elisa Dido*. Las obras líricas comprehenden una tercera parte de dicho volumen; entre ellas hay algunos sonetos muy discretos, y otras poesías y canciones líricas de mucho mérito, y la ya insinuada égloga de la batalla naval de Lepanto.

Por no hallarse sino muy escasamente, y fuera de dichas obras, una cancion lírica, que nuestro Virués escribió en elogio de las *Jornadas para el Cielo*, la insertaré aquí, por ser muy tierna, y un rasgo de sus años juveniles, que muestra bastantemente los sentimientos, de que estaba poseido el corazon de este poeta cristiano. Es pues la siguiente.

CANCION LÍRICA

Ya que volveis al cielo,
Que es vuestra dulce tierra,
O alma, por jornadas tan seguras,
Recibid el consuelo
Adonde Dios encierra

Sus mayores regalos, y dulzuras;
Porque por las alturas,
Donde con clara luz Moreno os guia,
No perdais el aliento
Por falta de alimento,
Y quedeis con desmayo, y agonía,
Y con pena infinita
Nel mezzo del camin di nostra vita

Toma el manjar suave,
Que agora se te ofrece,
Pues excede al mejor del suelo en gusto,
Y en provecho no hay ave,
Planta, animal, ó pece,
Que á vuestra calidad venga tan justo.
El pecho que de injusto
Está para morir de mortal asma,
Y el corazon helado,
Que está con el pecado
Tal, que vuestra virtud oprime, y pasma,
Quitándoos poco á poco
La dolce vista del beato loco.

Esta sacra comida,
Tomada de la suerte
Que el Autor os la da por dulce postre,
Restituye la vida,
Ahuyentando la muerte,
Y tras ella no hay bien que no se arrostre,

Ni mal que no se postre,

Ni gusto terrenal que no empalague,
Ni celestial dulzura
Que no os esté segura,
Sin que su dulce gusto el mundo estrague,
Aunque en aquello os cebe
Che sempre inchina aquel che mensi deve.

Pues donde se interesa
Tanto bien, y regalo,
Y tal remedio para el alma enferma,
Vaya corriendo apriesa,
Sin que cause intervalo
Ninguna cosa de esta tierra yerma:
No se enagene, y duerma,
Aunque el cantar de mil sirenas sienta,
Que al fin de la jornada
(La racion mejorada)
Le dará este manjar, que la sustenta,
El lugar que pretende
Nèl ciel che piu de la sua luce prende.

Allí donde tú aspiras,
Alma cristiana bella,
Y allí donde Moreno te encamina,
Si bien su cara miras,
Y su luciente estrella,
Por quien el puerto de salud se atina,
Allí donde te inclina

El amor de tu patria tan querida,
Allí te dará el resto
Aquel que aquí se ha puesto
En el manjar que es tu camino, y vida,
A donde el gozo eterno
Nè stato el cangra ne lo spegne il verno.

Aunque pudieras decir mas, conviene,
Cancion, que no detengas
Con prolixas arengas
Al que siguiendo al gran Moreno viene,
Tras la luz de su rostro,
Ornamento è esplendor del secol nostro.

Qué tal? parece que no siga la profesion militar quien así se explica, sino que sea el asceta mas contemplativo, y versado en materias de la mística mas refinada; pues tales son la

mayor parte de sus poesías. Siempre tienen por blanco la utilidad mezclada con la dulzura, sin exceder los límites del decoro aun en las pinturas mas halagüeñas. ¡Poetillas almibarados! que profanais el sagrado de las Musas con vuestras amorosas cantilenas, y obscenas letrillas; ¿de quando acá os habeis encaprichado que la poesía séria, y sensata, esa hija de las dulzuras del cielo, pierde de su esplendor, y decoro, quando se la hace servir junto al trono de la deidad increada, y emplearse dignamente en cantar sus inefables atributos? Descorred el velo á vuestra preocupacion, y seguid las honrosas huellas de nuestro Virués, del inmortal Fr. Luis de Leon, del Agustiniano Malon, y de tantos otros sensatos, hijos del verdadero Apolo, que inmortalizaron el Parnaso Español con sus amenas producciones.

Ni quiero menos defraudar al gusto de los eruditos de un discreto soneto del mismo Virués, dirigido a Felipe Segundo, en alabanza de la expresada obra de las *Jornadas para el Cielo*, y es el siguiente.

Sacro Felipe, cuyo nombre solo
Doma los fieros monstruos de Levante,
Y los que tiene y mira el alto atlante,
Y quantos ciñe el mar, y alumbra Apolo:

Reparo, abrigo, puerto, monte, polo,
Donde la Santa Madre militante
Asegura la barca fluctuante,
Por mas que sople el infernal Eolo:

Entre las obras del gobierno honroso
En que os ocupa todo el ancho suelo.
Esta importante obra se os ofrece:

Favorecedla, Príncipe glorioso,
Pues obra de Jornadas para el Cielo
Vuestro real favor pide, y merece.

Razon será hacer aquí honorífico recuerdo del padre y hermanos de nuestro insigne poeta, todos eruditos, y amantes de las Musas. Aquel, como dixe arriba, fué uno de los mas famosos médicos que tuvo Valencia en su tiempo, conservó estrecha amistad y comunicacion literaria con el célebre Juan Luis Vives, nuestro paisano. Debieron sin duda ser muy eruditas sus cartas, porque escribiendo Vives á Erasmo en 1527, se expresó en estos términos: *Missi ad te nupèr quod mihi erant illinc ab Alphonso Viruesio scripta*:: :: ::- y contrayéndose luego á cierta carta de Virués, añade: *Ea epistola circùm per Hispaniam et legitur cum maxima omnium approbatione, et est elegantissimè scripta.* Sus hermanos Gerónimo y Francisco de

Virués no fueron menos humanistas que el padre. Aquel, al paso que era médico muy acreditado, no dexó de ser elegantísimo poeta. Concurrió en Valencia, su patria, á la Academia de Humanidades, llamada *de los Nocturnos*, desempeñando el título de académico con elegantes discursos, é ingeniosas poesías, no faltando un momento a sus obligaciones, y al crédito que se grangeó en casi toda España de médico sublime, como lo expresa el agudísimo poeta valenciano Don Vicente Marinér en el siguiente dístico:

Utroque affulsit divinus Apolline summo
Splenduit et medicus, versibus et nituit.

Vaya en prueba de esta verdad siquiera un solo soneto; en que elogia el presente poema del *Monserrate* de su hermano Cristobal.

Un Ulises prudente, un pio Eneas
En sus largos viages, y cuidados
De ánimos, y elementos indínados,
Metidos en mil ásperas peleas,

Hace mi hermano aquí, lector, que veas
En un Monge pobrísimo cifrados.
Y con cristiana poesía ornados
De mil hermosas galas, y libreas;

Y vivamente ante tus ojos pone
La maravilla vista en Monserrate
Del virginal retrato, y templo santo:

El arte juzga tú con que dispone,
Y guarda, y da su altísimo quilate
Al verso heroyco, y al heroyco canto.

Don Francisco Virués, su hermano, fué sacerdote, teólogo, y beneficiado en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia, su patria, profesó igualmente aficion á las Musas, como se colige de algunas poesías suyas que han quedado manuscritas, segun lo afirma con documentos el mencionado Don Vicente Ximeno en sus *Escritores Valencianos.* El sentimiento que causó al Capitan Virués la muerte de este su caro hermano, le expresa en el siguiente

SONETO

¡Ay dulce hermano! ¿qué dará consuelo
A quien le quita la espantosa mano,
Que tan en daño mio, tan temprano
Os arrebata de este triste suelo?

¿Darále el ver que vais sin duda al cielo?
¿Podrá tener un corazon humano,
Perdiendo en vos tan principal hermano,
En tal dolor este discurso, y zelo?

Este pequeño ramo tan medrado
De Virués en Valencia, ya no espere
Ser qual el de su origen señalado:

Con vos, Francisco, su esperanza muere,
Todo será dolor, pena, y cuidado
Hasta que donde estais con vos se viere.

Por último hasta su misma hermana Gerónima Agustina Benita de Virués fué muger muy perita en la lengua latina. ¡Contagio feliz de literatura hereditaria, que prendió hasta en un sexô, que regularmente se retrae de la sujecion á Minerva! Pero tal era el exemplo de su padre Don Alonso, y tal el estímulo de nuestro Capitan Virués con sus inmortales obras. De estas pues, ó lector erudito, te presento la mas apreciable en el *Monserrate*, cuya reimpresion he procurado con el objeto de promover el buen gusto en la poesía española, y las glorias de los hijos de mi patria. Madrid, y Mayo 20 de 1804.

Carta de Baltasar de Escobar sobre este libro quando se imprimió la primera vez el año de 1588.

He leido con mucho gusto mio, y considerado el Monserrate, poema con que vmd. ha ilustrado su patria, y enriquecido nuestra lengua, y confesaré una verdad desnuda de la pasion de amigo, porque la modestia de vmd. no la recuse, que de los poemas heroycos que hasta ahora han salido en España, que casi todos se han dado á la estampa de veinte años á esta parte, ninguno he visto que me haya dexado satisfecho como el de vmd., porque si bien en algunos se halla, ó agudeza de conceptos, ó gala de elocucion, ó hermosura de invenciones, en los mas se descubre desproporcionado argumento, inobservante contextura, y inculto estilo, cayendo en tales defectos, unos de floxedad y pereza (vicio en que facilmente dan los buenos ingenios) otros de ignorancia del arte, otros por no se querer sujetar á las leyes del poeta épico, gustando de vivir en las de naturaleza, digo en las de su buen natural, que es condicion propia de nuestros españoles; y así han emprendido poemas heroycos, sin cuidado de los tres principios en que deben poner la mira en la epopeya, que son invencion, disposicion, y elocucion; y pues á vmd. he conocido cuidadoso en ellos, no callaré, por modo de discurso, lo que en estas tres partes he advertido por mas notable, y de consideracion. Lo primero hizo

vmd. eleccion de buen argumento, religioso, porque demás de la autoridad que con esto recibe, si uno de los principales efectos que ha de hacer el poeta, es mover los afectos de los lectores; mas seguro será para la conciencia contar las acciones de buen exemplo, que fábulas lascivas que provoquen pensamientos amorosos, por el escrúpulo del pecado á que se pudo dar causa. Fué tambien acertada eleccion sacar el argumento de historia verdadera, porque, autorizado, como he dicho, con la religion, y ayudado de la verdad, durará mas en la memoria de las gentes: así lo hicieron Homero, y Virgilio, príncipes de la poesía griega y latina, no juzgando por menos ingenioso artificio contar con novedad los casos sucedidos á Aquiles y Eneas, que inventar otros de nuevo: valiéndose, en la narracion de aquellas, de la licencia y arte poética, que permiten y requieren los enxertos de las invenciones, y para esto es muy á propósito la historia en que se funda el poema antiguo; porque estos enxertos, mas parece que son reparar lo que los tiempos han arruinado en este edificio histórico, que hacer en él nuevas fábricas, mayormente no ofuscándose ni pervirtiéndose la verdad puntual de la historia, ni siendo estos enxertos impios, sino antes de sana y exemplar doctrina, ni siendo artículo de fe la historia en que se enxeren: con todo lo qual vienen a ser justa y doctamente aplicados, y mas siendo verisimil. Y porque la verisimilitud es una de las dos partes naturales del heroyco, siendo la otra la maravilla, que en sí mesmas casi tienen repugnancia estas naturalezas: digo, antes de pasar adelante, que vmd. las ha acomodado y hecho tan compatibles, que lo verisimil siempre en este poema va templando lo maravilloso para que no pase al exceso, y lo maravilloso quando parece que va a exceder, atribuyéndose á Dios, o al demonio, se salva con lo verisimil. Esto se ve bien en la estanza última del canto primero, que comienza: *no es maravilla pues que Garin quede*: diciendo lo que satanás puede y obra con estímulo de hermosura en nuestra flaqueza. Demás desto, habiendo de formar el poema de materia verdadera, fué bien considerado tomalla de historia de aquellos reynos de donde es vmd. natural, siéndolo de Valencia; porque demás de cumplir con el precepto de Platon, de que nacemos para nuestra patria, es respeto de ánimo reconocido emplear el talento en pagar lo que le dió la benignidad de aquel clima tan favorable a los ingenios. Las personas asimismo que introduce vmd. todas son convenientes á escena épica, para que las acciones salgan nobles y generosas, con lo qual, segun Aristóteles, y los que le exponen, se ha cumplido bastantemente con la primera parte, que es la invencion. Vamos a la disposicion, ó contextura, que es la segunda: en ella mide vmd, con proporcionada geometría la grandeza de la historia, compasándola de manera que en un sugeto entero, que consta de principio, medio, y fin, quedan sin desproporcionarle los episodios y enxertos que el artificio del poeta debe contribuir en la obra, caminando en ellos con tal tiento, que siendo miembros del cuerpo principal no salgan tan desmesurados que le hagan monstruoso; y labrándole finalmente con tan perfecta escultura, que queda de estatura buena, y de cantidad suficiente, para que qualquier mediano entendimiento le pueda percibir todo. Muy bien cumple vmd. con la libertad de poeta, sacudiendo el yugo estrecho de historiador, en no pintar las cosas aplicadas y enxertas como fueron, sino como pudieron ser, sin desviarse de la derecha senda del verisimil, valiéndose de la ocasion de enxerir y aplicar acciones sucedidas en tiempos á propósito, y reduciéndolas a la unidad de la accion principal, de suerte que a nuestra vista todo nos parece uno. Este cuidado podrá advertir quien acompañáre á Garin en su admirable peregrinacion, donde le forma vmd. un itinerario desde el tercero canto de mucha variedad y gusto. No veo menos cuidado en las ocasiones que se ofrecen alguna de las tres calidades en que el heroyco ha de ir cuidadoso, que son las que los griegos llaman peripecia, que es mutacion de fortuna, el reconocimiento, y la perturbacion, guardándoles siempre que las encuentra el decoro poético. De la mutacion de fortuna se ve el exemplo, sin otros, en el segundo canto, quando Garin pierde la gracia, y cae en el pecado, pondéralo muy bien la comparacion de la primera estanza: *qual en un campo seco los rastrojos*: y las que se siguen; y en el canto diez y seis, quando para contar la confesion de Garin se hace aquella invocacion: *ó musa, tú las lágrimas y el llanto.* Del reconocimiento se hallan admirables demostraciones en el canto diez y ocho, que trata la aparicion de la sagrada imagen, y de la perturbacion en la tercera estanza del canto tercero; y en la octava del treceno canto, que pinta los afectos que mueve á Garin la vista de la hija del Conde Don Jofre, tampoco quiero callar esta

menudencia, que fué buen acuerdo no imitar a los modernos en las moralidades de los principios de los cantos, pues los antiguos no las usaron, y es introduccion afectada y fuera de propósito, y con esto quede mostrada la disposicion del poema. Quédame por decir de la elocucion, tercera y última parte principal dél, que podemos aplicar al ropage, siendo las otras dos ya dichas alma y cuerpo de este individuo; pues siendo la elocución, ó estilo, el ornato, necesariamente se ha de cortar al talle de los que le visten; el sublime para las personas heroycas; el mediocre para las que no lo son tanto; no admitiendo en ningun caso el humilde para el poema, por ser mas propio del cómico: que el heroyco debe siempre caminar por entre la gravedad del trágico y la florida belleza del lírico, valiéndose desta regla, que tratándose de materias morales, o introduciendo personas heroycas, se avecine con el estilo al trágico, y tratándose materias ociosas se avecine al lírico. Destos preceptos usa vmd. en sus lugares con destreza de maestro del primero en la penitencia que se cuenta de Garin, tan maravillosamente pintada en el canto diez y siete, y introduciendo con tanto arte las personas y hechos del Capitan Alberto, de Don Diego Florel, y del Papa Leon: donde, y en las demás partes que se ofrece tratar cosas de guerra de mar y tierra, no diré mas de que las trata vmd. con el mismo honor y punto que tantos años las ha tratado. Del segundo precepto en el lamento, y caso de Lixerea, que se pone en el décimo canto, y en el doceno, quando se pinta la casa aparecida (dos cosas verdaderamente bellas) se ve toda la belleza que dél se puede desear. No me quiero alargar en notar la felice imitacion de autores extrangeros, que bien lo testifica la estanza veinte y seis del canto noveno, la buena composicion de los periodos, la hermosura de los miembros de cada uno, la trasportacion alguna vez de substantivos, los números, las figuras que se cometen á cada paso, la única fineza de los consonantes; pues ya á su parecer lo dixo todo el padre Padilla, quando cerró la aprobacion con este endecasílabo*: el verso facil, grave, y numeroso:* por que *quidquid conobatur* &c. Querria hablar aquí también un poco de la ortografía, loando el parecer de vmd. en habella seguido; pero exclúyome por andaluz y apasionado della. Bien creerá vmd. de lo dicho, que no fué adulacion lo que al principio le dixe, pues lo ha fundado en razon, aunque á costa de quien me ha escuchado discurso tan largo, y leida carta tan prolixa, en que fué mi intento (pero acabaré con él) alegrarme con vmd., con su patria, con la poesía española, y conmigo mismo: con vmd. pues en tan buena edad ha dado fin á empresa tan honrada; con su patria, que ve por mano de tan excelente artífice engastados en oro tan subido, y con tan ricos esmaltes, aquellos peñascos de Monserrate, joyas de la corona de Aragon mas preciosas que finísimos diamantes; con la poesía de España, por tener ya un exemplar método para emprender obras deste género, y una luz tan clara que en ellas la alumbre; y conmigo finalmente de que nos haya abierto este camino tan cerrado un amigo tan grande mio, cuya gloria me redunda en gozo. Ya con tan buen pié como vmd. ha salido a publicar obras suyas, podrá sacar las rimas que se hallaren recogidas por los borradores que se han escapado de las borrascas y peligros de sus honrosas peregrinaciones militares, en tanto que esperamos los frutos mas maduros de ese ingenio autorizado con los años y mucha experiencia: los quales dé Dios á vmd. tan prósperos, que pueda sin perturbacion de fortuna atender á tan virtuosos exercicios. De Roma á 12 de Marzo de 1589.

Don Juan de Albio

Aquel valor, Virués, que habeis mostrado
En el heroyco proceder de Marte,
Siguiendo su honrosísimo estandarte
Con pecho de virtud y honor armado,

Aquel mismo mostrais en alto grado
Siguiendo del divino Apolo el arte
En su mas bella y mas excelsa parte
De sus dones altísimos dotado;

Y así palma de Marte á vuestra mano
Dará, y lauro de Apolo á vuestra frente,
La piadosa de Dios potente diestra;

Y todo por el monte soberano
De donde lo esperais devotamente,
Segun la palma y lauro en él nos muestra.

El Alferez Matias de Vargas

Así como en el fin del quinto canto
Al vivo os retratais, en la pintura
Que del rostro, del talle, y compostura
Haceis allí de vuestro monge santo;

Así debeis de retratarle en quanto
Muestra de su valor vuestra escritura,
Pues de vuestro alto espíritu y cordura
No se puede esperar menos que tanto;

Y así tambien como en el cuerpo y alma
Creo que de Garin sois un modelo,
Segun en cuerpo y alma le pintastes;

Así creo Virués que en gloria y palma
Le habeis de parecer en tierra y cielo
Por el alto sugeto que contastes.

Juan Hurtado de Guevara y Mendoza.

Sin duda que llevais triunfante el punto
A todos los que Apolo inflama el pecho,
Pues vemos en el libro que habeis hecho,
Lo dulce y util dulcemente junto:

Con quanto aplauso y quanto amor barrunto
Lo recibirá el mundo, satisfecho
Que ha de salir para el comun provecho
Su deseado altisimo trasunto.

Vive dichoso alumno de Helicona,
Con cuyas vivas obras, no sujetas
Al vulgo, á la virtud llamas, y atizas:

Vive, que en vida el cielo á tu persona
Guarda el honor, que muy raros poetas
Alcanzaron despues de sus cenizas.

El Doctor Gerónimo Virués

Un Ulises prudente, un pio Eneas,
En sus largos viages y cuidados,
De ánimos y elementos indinados,
Metidos en mil ásperas peleas,

Hace mi hermano aquí, lector, que veas
En un monge pobrísimo cifrados,
Y con cristiana poesía ornados
De mil hermosas galas y libreas;

Y vivamente ante tus ojos pone
La maravilla vista en Monserrate
Del virginal retrato, y templo santo:

El arte juzga tú con que dispone,
Y guarda, y da su altísimo quilate
Al verso heroyco, y al heroyco canto.

Argumentos de los XX cantos de este libro

Canto I

Mueve á Garin á fuego y sangre guerra
El comun enemigo riguroso,
Y al Conde trae á su aserrada sierra
Con su doliente hija lastimoso:
Del cuerpo de la dama desencierra
A satán el bendito religioso;
Y con él, encendiendo ardiente llama,
Sin poderlo excusar, queda la dama.

Canto II

Por el poder del apetito ciego,
Rendido todo al infernal engaño,
Roba la castidad, roba el sosiego
A la noble doncella el ermitaño;
Y mal aconsejado, dando al fuego
Mas leña, y añadiendo daño a daño,
Mata á la dama, y á este punto entiende
Que es el que le aconseja quien le ofende.

Canto III

Conociendo sus culpas, al remedio
Garin aspira con fervor divino,
Yorando al cielo por el justo medio
Que repare su injusto desatino:
De tierra y mar piensa poner en medio
Gran trecho, ya trazado un gran camino:
Huye del monte, á Rosas llega, y junto
Con Alberto y su armada parte al punto.

Canto IV

El alto golfo de Leon navega
Garin, y en tablas de inmortal memoria
Ve de romana gente, y persa, y griega
Victorias dignas de notable historia,
Y de la santa Liga allí se alega
Aquella sin igual naval victoria;
Tras esto al General Garín da cuenta
De sí, con que su angustia y pena aumenta.

Canto V

Pinta el discreto monge á Monserrate
Con todos sus regalos celestiales:
Su cuento acaba sin perder quilate
En callar sus secretos principales:
Llega á Marsella, y siente qual le trate
La guerra de las furias infernales,
Yendo á ver el sagrado monumento
De Madalena con devoto intento.

Canto VI

Pinta la sacrosanta Eucaristía,
Y la alta concepcion inmaculada,
Y la asuncion triunfante de MARIA,
Y Madalena á penitencia dada,

Y Agueda que a la gloria el alma envia,
Y es la grande Judit aquí pintada,
Juntando sus dulcísimos primores
Pluma y pincel en versos y colores.

Canto VII

De Provenza, de Génova, y Toscana
Pasa la armada á su placer la costa,
Hasta que ya metida en la romana
Temida playa, al puerto ya se acosta;
Pero la contrapuesta tramontana
Estorba en él tomar segura posta,
Y al mar arroja al monge la tormenta,
Por quien solo se causa, y se acrecienta.

Canto VIII

Salta en Portofarin la gente en tierra
Por agua y leña tras la gran fortuna,
Y un bárbaro cosario en fiera guerra
Con poder y arrogancia la importuna;
Mas el poder y la arrogancia atierra
La virtud y razon, hechas á una
En la mano dichosa del valiente
Florel, venido misteriosamente.

Canto IX

De sí da cuenta el gran Don Diego, y junto
De la victoria que Leon sagrado,
Tuvo del fiero moro, que en mal punto
Fué á querer perturbar su santo estado:
La guerra sigue, y casi la difunto
Cautivo viene Armeno desdichado
Por Filadelfo al campo fiel traido,
De su valor y su virtud movido.

Canto X

Llega en socorro el bravo Abenagonte,
Y Lixerea lastimada y fiera,
Cuyo llorar enterneciera un monte,
Si capaz de sentille un monte fuera:
Dan, al claro ilustrar del horizonte,
Fiero principio al daño que se espera,
Mostrando alto valor de fuertes manos,
Y nobles pechos, moros y cristianos.

Canto XI

Alcanza Alberto por Florel victoria
Del temerario bárbaro africano,
Con su doliente fin lleno de gloria
Para el valor del esquadron cristiano;
Trágicos casos dignos de memoria
Traen muerte y amor con fiera mano,
Que de ordinario en lo mejor se emplea,
A Filadelfo, Armeno, y Lixerea.

Canto XII

Dexa el puerto africano Alberto, y parte
Para Italia con viento favorable,
Y della alegre toma aquella parte,
Que es la grande Partenope admirable,
De donde el buen Garin, aunque se aparte
Con diligencia y con fervor notable
Para ir á Roma como le conviene,
Su adversario el camino le detiene.

Canto XIII

Ilusion, tentacion, peligro, y duelo
Garin padece en la fingida casa,

De donde sale con favor del cielo
Todo encendido en vergonzosa brasa:
Vuelve al camino lleno de consuelo
Con el fervor que el corazon le abrasa,
Mas halla estorbo lleno de dolores
Prendiéndole crueles salteadores.

Canto XIV

A las fieras que comen carne humana
Es el pobre Garin por pasto puesto,
Pero fuerza del cielo soberana
Le libra de este mal tan manifiesto,
En tanto que á la infiel gente inhumana
Asalta gente fiel el fuerte puesto
Con tan airada y tan sangrienta guerra,
Que se estremece á su furor la sierra.

Canto XV

Es de la muerte el pio Garin librado
Por el Florel, que en la mortal caverna
Al detestable lestrigon la ha dado,
Haciendo su valor su fama eterna:
Vuelve el monge al camino y anegado
Casi es de una borrasca; mas su interna
Virtud le ayuda, y al romano suelo
Llega, y avisa dello al Papa el cielo.

Canto XVI

Las culpas que le agravan la conciencia
Garin confiesa al Papa enteramente,
Y la alta absolucion y penitencia
Recibe humilde el santo penitente:
Llega del gran Prelado á la presencia
Con santo amor el español valiente,
Y al mismo tiempo de Sabá es sabido
El alegre naufragio dolorido.

Canto XVII

Sale de Roma el penitente raro,
Su rara penitencia comenzando,
La qual prosigue con valor preclaro
Toda la Italia y Francia atravesando:
Llega a su monte deseado y caro,
Donde el alegre fin della esperando,
Qual fiera en la aspereza dél se esconde,
Y qual fiera es cazado por el Conde.

Canto XVIII

De este poema el principal intento
Aquí el arte descubre, descubriendo
El celestial favor que dió y contento,
El virginal retrato apareciendo,
Y de su misterioso alojamiento
El notable principio describiendo,
Pintando la divina maravilla
El verso heroyco eu puridad sencilla.

Canto XIX

De su admirable penitencia al punto
Llega el fuerte Garin, y al monte vuelve
A trasladar el cuerpo que difunto
A su entender escura tierra envuelve:
Hallan la dama viva, y bella, y junto
Santa, pues con el padre se resuelve
A quedar en la santa casa nueva,
Que tan santo principio y nuevo lleva.

Canto XX

Los divinos sucesos y grandezas
Del sacro milagroso monasterio,
Las heroycas hazañas y proezas
Que en él ha obrado el celestial imperio,
Las excelsas santísimas altezas
A que ha llegado su alto ministerio,
La musa da á Garin que contar pueda,
Y la gran devocion fundada queda.

Historia del Monserrate, del capitan Cristobal de Virués

Canto I

La excelsa causa del honor divino,
Que causa á Monserrate excelsa gloria,
Y de aquel su habitante y peregrino
Que junto se celebra en su memoria,
El admirable celestial camino,
La mortal guerra, y la inmortal victoria,
Vuelvo á cantar habiendo alzado el punto
Al grave tono, y dulce contrapunto.
Tú; santa Musa, que por premio ofreces
Divina laureola de tu mano
Al mismo que tú dotas y enriqueces
Por tu gracia, de intento soberano,
Pues por la misma ilustras y engrandeces
Con divino favor estilo humano,
Tú levanta mi voz, dale tú el tono
Que mejor suene en tu elevado trono.

Y adorna tú, con el primor del arte,
El admirable principal intento,
Quanto conviene de su dulce parte
Ser adornado el alto heroyco acento:
Lo uno y lo otro es gracia que reparte
A su eleccion tu favorable aliento,
Lo uno y lo otro, ó santa Musa, imploro
A gloria eterna del eterno coro.
Y vos, excelso Rey, en quien el cielo
Nos muestra con tan ciertas esperanzas
Aquel valor del padre y del abuelo

Que no cabe en humanas alabanzas,
Quando el gobierno universal del suelo
Suspendeis en justísimas balanzas
Con santos ocios de que el alma usa,
Volved á oir el canto de mi Musa.
Por el alto supuesto de que canta,
Y por su melodía sonorosa,
Al gusto de vuestra alma se levanta
Con proporcion entre las dos gozosa,
Pues música divina, heroyca y santa,
Como en su centro natural reposa
En heroyco, divino y santo gusto,
A gran intento y gran contento justo.
Al peso inmenso de la real diadema
Este alivio entre algunos se interponga,
Con ese gusto de virtud extrema,
Quando en sus santos ocios se componga,
Para volver en magestad suprema
a donde el cielo os guie, y os disponga
a ser señor de su divina Astrea
De quanto ciñe el mar y el sol rodea.

Y no menos que tanto el mundo espere
Del gran nieto de César invencible,
Del gran hijo del Rey, por quien se infiere
Virtud en vos en grado incomprehensible,
La qual, quando en su punto pareciere,
Puesta ha de estar en punto inacesible
A humano canto, mas mi Musa ahora
Al de su monte grata audiencia implora.
Revuelto habia el tiempo presuroso
Ocho siglos y medio, desde el dia
Que el humanado Redentor piadoso
Salió del sacro claustro de MARIA,
Quando el valiente Don Jofre Velloso
Libre del francés feudo poseía
El condado y ciudad de Barcelona,
Por el valor y ser de su persona.
En cuyo tiempo en Monserrate estaba
Garin, el ermitaño, recogido,
Donde con aspereza exercitaba
En santidad su espíritu encendido;
Y tanto en ella el gran varon ganaba,
Que el angel comunero, y confundido,
Teniendo su virtud por propia injuria,
Le movió guerra con inmensa furia.
Y resuelto en hacella á todo trance
El principe furioso del infierno,
Acrecentando va de lance en lance
Su interna rabia, y su rencor interno;
Y dándole el dolor furioso alcance,
Con horror nuevo del horrible averno,
Y alteracion del mas confuso abismo,
Desta suerte el cruel dixo á sí mismo.

¡Que pueda el hombre contra mí ya tanto!
¡Que tan enflaquecida esté mi fuerza!
¡Que á tan cobarde miedo y vil espanto,
y a tanta mengua el hombre ya me fuerza!
¡Que yo he de ser el del eterno llanto!
¡Que el hombre tan de veras ya se esfuerza
Con la gracia y favor de aquel cordero,
Que fué y es para mí leon tan fiero!
¡Que una vil criatura, torpe y llena
De desventuras, y de imperficiones,
Que anda afanando de una en otra pena
Tras mil várias miserias y pasiones,
Ha de heredar aquella estancia amena
Que tiene asiento sobre los triones!
¿Aquella dulce y rica patria mia,
Llena de eterno gozo y de alegría?
¡Yo en ella colocado, en ella puesto
Por lustre y ornamento á su grandeza,
No de materia baxa y vil compuesto,
Sino de tan real naturaleza,
Eternamente de mi bien depuesto,
Privado de mi próspera riqueza,
He de sufrir el gran rigor del cielo,
Sin que haya para mí jamás consuelo!
No será así, que aun no está en mí perdido
Aquel valor y espíritu primero
Con que en ardiente cólera encendido
Al alto trono me mostré tan fiero;
Y aunque quedó mi brazo enflaquecido,
No dexó de quedar mi ser entero,
Para poder hacer sangrienta guerra,
Ya que no al cielo, á toda la ancha tierra.

Y así ha de ser mientras el cielo diere
Sus influxos al hombre favorables;
Y si él, qual padre le favoreciere
Con regalos y dones tan amables,
Yo no habrá cosa, en quanto el mundo fuere,
Que con ingratitudes detestables
No procure que el hombre corresponda,
Con que á mi saña su dolor responda.
¡Que un vil ermitañuelo, que no sabe
Si hay mas mundo que un monte y una cueva,
Donde duerme en el seno, y do le sabe
A maná el fruto que la sierra lleva,
Tanto contente á Dios, tanto le alabe,
De virtud haga tan heroyca prueba,
Que eterno gozo tenga! Y yo que tanto
Sé, y puedo, he de tener eterno llanto!
Pero ¡que estoy mi pena acrecentando
Con la gloria, el contento, y el sosiego
De que este monge vil está gozando,
Leña añadiendo á mi encendido fuego!

¿Qué sirve estar gimiendo y reventando
Con mortal inmortal desasosiego
En la ponderacion de la esperanza,
Y de la gloria que este monge alcanza?
Consuelo, ó sombra de consuelo busque
Mi potencia, y mi furia vengativa,
Sin que la pena y el dolor me ofusque
La soberana inteligencia altiva:
Ya que no vendimió gloria, rebusque
Las sombras della mi virtud nativa:
Tenga en batalla en su vital palestra
Al hombre siempre mi potente diestra.

Desta suerte á sí mismo se provoca
El fiero rey del tártaro tremendo:
Así su mal con brava envidia toca
El rico bien del pobre monge viendo:
Sus ministros fortísimos convoca,
Y en su extremo espantable, airado, horrendo,
Con furores bravísimos altera
El inmenso esquadron de gente fiera.
Y á todos los rebeldes capitanes,
los mas crueles, bravos y furiosos,
Pláticos en mortíferos afanes,
Probados en mil trances peligrosos,
Con soberbias palabras y ademanes
Impone sus intentos maliciosos,
Diciéndoles con voz turbada y fuerte,
Ardiendo en ira y rabia, desta suerte.
Valientes capitanes, que á mi lado
Desde la gran jornada temerosa
Habeis con tanto esfuerzo militado,
Que espanta vuestra mano belicosa:
Ese valor y espíritu indignado,
Esa astucia sutil y artificiosa,
Ahora quiero que la vea el hombre,
Para que mas nuestro poder le asombre.
Anda por el camino verdadero,
Que al hombre a nuestras altas sillas lleva,
Uno, nuestro enemigo bravo y fiero,
Haciendo en santidad divina prueba:
Este, soldados valerosos, quiero
Que venga á mi infernal eterna cueva,
A despecho del cielo que le guia
Con tanta infamia y tanta pena mia.

¿Quien emprendió la guerra contra el alto
Empíreo cielo con tan fuerte pecho,
No ha de tenelle de valor mas alto
Contra un vil hombre de vil polvo hecho?
Alcáncese un asalto a otro asalto:
No haya defensa en él, no haya pertrecho
Que de cimiento no se desmantele:
Todo se bata, se destruya, y vuele.

Tengo, no sé porque, un temor oculto,
Que me atormenta como el fuego eterno,
Al grande y enriscado monte inculto,
Donde habita este monge en tal gobierno;
Y aunque en vencelle yo no dificulto,
Y el modo facilísimo discierno,
Temo, como si viese en tal vitoria
De pena aumento en mí, y en él de gloria.
Pero padezca quanto mi adversario
Cielo me da con vengativo intento,
Y este monte, no menos que el calvario,
O que el carmelo, cáuseme tormento,
Que eternamente yo he de ser contrario
Tambien al hombre, sin cesar momento,
Qual verá ahora con su inmenso daño
En el temido monte este ermitaño.
Volad a Monserrate, mis leones,
Y empréndase Garin, que libre y suelto
Está de nuestras ásperas prisiones,
Y en las de su esperanza y gozo envuelto:
Ya me entendeis, ya veis mis intenciones,
Ya conoceis en lo que estoy resuelto;
No he menester deciros mas, volando
Partid, poned por obra lo que mando.

Tembló por largo espacio el gran profundo,
Y pararon Cocito y Flegetonte
Al soberbio mandar fiero, iracundo,
Del bravo rey del reyno de Aqueronte,
Y en aquel punto, acá en el claro mundo
Se estremeció mas de una sierra y monte,
Y el soberano de la luz ministro
Casi turbóse desde el Tajo al Istro.
Visto pues ya lo que su rey les manda,
Con furia horrenda parten al momento
Los dos, á dar principio á la demanda,
Que es tan á gusto de su mal intento.
Garin, el enemigo se os desmanda,
Poned en orden vuestro alojamiento,
Fortificad la mal segura tierra,
Que á sangre y fuego se os hará la guerra.
Fuego que encienda en vuestro flaco pecho
Llamas abrasadoras sensuales,
Sangre inocente derramada á hecho
Por vuestras fieras furias desleales:
Guerra mortal, que os traiga al fuerte estrecho
De eternas destruiciones infernales,
Batalla á todo trance, á toda muerte,
Presenta el enemigo armado y fuerte.
Estaba el religioso en una cueva,
Que aun hoy se llama de su mismo nombre,
Haciendo de su cuerpo y alma prueba
De casi mas que humano y mortal hombre.
En solo Dios allí sus gustos ceba;

No hay contento sin Dios que no le asombre;
Oraciones, cilicios y abstinencia
Regalan su limpísima conciencia.

Pero los dos, sus enemigos fieros,
Que ya emprendieran su mortal viage,
Con pies apresurados y ligeros
Llegaron en un punto á su parage.
Diferentes tomaron los senderos,
Y diferente el hábito y lenguage;
A Barcelona el uno va invisible;
Al monte el otro llega, y va visible.
En forma y trage de ermitaño anciano,
Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
A Monserrate llega aquel tirano
Vestido de grosera y vieja sarga;
Y con plática dulce, y rostro humano,
Fingiendo la inhumana voz y amarga,
Como si allí á Garin á caso viera
Se le presenta, y habla en tal manera.
Si, como pareceis, sois ermitaño,
Y no divino espíritu escondido
En esa humanidad, y en ese paño
Humilde y pobre de que estáis vestido,
Vuestra mano me dad, y el desengaño,
Diciendo la ocasion que os ha traido
Aqui, donde en el hábito que os veo
El habitante solo yo ser creo.
Admirado Garin de lo que oía
Responde al enemigo simulado:
La razon misma que decís podria
Deciros yo muy cierta, padre amado;
Pues desde que la santa compañia
Por quien en este monte en este estado
Viví faltó, jamás hasta ahora supe
Que hubiese en él quien como yo se ocupe.

Desde que al cielo el alma santa, á cuya
Virtud divina debo yo esta vida,
Subió dichosa á convertir la suya
En la eterna de gloria enriquecida,
Hasta este punto la persona tuya
Otra jamas he visto, y que traida
Por el cielo ella sea estimo y tengo,
Con que á cobrar la ya perdida vengo.
Finge notable admiracion el fiero
Y cruel enemigo, y junto muestra
Gran contento en hallar tal compañero,
Y dale con amor la mano diestra,
Diciendo: vuestra vida, padre, espero
Que me será tan singular maestra
Para mi pretension y firme intento,
Que consiga su fin mi pensamiento.
Con la humildad á su virtud anexa

Le responde Garin: antes yo creo
Que aquella perficion que se me aleja
Tanto quanto alcanzalla yo deseo:
Si en lo exterior el alma ver se dexa,
En vos, padre carísimo, la veo,
Y por vuestra bendita compañia
Podrá ser alcanzalla yo algun dia.
Estas y otras razones se dixeron
Con que la compañia confirmaron,
En sus dos cuevas ambos estuvieron,
Y sus secretos se comunicaron.
Desde aquel dia cada dia se vieron,
Y mil cosas santísimas trataron,
Tratadas por el uno santamente;
Por el otro, rabiando en saña ardiente.

Cerca de donde el buen Garin estaba
Tenia el enemigo en una altura
Una pequeña cueva en que habitaba,
Que el nombre de Satán aun hoy le dura;
Mas mientras esto así despacio andaba,
El otro compañero se apresura,
El otro que, cumpliendo su viage,
Fué á Barcelona sin fingido trage.
Este del cuerpo de una dama bella
Se apoderó con presurosa furia,
Hija es del Conde Don Jofre, y doncella,
y á él, el fiero, como á ella, injuria:
Fué conjurado, y respondió que della
Jamás saldrá, ni cesará su injuria,
Si Garin no lo manda, y que en su cueva
Nueve dias estar la dama deba.
Dice quien es Garin, y dice donde
Tiene su habitacion. Pártese al punto
Con la doliente dama el triste Conde,
Ella en tormento, y él casi difunto:
Hallan la cueva, y que en su centro esconde
Al que es de santidad vivo trasunto:
Póstrasele delante el Conde en verle,
Sin que Garin pudiese detenerle.
Y con los ojos hechos fuentes dice:
No os espanteis si destos ojos hago
Rios, pues las ofensas que á Dios hice
Hacen en l'alma de amargura un lago;
Y ellas son causa de que martirice
Esta niña inocente el fiero drago,
El infernal dragon, que el cuerpo á ella,
Y el alma á mí, qual veis, nos atropella.

Que sea del cielo paternal castigo,
Siéntolo así, bendito padre, y veo
Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,
Y que es solo salvarle su deseo,
Permite que este pérfido enemigo

Haga en nosotros de su saña empleo
Para ganancia nuestra: así del pío
Divino amor yo firmemente fío.
Y así, qual padre de misericordia,
Consuela mi mortal desasosiego,
Por este mismo padre de discordia
Que ardiendo veis en tan airado fuego;
Pues venimos con él en tal concordia,
Que á vuestro mandamiento saldrá luego
Del afligido cuerpo de mi hija,
Sin que mas la atormente, ni la aflija.
Por esto vine aquí, por esto os pido
Que os dolais desta moza lastimada.
Así el Conde rogaba, y condolido
Con alma en caridad toda abrasada,
Garin postrado, el vuelo mas subido
Levanta, en su oracion de punto alzada,
La qual apenas el varon concluye,
Quando Satán de la doncella huye.
Huye el demonio, y huye juntamente
La tristeza, el dolor, la pena, el llanto
Del ya contento Conde, y de su gente,
Huyendo de la dama el fiero espanto:
La qual revuelve con serena frente
Los bellos ojos que espantaban tanto,
Y al padre y los demás y al monte mira,
Y de todo, y de verse así, se admira.

No maravilló mas la extraña vista
A Lázaro el dichoso muerto, visto
Que trasladado de una en otra lista
Por quien el hecho tuvo tan previsto,
Sin que el infierno, ó muerte le resista
Al mundo vuelve á la alta voz de Cristo,
De lo que á la doncella maravilla
El ver en sí la misma maravilla.
Y no con mayor gozo las hermanas
Al hermano ya vivo acariciaron,
Y las gentes incrédulas profanas
No con mayor admiracion quedaron
De ver salir las carnes vivas sanas,
Que quatro dias antes enterraron,
Que es del padre la dama acariciada,
Y que toda su gente está admirada.
Y vuelto el Conde al pío Garin, llorando
Le dice: padre, pues lo mas hicistes,
Vence del todo al enemigo bando
Con el valor que ahora le vencistes
Porque nos dixo aquel tirano, quando
Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
Que aunque como ha salido ya saliese
Quando á vuestra obediencia aquí viniese,
Con mas furor sin duda volveria
A dar á esta afligida jóven pena,

Si en esta santa cueva no tenia
En vuestra compañia una novena.
El buen Garin que atento aquello oía,
Con voz de amargo sentimiento llena,
Y con cristiana alteracion responde,
No convenirle aquello á él, ni al Conde,

Y esfuerza aquesto con fervor haciendo
Mil razones vivísimas y urgentes,
Con gran prudencia y santidad poniendo
Mil graves causas, mil inconvenientes,
Con exemplos notables concluyendo
Sus argumentos firmes y prudentes;
Pero, aunque mas se esfuerce, y mas arguya,
La agena voluntad fuerza á la suya.
Porque, demás del encendido ruego
Del afligido Conde, el triste llanto,
El bravo miedo, el gran desasosiego
De la triste doncella, pueden tanto,
Que vino bien en ello: y así luego,
Condescendiendo el ermitaño santo,
Quedó en su pobre cueva la doncella,
Donde solo Garin queda con ella.
A Monistrol, un pueblo situado
Al pié del alto monte floreciente,
De la cueva una legua desviado
Hácia la parte del dorado oriente,
Baxó, contento el conde, y consolado
De haber dado remedio al daño urgente,
Con sus criados, y sus compañias,
Para esperar allí los nueve dias.
Y cada dia desde alli enviaba
Criados con regalos y comida,
De quien sabia quanto ella gustaba
De aquella santa solitaria vida:
A los quales Garin importunaba,
Su mortal guerra ya reconocida,
Que llevasen al padre la doncella,
Lo qual rehusaban ellos, y él, y ella.

El tiempo ahora, ó buen Garin, os fuerza
A mostraros soldado valeroso,
Para valer contra la brava fuerza
Del enemigo fiero y poderoso:
Mirad que ya con la ocasion se esfuerza,
Y juntamente es fuerte y cauteloso:
Prevenid vuestras armas y defensas
Para que se resistan sus ofensas.
Anchos fosos abrir, cerrar portillos,
Reconocer traveses y cortinas,
Levantar puentes y calar rastillos.
Cuidoso prevenir secretas minas,
Municionar del alma los castillos,
Plataformas en ella alzar divinas,

Caballeros trazar, poner reparos,
Conviene ahora para aseguraros.
Y aunque veo que destas defensivas
Prevenciones os vais apercibiendo
Con las trazas mas finas y mas vivas,
Que estais en vuestro espíritu escogiendo;
Las armas enemigas ofensivas
Son dañosas en modo tan horrendo,
Que de sus furias pocos se defienden,
Si como á vos ahora los emprenden.
Vos, Garin, encendeis la ilustre dama
A contemplar la celestial riqueza,
Y en vos el enemigo enciende llama
Que os arda y dexe en mísera pobreza:
Vos le mostrais el bien del que bien ama,
Del bien eterno la inmortal belleza;
Y el enemigo á vos amar os hace
Esa mortal belleza que os aplace.

Era la virgen tierna y delicada,
Un angel en aviso y hermosura,
Las gracias la tenian adornada,
Y dellas era una real hechura:
Los dos hermanos que con luz amada
Platean y doran la estrellada altura,
Cada qual con la faz serena y bella,
Menos hermosos son que la doncella.
De quince á diez y seis años tenia
La bellisima dama generosa,
Enriquecidos de una gallardía
Tierna, suave, blanda y amorosa:
Solo con el mirar rendir podia
El furor de una tigre rigurosa,
El de un cruel determinado asalto,
El del airado mar quando mas alto.
Si la gran perficion, si la luz viva
De sus ojos, mexillas, boca y frente,
Y aquella gracia angélica y altiva
De que sabía usar perfetamente,
Hubiera visto el gran pintor que iba
Buscando lo perfeto y lo excelente,
No deseára mas hermosa idéa
Para pintar la linda Citeréa.
Su gran beldad á toda humana vista
Admiracion dulcísima causaba:
Fué su alta gracia con espanto vista,
Espanto que en mil gustos se anegaba:
Su excelso aviso general conquista
Hizo de quantas almas regalaba,
Formando en cuerpo y alma un paraiso,
Gran beldad, alta gracia, excelso aviso.

Fué al fin en hermosura aventajada
A quantas en su tiempo en todo el suelo

Al alma de mas dones adornada
Causar pudieran celestial consuelo:
Naturaleza, de su fuerza armada,
A imitacion de la beldad del cielo
La de la generosa dama hizo,
Y allí de su poder se satisfizo.
No es maravilla pues que Garin quede
Vencido por Satán en la batalla,
Si demás de lo mucho que obra y puede
Tal ocasion para su intento halla:
Si al valiente Varon en fuerza excede,
Y en este trance rinde y avasalla,
No es de espantar que á fuerza de belleza
Resista mal nuestra mortal flaqueza.

Canto II

Qual, en un campo seco, los rastrojos
Entra abrasando la furiosa llama,
Quando ocupan las eras los manojos,
Y las hojas se secan en su rama;
Así la luz de los divinos ojos,
Y la belleza de la linda dama,
Entra en el pecho de Garin, talando
La santidad, y su divino bando.
Conoce el afligido el fuego ardiente,
Y procura con ánimo esforzado
Evitar tan mortal inconveniente,
Y destruir tan infernal cuidado:
Hace discursos el Varon prudente,
Y viéndose confuso y apretado,
Determinado de pedir consejo,
Su pasion dice al ermitaño viejo.
A quien la causa, su pasion descubre;
Con quien su mal procura, se aconseja;
Llega el cordero al lobo, que se cubre
Y disimula con la piel de oveja:
Y él, contento de oir, el daño encubre
Arcando á veces la una y otra ceja,
Como maravillándose, y sintiendo

Dice Garin su lástima y congoja,
Ora con faz de amarillez teñida
Por el dolor, ora de empacho roxa,
Con baxa voz en lágrimas rompida;
Y mostrando tambien que se congoja
El traidor de su pena dolorida,
Encubriendo mejor lo que en sí esconde,
Así á Garin con blanda voz responde.

No solo, ó padre, no ha de dar tormento
Esa pasion que vuestro pecho aflige,
Sino consolacion, gozo y contento,
Considerando quien la ordena y rige:
Los que el Señor para su excelso asiento
Con su infinita providencia elige,
Siempre quiere que sean apurados
En semejantes penas y cuidados:
Y que muestren la santa fortaleza
De que han de estar armados los varones
Que desean gozar la eterna alteza
Entre los celestiales esquadrones;
Asi que, padre, no mostreis tibieza,
Como la muestran ya vuestras razones,
Sino seguid con ánimo la empresa,
Pues en su peso el mérito se pesa.
Bien veis quan grande exemplo y testimonio
Nos son de lo que digo, padre amado,
Hilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,
De fortaleza cada qual dechado:
Resistid á la fuerza del demonio,
No dexeis el camino comenzado,
Apurad vuestro espíritu en la llama
Que causa la presencia de esa dama.

No conviene que sea tan cobarde
Quien sirve á Dios que del peligro huya,
Es menester que al enemigo aguarde,
Pues ha de ser en honra eterna suya:
Si el alma ahora en ese fuego arde,
Con valor su templanza restituya,
Y así merecereis por la vitoria
Como varon perfeto mayor gloria.
¡O fiera brava de veneno llena,
Monstruo cruel, perverso y pernicioso,
Que con la voz y rostro de sirena
Encantas al mas sabio y valeroso!
¡Simulacion traidora, que condena
Tu trato doble, infame y alevoso
A que valga el doméstico enemigo
Lo que el tesoro del leal amigo!
¡O tirana absoluta de las cortes,
A donde no hay Proteo que te iguale
En variar de trazas y de cortes,
Segun las formas del que puede y vale,
Tomando alturas mil, mudando nortes
A cada viento que reynando sale
Por los profundos golfos espantables,
Solo á tí y tus sequaces navegables!
Si en el excelso trato cortesano
Tú no mezclases tu mortal cicuta,
Y en dulce estilo gravemente llano
A la verdad dexases resoluta;
¡Ay quanta de Jacob trocada mano

Viéramos, bendicion dando absoluta
A quien mas justamente le tocase,
Sin que simulacion se lo estorbase!

Pues quanto en la milicia heroyca y alta
Donde honor y valor tienen su punto,
Donde sublima, donde fama exâlta
Las cosas con excelso contrapunto,
¿Quanto tú contrapuntas? quanta falta
Por tí se tiene? y quanta sobra? y junto
Quanto daño y ruina? varios puestos
Trocados por tu mano, y contrapuestos?
Lobo voraz, airada tigre horrible
En trage de cordero y de ovejuela,
Zángano ponzoñoso, aborrecible,
En hábito y susurro de abejuela,
Grande miseria, daño muy terrible,
Caso que en l'alma al justo es justo duela,
Que el trato fiel que la amistad requiere
La infiel simulacion así adultere.
La infiel simulacion, por cuyas sobras
Pobre y desnuda vas filosofía,
Por ser el trato de tus justas obras
El que verdad, el que modestia cria:
Donde salvarte tú debes, zozobras,
Y ella se salva do morir debria.
Tanto daña á tu sabio y fiel intento
Su bárbaro y su infiel atrevimiento.
Podrá guardarse facilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario título y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente;
Pero de aquel amigo, que en tal nombre
Envuelve esta mortífera serpiente,
No se puede guardar: que el fiero daño
Viene qual aquí vino al ermitaño.

El qual vuelve engañado así á su cueva,
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fué con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida, y el sosiego.
Recibiole la dama generosa,
Mostrando en el cristal resplandeciente
En los dos soles, y en la fresca rosa,
(Helado asiento del amor ardiente)
Que sin consuelo, triste y temerosa
Habia estado mientras dél ausente:
Esto diciendo con tan dulce acento,
Que por oirla se paraba el viento.
Como suele salir la blanca aurora

Del negro albergue de la noche escura
Con el alegre rostro que enamora,
Vertiendo maravilla y hermosura,
Tal sale de la cueva la señora
En rostro alegre, en corazon segura,
Conque al monge enamora y maravilla,
Hermosura vertiendo y maravilla.
No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos dél salieron,
Quando el intento principal borraron,
Y el propósito santo consumieron:
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron,
Hasta que ya cansado y anhelante
Esto pasó del mauritano atlante.

Ya mostraba la luz qualquier estrella
Que le reparte la febéa mano,
Ya la casta Lucina blanca y bella
Hacia su curso tras su rubio hermano,
Plateaba su clara y fria centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venia ya Morféo
Las descuidadas aguas de Letéo.
Quando Garin, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El ser de la razon preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma, tan amada, ya olvidado
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera,
Qual si Medéa, ó Circe le prendiera.
Ya la noble doncella que esperando
Está de oir lo que él decir solia,
Con ambiguas palabras murmurando
Confusa y atajada la tenia,
Y con furioso atrevimiento osando
Ya sus honestas tocas componia,
Ya llegaba á las ropas, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente.
Ya las madexas de oro le tocaba
Temblándole las manos temerosas,
Y en las delgadas hebras se enlazaba
Como en fuertes cadenas poderosas,
Ya con menos temor acariciaba
Las tiernas azucenas y las rosas,
Y entre la no tocada nieve fria
Como en ardiente fragua se encendia.

Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas,
Que vencieran leones inhumanos,
Mortiferas serpientes enconadas;
Y en estos actos viles y profanos

Se vieron las mexillas matizadas
De un fino rosicler, con que encendiera
La mas helada salamandra y fiera.
Volvia los ojos la doncella honesta,
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntara, que obra es esta
Tan nueva, ó padre, que tu mano usa;
Y aunque él la entiende, no le da respuesta,
Que bien conoce que no tiene excusa,
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.
No solo no le ataja con mirarle
Con castos ojos, la gentil doncella;
Mas antes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle,
Que salen de la una y otra estrella,
Al tierno corazon, donde esforzados
Aumentan los deseos y cuidados.
Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, habia
De su viage la mitad andado
Por la estrellada relumbrante via,
Quando Garin en llamas abrasado
La luz pequeña que en la cueva ardia
Mató, porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece ni le aplace.

Viendo tras tantas novedades esta,
La doncella temblando se arrincona
Hácia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas entre sí razona;
Pero Garin, toda razon pospuesta,
Violó su castísima persona,
Ni en él, ni en ella, habiendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.
¡O mas que vidro fragil suerte nuestra
Con que facilidad te precipitas!
¡O furia que diabólica maestra
A tan mortales obras nos incitas!
¡O carne poderosa, brava y diestra,
Con armas que tú misma inhabilitas!
¿Quien sino tú causar pudiera tanto
En un varon tan escogido y santo?
¿Que poderosas fuerzas de leones
No fuerzas con las tuyas invencibles?
¿Que entrañas de diamante y corazones
Son á tus sentimientos resistibles?
¿De quien no cuentas tú en cien mil blasones
Triunfos, á no ser vistos, increibles?
¿Quien á Anibal tanto en Italia daña?
¿Quien perder hace al gran Rodrigo á España?
¿Quien el que á tantos bravos Filisteos
Hizo con la quixada mil pedazos,

Dando al fiel pueblo célebres trofeos
De mil infleles poderosos brazos,
Trae rendido á gustos y deseos
De tan falsos y míseros abrazos,
Que de alma y cuerpo, vista y vida quita
La desesperacion le precipita?

¿Quien al que á Dios en corazon conforme
Tan santo fué, tan valeroso y fuerte,
Fuerza á adulterio, y á homicidio enorme,
Con solo dél dexar desnuda verte?
A quien para que desto se reforme
Particular aviso se lo advierte
Con alto exemplo de notable espanto,
Que es menester contra tus fuerzas tanto.
¿Y quien al hijo deste (que advertido
Tanto lloró con penitencia tanta)
Tan sabio y poderoso, y tan querido
De la divina mano eterna y santa,
Le tuvo entre los ídolos metido,
Con ceguedad y error que al mundo espanta,
Sino tú, carne, que con tu flaqueza
Triunfas de humana ciencia y fortaleza?
Apenas cometió el estupro, quando
Movió en Garin con ronco son y horrendo
Del arrepentimiento el fiero bando
En confuso rumor tan alto estruendo,
Que el discurrir de la razon turbando,
Y el alma y corazon estremeciendo,
Le puso en punto de dolor tan fuerte,
Que estuvo casi para darse muerte.
En su forma terrible y espantosa
La confusion se le mostró delante,
Y con turbada vista y rigurosa,
Qual la del lince fuerte y penetrante,
El arrepentimiento en faz llorosa
Le mostró del pecado aquel semblante
Lleno de espanto y de terror, y lleno
De cruel y mortífero veneno.

En reñida batalla brava y fiera
Con estos poderosos combatientes
Garin quedó, tal que mover pudiera
A compasion leones y serpientes:
De pena el alma un mar amargo era,
Y de amargo dolor los ojos fuentes,
Y de congoja el corazon cuitado,
Un fuego vivo, riguroso, airado.
¿Mas quien la pena de la dama bella
Podrá decir, y la congoja brava?
Era una larga fuente cada estrella,
Que los claveles y el jazmin regaba:
Lloraba el mismo amor allí con ella,
La castidad con ella allí lloraba,

Y las gracias lloraban juntamente
En sus ojos, mexillas, boca y frente.
El blanco pecho con rigor heria,
Guedejas se arrancaba de oro fino,
Las delicadas manos se mordia,
Arañábase el rostro, cristalino,
Y con la voz que al viento suspendia,
Con triste lloro y suspirar contino,
Llamaba en su favor la triste dama
La muerte, que no viene á quien la llama.
La muerte, que no viene á quien la llama,
Llama llorando en voz amarga y triste;
Triste tanto, que el llanto que derrama
Derrama el alma que en su cuerpo asiste:
Asiste el duelo ardiendo en viva llama,
Llama que la vergüenza enciende. Oiste
Oiste, amor, que lloras con su llanto,
Llanto que te forzase á llorar tanto?

Así estuvieron hasta que en la cumbre
De la montaña vieron que la Aurora
Doraba con los rayos de su lumbre
Los esmaltes riquisimos de Flora;
Y entonces con turbada pesadumbre
Salió el contrito mísero, que llora
Su triste culpa, y la espantosa pena
A que le precipita, y le condena.
¿A donde vas, Garin? tente, no vayas,
Guárdate de mayor inconveniente,
No te ciegue el dolor, mira no cayas
En otro rio de mayor corriente:
Guarda que quando aconsejado te hayas
Con la cruel mortífera serpiente,
Que tú tienes por santo compañero,
No sea otro mayor despeñadero.
Va Garin por consuelo al falso viejo,
Queda la dama en desconsuelo horrible:
El busca quien le pueda dar consejo,
Ella no puede dalle al mal terrible:
Mira su culpa él, como en espejo,
En la faz del pecado aborrecible:
Ella mira su bien, mira su gozo,
Caido todo en un profundo pozo.
A la cueva del falso monge llega
Con tal congoja y pena el monge pobre,
Que con el llanto que su rostro riega
Muestra quanto el dolor le aflija y sobre;
Y pudo tanto la cruel refriega
De los sentidos, que postrado sobre
La dura peña, como peña dura
Quedó perdida la vital figura.

Haciendo muestra de piadoso amigo
Con diligencia corre á socorrerle

El pérfido, sagaz, ímpio, enemigo,
Siendo solo su intento el ofenderle;
Y vuelto en sí, y á él, Garin: yo os digo,
Dice, padre, que ha sido el defenderle
Al alma su partida deseada
Grande piedad, con impiedad mezclada.
Que aunque ella gana en no partirse ahora
Con culpa digna de tan gran tormento,
Tal es mi fuerte pena moradora,
Que le diera el partirse algun contento.
Así dice Garin, y gime y llora
Con tan amargo y grande sentimiento,
Que no pudiendo ser, casi parece
Que su enemigo dél se compadece.
Al fin con triste voz que se rompia
Con mil sollozos donde toma forma,
De lo que el falso viejo bien sabia
Con grande empacho y gran dolor le informa;
Y quando el caso ya escuchado habia,
Como quien gran dificultad reforma,
Que está profundamente imaginando,
Así muestra el traidor estar pensando.
Puesta la barba sobre el pecho estaba,
En el báculo el cuerpo reclinado,
Ya los ojos abria, ya enarcaba
Ambas las cejas, el color mudado;
Mas mostrando el cruel al fin que daba
Verdadero remedio á su cuidado,
Con animosa voz al monge dice,
Que no se aflija, ni se martirice.

Que acuda luego á remediar el daño
Antes que sea mayor, y mas le ofenda,
Que aunques tan grave el caso, y tan extraño.
Si presto se procura tendrá enmienda:
Que le parece que use algun engaño
Para que su flaqueza no se entienda,
Pues los casos injustos el discreto
Suele desagravar con el secreto.
Y que pues la pasion que ahora manda
A la razon, y al buen discurso, impide
Poder él escoger lo que demanda,
Y su consejo en aquel caso pide,
Que le parece, pues tan léjos anda
Del remedio que al mal se quadra y mide,
Que mate aquella dama, y que la entierre,
Y que él de la montaña se destierre.
Turbóse oyendo aquello el afligido,
Y replicó mil cosas en contrario;
Mas con otras cien mil fué persuadido
Por el fuerte astutísimo adversario.
Y aunque de varias dudas combatido,
Teniendo á aquel traidor por un Hilario,
En hacer lo que dice se resuelve,

Y á su cueva tristísimo se vuelve.
Olvidado del todo de sí mismo
Con la pasion que en las entrañas ceba,
Haciendo ya un confuso silogismo,
Y aun discurso de horror, llega á su cueva:
Llama siempre un abismo á otro abismo,
Y un daño en mil nos precipita, y lleva
El pecado tras sí, como cadena,
Mil eslabones de tormento y pena.

Halló á la triste dama de tal suerte,
Y tanto la aterró con su presencia,
Que para recibir la fiera muerte
Hizo poca, ó ninguna resistencia.
¡Ay alma ya rendida, ay furia fuerte!
¡O terrible rotura de conciencia!
¡O corazon al de Satán conforme!
¿Así intentais un caso tan enorme?
Atónita la dama y vergonzosa,
De la cueva en la parte mas interna
Se arrinconó, sin duda deseosa
De esconderse en hondísima caverna;
Y alli la mano injusta y rigurosa,
Que el infernal furor rige y, gobierna,
Llegó con un cuchillo no afilado
Para tan fiero y tan atroz pecado.
Detén, Garin, la mano, no te arrojes
A maldad tan enorme y atrevida:
Mira bien, desdichado, quan mal coges
El fruto de las obras de tu vida:
No dividas, cruel, no desalojes
Esa alma de esa carne su querida:
Acude á Dios, ¿qué olvido te enagena
De su clemencia de dulzura llena?
Al fin, del infernal poder vencido,
El fiero monge va á la dama bella,
Y el cuchillo mortal apercibido
Pasa por la garganta tierna della.
Cayó el hermoso cuerpo ya rendido
A la fiera que todo lo atropella:
¡Cayó el hermoso cuerpo, ay fiera muerte!
Quan espantable en caso tal y fuerte.

Qual tierna rosa al asomar del dia,
Quando de fino rosicler pintada
Sus hojas con fragancia desparcia,
Que fué de su materno pié cortada,
Y con los rayos que el planeta envia,
Siendo en la tierra al cielo abierto echada,
Se marchita, y lo blanco y roxo, y verde,
El olor, la belleza, y gracia pierde;
Así el cuchillo y la inhumana mano
Que en la garganta su furor probaron,
Perdida su frescura y su verano,

A la dama bellísima dexaron;
Así aquel cuerpo y rostro mas que humano,
Donde tanto las gracias se esmeraron,
Quedó, perdida la belleza y gracia,
Dignas del canto del cantor de Tracia.
¡O miserable y lastimosa muerte!
¡O furor infernal! ó mano airada!
¿Cómo pudiste, cómo, dí, atreverte
A tal crueldad tan fieramente usada?
Antes tú misma habias de ponerte
A ser con el mortal cuchillo asada
En un fuego qual tu bravo y furioso,
Como la del Romano valeroso.
El claro sol se escureció al instante
Que con un ay! rindió la dama el alma:
Mil visiones Garin vió allí delante:
Mil gritos dar, batiendo palma á palma
En mil truenos el cielo resonante
Trocó la dulce y apacible calma:
El alto monte fué vayveneado
De un súbito temblor arrebatado.

En lo mas hondo de otra cueva escura,
Para esconder el bello cuerpo frio,
En un momento abrió una sepultura
El triste monge, aunque sin fuerza y brio;
Y alli enterrado, parte y se apresura
Hácia la cueva de su amigo pío,
Adonde el pobre, en vez del ermitaño,
Vió de que era demonio el desengaño.
Con risa, y con el dedo señalando,
Recibe el monge falso al verdadero,
En su contento y ademán mostrando
Ser su enemigo poderoso y fiero:
Llegó de pena al postrer punto, quando
Su daño vio Garin tan por entero;
Y así cayó en el suelo sin sentido,
Casi del todo al gran dolor rendido.
Quisiérale ayudar á dalle muerte
Con mayor obra el áspero enemigo,
Aunque de aquel desmayo largo y fuerte
Piensa llevarse el alma ya consigo;
Pero tuvo Garin mas buena suerte,
Fuéle mas pío el cielo y mas amigo,
Pues vuelto en sí del parasismo, pudo
Hacer contra la muerte eterna escudo.
Alzase mejorado y fervoroso,
Y con el enemigo al punto cierra
Armado de la cruz, arnés dichoso
Que al fiero engañador vence y destierra,
Y con esto animado y temeroso,
En lo mas intricado de la sierra
Al momento emboscándose se esconde,
Puesto en huir del injuriado Conde.

Con tristes rayos el que alegra el mundo
Volando por su esfera se subia,
Dando causa á Garin de horror profundo
Con que aumente su pena y su agonía,
Viendo que el sol, mostrándose iracundo,
Con priesa tal las horas ya traía,
Que visitada suele ser la dama
Con los regalos de quien tanto la ama.
Vuela el sol, vuela el monge; el uno al curso
De su veloz carrera acostumbrada,
El otro á procurar mejor recurso
Que el de su iníca y falsa camarada:
No el temor á Garin quita el discurso,
Antes le aviva, y de la sierra amada
Toma seguro puesto y oportuno,
Antes que venga á ver la dama alguno.

Canto III

Despues que el enemigo bravo y fuerte
Del incauto Garin hubo triunfado,
Y en las gruesas cadenas de la muerte
Revuelto le dexo y aprisionado,
Aquel divino espiritu que advierte
Al alma, de quien es por guardia dado,
Quanto conviene á su esencial gobierno,
Dixo á Garin en su secreto, interno.
Vencido quedas por el enemigo,
Pecaste lastimosa y gravemente,
Mira la ofensa, tiembla del castigo,
Goza, Garin, de la ocasion presente,
Repara en las razones que te digo,
Llora, y haz pentencia suficiente,
No tienes ante el justo Dios disculpa,
Parte luego á purgar tu grave culpa.
Oyó la voz el alma arrepentida,
Que de fiero dolor arrebatada
Casi no daba al triste cuerpo vida,
Dél en su confusion enagenada;
Y al son divino y dulce resentida,
Aunque de mil pasiones aquejada,
Al cuerpo anima, y lo que oyo revuelve,
Y á tomar el consejo se resuelve.

La fria noche, el ayre, el cielo y tierra,
Confuso en sombra lóbrega encerraba,

Y con tristeza en la fragosa sierra
Los árboles el viento meneaba:
La cueva que el leon ardiente encierra
De sus roncos rugidos resonaba,
Las sordas aguas triste son hacian,
Y las del rio y las del mar se oían.
Quando temblando sale el ermitaño
Del secreto escondrijo, y como mira
Aquel horror nocturno tan extraño,
Con mayor miedo dentro se retira;
Pero resuelto en remediar su daño,
Como su buen espíritu le inspira,
Vuelve á salir, y en el escuro cielo
Puestos los ojos, póstrase en el suelo.
Y con voz dolorosa y triste dice:
Pequé, Señor, en tu real presencia:
Sé, mi Dios, que la ofensa que te hice
Mortal trae consigo la sentencia:
Veo quan al contrario satisfice
A mi debido amor y continencia:
Mi iniquidad conozco, y mi pecado
Contra mí fieramente veo armado.
Es clara y conocida la justicia
Que contra mí, justísimo Rey, tienes,
Por mi grave abundancia de malicia,
Y por mi ingratitud á tantos bienes;
Pero, Dios de la angélica milicia,
Si severo juez al hombre vienes,
Si á la piedad permites apartarse,
¿Quien ante ti podrá justificarse?

Yo no solo, Señor, no justifico
Esta alma mia, ilustre imagen tuya;
Pero mi grave culpa te publíco,
Puesto que en tu saber ella se incluya:
Sé que no hay parte en todo el cerco oblíco
Del mundo, adonde de tus ojos huya:
Conozco que á mi grave y fiera culpa
No hay cosa que le pueda ser disculpa.
Y así, mi Dios, no de justicia pido
El favor á tu mano omnipotente:
El de piedad que tanto me ha valído
Invoco ahora con afecto ardiente.
Desta, mi Dios, sea yo favorecido
En peligro y en daño tan urgente:
Desta la absolucion, Señor, imploro,
Con que borre las culpas por quien lloro.
Tú, Dios, que eres verdad pura, infinita,
Y que tanto de oirla y verla gustas,
Ves que solo mi lengua se exercita
En culparme ante ti de obras injustas,
Y que ni un punto de mis culpas quita
Con excusas que sé que no son justas
De inclinacion, y de la culpa y pena

Original, destas miserias llena.
Que tú, Señor, que de tu oculta ciencia
Con cierta luz el alma me alumbraste,
Dando á mi voluntad libre potencia
Que á resistir al enemigo baste,
Me muestras, pues no tuve resistencia,
Que no es razon que yo palabras gaste
En injustas excusas y disculpas,
Que sería aumentar mis graves culpas.

Misericordia simplemente pido
Con corazon contrito y humillado:
No le desprecies, dale grato oido,
Qual suele dalle el padre al hijo amado;
Y quanto en mí el pecado ha destruido,
Vuelva á ser por tu mano edificado:
Borra mi iniquidad, y mi desgracia:
Vuélveme la alegria de tu gracia.
Vuelve, Señor, tu gran piadosa cara
A mí tu redimida criatura,
Y con la fuerte mano que me ampara
Dame al perseverar fuerza segura;
Y darte he yo con penitencia rara,
Con suspiros y llanto de amargura,
Con dolor que mi espiritu renueve,
Lo que un contrito corazon te debe.
Asi Garin oró, y al punto un fuego
Sintió que dulcemente le encendia
El pecho, que en mortal desasosiego
La fiera ofensa con terror tenia;
Y que en el, al temor helado y ciego
Con un ardor suave consumia,
Poniéndole animado ya de suerte
Que emprenda á defenderse de la muerte.
Y esfuerzo nuevo con fervor haciendo,
Vuelto en sí reportado y animoso,
Hácia la mar el rostro revolviendo,
Baxa por aquel monte fatigoso,
Y el áspero camino prosiguiendo,
Llegó con el silencio tenebroso
A donde con el llano se termina
El alto monte, enfrente á la marina.

Entonces con mayor cuidado y priesa
Los bien guiados pasos apresura:
Campos, valles, y arroyos atraviesa,
Por malezas, por bosques, y espesura:
Del presuroso caminar no cesa
Mientras la noche lóbrega le dura;
Y siempre vuelto el rostro al alto oriente,
Teniendo la marina por de frente.
Abria ya las puertas de levante
La blanca aurora á la diurna lumbre,
Y poco á poco le salia delante

Guiando como tiene de costumbre:
Doraba ya mas alta y mas radiante
Del alto monte la enriscada cumbre,
Y el sol ya poco á poco descubria
El claro rostro, dulce autor del dia.
Quando Garin el paso apresurado
Detuvo, de ser visto receloso,
Y en intricadas matas emboscado
Estuvo el dia largo y enojoso:
De yerbas y agua siendo alimentado,
Y de triste y brevísimo reposo,
Y de oracion y lágrimas ardientes,
Con que los ojos convertia en fuentes
Y á veces, vuelto el rostro al monte amigo,
Decia con fervor divino y santo:
No dexaré el camino que ya sigo,
Aunque lo estorbe el reyno del espanto.
A Dios mi dulce albergue, y caro abrigo:
A Dios fértiles peñas, donde tanto
Consuelo tuvo, quien sin él ahora
Tan justamente gime, afana, y llora.

A Dios arrieno y rico Monserrate,
Cuya sublime altura á la del cielo
Hará que se trasporte y se arrebate
El alma que gozare su consuelo,
Donde puede subirse de quilate
De la contemplacion el largo vuelo,
Y regalarse entre esas piedras duras
Con sus divinos gustos y dulzuras.
Donde yo, miserable, poseía
Tan sosegada y apacible calma:
Donde quanto trataba, y quanto via,
Era colmado bien de cuerpo y de alma:
Donde de gloria celestial tenia
Parte tan grande en esta fragil palma:
En quien, como no mérita, no cupo,
Ni conocella, ni tenella supo.
Pero si desde que nací he tenido
Esta admirable bienaventuranza,
Sin que haya en parte alguna padecido
La ordinaria del mundo malandanza,
Fuera como no ser de Adan nacido
Sino tuviera de tal bien mudanza,
Pues á infalible y á mortal fatiga
Forzosamente el serlo nos obliga.
Y así, pues es la general carrera
De los hijos de Adan fatiga y muerte,
No por pasalla yo en su furia entera
Siento perder aquella dulce suerte:
Es lo que siento, que mi culpa fiera
Tan alto bien destruya de tal suerte:
Es que por culpa tan atroz y extraña
Pierda yo mi dulcísima montaña.

¡O peñas, mas preciosas que diamantes,
Que zafiros, jacintos, y topacios!
¡O plantas bellas, fértiles, fragantes,
Que adornais con tal regla sus espacios!
¡O cuevas, mas hermosas y abundantes
Que reales riquísimos palacios!
¡O monte, para mí parte del cielo,
En su santo y dulcísimo consuelo!
No me esperéis, no os veré mas: mi ofensa
De vos me aparta miserablemente;
Y será della en parte recompensa
El haber de vivir de vos ausente.
Quiera el alto Señor que lo dispensa,
Que, á gloria suya, deste mal presente
Eterno bien suceda, eterna gloria,
Ganando al enemigo la victoria.
Que si en este furioso trance he sido
Roto y desbaratado, espero y creo
Que con victoria quedaré, y valído,
Si llego á pelear como deseo:
De mi Rey seré luego socorrido
Si segun mi propósito peleo,
Yendo á pedir favor á su Vicario,
Contra mi fiero y áspero contrario.
Proseguiré con el favor divino,
Que al santo intento nunca desampara,
Este mi comenzado ya camino,
Que en Roma en mi intencion llorando para,
Que desde aquí con viva fe adivino,
Pues la piedad la contricion ampara,
Que he de ser amparado de tal suerte,
Que á mi enemigo no valdrá ser fuerte.

Como yo como debo le demande
Al Capitan supremo de la tierra
Favor, socorro, amparo, en este grande
Trance mortal, de rigurosa guerra;
Por mas que mi enemigo se desmande
Con el poder que en su impia mano encierra,
De mano tan piadosa quan potente
Espera el lauro mi humillada frente.
Así decia, quando el sol ya daba
En las espaldas del infiel atlante,
Y con templados rayos perfilaba
Las nubecillas que tenia delante;
Y él, que la escura noche deseaba,
Sin que haya en ella cosa que le espante,
Levántase, y en paso presuroso
Convierte el cansadísimo reposo.
Toda la noche sin parar anduvo,
Y ya que el alba se mostró en oriente,
Pasada Barcelona se detuvo
Entre las altas yerbas de una fuente,

Donde escondido poco rato estuvo,
Porque aquel dia con el sol ardiente,
Y despues con las sombras tenebrosas
Caminando, llegó el siguiente á Rosas.
A Rosas, villa ilustre, y grande puerto,
Llego Garin pasado medio dia,
Del nuevo caminar cansado, muerto,
Y mas de la mortal nueva agonía.
Halló él allí que el general Alberto
Su armada ya para partir tenia,
La bandera de leva al viento suelta,
Toda la gente en embarcarse envuelta.

Era de la gran Nápoles la armada,
Que con tormenta habia allí aportado;
Y ya de su naufragio reparada,
El tiempo adverso en próspero trocado,
Queria dar la vuelta deseada
Con diligencia al patrio puerto amado;
Y así, puesta señal ya de partida,
Se embarcaba la gente apercebida.
A vista pues del puerto, y de la villa,
Se detuvo Garin, mirando atento
El acudir las gentes á la orilla,
Todas al parecer con un intento:
La novedad le causa maravilla,
Y un receloso y cauto pensamiento;
Siendo la vez primera que galeras
Ver se le ofrece, y gentes extrangeras.
Aunque el varon prudente, por lectura
Y relacion de quien le fué maestro,
Que en santidad, en juicio, y escritura,
Y en las cosas del mundo fué muy diestro,
Con claro entendimiento y conjetura
Hizo luego juicio no siniestro,
Y en Rosas entra, y con industria grande
No hay cosa que al seguro no demande.
Y viendo ya que le faltaba el dia,
Cierto y asegurado bien de veras,
De las personas que en la armada habia,
Donde van, y quien lleva las galeras;
Del gran peligro y daño que temia,
Seguro con mil pruebas verdaderas,
Salió, aunque con recato y gran prudencia,
Poniendo en embarcarse diligencia.

Y lleno de dulcísimo consuelo
A la marina llega presuroso,
Con esperanza en el clemente cielo
De gozar del pasage venturoso;
Y ya que quiere con humilde zelo
Procurar de su intento el fin dichoso,
Conoció entre la gente que iba al puerto
En el respeto al General Alberto.

Llégase á él con santa confianza,
Y dícele humillado: el ser quien eres,
Señor, de tu favor me da esperanza,
Y muy, qual tú, será el que á mí me dieres.
Alzóle Alberto, y dixo: en lo que alcanza
Mi mano, alcanzarás lo que quisieres,
Pues el rostro y el hábito asegura
Que el complacerte me será ventura.
Sé, Señor, replicó Garin, que partes
Para Nápoles hoy con esta armada;
Y aunque de merecer hay pocas partes
En mi persona mísera y cuitada;
Pues tu gracia en todos aquí partes,
No me ha de ser ahora á mí negada.
Es á Roma por fuerza mi viage:
Manda, Señor, que tenga yo pasage.
Con rostro alegre el General la mano
Entonces á Garin tomó, diciendo
Con amigable voz y trato humano,
Y al esquife el camino prosiguiendo,
Bien facil es lo que pedís y llano,
Vuestra necesidad y intento entiendo:
Venid, padre, conmigo á mi galera,
Que solo á mí para levarse espera.

Al esquife, que á tierra ya acostado
Aguarda al General, llegan contentos;
Y allí, de los que viene acompañado
Despedido con gratos cumplimientos,
Fué en hombros de dos moros levantado,
Y puesto del batél en los asientos,
Que estaban adornados hasta el suelo
De alhombras ricas de pintado pelo.
Garin luego tras él, y, luego el resto
De la gente se embarca diligente.
Calan los alieres remos presto,
Vuelan los barcos con la alegre gente,
Desocupan la orilla, mudan puesto;
Y vuelta cada qual la aguda frente,
Da la popa á la escala de galera,
Que ya dada á la banda los espera.
Apenas pone el pié en la escala Alberto,
Quando con altos gritos sonorosos,
Y con dulces clarines á concierto,
Le saludan alegres y gozosos.
Quedó por largo espacio el ancho puerto
Con los acentos últimos gustosos,
Que los llevó por él con voz sonora
Eco, de los desiertos moradora.
El planeta mas rico y mas lumbroso,
De arreboladas nubes despejado,
Habia en el océano espacioso
Sus claros rayos ya somorgujado;
Y la noche, no el manto tenebroso,

Sino puesto se habia el estrellado,
De dulces esperanzas ciertas lleno
De ser el tiempo próspero y sereno.

Quando sentado el General prudente
En su popa real, rica y hermosa,
Con quince Capitanes, y la gente
Contina suya, ilustre y valerosa,
Le sirvieron la cena, realmente
Servida y ordenada y suntuosa:
En la qual dió, el General cristiano,
Asiento al monge á su derecha mano.
Bien que lo rehusó Garin, modesto,
Humilde, sábio, sóbrio y vergonzoso;
Pero por fuerza el señalado puesto
Con obediencia ocupa el religioso.
Fué bien notada su bondad en esto,
Y su encogido trato y virtuoso;
Y dió muestra evidente en la comida
De ser varon de continente vida.
Acabada la cena regalada,
Dió por última postre della Alberto
El orden general de la jornada,
Con discreto propósito y concierto;
Y allí, en breve consulta señalada
La hora de levarse de aquel puerto,
Todos del General se despidieron,
Y á sus galeras, y á sus puestos fueron.
El con los de su popa solamente,
Cuyo número ya Garin aumenta,
En su real quedó, donde la gente
Ya del amado sueño se alimenta.
Manda dar á Garin lugar decente
En el escandelár, porque no sienta
Tanto las pesadumbres de galera,
Como sin este cómodo sintiera.

Retíranse al fin todos, entretanto
Que el partir esperado se dilata,
Al silencio entregando todo quanto,
El activo rumor ordena y trata:
Rindiéndose al suave y dulce encanto,
Que en olvido las almas arrebata,
Quedando solamente en pié y despiertos
Los de la guardia, con cuidado alertos.
Así estuvieron hasta que tocado
En la mitad de su camino habia
La noche, y de la guardia el señalado
Quarto segundo ya rendir se via;
Que entonces, en un tono levantado,
Que en vuelo por el ayre se esparcia,
Un alegre clarin con voz sonora
De la partida señaló la hora.
En dulce calma está la mar quieta,

Que ni á ella ni al ayre mueve el viento:
La gente al blando sueño está sujeta,
Sin hacer un pequeño movimiento.
Tan solamente el plático trompeta
Esparce por el ayre el alto aliento,
Dando con vário son alegre nueva
De aquella alegre y deseada leva.
Como del centro de la mar salido,
O del cóncavo cerco de la esfera,
Así sonaba en el atento oido
El alto son de aquella voz primera.
Oyóse, el gran silencio entretenido,
La pausa del primer aliento entera;
Mas esta, el hombre apenas acababa,
Y para la segunda respiraba.

Quando como si el carro tenebroso,
Qual el de Faeton roto y abierto,
Con ímpetu y estruendo riguroso
A dar viniera en aquel ancho puerto,
Un rumor se levanta presuroso;
Y en un momento cada qual alerto
Atiende á su faena diligente,
Y á lo que manda el cómitre prudente.
Abaten, zarpan en un punto, y cian,
De tierra el cabo ya desamarrado:
Del puerto salen ya, ya se desvían
Del que á las veces es tan deseado.
Sostan la boga, la galera avían,
Tras la real el curso enderezado,
Que por guia de todas vigilante
El fanal encendido va delante.
Al céfiro esperado desplegaron
Las velas del trinquete los proeles,
Y sin que las hinchiese navegaron
Bogando algunas millas á quarteles;
Pero, ya que en el alto golfo entraron,
Avivando el favonio los pineles,
El cómitre silbando luego ordena
Levar los remos, y amaynar la entena.
Afrenillada ya la palamenta,
Viene la entena abaxo con ruido:
La espiga en un momento se le aumenta,
Y en un punto el bastardo está tendido.
Iza la chusma alegre ya y contenta
Del viento á su descanso que ha venido:
Sube la entena, y llega á dar al tope:
Va la galera mas que de galope.

Con aquel fresco embate navegaron
Hasta que viendo de Titon la esposa,
Alegres y devotos saludaron
Al Hacedor de aquella luz hermosa;
Y en acabando la oracion calaron

Remos, con que saltó la agua espumosa
Del apacible golfo sosegado,
Ya del hermoso sol iluminado.
El son agudo de la campanilla
Del breve sueño al buen Garin despierta,
Y escucha con atenta maravilla
Lo que se trata ya sobre cubierta.
El cuerpo y alma el ermitaño humilla,
Y á la santa oracion abre la puerta,
Alzado de las tablas donde estaba,
Y no del traspontin que le esperaba.
En éxtasis divino arrebatado,
Los ojos vueltos, y las manos puestas,
Está el contrito monge trasportado
En divinas demandas y respuestas:
El rostro y pecho con fervor bañado
En lágrimas ardientes, ya dispuestas
A recibir favor de amor eterno,
Para prevalecer contra el infierno.
Con un suspiro de dulzura lleno
De aquel santo consuelo se levanta:
Las lágrimas enxuga al rostro y seno,
Y compone la voz en la garganta.
Sube del ayre lóbrego al sereno,
Tanta virtud mostrando, y bondad tanta,
Que en viéndole subir, toda la gente
Se le humilla y ofrece juntamente.

Llévanle á popa, donde la nobleza
Le acoge y acaricia y honra tanto,
Como si se tuviera gran certeza
De que era el afligido Garin santo:
Y ellos con caridad y con llaneza,
Bendecidos y honrados fueron quanto
Por el discreto monge convenia,
Usando humilde y santa cortesía.
Y retirado luego en un asiento
De un corredor, que por defuera daba
Maravillosa gracia al ornamento
De la soberbia popa extraña y brava,
Dió rezando las horas alimento
Al alma, que de aquello alimentaba;
Recogiéndose allí de la manera
Que si solo en un páramo estuviera.

Canto IV

Hecho el santo exercicio acostumbrado
En el mismo lugar entretenido,
Garin contempla el golfo sosegado
Al claro sol en plata convertido,
Y el resplandor alegre tremolado

Dulcemente le tiene divertido;
Luego la vista donde está convierte,
Y allí mas se entretiene, y se divierte.
Mira de la real popa sublime
Puesto en su punto el arte y la riqueza:
Los ojos, en pié puesto, en ella imprime,
Y admira la riquísima belleza;
Pero la vista un poco mas reprime,
Para ver con mas gusto y entereza
Parte por parte de la gran hechura
La milagrosa traza y compostura.
La materia es marfil, ébano, y oro,
De la real y artificiosa popa.
En la ancha basa está historiado el toro
Que pasa el mar Cretense con Europa:
De la dama el espanto, el miedo, el lloro,
Y el movimiento del cabello y ropa
Exprime lo esculpido de manera,
Que mostrar mas lo vivo no pudiera.

Desde la bella basa que restriba
En el suelo de flores matizado
Del corredor, hasta el bandil de arriba,
Que en forma de cornisa está labrado,
Hay quatro dioses Términos, que arriba,
Cada qual con el brazo levantado,
A dar por pié la mano á las primeras
Ménsulas, que sustentan las tixeras.
De los hermosos Términos, ornados
De trofeos marítimos infieles,
Estan los tres vacíos empleados
En el arte bellísimo de Apeles.
Muestran estos tres quadros señalados
Quanto pueden mostrarnos los pinceles,
Representando en su color diversa
Tres batallas navales del gran Persa.
En el quadro primero se mostraba
Negroponte del mar Egeo ceñida,
Que de galeras bárbaras estaba
Confusa y fieramente circuida;
Y por la angosta parte que miraba
A la costa de Grecia, la reñida,
La fiera, la sangrienta, la espantosa
Batalla, de ambas partes peligrosa.
Xerxes con casi mil y quatrocientas
Galeras con Temístocles pelea,
Que, dél acometido, con quinientas
La griega industria y el poder emplea;
Pero la noche, envuelta en las violentas
Tinieblas, la victoria que desea
Cada qual de los dos aquí les quita,
Con pérdida de todos infinita.

En la segunda tabla otra batalla,

Allí en el mismo mar de Negroponte,
Se muestra tan sangrienta, que al miralla
Se via turbar la luz del horizonte:
En la qual la famosa griega malla
Fue retirada al Artemisio monte,
Donde á los Jónios escribió el famoso
Temístocles su exceso vergonzoso.
En el tercero quadro el gran Corinto,
La isla Salamina al istmo enfrente,
El espumoso mar en sangre tinto,
Y lleno de la infiel soberbia gente:
Un intricado y fiero laberinto,
Que allí formaba el infernal tridente,
Del número de fustas excesivo,
Representaba lo pintado vivo.
Tan vivamente el arte los sentidos
De cada cosa allí representaba,
Que no la vista, pero los oidos,
Con espanto dulcísimo engañaba.
Parece que se oian los ruidos
Que aquella belicosa gente brava
Mostraba en el pintado movimiento,
Qual si gozára de vital aliento.
Aquí los fieros Persas, y Atenienses,
Y acullá los Corintos, y sus Jónios;
Allá los bravos Medos, y Focenses,
Y allí los Partos, y Lacedemonios;
Acá los negros Indios, y Tricenses,
Y allá los Pílios, y los Paflagonios,
Vierten sangre, dan fuego, desbaratan,
Rompen, abren, destrozan, mueren, matan.

Aquí se via una muger famosa
En favor del confuso Persa armada,
Tan valiente y tan brava quan hermosa,
Y, mas que todo aquesto, apasionada:
La gran Reyna de Caria, que amorosa,
Tras tener en su cuerpo sepultada
De su muerto marido la ceniza,
Con el vano sepulcro le eterniza.
Esta tambien con los del fiero bando
Del roto Persa, vergonzosamente,
Al viento y mar la vela y remo dando,
Huye de la furiosa griega gente;
Y aquel consejo á todos acordando
Que á Xerxes dió de plática y prudente,
Mostró, con gloria de su sexô y nombre,
Ser digna en todo de inmortal renombre.
Su galera, de muchas perseguida,
La pintura vivísima mostraba,
Con la vela mayor llena y tendida,
Y con la presta boga, que volaba.
Fué mas que todas las demás seguida,
Dándole caza porfiada y brava,

Cada qual aspirando á la promesa
Que Atenas hizo por tan rica presa.
Mas, aunque no alcanzaron esta gloria,
Que fuera la mayor con que pudiera
Ilustrar de los Griegos la memoria
La Fama, de sus cosas pregonera;
En lo demás se via la victoria
Pintada de su padre de manera,
Que á hierro y agua y fuego y fuga, rota
Quedó del Persa la soberbia flota.

Ya que de la siniestra banda habia
Visto Garin la obra delicada,
Y aquella grande historia que él sabia
Tan vivamente allí representada,
Por donde el ancho corredor hacia
A la espaciosa timonera entrada,
Pasó á gozar en la derecha parte
De lo que ya le prometia el arte.
Mira por el mismo orden compartida
La obra, y en la basa de escultura
Medusa bella, por el mar traida,
De un gran caballo á su placer segura.
Muéstrase mas alegre y atrevida
Que Europa, y con mas gracia y hermosura:
Todo lo qual le fué dañoso tanto,
Que en fealdad se convirtió y espanto.
A los tres quadros de pintura luego
Alza la vista, y en el uno mira
De dos armadas encendido un fuego,
Y un bélico furor que al mundo admira,
Y un caudillo de amor turbado y ciego,
Y otro abrasado en vengativa ira:
Es Marco Antonio el torpe, y el airado
El grande Octaviano su cuñado.
Entre las dos armadas, mil galeras,
Casi en iguales partes repartidas,
Daban al ayre claro las banderas
De las Romanas gentes divididas;
Y en el fértil Epíro, en las laderas
Del Accio promontorio, al mar tendidas,
Los dos campos estan de los Romanos,
Vueltos al mar, las armas en las manos.

Solo representaba lo pintado
En este primer quadro, presentada
La batalla del uno y otro lado,
En orden puesta la una y otra armada:
En la segunda tabla, ya trabado
Se via el gran conflito con la airada
Furia, que suele en estos trances tales
Emplear sus rigores infernales.
Allí se vian llamas encendidas,
Que llegaban furiosas á su esfera;

Allí en el ayre denso suspendidas
Nubes de vista tenebrosa y fiera;
Allí de astadas armas impelidas
El daño se mostraba de manera,
Que el mar, de muertos lleno, está revuelto,
Y en espumosa y negra sangre vuelto.
Pero quien el furor que las espadas
Muestran allí podrá decir, al punto
Que se ven las galeras abordadas,
Y el confuso tropel de armados junto,
No solo por los vivos gobernadas,
Que aun dañan en las manos del difunto,
Hallando en ellas mil varones fuertes,
Por varios casos mil, mil várias muertes.
Pone la vista, al fin, en el tercero
Quadro de la pintura artificiosa,
Y mira el fin de aquel conflito fiero
Con la roca de Antonio lastimosa;
De Antonio, que de honor rompiendo el fuero
Huye, no de prision, ó muerte honrosa,
Sino por ver huir desto á Cleopatra,
En quien el torpe idólatra idolátra.

Y de la Reyna aquí el vaxel se via
Con la purpúrea vela desplegada,
Que aunque era tarde ya, se descubria
Por ser de las demás diferenciada;
Demás que la sagaz muger hacia,
En medio de la fuga acelerada,
Alzar de quando en quando un fuego, para
Que su querido Antonio la atinara.
Era de ver allí la fuga della,
Y el presto seguimiento dél, causado
De la fuerza de amor, viva centella
En que el lascivo amante está abrasado:
Infame fuga y trágica, que en ella,
Herido Antonio, muere desangrado
Al pecho de Cleopatra, y ella muere
Del áspid con que el pecho airado hiere.
Echa á fondo y abrasa quanto topa
El grande Augusto en su mayor ventura,
Que el ser de Asia, y de Africa, y de Europa
Monarca esta victoria le asegura.
Al fin llegaba de la bella popa
Todo lo de pincel y de escultura
A su perfeto punto, en qualquier parte
De las que se requieren en el arte.
Pero si quan pintor fuera adivino
El que pintó la popa suntuosa,
El arte y el ingenio peregrino,
Y la mano sutil y artificiosa,
Y el elevado espíritu divino
Que empleó en la labor maravillosa,
Sin duda lo empleára en otra historia

Para ganar eterna fama y gloria.

En la marina misma allí pintada
Del Egéo revuelto y espumoso,
Pintára aquella célebre, jornada,
Aquel gran vencimiento milagroso,
Donde mostró la dulce paz amada
Un rayo de su rostro tan hermoso,
Con Pedro, y Diego, y Marco, y la florida
Gente del mundo en santa liga unida:
Donde por Pio Quinto, y por Venecia,
Y por Felipe, el gran Don Juan su hermano,
Breve consuelo á la afligida Grecia,
Y espanto del imperio del tirano,
De la infelice gente que desprecia
El nombre felicísimo cristiano,
Tuvo tantos marítimos trofeos,
Que pudieron quadrar con sus deseos.
¡O pio! ó santo! ó singular prelado!
Lleno de zelo paternal divino,
Vuestro alto intento en viva fe fundado
Abrió al poder cristiano este camino,
Para ver su estandarte enarbolado
En la grande ciudad de Constantino,
Y librar el sepulcro y santa tierra
Del cautiverio injusto, y larga guerra:
Teniendo á vuestro intento el aparejo,
Qual en el mundo desear se pudo,
Con el gran Rey, de Reyes claro espejo,
Y de la Iglesia diamantino escudo,
Cuyo gobierno y ser, zelo y consejo,
Y cuya gran prudencia, yo no dudo
Que fué claro milagro con que quiso
Darnos Dios de su ciencia claro aviso.

Llore la santa madre militante
Con su sacro real cuerpo difunto,
Y cante en gozo eterno la triunfante
Con l'alma santa que llegó á su punto:
Llore la triste tierra, el cielo cante,
Donde muriendo gozo y pena junto
Dió el gran Felipe, á quien de eterna gloria
Será como de justo la memoria.
Y no menos, Pontifice famoso,
Tuvistes aparejo para el hecho
En el libre Senado poderoso,
Conforme en intencion á vuestro pecho;
Y en aquel fuerte jóven belicoso,
Que General, en general provecho
Del cristiano, fué de la jornada,
Digna de ser por única estimada.
Digna de que las plumas, cuyo vuelo
Pasa las altas cumbres de Elicona,
La esparzan con la fama en todo el suelo,

Y la coronen de inmortal corona.
¡O si á mi pluma concediera el cielo
En esto lo que en vella á mi persona!
¡O si, así como vi la gran batalla,
Supiera describilla yo, y cantalla!
Al fin, si aquel pintor aventajado,
Que mostró procurar por su arte y gloria,
Fuera en adivinar tan extremado,
Como en pintar y en escoger historia;
En el sangriento mar allí pintado
No diera aquella célebre memoria
A los furores bárbaros y ciegos
De Persas, de Romanos, y de Griegos.

No mostrára su espíritu ingenioso
Los hechos, aunque grandes, de gentiles:
Del gran Don Juan el hecho milagroso
Mostrára con sus manos tan sutiles,
Y no en quatro, ó en seis artificioso
Retratára los Héctores y Aquiles;
Sino en todos pudiera retratarlos,
Y en muchos mucho mas aventajarlos.
Pues es muy cierto que aunque igual no fuera
La famosa batalla de este dia,
En número, ó en fuerzas, á qualquiera
De las quatro que allí pintado habia,
¿Qual furia dellas igualar pudiera
A la infernal de tanta artillería?
¿De tanto fiero y tempestuoso rayo?
Del celestial, tan infernal ensayo.
Arcabuces, mosquetes, esmeriles,
Pedreros, y cañones reforzados,
(Por martirio de espíritus viriles,
Por los de infierno, y su Vulcan forjados,
Con que suelen matar soldados viles,
Los que apenas mirar serian osados
No usaron las gentílicas armadas,
Y así no pueden sernos igualadas.
Quanto mas, que demás destas no iguales
Armas, dellos no usadas, espantosas,
De doscientas y diez galeras reales,
Y de seis galeazas poderosas,
Fué nuestra armada; y los varones, quales
Suelen hallarse en cosas tan famosas,
Fueron veintiocho mil, seis de Alemaña,
Doce de Italia, y los demás de España.

Y fué la fiera armada de Otomano
De doscientas galeras y quarenta,
Y cinqüenta de aquellas que al tirano
Suelen servir á costa suya y cuenta
Galeotas, que el mar mediterrano
Corren, con tanto daño, y tanta afrenta;
Y en naciones, y en armas diferentes,

Fueron treinta y seis mil sus combatientes.
De los quales la suerte allí trocaron
Mas de diez mil con doce mil cristianos,
Que en deseada libertad quedaron,
Dexando aquellos hierros inhumanos:
Que este gran bien, que entonces alcanzaron
Nuestras cristianas vencedoras manos,
Es bien con quien en igualdad no cabe
La victoria mayor que el mundo sabe.
Por todo, al fin, desta naval victoria
Es sin igual el triunfo, y preferido
A quantos tiene el mundo en su memoria,
Y la Iglesia Católica ha tenido:
Para el gran vencedor de eterna gloria,
Y de eterno terror para el vencido:
Obra, al fin, de la paz divina amiga.
¡O si siempre duráras, santa liga!
Y ya que no duraste, ó liga santa!
Como durar pudieras hasta ahora;
¡O si qual fértil arraigada planta,
En el jardin de la divina Flora,
Volvieses á brotar ahora tanta
Flor, de eterna virtud producidora,
Que al nuevo excelso Rey hicieses della
Corona de victoria la mas bella!

Si de Sion con la real conquista
Hiciese á mi gran Rey sacro diadema,
La santa paz del cristianismo, vista
En un divino presupuesto y tema;
Despues que á la insolencia calvinista,
Herética, cismática y blasfema,
Su primer golpe echase en el profundo
Mar de su error, sacrílego y inmundo.
Despues que los agudos filos nuevos
De su espada mi Rey pruebe, cortando
Duras raices, y ásperos renuevos,
Del sedicioso, infiel, pérfido bando,
Con aquellos primeros dulces cebos
El gusto de altos triunfos incitando;
¡O santa paz! potente en santa guerra,
Dale tú el triunfo de la santa tierra.
Vaya á tomar la posesion Felipe
De su Jerusalen sagrada, y della
Aquel injusto posesor disipe,
Indigno tanto de reynar en ella;
Que despues, qual corriente de Aganipe,
Tras victoria de todas la mas bella,
Africa toda, toda Tracia, todo
El ancho mundo vencerá á su modo.
Así sea, Señor, así el divino
Os lo conceda, quanto á su alta gloria
Sea conveniente, en su real camino
No discrepando un punto la memoria:

Así seais, en modo peregrino,
De poema dignísimo, y de historia:
Así la santa paz, en santa liga,
Santísimos efectos os consiga.

Pero mientras Garin de la galera
La belleza riquísima miraba,
Ella con viento próspero ligera
El sosegado golfo atrás dexaba;
Y al tiempo ya que la mayor lumbrera
En la mitad de su camino estaba,
Mostrando alegre y claro el horizonte,
Descubre de Marsella el alto monte.
Con alegre rumor los marineros
Su cumbre con el dedo señalaban,
Y á Garin, y á los otros pasageros,
Como nube entre nubes le mostraban;
Y al favorable viento los ligeros
Vaxeles con el arte apresuraban,
Ora con el timon, ya con la escota,
Tomada para el puerto la derrota.
El General subió á la popa en esto,
Y el contento creció; el rumor cesando,
Garin se le humilló sábio y modesto,
El á Garin notablemente honrando;
A quien en su alto y reservado puesto,
Ya las mesas alzadas, retirando,
Como admirado de su ser notable,
Le dice así con dulce voz y afable.
Dais, padre, de bondad y de prudencia
Tan grandes muestras, que me habeis forzado
A que quiera saber de cierta ciencia
El nombre vuestro, el hábito, y estado;
Y así con toda salva y reverencia
Os pido aquí, en secreto retirado,
Satisfagais en esto á mi deseo,
Si en ello cosa injusta no deseo.

Con baxa voz, humilde y grave, dando
Un severo y tristísimo suspiro,
Garin al General responde: quando
Tu grandeza, Señor, contemplo y miro,
Ese término llano, afable, y blando,
Que usas conmigo, qual divino admiro,
Por ver en ti la clara ilustre lumbre
De heroyca alteza, y santa mansedumbre.
Pedir tú así, Señor, es mandamiento
Que por mí debe ser obedecido;
Y así el hábito y nombre y nacimiento
Y quanto puede ser de mí sabido,
Por tu satisfacion y tu contento,
Como es á tu grandeza y ser debido,
Con llaneza diré y verdad sencilla,
Y no sin darte alguna maravilla.

Cerca de donde Lobregate ameno
Mezcla sus aguas con el mar profundo,
De bellezas riquísimas tan lleno,
Que á ningun rio debe ser segundo:
Tiene dos islas en su dulce seno,
A donde da la que enriquece el mundo,
Todo lo de mas gusto, y de alegria,
Que en los jardines mas curiosos cria:
En una de las quales retirado
Vivia un hombre santa y dulcemente,
A quien fuí yo del mar por hijo dado,
Siéndome el cielo próspero y clemente:
Oirás, Señor, un caso señalado,
Reveládome á mí por el prudente
Viejo que me crió de la manera
Que si su verdadero hijo fuera.

Contábame que, estando atento un dia
Mirando como el mar bravo y furioso,
Con un levante que le revolvia
Con porfiado soplo y riguroso,
Sus altas olas con furor rompia
En su preciso límite arenoso,
Atronando la playa, que alterada
Estaba, negra, triste, y despoblada;
Vió llegar fluctuando á la ribera,
Allí muy cerca de donde él estaba,
Una ancha y hermosísima venéra,
Que por cosa admirable celebraba:
La qual, como si alguno la rigiera
En el rigor de la tormenta brava,
Los golpes de las olas esquivando
Del bravo mar, la tierra iba ganando.
Y al fin llegada, y puesta en salvamento,
Donde al soberbio mar la tierra enfrena,
Un niño echó con admirable tiento
Fuera del agua en la mojada arena;
Y luego del refluxo y mar violento
Sorbida fué, de arena y agua llena,
Quedando yo, que el niño era, tendido,
Sin pulso, sin aliento, y sin sentido.
El viejo, que mirando atentamente
Estuvo siempre aquella maravilla,
Con presurosos pasos diligente
A ver lo que era yo llega á la orilla;
Y visto, me levanta, y con ardiente
Zelo de caridad á su casilla
Me lleva, y con remedios principales
Vuélveme los espíritus vitales.

Tenia yo de edad un año, quando
Fuí por este camino así admirable
A ser hijo del viejo venerando,
En cristiandad, y en discrecion notable:

El qual, como estuviese vacilando,
Con discurso confuso y variable,
Acerca de mi nombre y nacimiento,
Y de aquel prodigioso acaecimiento;
Sucedió que, quitándome el vestido
Del tempestuoso mar todo mojado,
En un pequeño reliquiario asido
Un cordon, y con fuerza desatado,
Fué causa que se abriese; y de escondido
Manifiesto quedó un papel doblado,
Que era una oracion hecha en mi ruego,
De quien mi nombre supo el viejo luego.
Supo que Juan Garin mi nombre era,
Y así me llamó siempre el sábio anciano;
Crióme allí desde esta edad primera
Hasta seis años con su industria y mano:
Al cabo de los quales la ribera
Del mar dexó, la isla, el rio, y llano,
Y subióse conmigo á Monserrate,
De cuyo asiento gustarás que trate.
Hizo aquí pausa el sábio religioso,
Como para querer tomar aliento,
Y al mismo punto un tono lastimoso
El hilo rompe de su dulce cuento:
Hombre á la mar, dice el proel cuidoso:
Hombre á la mar, replíca en un momento
La chusma, y como el cómitre le ordena
De golpe amayna la cruzada entena.

Luego por una banda apriesa boga,
Y por la otra á toda furia cia,
Y la galera al triste que se ahoga
Vuelve veloz por la sulcada via;
Y no con vara, ó pica, ó remo, ó soga
El socorro prestísimo le envia,
Sino con la barqueta y marineros,
Que al mar se arrojan diestros y ligeros.
Sacan, al fin, al pasagero pobre,
Que de bisoño y mal considerado
Al mar cayó, por confiarse sobre
Un filarete en sueño descuidado;
Y para que el aliento y vida cobre
Se atiende con piedad y con cuidado,
Volviendo la galera ya á su curso,
Y las demás que guardan su discurso.

Canto V

Garin, que lastimado y condolido
Del triste que pasó el peligro fiero,
Porque en el alma fuese socorrido,
Fué á velle con cuidado verdadero:
Dexándole ya vuelto en su sentido,
Con el esfuerzo y ánimo primero,
Vuelto al ilustre Alberto, y á su intento,
Así prosigue el comenzado cuento.
Monserrate, Señor, la alta montaña,
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña,
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente,
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre:
De quien hácia poniente está distante
Siete leguas, y doce á tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al medio dia la marina llana;
Por donde, quando sale de levante
La clara luz de quien el dia mana,
Los rayos de oro que en el agua altera
En el hermoso monte reverbera.

Quatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido;
Y el grande rio que en el mar se encierra,
Allí donde yo fuí del mar traido,
Fertiliza del pié la verde tierra,
De las aguas del monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras, y agradables,
Dulces, suaves, frias, saludables.
La belleza, la gala, y compostura
De toda la montaña es admirable,
La vária y hermosísima espesura
No puede ser mas linda y agradable:
La eterna y fertilísima verdura
Es en extremo dulce y deleytable,
Hasta los riscos ásperos y yertos
Estan de flores y árboles cubiertos.
Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las mas tristes almas y afligidas;
Que, ora cubiertas de importuno yelo,
Ora se muestren verdes y floridas,
Solo el orden y traza de su asiento,
Quanto es de admiracion, es de contento.
Ni en los famosos tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Penéo,
Ni donde mas las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaséo;
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,

Ni en lo mejor del Arabe, ó Sabéo,
Algun lugar con Monserrate igualo
En belleza admirable, y en regalo.

Qual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reyno poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso;
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestre el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces, y pineles:
Así parece desde léjos vista
La sierra, porque estan los riscos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos.
Engañan al juicio, y á la vista,
Que parece por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces,
Templos, almenas, capiteles, cruces.
Estan las peñas como si aserradas,
O partidas á mano, hubiesen sido,
Menos ó mas en partes levantadas,
Segun menos ó mas hayan crecido;
Y de vellas la gente así cortadas,
Y el monte en tantas partes dividido,
Fué Mont Serrat en catalan llamado,
Que es lo mismo decir monte aserrado.
Pero la universal lengua de España,
De Mont Serrat llamóle Monserrate,
Y así se ha de llamar esta montaña
Por qualquier que en tal lengua della trate:
Fuera otra cosa afectacion extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razon, Señor, que yo la nombre;

Aunque es mejor nombralla un paraiso,
Segun es la alegria y el consuelo,
De que dotar del monte el ayre quiso
El liberal y favorable cielo.
Gozo divino, celestial aviso,
Lleno de sacra luz, claro desvelo,
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto monte al ayre ambiente.
Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,
De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo den tributos;
Y á las yerbas las flores como estrellas
Hasta en los secos riscos mas enxutos,
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques mas subidos.
De fieras y aves ¿quien pintar podria

La multitud, belleza, y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quien referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañia,
Qual si razon humana las alumbre,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.
Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, ásperas, fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las escuras cavernas temerosas,
Y del ayre los claros resplandores,
Se conforman de suerte en dar contento,
Que no desea mas el pensamiento.

Y el ver desde amenísimos lugares,
Que tiene á cada paso la montaña,
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes, término de España;
Y aun las fértiles Islas Baleares
Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que estan dentro del mar doscientas millas,
En frente de las Iberas orillas.
Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la alteza
Del deseado celestial reposo.
Al fin, allí extremó naturaleza
Todo lo mas suave y mas hermoso,
Y todo lo que mas mueve y aviva
La santa soledad contemplativa.
Allí pues fué, Señor, donde el discreto
Viejo conmigo se subió escondido,
Aquel puesto mas áspero y secreto,
Por mas á su propósito escogido;
Y allí de mi niñez el ya inquieto
Bullicio fue en sus obras convertido,
Siéndome el sábio anciano juntamente
Dulce padre, y maestro diligente.
Tal le gozé veinte años, en aquella
Vida llena de gusto y de consuelo,
Solo aspirando y procurando en ella,
Con eficaz deseo y santo zelo,
La vida eterna, que en la patria bella
Al hombre ofrece el Hacedor del cielo:
A la qual él subió con gozo y canto,
Quedando solo yo con pena y llanto.

Y así como quedé, perseverando
En aquella dulzura solitaria,
Otros veinte años he vivido, obrando
La vida al cuerpo y alma ya ordinaria;
Hasta que al fin de tanto tiempo, quando

Era aquella quietud mas necesaria,
Por suceso importante me es forzoso
Hacer este viage trabajoso.
Aquí dió fin al cuento de su vida
El afligido monge sabiamente,
Y mostró de su pena dolorida
Lo que él quiso encubrir como prudente;
Y al punto la galera, que traida
Era del fresco y próspero poniente,
De Marsella tomó el seguro puerto
Con grande salva, y singular concierto.
Ya estaba en l'alta puerta de levante
La noche á la salida aparejada,
Y ya, pasado el ancho mar de atlante,
El dia apresuraba su jornada;
Quando Garin en devocion constante,
Con licencia dificilmente dada,
Fué á visitar el santo monumento
De aquella dama del precioso unguento.
Todo encendido en el divino exemplo
De aquella pecadora tan gran santa,
Quiere ver el sepulcro, cueva y templo
Donde ella hizo penitencia tanta.
Para allá parte, y dice: si contemplo
Lo que un contrito espíritu levanta
La penitencia y oracion contina,
Ellas repararán mi gran ruina.

Si en vos, dichosa Madalena, miro
El primer nombre deslustrado y feo,
Y el segundo lustroso y lindo admiro,
Que ser trocado en penitencia veo;
Con justa causa á penitencia aspiro,
Con gran razon la busco y la deseo,
Animado, aunque indigno y miserable,
Con vuestro santo exemplo memorable.
Aquel santo Señor por mí enclavado
En alta cruz delante á vuestros ojos,
Aquel que vistes vos resucitado,
Lleno de mil trofeos y despojos;
Siendo de mí como de vos amado,
El reparo será de mis enojos:
En él espero yo con vuestro exemplo,
Aunque inmérito tanto me contemplo.
Diciendo así el andar apresuraba
El contrito animado penitente,
Quando ya el sol del todo se encerraba
En el mar de las Indias de Occidente;
Y de la parte donde él iba estaba
En medio del camino justamente,
Quando con grave horror oyó un gemido
Cerca de sí, lloroso y dolorido.
Y vuelto el rostro á la siniestra mano,
Entre una espesa y áspera maleza

Vió abierto un corto paso, fácil, llano,
Aunque lleno de espanto, y de tristeza:
Hizo allí fuerza el apetito humano
De investigar las cosas de extrañeza,
Y así volvió, aunque á espacio y receloso,
El paso al paso triste y temeroso.

Guióle á aquella parte, donde oía
La voz llorosa que á su son le lleva,
Una pequeña lámpara, que ardia
Al fin del paso en una angosta cueva.
A la puerta llegó, y no bien ponia
Los pies en ella, quando en forma nueva,
Y en tono triste, humilde, afable y blando,
Así la voz sonó, siempre llorando.
¡O tú que con divino y santo zelo,
Y con alma contrita y dolorida,
Procuras el reparo y el consuelo
De tu pesada y mísera caida!
Quéjate del rigor bravo del cielo,
Duélete de tu amarga y triste vida,
Blasfema y aborrece el ser criado,
Para tan miserable y triste estado.
¿Adonde vas, cuidoso peregrino,
Mil mares y mil tierras travesando,
Piedad, favor y gracia en el divino
Juez rigurosísimo esperando?
Vuélvete, ó para aquí de tu camino,
Que en vano vas, ó triste! agonizando:
Yo lo sé, no lo dudes, yo te aviso,
No hay silla para tí en el paraíso.
Y porque creas lo que digo, advierte:
De España vienes, Juan Garin te llamas,
Con torpe estupro, y con injusta muerte,
De una doncella mísera te infamas:
En el infierno con tormento fuerte
Tu asiento tienes entre eternas llamas,
Con lástima de próximo y con duelo
Sentencia irrevocable te revelo.

La qual, si me ha mandado que te diga
El juez, que es solo quien saberla puede,
Es porque se repare tu fatiga
Mientras la mortal vida te concede,
Dándote la fortuna siempre amiga
Mientras contigo en este mundo ruede;
Y alcanzes esto por tus buenas obras,
Ya que el infierno por las malas cobras.
No te congojes, pues, ni así afanado
Andes en tu esperada penitencia:
Huye de Roma, donde tu pecado
Se sabe ya con presta diligencia.
El mismo Conde, fiero y lastimado,
Acusa tu sacrílega insolencia,

Hallado el cuerpo do la ve patente,
Y quanto es justo la exâgera y siente.
Y para que mejor, ó Garin, creas
Que no ha de ser tu culpa perdonada,
Y el gran rigor del juez del cielo veas,
Como si vieses su sangrienta espada;
Yo triste ahora entre las almas feas,
En la pena mas fiera y lastimada,
Eternamente lloro, gimo, y peno,
Habiendo sido en alto grado bueno.
Aquí cesó la triste voz, y al llanto
Primero se volvió con ronco acento.
El monge queda qual si un fuerte encanto
Le atára el corazon y el pensamiento:
El fiero horror, el infernal espanto,
Ni da á la vista paso, ni al aliento,
Ni dexa al alma la espantosa pena
Discurso, ni razon, ni cosa buena.

Qual estátua de piedra el monge estaba,
Sin movimiento, y sin color, pasmado;
Quando la luz pequeña que alumbraba
El aposento triste y asombrado,
Con una furia temerosa y brava,
De un turbion repentino arrebatado,
En humo espeso y negro fué resuelta,
Y en él se fué la triste cueva envuelta.
Solo Garin quedó en el campo abierto
Del espanto primero como vido,
Con el segundo bravo desconcierto
Del repentino desigual ruido;
Y junto á un grande pozo, y al desierto
Camino que á la cueva le ha traido,
Se vió Garin, y casi estuvo dentro
Con la intencion de aquel profundo centro.
Pero ya que el confuso desvarío
A la flaqueza humana sojuzgaba,
Y faltando del alma el santo brio,
A punto ya de ser rendida estaba;
Sin que supiese él como el albedrio
De aquel peligro el paso retiraba,
El asombrado y flaco peregrino,
A mano diestra por el buen camino.
Y como si de un ímpetu de viento
Contra su voluntad fuera llevado,
O si algun repentino encendimiento
Le siguiera con vuelo acelerado,
Vuelve á seguir el comenzado intento
Con prestos pies por el camino usado;
Y en breve tiempo llega al templo santo,
Y allí renueva su angustioso llanto.

Póstrase ante el altar de Madalena
Con presuroso respirar rendido

Al presto movimiento, y á la pena
Que con tanta congoja le han traido;
Y sin poder hablar, y sin que á pena
Se pueda aprovechar de algun sentido,
Pasmado se quedó, como si fuera
Voto ofrecido allí de tabla, ó cera.
Así gran rato está, pero ya quando
Se vino poco á poco recogiendo
El espíritu pobre, que volando
Andaba ya de su mortal huyendo:
Qual de profundo sueño despertando,
Rios de amargas lágrimas vertiendo,
Con sollozar tristísimo y amargo
Vuelve Garin de aquel desmayo largo.
Y dice con llorosa voz, salida
De un ronco pecho convertido en yelo:
¿Quien trocó la esperanza de mi vida
En tan desesperado desconsuelo?
¿Qué mar, qué tierra podrá dar cabida
A quien así la niega el justo cielo?
¿Adonde iré, ó qué haré cuitado
Tan miserablemente condenado?
¿Es esta la dulcísima esperanza,
Que con tanto cuidado me traía
A santa penitencia, y que en bonanza
El alto mar de mi dolor tenia?
¿Es esta aquella bienaventuranza
Que mi santo viage prometia,
Yendo á los pies del Sumo Sacerdote
A demandar el saludable azote?

Que quanto la tremenda voz y horrible
De mí me ha dicho sea verdad sin duda
En quanto á quien yo soy, y á la terrible
Culpa que de la gracia me desnuda,
Conozco ser verdad cierta infalible,
Queda mi lengua contra ella muda;
Mas que á mi llanto falte en Dios clemencia,
Tengo por dudosísima sentencia.
Y así dudoso en esto, y no dudoso
En que Dios puede al pecador cuitado
Mas perdonalle con amor piadoso,
Que pecar él con corazon trocado:
Teniendo de mi parte el congojoso
Dolor de haber en su camino errado,
¿Como puedo creer la irrevocable
Sentencia que esta voz dixo espantable?
Pero ¿que voz osar pudiera tanto,
Que con tanta certeza pronunciara
De parte del juez tan justo y santo
Sentencia tal, difinitiva y clara?
En todo veo un mar de inmenso llanto,
Todo en dolor, en pena todo para;
O sea el llanto que el perdon merezca,

O el que por tal sentencia se padezca.
Y así, por tan intrínsecos cuidados,
Con miedo horrible, con temor horrendo,
Con dolores vivísimos, causados
De asombro tan atroz, tan estupendo,
Llorad sin descansar ojos cansados,
Salid sin duelo lágrimas corriendo,
Formad un mar inmenso en mí de pena,
Y la culpa anegad que me condena.

Así lloraba, así su pena amarga
Con dolores vivísimos sentia,
Mientras la noche triste, al triste larga,
El usado camino proseguia:
Al fin, juntado á la pesada carga
De tormentos, que tanto le afligia,
Un sueño pesadísimo rindióle,
Y el alma á sus fantasmas entrególe.
El triste sueño grave y congojoso
Le trabó los sentidos trabajados,
Y al afligido espíritu cuidoso
Dexó solo en las penas y cuidados:
Allí del fuerte trance riguroso
Confusamente vió representados
Los pasados tristísimos horrores,
Los peligros, las penas, y temores.
Y particularmente el sueño vano,
Le representa aquel escuro centro,
Aquel profundo pozo, que en el llano
Al triste fué tan peligroso encuentro;
Y que le arroja con horrenda mano
Uno vestido de ermitaño dentro:
El qual era en el hábito el del monte,
Y en las manos y cara un Aqueronte.
Pero ya quando la amorosa estrella
Recogia su luz resplandeciente,
Y la rosada aurora alegre y bella
Salia por las puertas del oriente,
La vio en sueño salir, y á par con ella,
Pero mas adornado y mas luciente,
Un jóven vió salir, y que guiaba
Hácia el ardiente pozo donde estaba.

Dos alas hermosísimas batia
El bello jóven en el largo vuelo,
Con que ligeramente descendia
Por el abierto iluminado cielo:
Severo el lindo rostro sí traía,
Mas echaba mil rayos de consuelo;
Y al afligido y mísero llegado,
Así le dice en tono sosegado:
Levanta, no desmayes, persevera,
Esfuerza, no te rindas, cobra aliento,
Vuelve mas animado á la carrera,

Confia, y sigue tu primer intento.
Ya ves que vengo de la excelsa esfera,
Donde podrás tener eterno asiento:
No creas las pasadas ilusiones,
Dios oye los contritos corazones.
No dixo mas, sino alargó la mano,
Y al cabello la echó del que dormia,
Y del gran pozo por un paso llano
Tras sí le trae allí donde yacía;
Y luego el mensagero soberano
Vuelve ligero á la alta gerarquía:
Con el alma Garin le sigue alerto,
Entrar le ve, y hállase despierto.
Temblando, y el cabello espeluzado,
Se vió despierto ante el altar tendido.
Estuvo un rato así; pero animado,
Y al discurso y razon restituido,
Siéntese internamente consolado
De un divino consuelo no entendido.
Tiernas lágrimas riegan sus mexillas,
Y dice así, lloroso, y de rodillas:

¿Que yelo riguroso diamantino
Hará, Padre piadoso, resistencia
Al fuerte rayo de ese Sol divino
De tu inefable altísima clemencia?
Anímas á este pobre peregrino
A que prosiga, y haga penitencia:
Abresle de tu gracia la ancha puerta:
Quieres, Señor, que viva, y se convierta.
Yo lo conozco verdaderamente,
Era ángel tuyo el que he visto yo ahora
Salir y entrar en el lumbroso oriente,
Por las doradas puertas de la aurora.
Ya siente el fuego de tu amor clemente
Esta alma tuya, que sus culpas llora,
Y se apercibe en tu servicio y nombre
A dar al traste con el viejo hombre.
Así se consolaba, confirmado
En la verdad de la vision divina:
Desta suerte se aníma, ya esforzado
Con aquella preciosa medicina.
En esto del oficio acostumbrado
La santa hora del alba se avecina,
Y entraron luego al santo ministerio
Los cultores del sacro monasterio.
Gimiendo siempre, siempre en tierno llanto
Pasó las horas del divino oficio,
Mostrando valerosamente quanto
Vuelve ya á confiar de su exercicio:
El que gobierna el monasterio santo,
Llegado al fin el alto sacrificio,
A Garin llega, y con amor le ofrece
Todo lo que conoce que merece.

Era Garin de aspecto venerable,
Aguileña nariz, enxuta cara,
Alegre vista, gravemente afable,
Con humildad, y con modestia rara:
Blanco, rubio, dispuesto, y de agradable
Compostura, que daba muestra clara,
En amable apariencia, ser persona,
Que de nobleza y cristiandad se abona.
Y así el monge prudente conociendo,
Luego en viendo á Garin, que merecia,
En su notable aspecto y reverendo,
Cumplida y amigable cortesía:
Hospedage carísimo ofreciendo,
Con palabras discretas de alegria,
Su voluntad, su celda, y mesa ofrece;
Y él la caricia acepta, y la agradece.
Van á la celda á entretenerse hasta
Que se llega la hora de la mesa,
Dando cuenta de sí la que le basta
A quien sus cosas con prudencia pesa:
Que almacen de palabras no se gasta,
Adonde es dellas la razon turquesa,
Porque las saca solamente al justo
Con la verdad, con el provecho, y gusto.

Canto VI

Era el sábio francés discretamente
Curioso, y lo mostraba su aposento:
Gozaba de las Musas el ardiente
Fervor y afecto de divino aliento:
Con el arte de Apeles excelente
Adornada en igual compartimiento
La celda está, y entre el color diverso
Altos relieves de divino verso.
Enfrente de la puerta la pintura
Muestra á la vista con belleza y arte
El Pan de ángeles santo, en la figura
Que el alto amor al hombre le reparte;
Y en un gran carro de triunfal hechura,
Qual los que ofrece el victorioso Marte,
Aunque de su soberbia no adornado,
En alto asiento de oro era llevado.
No feroces cavallos saltadores
Tiran el carro con soberbia huella,
No muestran ruedas y armas los rumores
Ir levantando á la mas alta estrella,
No trofeos de humanos vencedores
Hacen la pompa mas vistosa y bella,
Y no cautivos hombres esforzados
Van al divino carro encadenados.

Mansos corderos sosegadamente
Con paso humilde el santo carro tiran,
Suave son parece que se siente
Con que los ojos al oido admiran:
Los trofeos del brazo omnipotente
Son tales que á rendir el mundo aspiran,
Y los aprisionados, prisioneros
Del hombre, son los enemigos fieros.
Cinco eran estos en disforme trage:
Uno desnudo, en todo extremo feo;
Otro, adornado de humanal linage,
Con várias formas de pomposo arreo;
Otro, revuelto en femenil ropage,
Todo manando sensual recreo;
Otro, en forma de béstia torpe y bruta;
Otro, de huesos armadura enxuta.
Estos, en sus prisiones diamantinas
Vienen detrás al sacro carro atados.
Otras figuras raras y divinas
Ornan las anchas ruedas, y los lados.
Quatro bultos estan en las esquinas
Con magestad altísima asentados,
Que son hombre, leon, águila, y toro:
La Fe es cochero en rico asiento de oro.
Pero como el francés discreto habia
Juntamente pintado el aposento,
Para emplear tambien su poesía
Con celestial espíritu y aliento:
En este primer quadro parecia,
Por admirable traza y ornamento,
El verso lleno de artificio y ciencia,
De quien es tal la altísima sentencia.

El que no cabe en el inmenso cielo,
Y en breve humanidad cupo encubierto,
El que vistes nacido en heno al yelo,
Y en cruz despues tras mil tormentos muerto;
El que en manjar de celestial consuelo
Se da á las almas, por su bien, cubierto,
Es triunfador del enemigo fuerte,
Del mundo, y carne, del pecado, y muerte.
La dulzura del verso regalado,
La gala que en sus términos comparte,
Y el artificio bien considerado
Con que el alto concepto se reparte:
Fué el epígrama por Garin loado,
Y vuelto el rostro á la derecha parte,
Mira de la divina Virgen pura
La limpia concepcion puesta en figura.
Una doncella en perficion hermosa,
Del claro sol vestida y adornada,
Se muestra en la pintura artificiosa,
De doce estrellas de oro coronada;

Y una sierpe mortífera enconosa,
Abierta la cabeza, y quebrantada,
Se ve tendida estar sin fuerza alguna
Ante sus pies, que estriban en la luna.
Al rededor de la figura santa,
Mostrando sus virtudes y loores,
Aquí un arbol se muestra, allí una planta,
Y allá un cerrado huerto con mil flores:
Allá un lucero, acá una fuente, y tanta
Diversidad de gracias y favores,
Quanta el verso dulcísimo mostraba,
Que así la alta pintura declaraba.

Alegre dia dió este Sol hermoso,
Huyó la noche de esta Luna llena,
Aseguró este Norte el mar dudoso,
Con esta Fuente fué la tierra amena:
Echó la muerte al centro tenebroso
La luz que al mundo dió esta luz serena,
Al tiempo que llego el cumplido tiempo,
Que al tiempo se entregó el Señor del tiempo.
Desta suerte los versos sonorosos
Muestran la virginal sacra pintura,
Juntando en sus secretos misteriosos
Heroyca alteza, y cordial dulzura:
Dos cosas que los mas artificiosos,
En la mas elevada compostura,
Procuran con acorde melodía,
Para llegar al fin de la poesía.
Dos cosas en que fundan sus poemas
Los que la heroyca gravedad imitan,
Con dulce voz cantando obras supremas
De exemplos graves que á virtud incitan:
Y estos, para alcanzar nobles diademas
De eterno lauro, en todo se habilitan;
Pues si á lo dulce lo útil fuere junto,
En todo se tendrá el debido punto.
Vuelven la vista á la pared que en frente
Está de la segunda que han mirado,
Donde ven el clarísimo Oriente
De luz divina todo iluminado;
Y en ella puerta altísima patente,
Toda adornada de uno y otro lado
De los santos ministros celestiales,
Y de sus cortesanos principales.

Estaban divididos en hileras
Aquellos admirables esquadrones,
Al ayre tremolaban mil banderas,
Mil heroycos trofeos y pendones:
Mostraban ser suavemente fieras
Altas trompetas y marciales sones,
Que en la boca, en las manos, y á los lados
Traían puestos músicos alados.

Viase por entre estas maravillas,
Por este alarde altísimo triunfante,
Ser levantada á las mas altas sillas
La humilde amada del excelso amante.
Ponen por donde pasa las rodillas
Quantos la ven, en viéndola delante.
Al brazo de su hijo va apoyada
La Virgen madre, como tal honrada.
No hay pluma que al pincel artificioso
Pueda igualar en la sutil pintura,
Tan altamente muestra aquel glorioso
Y sacro triunfante de la Virgen pura.
Aquí del rico verso numeroso,
La bien compuesta y facil escritura,
Con el usado gusto y gallardía,
Esto en breves razones contenia.
La paloma sin hiel, la real ave,
Que con sus soles mira al Sol de hito:
La pertrechada, y bella, y rica nave,
Que al mundo traxo el blanco Pan bendito:
La que en su claustro con virgínea llave
Tuvo y guardó encerrado al Infinito,
Paga á la muerte temporal tributo,
Y coge de la vida eterno fruto.

Admirado Garin de la belleza
De la sutil pintura delicada,
Y de la magestad y sutileza
De la alta rima dulce y regalada:
Con devota y dulcísima terneza
Vuelve la vista alegre y consolada
Hácia la puerta, y á su diestra parte
Descubre otra riqueza de aquel arte.
De la santa patrona de la ermita
La penitencia el quarto quadro muestra.
Estaba la apostólica bendita,
De penitentes única maestra,
Con lágrimas mostrando la infinita
Constancia en la asperísima palestra,
Que así llamo la cueva peñascosa,
Adonde ella quedó tan victoriosa.
No allí rubio color del oro fino
Mostraba el hermosísimo cabello,
Ni aquella tez de lustre diamantino
Se via en las mexillas, frente, y cuello;
Y no el color rosado peregrino
Hacia el tierno y dulce labio bello,
Ni en los hermosos ojos parecia
La luz que tantas almas encendia.
Encarnizados, tiernos y sumidos
Se ven los ojos, blandos y llorosos:
Cárdenos, levantados, denegridos
Están los labios, secos y escabrosos:
Es la tez de morados esparcidos,

Con mortales colores espantosos;
Y color ceniciento y negro envuelto
Muestra el cabello, corto ya, y revuelto.

Sobre la rigurosa peña dura
Está la santa puesta de rodillas,
Regando en la santísima amargura
Con ríos de los ojos las mexillas;
Y parecia en la sutil pintura,
Que absorta en las divinas maravillas,
Decía el santo corazon contrito
Esto que estaba ante sus pies escrito:
A ti, Señor, que con pasion tan fuerte
Esta alma inobediente redimiste,
A tí se humilla, y llama, y se convierte
Con inmenso dolor turbada y triste:
Tú, que para trocar su amarga muerte
En dulce vida, al suelo descendiste:
Tú la recibe: á tí, Señor, la entrego,
Que es para verte tarde para luego.
Desta suerte parece realmente
Que la muda pintura está diciendo,
Espíritu tan alto y tan vehemente
Le fué el pintor rarísimo imprimiendo:
Arrebatada de Garin la mente,
Con dulce y leve vuelo fué leyendo
Los santos versos, y con llanto amargo
Volvió después de aquel consuelo largo.
Van luego á ver el postrer quadro, puesto
A la parte siniestra de la puerta;
Y descubren, en viéndole, un recuesto
De una grande montaña seca y yerta,
Y un tirano bravísimo dispuesto
A dar á un pueblo una doncella muerta:
El monte es Mongibelo, y el tirano
El cruel y torpísimo Quinciano.

La virgen santa, delicada y bella,
Es Agueda, y Catánia el pueblo injusto:
Muéstrase del tirano la querella
Ser por no haber querido dalle gusto:
Vian de la bellísima doncella
Aquel cuerpo castísimo y augusto,
Con lastimosa muestra ensangrentado,
Del tierno pecho con rigor cortado.
Y aunque de aquella tan cruel herida,
Y de duros azotes otras tales,
Está la virgen con rigor herida
Por mil furiosas manos infernales,
Su celestial belleza aun no perdida
Daba de sí mil rayos celestiales.
Todo lo qual moviera un tigre hircano,
Y el verso mas, que dice así al tirano:
Corta, tirano torpe, el tierno pecho

Con duro hierro en tu furor templado:
Haz que en sangre y en lágrimas deshecho
Quede ese casto cuerpo delicado:
Pon esa virgen en el fiero estrecho
De cruel muerte, á que la has ya entregado:
Muestra en su mayor punto tu venganza,
Que ella, muriendo, la victoria alcanza.
Así el quadro postrero de pintura,
Que la celda bellísima adornaba,
Aquel cruel martirio, que asegura
Del fuego de Etna al catanés, mostraba:
La gala, el artificio, y la dulzura
De la pluma y pincel Garin loaba;
Y con admiracion, gozo, y contento
Acabaron de ver el aposento.

Y por ancha ventana, que de puerta
Para salir á un corredor servia,
El qual, lindo jardin, y bella huerta,
Y montañas y mares descubria,
Ambos salieron, donde no desierta
En parte alguna la pared se via,
Sino poblada de otra sacra historia,
Digna de eterna y singular memoria.
De aquella dama tan hermosa, quanto
De santidad y de valor dotada,
Que la fiera cabeza que fué espanto
De tanto pueblo y tanta gente armada
Metió en Betulia, á quien libró del llanto
A que estaba del todo ya entregada,
La historia ilustra el corredor hermoso,
Por el mismo pincel artificioso.
Holofernes se via en campo puesto,
De innumerable exército seguido,
Grandes provincias discurrir, dispuesto
A que por Dios su rey fuese tenido;
Y en este injusto y vano presupuesto
El juicio anegado y pervertido,
Se via pervertir pueblos potentes,
Y anegarlos en sangre de inocentes.
Los montes de Ange, de altas fuerzas llenos,
Llanos se vian á su fuerza brava:
El Eufrates pasado, en sus amenos
Pueblos Mesopotámia le mostraba:
Desde Silicia al mar, los anchos senos
De páramos y valles ocupaba:
Sangre humana por todo, y fuego horrendo,
El inhumano idólatra vertiendo.

A los campos dulcísimos desciende
Del ameno Damasco á la cosecha,
Y mieses, viñas y árboles enciende,
Tala, y destruye, y por el suelo echa:
Destruir, asolar, hundir pretende;

Con él lástima, ó ruego no aprovecha;
Temor infunde con su horrible guerra
Sobre quantos habitan la ancha tierra.
Y el consejo de Aquior menospreciado,
Echándole de sí afrentosamente,
Se acerca al pueblo de Israel amado
Sin temor de su Dios omnipotente;
Y amenazando al mundo con su airado
Hierro cruel, y con su fuego ardiente,
La ancha tierra cubriendo, qual langosta,
Llega á Betúlia por su sierra angosta.
Cerco espantoso al triste pueblo pone,
Los valles y los montes ocupando:
Sobre las fuentes guardias mil dispone,
El agua importantísima quitando:
Así traza la empresa y la compone,
A la sed la victoria encomendando:
Salen los de Betúlia en arma puestos
A defender fortificados puestos
Pero la sed es enemigo fuerte,
A quien la humana fuerza no resiste;
Presente tiene inevitable muerte
El pueblo fiel, ó cautiverio triste:
A su Dios, Dios de exércitos, convierte
Su espíritu, y cilicio y saco viste:
A su príncipe Ozía acude y culpa,
El del remedio trata, y se disculpa.

Pero entre estos efectos diferentes,
Que el pincel sutilísimo mostraba,
De inmensa multitud de armadas gentes,
Y de aparatos de la guerra brava,
Y de pasos tomados, y de fuentes
Que el cruel defendia y agotaba,
Una dama bellísima se via,
Que de Betúlia á pelear salia.
A pelear Judit, y á vencer sale,
Así es cierto, aunque en ella no parece
Arnés de acero y oro, que honra y vale
Al noble y fuerte que á vencer se ofrece:
De otro, á quien no hay alguno que se iguale,
Viene armada la dama y resplandece,
Santa virtud, heroyca, incontrastable,
Invencible belleza incomparable.
Divina compostura jamás vista,
Celestial ayre, soberana gala,
Que corazones y ánimos conquista,
Y con santas victorias se señala:
Imán divino de la humana vista,
Por donde ida l'alma gloria ofrece,
Quanto beldad humana darla puede,
Y quanto al alma en tierra se concede.
De piedras preciosísimas con oro,
Con esmaltes y perlas variadas,

Ropas de seda y plata, que un tesoro
Muestran valer, traía matizadas:
Alto diadema con real decoro,
Anillos, y collares, y arracadas,
Le adornan con bellísimas parejas
Cabeza, manos, pecho, cuello, orejas.

Al alma santa de virtud ornada,
Que ser hermosa en perficion desea,
Cuerpo de perficion tan señalada
Divinamente adorna y hermosea;
Y al cuerpo de beldad tan acabada
Haciendo vistosísima librea,
Fortuna la riqueza inmensa ofrece,
Que en el alto ornamento resplandece.
Los poderosos bienes de fortuna,
Sobre los altos bienes naturales,
Levantan sobre el cerco de la luna
Los pensamientos y ánimos mortales:
No ve á la gran Judit persona alguna,
Que con mil bendiciones celestiales
No alabe al Hacedor que en tal hechura
Mostró su omnipotencia, y su figura.
Y el Señor, que llevaba al hecho grande
La santa y hermosísima señora,
Le infunde gracia, ó hable, ó mire, ó ande,
Con virtud que almas rinde, y enamora:
Porque, aunque en componerse se desmande
La viuda tan curiosamente ahora,
Pende de alta virtud heroyca y pura,
No de otra causa, aquella compostura.
Y así el Señor le da que quantos ojos
Contemplen su belleza y su ornamento
Le rindan vasallage, y den despojos,
Sujetándole el alma y pensamiento:
Destierra por do pasa los enojos,
Da donde llega celestial contento,
La puerta Ozías manda se le abra,
Sale sola Judit con su fiel Abra.

Admirados mirándola, y al cielo
Los ojos y las manos levantando
Los de Betúlia quedan, su consuelo
Por medio de Judit sola esperando:
Muestra el pincel el santo afeto y zelo,
Con que parece estarla encomendando
El clero, el pueblo, y las hebreas madres,
Al alto Dios de sus antiguos padres.
Mas adelante, al fin, la heroyca dama
Se muestra descendida ya del monte,
Al tiempo que del sol la viva llama
Comenzaba á ilustrar el horizonte:
Del fresco y rico aljofar que derrama
La alegre mensagera de Argifonte

Sembrado el hermosísimo cabello,
Que el cielo parecia componello.
Por los exploradores parecia
Presa Judit, y luego en la ancha tienda
Del príncipe Holofernes se ofrecia,
Qual admirable, rica y rara ofrenda:
La inmensa admiracion que en él ponia
El arte muestra, y hace que se entienda
Ser al momento preso de su vista,
Sin que en él haya cosa que resista.
Viase entralla en su real tesoro
Al fiel eunúco Vagao entregada,
Do parece en castísimo decoro
Ser, y en su gusto y religion guardada:
Luego entre vasos de altas joyas y oro
Grande cena se muestra, y ser sacada
La santa dama, mas que nunca linda,
Do el encendido príncipe la brinda.

El Príncipe encendido y abrasado
En dos ardientes fuegos infernales,
Amor el uno, amor el engendrado
De torpes apetitos sensuales;
El otro el vino, el vino en vicio usado,
Que causa tantos tan infames males:
A injusto amante el justo incendio vino,
Y á quien quitaba el agua, abrasa el vino.
Tras esto, el caso heroyco, el alto hecho,
Subidamente al vivo parecia,
Dó con su espada, el bárbaro en su lecho
Durmiendo, á manos de Judit moria
Cortada la cabeza, que en estrecho
Zurron la diestra y fiel Abra ponia,
En tanto que la heroyca, dama, donde
El cuerpo yace, entre el dosel le esconde.
Ya fuera de la grande tienda, y fuera
De los alojamientos caminando,
Qual si á rezar como solia fuera,
Se ven las dos que el valle van girando;
Y á la puerta llegada, donde espera
Betúlia, de su vuelta ya dudando,
Desde algo léjos, á la guardia alerta,
Muestra decir Judit abrir la puerta.
Cercada de su pueblo ya gozoso,
Puesta en alto con grande luminaria,
La fuerte diestra en modo victorioso
Alzando la cabeza temeraria,
El hecho cuenta, y da el ardid famoso
Para vencer la gente infiel contraria,
Dando gracias, loor, honor y gloria
Al gran dador de aquella gran victoria.

Mostraba en otra parte la pintura,
El cielo arrebolado ya y sereno,

Descubrir el adorno y hermosura
Del monte fértil y del valle ameno;
Y la admirable forma y compostura
Del campo militar de espanto lleno,
Quando en tu muro, ó pueblo fiel, disciernes
Colgada la cabeza de Holofernes.
Y desde él, con altísimos clarines,
Arma tocando en levantado grito,
Hasta los aledaños y confines
Llegas de aquel exército infinito;
Donde cumplido ves con tristes fines,
Del pensamiento de Judit bendito
El fin alegre de su excelsa gloria,
Poniéndote en las manos la victoria.
Esta se via retratada tanto,
Que á quien la mira atentamente infunde
Horror y asombro tal, grima y espanto,
Que turba los sentidos y confunde:
Muerte cruel en su profundo llanto
Sin quedar hombre el fiero bando hunde,
En mar de sangre el campo infiel convierte,
Y en altos montes de hombres muertos muerte.
Y aquí era el fin de la sutil pintura,
Que en los dos lados de la puerta estaba,
Sobre la qual se via la figura
De Judit, y debaxo se mostraba
Que un epigrama en dulce compostura
La bendecia y la solenizaba,
Y al alto Dios omnipotente en ella,
Qual obra de su mano rica y bella.

Tú de Jerusalen gloria y consuelo,
Tú de Israel altísima alegría,
Tú, honor de nuestro pueblo, cuyo zelo
Hizo viril tu pecho y osadía,
Porque tu castidad en su alto vuelto
Te tuvo siempre el alma santa y pia,
Te confortó la mano omnipotente,
Y serás bendecida eternamente.
Y casi al mismo punto que acabaron
De ver la alta pintura delicada,
Diligentes ministros allí entraron
Con la comida sóbria y regalada:
A la naturaleza recrearon
Con ella, y con la siesta reposada:
Del templo y su cultor Garin tras esto
Se despidió, y partió con paso presto.

Canto VII

Por el mismo camino trabajoso,
Que pasó en noche escura el ermitaño,
En dia claro vuelve, receloso
Aun casi del pasado fiero engaño:
Recibióle en galera el generoso
General, dando con aplauso extraño,
Como sábio señor debida muestra
De amar la alta virtud que Garin muestra.
Aquella noche, quando el estrellado
Nocturno carro á la mitad estaba
De su lácteo camino, que empedrado
De lucientes estrellas se mostraba,
La fuerte esquadra, tras el son usado
Que el sonoro clarin al ayre daba,
El fuerte ferro zarpa, el puerto dexa,
Y con próspero tiempo dél se aleja.
Un blando y fresco viento de poniente
Hinche las velas de la alegre armada,
Con que volando regaladamente
Va por el agua blanca y sosegada:
Sale el dorado sol del alto oriente
Tras la alba de mil flores adornada,
Y con su luz se ve á la diestra mano
El mar inmenso, claro, alegre, y llano.

Alegre vista el piélago espantoso
Quando manso se ofrece al navegante,
Pero triste es al ver y temeroso
Quando revuelto, fiero, y resonante:
Ahora al claro rayo del hermoso
Planeta que asomaba por levante,
Alegre vista le es en su derrota
A la napolitana ilustre flota:
La qual ya á la siniestra va dexando
A la noble Provenza largo trecho,
Y á Niza y Villafranca, y acercando
A Génova se va con viento hecho:
Del qual el sábio General gozando
Lleva el viage próspero derecho
Por el seguro mar claro y abierto,
Sin tomar en Ligúria playa, ó puerto.
El viento dura, y dél no se recela
Aquella noche, ni se tiene injuria:
La fuerte esquadra dulcemente vuela
Por el alegre golfo de Ligúria:
Alta la entena, llena la ancha vela,
Sulca al amanecer el mar de Etrúria,
Por parte donde claro se divisa
El fértil Arno, y la estudiosa Pisa.
No calma el viento con el sol, la luna

A la tarde saliendo calma el viento;
Pero sin ser enojo de fortuna
Vuelve luego mas largo, y mas violento;
Y á Montenegro, y á Liorna, y Luna
Dexa la armada atrás, y de su intento
No cesa, ni al venir del nuevo dia
Cesa tampoco el viento y larga via.

Descubre al claro sol la alegre armada,
Siempre con la bonanza favorable,
La ribera de Sena regalada,
Y Pomblin en metales admirable:
Hace dichosamente su jornada,
No siente la fortuna variable;
Mas, ay fortuna! entonces mas os temo,
Quando en favorecer haceis extremo.
Hasta la playa del romano Tibre
El dulce tiempo, al fin, la armada lleva,
Libre del tempestoso mar, y libre
De sentir contra sí fortuna nueva;
Más quanto el riguroso azote vibre,
Quando del hace señalada prueba,
Y quanto en hacer bien se mide y quadra,
Allí le muestra á la contenta esquadra.
Más ¿á qué llamo yo fortuna en esta
Mudanza que en el mar y el viento ahora
Sus furores fortísimos apresta,
Y se ofrece bravísima á deshora?
Es ira, es furia del infierno, puesta
Contra Garin con saña matadora,
Para estorbar con áspero rodeo
El fin de su santísimo deseo.
A vista estaban ya de la ancha boca
Del fértil, espumoso y sacro rio,
Y el remo ya sus turbias aguas toca
Con gozo inmenso, y con inmenso brio:
Quando con furia arrebatada y loca,
Y con un repentino desvarío,
Al mar se arroja inesperadamente
El seco y frio bóreas inclemente.

Desciende con tal furia y tal ruido
Del ártico hemisferio el fiero viento;
Alza tanto el bravísimo bramido
Del alto mar revuelto en un momento;
Causa tal rechinar y tal gemido
En el seco vaxel hasta el cimiento;
Que la esperanza y el color de vida
Llevó á la gente en su veloz corrida.
Lleva al primer encuentro riguroso
Los árboles y velas del trinquete,
Y revuelto, soberbio y espantoso
Arrebata tendal y tendalete.
Vista su furia, el cómitre cuidoso

Con fiero imperio fuertes remos mete:
Tomar el puerto con su fuerza tienta,
Y proejar contra el soberbio intenta.
Estaba el puerto de Ostia tan vecino,
El remedio del mal tan cerca estaba,
Que á ser menos furioso y repentino
El fiero viento en su soberbia brava,
Le tomára en tres horas de camino,
Segun la fuerte gente proejaba;
Mas fué del viento tal la airada fuerza,
Que en vano en esto el cómitre se esfuerza.
Vuelven al fin las proas, ya rendidos
A las contrarias ondas rigurosas,
Dando á sus altos montes impelidos
Las popas de aquel daño recelosas;
Y al que impele estos montes dan tendidos
Los cortos treos, y con presurosas
Y hábiles manos hacen todo quanto
Hacer conviene al peligroso espanto.

La inutil gente va sota cubierta,
Sintiendo en ir allá pena infinita;
Y en el escotillon, ó angosta puerta,
El paso al agua el calafate quita:
Ni cantareta, ni rehendija abierta
Dexa, que el paso al respirar permita:
Allí quedan los tristes sepultados,
De mil varios rumores atronados.
Quiere el cómitre diestro á diestra mano
Tomar tierra á pesar del bravo viento,
Ya orzado el timon, mas es en vano
Este su conveniente pensamiento:
Crece el soberbio bóreas inhumano,
Con soplo tan veloz, y tan violento,
Que si orcear el cómitre procura,
Es dar consigo en la mortal hondura.
Por no anegarse, al fin, en popa toma
Al bravo viento el triste marinero;
Y á tiempo bueno fué, que veis dó asoma
Mas fuerte y largo, mas furioso y fiero:
Ya en el golfo bravísimo de Roma
Dobla, cruel, el ímpetu primero,
Y de sus aguas hasta el horizonte
Va levantando monte sobre monte.
Por puntos va creciendo el espantoso
Y soberbio soplar de tramontana,
Quando en el alto golfo peligroso
Los tiene la fortuna ya inhumana,
Y va subiendo el bravo mar furioso
Hasta la luz de donde el dia mana:
Ante la qual con su violenta priesa
El viento mil nublados atraviesa.

Hasta la noche los trabaja solo,

Con rigurosa y áspera porfia,
El fiero viento del cercano polo,
Con bravo soplo opuesto á medio dia;
Más quando ya la clara luz de Apolo
Al ocaso turbada descendia,
Saltan, á su furor y rabia iguales,
Sus dos ministros, y colaterales.
El furioso aquilon, y el bravo coro
Al espantoso bóreas se juntaron,
Al tiempo que en poniente el carro de oro
Los caballos del sol somorgujaron;
Y de suerte la armada al suelo moro
Los tres airados soplos aguijaron,
Que va menos furiosa la saeta,
Y mas aspacio el volador cometa.
Pudiera con alguno destos vientos
Tomar para las islas la derrota,
Y alcanzar de salvarse sus intentos,
Con fuerza y arte la afligida flota;
Pero fueron tan fuertes, tan violentos,
Que ni vale timon, ni sirve escota,
Para volver en la furiosa via
La proa ya encarada á Berbería.
Demás, que tras la noche tenebrosa,
Y el nuevo asalto de maestre y griego,
Vino una nube espesa y tenebrosa,
Abierta á ratos de espantoso fuego,
Que aumentó la tormenta peligrosa,
Y dexó el mundo horriblemente ciego,
Confundiendo en mil truenos y ruidos
Al experto piloto los sentidos.

Y bien que á la escondida luz atento
En la brúxula y carta está mirando
El variar, ó el porfiar del viento,
Y adonde su rigor los va arrojando,
Y con sus conselleres con gran tiento
Está varios remedios consultando:
Por mas que los intente no aprovecha
En tormenta tan áspera y deshecha.
¿Quien el rumor del alto mar furioso
Podrá explicar? y el fuego y el ruido
Del encendido rayo presuroso,
Y de su ronco trueno suspendido?
¿Quien podrá retratar el riguroso
Soplar del raudo viento embravecido?
Y ¿quien, entre terror y asombro tanto,
Del ardiente relámpago el espanto?
Y ¿quien dirá la grima y sobresalto,
Que en los humanos ánimos infunde,
Ver al flaco vaxel subir tan alto,
Que entre las negras nubes se confunde,
Y que de alli con tan horrendo salto
En el profundo piélago se hunde?

¡O corazon de piedra, ó duro acero!
Tú que sulcaste el fiero mar primero!
Que te fiaste con un frágil pino
De tentar el furor del viento airado,
Y de enfrenar el ímpetu marino,
Quando está mas de rabia y furia armado.
¡O duro corazon diamantino!
Qué temerás, si con la muerte al lado,
Entre el fiero temor de tantas cosas,
Te fiaste á las aguas tempestuosas?

La capitana, que al volver la prora
En el furor primero fué postrera,
En padecer la mayor furia ahora,
Aunque va tras de todas, es primera;
Y aunque la causa en realidad se ignora
De ser mayor el mal de esta galera,
Garin parece que la descubria,
Quando gimiendo en medio dél decia:
Echenme al mar, como otro Jonás, luego,
Que por mí se levanta esta tormenta,
Si quieren ver el mar puesto en sosiego,
Y reparar esta mortal afrenta:
Apague esta agua de mi torpe fuego
Aquel ardor que el alma me atormenta,
Que no menos conviene que tanta agua
Para apagar aquella ardiente fragua.
No menos que ancho mar de inmensa altura,
De amargas aguas con furor movidas,
Debe y puede apagar fuego que apura,
Y pone en riesgo tal eternas vidas:
Formen, pues, mar inmenso de amargura
Lágrimas de suspiros comovidas,
En el alma infeliz que fué un compendio,
Con fuego tal, del infernal incendio.
Estas movidas aguas espantosas,
Y estos vientos airados y revueltos,
Que entre tan bravo horror de obras dañosas
Tienen cuerpos y espíritus envueltos:
Sus fieras semejanzas temerosas,
Sus aspectos á asombro y grima vueltos,
Si tales por mí estan en el abismo,
De mi grave dolor forman lo mismo.

Horror, asombro, pasmo, grima, espanto,
En mi afligido corazon imprime
La horrible vista deste mar, que tanto
Estos vaxeles con su furia oprime:
Solo por el dolor intenso y llanto
De aquel fuego infernal á que rendíme,
Que irreparable me le representa
En modos mil esta mortal tormenta.
¿Qué reparo ha de haber á culpas tales,
Muriendo aquí tan sin satisfacellas?

¿Qué esfuerzo en los espíritus vitales,
Para advertillas bien y componellas?
¿Quien diligencias hacer puede, y quáles,
Entre tal confusion, y tanta dellas?
¿Con qué piensa esta gente miserable
Contrastar este mar inconstrastable?
¿Quien diligencias para el alma puede
Hacer aquí como convenga al alma,
Si apenas hay quien satisfecho quede
De que las hace en muy tranquila calma?
Más, aunque así tanto contrario vede
Al alma aquí la deseada palma,
Con inmenso dolor y intenso lloro
Tu infinita piedad, mi Dios, imploro.
En un rincon de la ancha popa estaba
Con baxa voz diciendo el peregrino
Tales lamentaciones, con la brava
Y triste angustia del rigor marino;
Quando del mar, que por el cielo andaba,
Un alto inmenso golpe repentino
Pasó de popa á proa la galera,
Y al monge se llevó en su furia fiera.

Estaba casi el triste sin sentido
En su congoja atónito y turbado,
Ni á parte alguna con la mano asido,
Ni en tabla, ó soga, ó hierro asegurado,
Y así fué facilmente el afligido
De la galera al bravo mar sacado:
Al bravo y alto mar, que de sí mismo
Le abrió para tragarle un ancho abismo.
¡O peligros crueles, rigurosos,
Que en tantas formas el linage humano
Perseguís con rigores tan furiosos,
Con tan pesada y tan violenta mano!
¡O fieros enemigos poderosos,
Que el gran rencor del infernal tirano
Mostrais con sus fortísimos aceros!
¿Quien podrá resistiros, y venceros?
La humana débil fuerza enflaquecida
Con mil culpas enormes detestables,
De tan fuertes contrarios combatida,
¿Qué vencimientos puede dar notables?
En tan pequeño término de vida
Tantas cosas tan várias y espantables,
Tantos peligros y temores, tantos
Sobresaltos bravísimos y espantos.
Hombre, qué sientes? qué te ensoberbece?
¿Hay miseria por dicha, hay desventura,
En que cada momento no tropiece,
Y aun caya tu torpísima locura?
Lo que este siglo engañador te ofrece,
¿No ves ques amarguísima dulzura?
Vuelve los ojos, mira el claro cielo,

No te engañen las máscaras del suelo.

Las lisonjas, los cargos, la riqueza,
Los regalos, los gustos, las dulzuras,
Los linages, las gracias, la belleza,
Los descansos, las prósperas venturas,
No te engolfen, mezquino, en la braveza
De su revuelto mar de desventuras,
Porque no embista por tu mal gobierno
Tu rota barca en rocas del infierno.
¿No te escarmientan, dí, tantos castigos
De la mano justísima enviados?
¿Los prósperos sucesos de enemigos?
¿La perdicion de reynos, y de estados?
¿Las pérdidas de deudos, y de amigos?
¿Los continos tormentos y cuidados?
¿Tu descontento eterno, y tus ofensas?
¡O ciego! ó vano! ó mísero! en qué piensas?
Si un Garin, que con llanto tan vehemente
Sus culpas llora tan arrepentido,
Tan lleno de dolor y amor ardiente,
Ves de tantos trabajos afligido;
¿A qué levantas tú la altiva frente?
¿A qué te muestras ensoberbecido?
Templa ese brio, humíllate, y convierte
El alma á Dios con miedo de la muerte.
Trino Señor, que con amor tan grande
Amas mi alma, humilde te suplico
Le dés favor con que en tus sendas ande,
Porque la lleven á su asiento rico:
Haz, poderoso Rey, que rija y mande
En ella la razon, que á mí me aplico,
A mí me digo, lo que al hombre digo,
Contemplando tu premio, y tu castigo.

Y mirando la altísima clemencia,
Dulce Señor, que con Garin usaste,
Pues, á pesar de la infernal potencia,
De en medio de mil muertes le sacaste,
¿Qué no puede, Señor, tu omnipotencia?
Al sordo, airado y bravo mar mandaste,
Que, libre de la muerte, diese sobre
Otra galera con el monge pobre.
Y obedeciendo el mar tu mandamiento,
Una gran parte dél, furiosa y alta,
Con Garin casi muerto, en un momento
Sobre otra fusta fluctuante salta;
Y con pequeño golpe y movimiento
Allí le dexa, y riguroso asalta
Otro vaxel, y desde proa á popa
Rompe y abate quanto encuentra y topa.
Como incitado del humor adusto
Suele representar sueño pesado
Triste vision, que con cuchillo, injusto

Sepára el alma de su cuerpo amado;
Y tras aquel bravísimo disgusto
Despierta el hombre ansioso y congojado,
Con duda (tal fué el sueño triste y fiero).
Si fué caso soñado, ó verdadero;
Así quedá Garin del riguroso
Trago cruel de amarga muerte lleno,
Triste, turbado, atónito, y ansioso,
Casi del todo de sí mismo ageno:
Un rio por la boca echa furioso,
Del mar que tiene en el hinchado seno,
Tras mil arcadas, y ásperos rigores,
De crueles tormentos y dolores.

El cuitado Garin, al fin, tendido
En el batel quedó, que siempre estaba
En su lugar, y á su barbeta asido,
Con la gente ordinaria que alojaba:
Y allí, desconsolado, y afligido,
Con Dios su flaco espíritu esforzaba;
Y en tanto la asperísima tormenta
La brava furia y fiero espanto aumenta.
Ya la segunda noche temerosa
Las negras sombras sobre el mar tendia,
Despues que la tormenta rigurosa
Las frágiles galeras combatia;
Y mas fiera, revuelta y tenebrosa,
Que la que precedió al segundo dia,
Sus espantos bravísimos ofrece,
Con que la confusion terrible crece.
Mas truenos, mas relámpagos, mas viento,
Mayor escuridad, mayor ruido,
Mas cansancio, mas pena, mas tormento,
Y mayor turbacion, grita y gemido,
La fiera noche con rigor violento
Consigo traxo al cómitre afligido,
Cuyo mandar, ó sea silbando, ó sea
En voz, no llega al fin que se desea.
No se muda jamás un solo punto
El septentrional viento espantoso,
Y con sus dos colaterales junto
Siempre alterando mas el mar furioso:
Al triste pueblo, casi ya difunto
En la esperanza de alcanzar reposo,
Lleva derecho por el alto lago,
A dar donde ya fué la gran Cartago.

Quando de nubes lóbregas y escuras
Salia el tardo sol todo cubierto,
A los tristes por tantas desventuras
Dando del tercer dia aviso cierto,
Descubren los pilotos las alturas
De los montes que dan seguro puerto
En medio de Biserta, y del collado

Que Dido vió á su gusto edificado.
Usan allí toda la fuerza y arte
Los marineros tristes y cansados,
Para guiar las proas á la parte
Que ofrece el puerto alivio á sus cuidados:
La galera que lleva el estandarte,
A pesar de los vientos enojados,
Ya el puerto toma, y de la estrecha boca
Las no tan removidas aguas toca.
Otras ocho tras ella, una á una,
Al puerto, aunque enemigo, deseado,
Las echa, ya clemente, la importuna
Furia del alto mar y viento airado:
Sola sintió el rigor de la fortuna
La galera en que el monge habia quedado;
O fuese caso, ó furia del infierno,
Para gloria mayor del Rey eterno.
En unas peñas que á la misma boca
Del puerto estaban embistió el navío,
Llevado del furor con que provoca
El viento á irremediable desvarío;
Y en una apenas con la quilla toca,
Apenas da sobre el cruel baxío,
Quando, qual si de frágil vidro fuera,
Quedó rota y perdida la galera.

Allí se vió la lástima en su punto,
Allí la muerte rigurosa y brava
Se vió fiera traer consigo junto
Todo lo que en el mundo mas la agrava:
Allá muriendo uno, acá difunto
Otro de un fiero golpe se mostraba;
Otro sobre un madero allí forceja,
Y contra el bravo viento y mar proeja.
Los míseros esclavos y forzados,
A los ramales de cadena asidos,
Tristemente se vian anegados,
Del fiero mar acá y allá traidos:
Los diestros marineros esforzados,
Con propios pies y manos impelidos,
Triunfan del bravo mar osadamente,
Pero no de la muerte mas potente.
Las tablas, los pedazos de maderos,
Y los troncones de árboles y entenas,
Sacaban á los fuertes marineros
Con fiero golpe el alma por las venas.
Ya los últimos tocan los primeros,
Y aquellos casi ya secas arenas,
Quando una recia tabla, ó viga gruesa,
Con mortal golpe entre ellos se atraviesa.
Estos que en las faenas se intricaron,
Y el capitan de la galera junto,
Como los que cadenas anegaron,
Pasaron deste mal al mayor punto,

Que otros al bien allí que no esperaron
Se vian pasar en un instante, ó punto;
Aunque causando en todo en varios modos
Varios tormentos la tormenta á todos.

Los infantes que lleva esta galera,
Y el alferez que en ella los regia,
Allí tambien siguiendo su bandera,
Muestra su obligacion y valentía:
El alferez nadando, en tal manera
Valor les dió con ella en su agonía,
Que victoriosos desta brava guerra,
A pesar de la mar tomaron tierra.
Pero al triste Garin, desta segunda
Mortal congoja, ¿quien le saca y libra?
¿Quien le solivia porque no se hunda?
¿Como en el agua, ó ayre, el cuerpo libra?
¿Quien á su ruego y oracion segunda,
Y en su favor alguna fuerza vibra?
O poderoso Dios! vuestra clemencia
Le oye, y le libra, y muestra su potencia.
Dixe que en el batel estaba el triste,
Despues de aquel primer peligro extraño:
Ahora, pues, que la galera embiste
En el baxío con tan grande daño,
En el pequeño esquife se resiste
Aquel peligro; más con desengaño
De ser fuerza del cielo manifiesta
Contra el infierno por el monge puesta.
En seco dió mas de seis pasos fuera
Del riguroso mar la corta barca,
Quitando al triste monge de la fiera
Y brava mano de la airada parca:
Vueltos los ojos él a la alta esfera,
Sin hablar rinde al celestial Monarca,
Con el contrito corazon cuitado,
Las gracias á que está tan obligado.

Y ya con mas esfuerzo, y mas consuelo,
Tras la contemplacion humilde y santa,
Besando con mil lágrimas el suelo,
Asienta en él la una y otra planta;
Y al puerto va con otros que del cielo
Alcanzaron, qual él, ventura tanta,
Que del naufragio misero escapasen,
Y tan grande peligro contrastasen.
Fué recibido en la real galera
Con gran gozo de todos; pero Alberto,
De quien con tierno amor llorado era,
Dió dél allí mas claro indicio, y cierto:
Quiso saber del todo la manera
De haber llegado á salvamento al puerto,
Habiendo sido ante él arrebatado
Del alto mar, y al centro dél llevado.

A todo satisfizo el ermitaño,
Alabando al Señor, cuya clemencia
Mostró en el fiero irreparable daño
Su infinita piedad y omnipotencia.
Admiró al General el caso extraño,
Y á todos; y con santa reverencia,
Por tan nuevo suceso y admirable,
A Garin tienen por varon notable.

Canto VIII

Despues que Alberto con Garin gozoso
Un espacio pequeño se entretiene,
Donde trabaja el cómitre cuidoso
Con diligencia cuidadoso viene,
Y del seguro puerto y espacioso
Hace tomar la posta que conviene;
Y dar orden tras esto que la gente
Del trabajo asperísimo se aliente.
Estaba el sol en la mitad del cielo,
Quando la armada en este punto estaba,
Y despejado el africano suelo
De gente mora al General mostraba:
El qual con vigilante aviso y zelo
Ya el orden conveniente consultaba
Para saltar en tierra, y que la armada
Fuese del daño inmenso reparada.
Para lo qual, habiendo sido tanto
El daño en general de los vaxeles,
Y faltándoles agua, y leña, y quanto
Hacen faltar tormentas tan crueles:
Siendo forzoso despalmar, si tanto
Lugar le dan los bárbaros infieles,
Resuélvese en sacar la gente armada,
Y que esté en esquadron fortificada.

Y aunque desde galera descubria
Los montes, y los valles, y laderas,
En tierra manda echar experta espía,
Que lo mire y advierta mas de veras:
Luego manda aprestar la infantería,
Que tiene repartida en las galeras,
Que es su guardia ordinaria, mil soldados
Por cinco capitanes gobernados.
Es sobrino de Alberto el uno, Almonte
Del Pó llamado, fuerte y valeroso:
El otro el florentin Alcimedonte,
Y de Palermo el bravo Sinforoso:
Los otros dos de Nápoles, Oronte,
Y Filadelfo, jóven generoso,
A quien Marte y Apolo en gloria suma
Daban, ora la espada, ora la pluma.

Estos cinco famosos capitanes
Sacan su gente plática y briosa,
Algo aliviada ya de los afanes
De la brava tormenta peligrosa:
Ya tienden las banderas los galanes
Alféreces, la caxa belicosa
Ya recoger á toda priesa suena,
Aunque la toca el atambor á pena.
Con baxo son, las caxas destempladas,
Recogen la feroz gente de guerra,
Por no alterar con altas algaradas
La sosegada gente de la tierra:
De las agudas proas acostadas
A la falda mas llana de una sierra
Sale la armada gente ya por anchas,
Para aquel menester capaces, planchas.

Alberto era el primero que salia,
Y tras él sale su sobrino Almonte,
A quien sigue una brava compañia
De gente agreste del Vesúvo monte:
Al mismo tiempo en tierra la ponia
Con gente de Salerno Alcimedonte,
Y con napolitanos Sinforoso,
Y Oronte, y Filadelfo valeroso.
Es Sargento mayor Ulisio fuerte,
Un varon de valor discreto lleno,
Descendiente del hijo de Laerte,
Y en nada á su mayor menor ni ageno:
Este, para que en orden se concierte
La gente, visto del infiel terreno
El llano, el monte, el valle, y las laderas,
Ordena, traza y forma las hileras.
Hace tres esquadrones de la gente,
Guarnecidos de diestros tiradores,
Mostrando cada qual en la ancha frente
Largas picas de armados contendores.
Marchan luego con paso diligente
Para el bosque, á la sorda, sin rumores:
Tras ellos sigue chusma de los fieles
Con hachas, y barriles, y cordeles.
Estaba el sol en medio del camino,
De la mitad postrera de su via,
Quando se vió la gente en el vecino
Bosque, donde agua y leña pretendia;
Y ya el robusto roble y alto pino
Con recio golpe la segur hería,
Y de altos pozos, que en el campo estaban,
A sacar agua dulce comenzaban.

Quando, como si hubiera allí sembrados
Por Cadmo dientes de la sierpe airada,
Una gran banda de árabes armados
Apareció con súbita algarada;

Y de flechas y dardos arrojados
Les dió una carga súbita y pesada,
Entrando con tropel bárbaro y fiero,
Aunque muy fuerte, el esquadron primero.
No dexó de alterar á nuestra gente
El no esperado acometer furioso;
Aunque Alberto, y Almonte, osadamente
Mostraron bien su esfuerzo generoso:
El Sargento mayor diestro y prudente
Al segundo esquadron manda animoso
Que entre al socorro del primero, y manda
Que corte el otro la enemiga banda.
De doscientos soldados de galera,
Y los doscientos del Vesúvo monte,
Nuestro fuerte esquadron primero era,
Adonde van el General, y Almonte;
Y todo, aquella gente airada y fiera,
Salida al parecer de Flegetonte,
Le descompone, rompe y desbarata,
Y á mas de cien soldados hiere y mata.
Alcimedonte y Filadelfo tienen
El esquadron segundo con su gente,
Los quales animosos contravienen
Al furor de la bárbara corriente:
Cuyo soberbio arremeter detienen,
Mostrando cada qual honradamente
La fuerza que conviene, y la prudencia,
Para tan peligrosa resistencia.

Por otra parte Oronte y Sinforoso,
Como mandó el Sargento, acometieron,
Arremetiendo al esquadron furioso
Por el lado mas cómodo que vieron;
Y con esto su fuego belicoso
De tal manera todos encendieron,
Que suben de sus llamas las centellas
Hasta al que las reparte á las estrellas.
Un moro, armado de luciente malla
Casi desde los pies hasta la frente,
Es el que pone en la cruel batalla
El primero de todos fuego ardiente:
Rompe y abate todo quanto halla,
Qual grande y furiosísima creciente,
Con un pesado alfange damasquino,
Contra quien no hay acero fuerte, ó fino.
Llámase el fiero moro Tulipante,
Nacido entre leones y criado,
De miembros y estatura de gigante,
De corazon mas que de tigre airado,
Robusto y fuerte, bravo y arrogante,
Sagaz y diestro, suelto y alentado,
Ladron furioso en tierra y temerario,
Y en mar astuto y singular cosario.
Este abre calle á su esquadron, y pasa

Por el del General á pura fuerza:
Este con raudo curso le traspasa,
Sin que por nadie le detenga, ó tuerza:
Este á su gente de valor escasa
Con sus obras bravísimas esfuerza:
Este mata á Leandro, y á Timbreo,
Y al jóven Claudio, y viejo Clodoveo.

Quatro soldados ornamento y gloria
De Taranto su patria ilustre fueron,
Donde con lastimosa y triste historia
Segunda vez por muerte tal nacieron,
Quedando en larga vida la memoria
Del valor con que á ella se ofrecieron,
Viéndola irreparable, irremisible,
En el acero deste monstruo horrible.
El qual al valeroso Sigismundo,
Primo de Filadelfo, y su Sargento,
Priva de un golpe de la luz del mundo,
Y de otro al noble Mucio de Agrigento:
Con lo qual causa con dolor profundo
En Filadelfo tanto sentimiento,
Que á él ardiendo en cólera se arroja,
Puesta de punta la templada hoja;
Y fué con tanta fuerza, y tanta suerte,
Que por la fina malla el hierro entrado,
Quedó en el atrevido pecho fuerte
Hasta el tercio postrero sepultado.
Sintió el moro la furia de la muerte,
Que al corazon le habia ya llegado;
Y alza el alfange, pero al mismo punto
Cayó ante el fuerte capitan difunto.
El qual sabroso desto, y encendido
Del enojo de ver su primo muerto,
Pasa adelante con valor subido
A socorrer al General Alberto:
Sigue su gente, y es tambien seguido
De Alcimedonte el florentin experto,
Que á Bósforo mató, y á Sarmacante,
Mientras él al soberbio Tulipante.

Y aunque de Abenzain de Yarba, y Fraso,
Con sus tres compañias contrapuestos,
Se defendia el peligroso paso,
En pretension de mejorar de puestos:
Fué de los tres contra los dos escaso
El valor de los ánimos dispuestos,
Pues á sus manos mueren, y su gente
El puesto y paso gana honradamente.
Su gente, entre la qual dos caballeros
De aquel heroyco antiguo honor romano,
Valerosos soldados verdaderos
Se muestran contra el émulo africano:
César, cuyos fortísimos aceros

Del César parecian soberano;
Y Pompeyo, que imita al gran Pompeyo
En deseos de triunfos del Parpeyo.
César, que á Lesbo, á Parto, á Turbo, Olíto,
En pretension del paso de aquel suelo,
El espantoso paso de Cocíto
Hace pasar en presuroso vuelo;
Y Pompeyo, que á Franio, á Tolomíto,
Al grande Audalla, al espantoso Orbelo,
Las almas saca por sangrientas puertas,
Que las dexan al paso estrecho abiertas.
Llegan al fin á donde con Almonte
El General valiente detenia
La furia de la gente, que del monte
Por entre el bosque al llano descendia;
Y allí con Sinforoso, y con Oronte,
Gran resistencia el gran valor hacia,
Habiendo por el lado ya el Sargento
Rompido el esquadron á su contento.

Alberto, y su sobrino Almonte, en tanto
Resistiendo la furia horrible y brava,
Cada qual con inmenso horror y espanto
Del atrevido moro peleaba:
Alberto al fuerte capitan Leofanto,
Que alcayde en Tunez fué de la Alcazaba,
De un revés la cabeza le derriba,
Y en dos de un tajo se la parte á Liba.
Aismen mató de una estocada, y junto
De otra muerto sobre él echó a Creonte,
A Nicandro y Perilo al mismo punto
Mató, y á Nicoran y á Musco, Almonte.
A Celebin en su esquadron difunto
Dexó, y á Zeletin y á Torvo, Oronte:
Sinforoso á Dalmuz á Zen, y Abdella,
A Nico, y Tracio, y Nicanor degüella.
Y aquí el noble y discreto Serafino,
Eterno honor del águila famosa,
Y Fulvio de Sulmona, y Antonino
De Capua, y Vitantonio de Venosa,
A Lanco, Ormuz, Obir Zerbin, Folino,
Faon, Jafer, Aluz, Pafin, famosa
Y heroycamente peleando embisten,
Y el gran furor detienen y resisten.
Un hora, ó mas habia que duraba
El combatir furioso y porfiado,
Quando á la gente sarracena brava
Un socorro le vino reforzado:
El qual, á la cristiana que ganaba
Gran parte ya del campo, por un lado
Entrando á toda furia, descompuso,
Y en retirada á paso largo puso.

Mas eran de tres mil los que primero

Acometieron nuestros esquadrones,
Y de otros tantos era este postrero
Bravo tropel de bárbaros varones;
A cuyo acometer soberbio y fiero
Quedaron los cristianos corazones
Llenos de espanto, pero no de suerte
Que haya quien vuelva el rostro al moro fuerte.
Con valor admirable peleando,
Y aquella brava furia resistiendo,
Se iban ya para el monte retirando,
Baxar á la marina no pudiendo;
Pero los fieros bárbaros, tomando
Todos los pasos, fuéronlos trayendo
Al ancho llano, donde á todos lados
En rueda los tenian ya cercados.
Reconocida aquí la adversa suerte
El valeroso exército cristiano,
No pretendiendo mas de honrada muerte,
Hinche de sangre bárbara aquel llano:
No hay pluma, ó lengua, que á decir acierte
Lo que allí hizo la cristiana mano;
Pero la multitud de gente perra
Ya ya ganaba la sangrienta guerra.
Que demás de tenellos circuidos,
Y de ser tantos mas los africanos,
Y de estar tan cansados ya y heridos
Los bravos y fortísimos cristianos,
Y á los forzados míseros rendidos
Atadas tienen las robustas manos,
Y al buen Garin con ellos juntamente
Tiene ya preso la furiosa gente.

Al buen Garin, por cuya causa el fiero
Infernal enemigo suyo habia
Traido al bravo moro bandolero
A revolver allí mortal porfia.
Atado el triste monge, y prisionero,
Tiernas y amargas lágrimas vertía,
Pidiendo á Dios algun piadoso medio
Para el bien de su campo, y su remedio.
¡O Señor clementísimo amoroso,
En quantos modos á tu pueblo amado
Muestras el tierno corazon piadoso
De dulcísimo padre regalado!
¡Si permites que á trance peligroso
Sea por sus deméritos llegado,
Tu amor y zelo mas allí le muestras,
Y en tu divina voluntad le adiestras!
En el peligro extremo de las vidas,
De los feroces árabes cercados,
Las generosas almas no rendidas,
Estaban los fortísimos soldados;
Quando por las furiosas y homicidas
Armas de aquellos bárbaros ayrados,

Un robusto mancebo entró desnudo,
Con una espada sola y un escudo.
Con sola una camisa cobijaba
Los fortísimos miembros el cristiano,
Que entte la gente mora se mostraba
Como leon entre esquadron villano.
Era tan alto, que sobrepujaba
Al mas alto de todos una mano;
Y era conforme á la admirable altura
La trabazon del cuerpo y compostura.

Más en las bravas fuerzas y destreza,
En ánimo, en valor, y en osadía,
A la disposicion, y á la belleza,
Con ventaja grandísima excedia:
Era un milagro de naturaleza
Aventajado á quanto engendra y cria,
Como se podrá ver ahora en parte
Todo empleando de mi musa el arte.
Al primer moro, en quien probó la espada,
Partió desde la frente á la cintura;
Del cuerpo la cabeza destroncada
Rodando á otro echó por la llanura:
Al través de otra fiera cuchillada
Otro partido tiende en la verdura;
A otro los dos muslos le cercena;
Y juntos de una punta á dos barrena.
De un corte era la espada, y tunecina,
Aunque derecha y larga á lo cristiano,
Tan segura de temple, y fuerte, y fina,
Qual la del Teucro que forjó Vulcano;
Y no menos que espada diamantina
Conviene á tan robusta y fuerte mano,
Para sufrir los golpes espantosos
Con que entra por los árabes furiosos.
Hácese larga plaza el jóven fuerte,
No hay quien resista, no hay quien rostro haga
Súbita furia de repente muerte
Es de su espada la mas corta llaga:
Ni ciencia de Esculápio habrá que acierte
A curar sus heridas, ni arte maga;
Todas van de mortal congoja llenas,
Hasta agotar la sangre de las venas.

Revuelve los airados ojos, vista
Ya poca resistencia de aquel lado,
Y ve matar á Sérgio, y á Batista,
Un viejo alferez, y su abanderado:
Pone en el bravo matador la vista,
Ques un valiente moro señalado,
Y á él se arroja, derribando á Brino,
A Zayde, á Mir, y al capitan Fandino.
Espera el bravo bárbaro arrogante,
Y en la fuerte rodela recogido

Repara el golpe, que el antiguo atlante
En dos montes hubiera dividido:
El escudo cortó, brazo y turbante,
Y el cuerpo de anchas mallas circuido
En dos medios partió, y la fiera espada
Quedó en el suelo un palmo sepultada.
Saca la espada, y pasa presuroso
Adonde ve una cruel pendencia
Que tienen Filadelfo y Sinforoso,
A mas de mil haciendo resistencia:
Entra por ellos con rigor furioso,
Y lleno de valor, y de inclemencia,
Cuerpos y piernas, brazos y cabezas,
Volando envia por el ayre en piezas.
Adonde estan los dos valientes llega
Hiriendo y derribando á todos lados,
Y de manera enciende allí la brega,
Que van los moros ya desbaratados:
Crece la furiosísima refriega,
Y llega tras los bárbaros airados,
Adonde un moro, capitan valiente,
Con gran valor hace parar su gente.

Con treinta bravos moros se acompaña
El capitan valiente y señalado,
Y todos juntos con furiosa saña
Acometen al jóven esforzado:
El qual no pierde un pié de la campaña,
Ni un punto de su espíritu extremado;
Antes se arroja entre la esquadra fuerte,
Llevando en la sangrienta espada muerte.
Lo mismo Filadelfo, y Sinforoso,
Con encendido corazon hicieron,
Y entre el tropel soberbio y riguroso
Con denodado esfuerzo se metieron.
Cúpole á Filadelfo el valeroso
Arabe capitan, y allí vinieron
A batalla cruel de solo á solo,
Que duró tanto quanto al dia Apolo.
Sinforoso, siguiendo al fiero mozo,
Hace a su exemplo pruebas varoniles,
Con miserable pérdida y destrozo
De aquellas atrevidas gentes viles;
Cuya grita, alarido, y alborozo,
Aumenta nuevo esfuerzo al nuevo Aquiles:
Con el qual hace innumerables pruebas
Espantables, fortísimas, y nuevas.
El General estaba con Almonte
Quando el bravo rencuentro en esto estaba,
Y con su mejor gente, y con Oronte,
En peligroso y fuerte trance andaba:
Al qual el valeroso Alcimedonte,
Trayendo el resto de la gente brava,
Acude á socorrer con el Sargento,

O á ver con él el último tormento.

En este punto aquí tambien llegaron
Los nueve capitanes que en el puerto
En las nueve galeras se quedaron,
Quando dellas salió el prudente Alberto;
Que habiendo visto el caso, procuraron
Dexar la armada en el mejor concierto,
Y partir luego con intento honroso
De verse en aquel trance peligroso.
De la nobleza de la gran Sirena
Son todos los valientes capitanes:
Sus nombres son Ricardo de Lorena,
Flotante de Altamor, Fadrique Danes,
Alardo, Olindo, Anselmo de Ravena,
Uberto, Guido, y Telamon de Alfanes:
Faltaba el buen Tancredo, que en la fiera
Tormenta se perdió con su galera.
Desembarcaron asimismo, junto
Con estos capitanes señalados,
Cien pasageros, que en tan fuertes puntos
No quieren de flaqueza ser notados,
Conociendo de honor el claro punto
A que todos estaban obligados:
Son españoles, y la fama antigua
De solos dos los nombres averigua.
Cardona, capitan grande y famoso,
De heroycos capitanes descendiente,
Cuyo apellido y grado suntuoso
Por todo el orbe resonar se siente;
Y Aragon de Segorbe el valeroso,
De Reyes de Aragon claro pariente,
Amigos de amistad inseparable,
De voluntad, de amor y fe inviolable.

Son los dos que la fama aclara y nombra
Por excelso valor entre los ciento,
Cuyos nombres dexó en escura sombra,
Como es estilo de su corto aliento;
Pero de todos el valor asombra
Al insolente bárbaro sangriento,
Que al grande Alberto sus desinios turba
Con la braveza de su infame turba.
Juntos pues todos ya con el valiente
Alcimedonte, y con Ulisio, llegan
Donde combate el General prudente,
Matando á quantos el camino niegan:
Crece con ellos la raudal corriente,
Con que los secos páramos se riegan
De sangre mora, aunque también mezclada
Con la valiente sangre bautizada.
Allí acudió también el jóven fiero,
Que por el campo todo penetraba,
Mil veces mas airado que primero,

Por dos ó tres heridas con que estaba:
Llegó de los cristianos el postrero
Adonde el grande Alberto peleaba,
Pero no fué tan tarde su venida,
Que á mil no fuese muerte, y á mil vida.
Estaba el sol muy cerca de encerrarse
En el profundo golfo de poniente,
Quando el rencuentro vino allí á trabarse
Tan porfiada y rigurosamente:
Viniendo en breve término á juntarse
Toda la nuestra y la contraria gente,
Como dándose priesa á la victoria,
Antes que dexe el sol sin luz su gloria.

Era el caudillo de la gente mora
Un viejo capitan bravo y osado,
Hecho á correr desde la clara aurora
Hasta el hercúleo Calpe el mar airado:
Sus vaxeles perdió, y andaba ahora
Con aquel pueblo acá y allá arrojado,
Haciendo por las bárbaras marinas
Mil insultos, asaltos, y rapiñas.
En dos bandas traía repartida
El moro experto aquella gente fiera,
Por un sobrino suyo era regida
La una, y él regía la primera:
La que de su pariente era traida,
Es la que en la batalla entró postrera;
Zeylan se llama el viejo, el mozo Armeno,
De gracia, de valor, y de amor lleno.
Este es quien queda en singular batalla
Con Filadelfo, capitan famoso,
Y es quien en la de dulce amor se halla
Con Lixerea, de quien es esposo:
Con Lixerea, que, qual él, de malla
Ornado el cuerpo varonil hermoso,
Suele entrar en revueltos esquadrones,
Y rendir valentísimos varones.
No entró en este bravísimo rencuentro
La bella mora, por haber quedado
Del alto bosque en el secreto centro,
Adonde estaba su aduar plantado:
Ni lo pudo saber ella allá dentro
Habiendo sido tan arrebatado,
Por suceder inesperadamente
En viendo todos la ocasion presente.

Esta suerte de gente al fin los fieros
Arabes eran, que al famoso Alberto
Probaron los fortísimos aceros,
Quando descanso pretendió en el puerto;
De quien con sus valientes caballeros
No se escapára de cautivo, ó muerto,
Si Dios á tan buen punto no enviára

Aquel fuerte varon que le amparára.
El qual, en el mayor conflicto ahora,
Junto ya con Alberto, y con su gente,
De la que en el merchan de Arabia adora
Vierte la sangre miserablemente;
Ya vuelve el rostro la canalla mora,
Ya no hay quien mire la cristiana frente:
Sigue el alcance aquel feroz mancebo
Hasta que se escondió la luz de Febo.
La chusma, que prendida en sus cordeles
Estuvo grande rato ya cautiva,
Y el monge, digno que un famoso Apeles
Le pinte, y un Virgilio le describa,
De poder de los bárbaros crueles
Fueron sacados por la gente altiva,
Que por el jóven de inmortal memoria
Tuvo del enemigo la victoria.
A retirar entonces manda Alberto
Que apriesa toquen los marciales sones,
Y así del peligroso desconcierto
Se retiraron luego sus varones;
De quien el viejo Ulisio como experto
Vuelve luego á formar sus esquadrones,
Visto que el roto bárbaro arrogante
Su campo forma poco dél distante.

Alberto queda al pié de la montaña,
Y allí pone su exército en defensa,
Y, entrél y el puerto, el moro en la campaña,
Determinado de vengar la ofensa;
Y cada qual con diligencia extraña
Las cosas en su exército dispensa,
Por el orden que entiende que en el hecho
Le serán de mas cómodo y provecho.
No hay quien se quite ni una sola malla,
No hay quien repose, ni aun el mas herido,
Cada qual de la suerte que se halla
Puesto está en arma con atento oido:
No hay reparo, trinchera, ni muralla,
Ha de estar el soldado apercibido,
Para que al primer arma que sonare
Cale la pica, ó la saeta encare.

Canto IX

Así ya puestos de una y otra parte,
El General en todo cuidadoso
Manda buscar aquel su nuevo Marte,

Aquel fuerte mancebo milagroso.
Hállanle, y viene ante él ya puesto de arte
Que no esté por desnudo vergonzoso:
De un bárbaro despojo en noble suerte
Viene armado y vestido el jóven fuerte;
Y desta suerte al General llegado,
Que, de los capitanes de galera,
Y de Garin, y de otros rodeado,
Con deseo grandísimo le espera,
Con rostro grave, alegre y sosegado,
Les hace cortesía; de manera
Que todos conocieron ser persona
En todo digna de real corona.
El valeroso General prudente,
Visto el real respeto y la prudencia,
Le abraza con amor estrechamente,
Y con gran cortesía y reverencia;
Hizo lo mismo aquella noble gente,
Ofreciéndole todos obediencia
Como á señor, y como á quien debian
La vida y libertad que poseían.

Tras esto, y tras curalle dos heridas
Que en un muslo y un brazo habia sacado,
Y haber con las mochilas proveídas
A la naturaleza restaurado:
A las partes del mozo esclarecidas
El General discreto aficionado,
Con razones dulcísimas le obliga
A que su nombre y calidad les diga;
Y particularmente la venida
Milagrosa, señor, le dice, cuenta,
Que ha sido á tantos libertad y vida,
Y que tanto tu honor y gloria aumenta:
De tu patria del cielo engrandecida,
Pues un varon le dio de tanta cuenta,
Y de tu nombre, al fin, haz satisfechos
A los que ya lo estamos de tus hechos.
El fuerte jóven con el rostro humano,
Agradecido al noble tratamiento,
Mostrando ser no solo cortesano,
Pero señor del cortesano asiento,
Con dulce estilo gravemente llano
Responde: cumpliré tu mandamiento.
Soy Don Diego Horel, nací en Castilla,
Sucesor, aunque indigno, de su silla.
Cardona, y Aragon, que el nombre oyeron,
Puesta la vista mas atentamente,
Al heroyco varon reconocieron,
De ambos deudo, aunque en modo diferente:
Alegres dél á conocer se dieron;
Alegre él los conoce, y la valiente
Mano las de ambos toma, y sosegado
Así prosigue el cuento comenzado.

Por varios casos, y por gran deseo
De ver del mundo las heroycas cosas,
Salí de España, donde no hay empleo
Por ahora de empresas generosas;
Y despues de larguísimo rodeo
Del mar y sus carreras tan dudosas,
A Roma al fin llegué, y en coyuntura
Qual pudiera pedir á la ventura.
No es posible que sepas el gran hecho
Del Santo Leon Quarto, pues te hallo
Con estos moros puesto en este estrecho,
Y así será justísimo contallo,
Que de admirable regocijo el pecho
Tendrá qualquiera lleno al escuchallo;
Y mas en tí será tal regocijo,
Qual de la Iglesia tan ilustre hijo.
Responde Alberto: de la Iglesia santa
Soy, y de su Pastor hijo obediente,
Y de su gozo ha de caberme tanta
Parte, qual es á un hijo conveniente;
Y así, señor, suplícote con quanta
Cortesía te debo, el excelente
Hecho que dices digas por extenso,
Que heroyco ya y altísimo le pienso.
Sabá, rey africano valeroso,
Don Diego dice, con su armada grande,
Como tan arrogante y victorioso,
Por las costas de Italia y Grecia ande:
Confiado, por verse poderoso,
De que nadie en su daño se desmande,
El puerto de Ostia de improviso toma,
Determinando destruir á Roma.

El gran Prelado valeroso y santo
Teniendo aviso del peligro urgente,
Depuesto el sacro venerable manto,
Corre á las armas valerosamente;
Y con presteza singular, en tanto
Que el campo forma la enemiga gente,
El con la suya de la santa tierra
Sale animoso á la sangrienta guerra.
Yo que ofrecido al gran Leon habia,
Como en tal ocasion era obligado,
Mi persona, con gozo y alegria
De haber á punto tal allí llegado,
Con la gente tambien que le seguia
Salí tras el santísimo Prelado:
El qual guiado de virtud divina
Con gran presteza para el mar camina.
Ya el moro con formados esquadrones
Talando todo el campo, apresuraba
La multitud inmensa de ladrones
Con que tan atrevido y bravo andaba,

Quando el Santo Leon con sus leones
Al sacrílego lobo se acercaba;
Tanto ya, que en un ancho y largo llano
Se descubrió el exército africano.
Descubiertas las bárbaras banderas,
El valeroso y gran Caudillo nuestro
Va primero á las armas verdaderas,
Como en ellas tan plático y tan diestro.
Rinda, Señor, aquellas gentes fieras,
Con lágrimas decia, el pueblo vuestro:
El pueblo que os confiesa y que os adora
Rinda, Señor, aquella gente mora.

No permita, mi Dios, vuestra clemencia,
Que este contrito y fiel pueblo romano,
Sea con tan sacrílega insolencia
Vencido del soberbio infiel tirano;
Muestre en nuestro favor vuestra potencia
La fuerza inmensa de su diestra mano,
Pues veis, Señor, lo que á su santa gloria,
Y de su Iglesia, importa esta victoria.
De ese divino trono sempiterno,
Donde á infinita omnipotencia unida
Infinita clemencia en su gobierno
Tanto en favor del hombre es conocida,
Salga favor de dulce padre tierno
Contra esta gente bárbara perdida,
Que con tanta soberbia y saña intenta
Hacer á vuestros hijos tanta afrenta.
Así oró, regando las mexillas
Con eficaces lágrimas ardientes,
Puesto con todo el campo de rodillas,
En forma de contritos penitentes;
Y luego con palabras, que al oillas
Los ojos convertiamos en fuentes,
A la cercana gloria nos incita,
Nos mueve, nos aníma, y habilita,
Diciendo: ó valentísimos varones,
Acostumbrados por virtud nativa
A sujetar las bárbaras naciones
En quanto el sol reparte su luz viva;
Si deseais en vuestras posesiones
Gozar de ilustre palma y dulce oliva,
No hay camino mas cierto que domando
El fiero orgullo deste iníco bando.

Mirad, mirad que es pueblo de Mahoma
El que se atreve con armada mano
A la triunfante vencedora Roma,
Y á su pueblo ya bueno, ya cristiano,
Contra quien siempre le ha vencido toma
Las armas el infiel pueblo africano,
Y contra CRISTO; pues mirad si en esto
Conviene echar de nuestra fuerza el resto.

Así diciendo al pueblo, que ya habia
Por orden suya en Roma confesado,
Con poderosa mano bendecia,
Todo en alegres lágrimas bañado;
Y allí de nuestra santa Madre pía
Abre el tesoro á su gobierno dado,
Con indulgencias, con absoluciones,
Y con mil largas gracias y perdones.
Estaban ya muy cerca los reales
Del Libio Rey, quando el Romano Papa
Las armas de su imperio celestiales
Desta suerte descubre y desatapa:
Tras lo qual las segundas materiales
Muestra dexando la tiara y capa,
Y descubriendo la persona santa
Cubierta del arnés hasta la planta.
Como quando á la luz del claro dia
Suele quitar alguna nube parte
De los ardientes rayos de alegría,
Que por el orbe anchísimo reparte;
Si aquella de repente se desvía
Con el furor de un bravo viento á parte,
El radiante sol se nos ofrece,
Que con mas clara lumbre resplandece:

Así de nuestra Iglesia el Sol luciente,
Dexando el sacro manto religioso,
Al nuevo aparecer resplandeciente
Del limpio arnés fortísimo y lustroso,
Divinos rayos repentinamente
Con resplandor despide milagroso
Del claro electro y de la santa cara,
Con viva lumbre mas ardiente y clara;
Y junto con el rayo repentino
Del rostro y del arnés, al mismo instante
Ante el sagrado Capitan divino
Fué vista una doncella relumbrante,
Que su redondo escudo diamantino
Con fuerte brazo le tenia delante,
Animándole al hecho señalado
Con rostro alegre, grave, y confiado.
Y luego el Santo Príncipe famoso
Arma, arma dice, y arma el campo suena,
El clarin alto, el atambor furioso,
Con fiero alarma cielo y tierra atruena;
Y al enemigo campo poderoso,
Que en aquella presteza piensa á pena,
Con ordenada furia en varios modos
Nos arrojamos al instante todos.
Creciente, que de altísimas montañas
Trayendo piedras y árboles descienda;
Rio, que en vegas, valles y campañas
Con avenida súbita se extienda;
Rayo, que las fortísimas entrañas

Del Apenino, ó Pirineo encienda;
Temblor de tierra que revuelva el centro,
No pueden compararse al fiero encuentro.

Juzgo que fueron muertos y heridos
Mas de diez mil en el encuentro airado
De los soberbios moros atrevidos,
Que en mal punto incitaron al Prelado:
Luego por todas partes embestidos,
Y el conflicto del todo ya trabado,
Con brava obstinacion la gente mora
Hizo furiosamente rostro un hora:
Al cabo de la qual, ya no pudiendo
Resistir al exército cristiano,
A la mar se vinieron retrayendo
Con prestos pies, desamparando el llano.
Entonces la victoria prosiguiendo
Siguió el alcance el Capitan Romano
Hasta el mar, que en mar roxo convertia
La inmensa sangre que el infiel vertia.
Allí yo (pues me mandas que te diga
Como fué mi venida aquí á tal punto)
Siguiendo la vencida y enemiga
Gente con el sagrado Leon junto,
Viendo que en un batél con gran fatiga,
Y con color y rostro de difunto,
De las manos Sabá se nos escapa,
Y que á voces lo dice el Santo Papa:
Del caballo me arrojo al mar, y á nado
Sigo el batél donde iba el moro fiero,
Y alcánzole, que habia ya llegado
Sobre un vaxel fortísimo y ligero:
Subo tras él, y hago lo que armado
Tiene en obligacion un caballero;
Y fué mi buena suerte de manera,
Que rendí en breve espacio la galera.

Y como tuve alguna resistencia,
Aunque para prender al Rey ponia
Con gran cuidado toda diligencia,
Mientras con sus soldados combatia
Se desapareció de mi presencia,
Y en un vaxel ligero que tenia
Veo despues que por el agua vuela
Con largos remos y con ancha vela.
Corria una furiosa tramontana,
Que en espuma tenia convertida,
Con prestas y altas olas, la romana
Exênta playa con razon temida:
Yo, que en aquella cólera de gana
Por prender aquel Rey diera la vida,
Con los cristianos de galera junto
Hago vela, y volando parto al punto.
Pongo la proa por la misma via

Que lleva la ligera galeota,
Y doyle brava caza todo el dia,
No perdiéndole un punto la derrota;
Más, ya que el sol sus rayos escondia,
El viento creció tanto, que la escota,
Y los amantes, y el timon rompiendo,
Vine á quedar en un peligro horrendo.
Los pláticos cristianos, que en galera
Habian sido mucho tiempo esclavos,
Acá y allá con xárcias y madera,
Con remos, con estacas, y con clavos,
Hicieron en el arte de manera,
Que por entonces á los vientos bravos
Se pudo resistir, aunque en mil modos
Ya nos amenazaban muerte á todos.

Tres dias desta suerte contrastamos
La brava furia á nuestro daño intenta,
Y hoy todos ya del todo confiamos
Salir con bien de la mortal tormenta,
Que á tres ó quatro leguas allegamos
De tierra, cada qual haciendo cuenta
Que la pisaba ya, quando al navío
Nos hizo mil pedazos un baxío.
Estaba yo en la popa asido á un remo,
Que en cierto modo de timon servia,
Quando ví el triste y miserable extremo
A que el grande peligro nos traía;
Fué favor (ello es cierto así) supremo,
Que para tanto en mí valor no habia:
Quítome los vestidos en un punto,
Y salto al mar con aquel remo junto.
Desde el cruel baxío peligroso
Hasta el mojado pié de esta montaña
Nadando vine por el mar furioso
Con pena á qualquier otra pena extraña.
Besé la tierra quando el pié gozoso
En ella puse, y luego la campaña
Con gente armada se me ofrece, y luego
Conozco el ser del belicoso fuego.
Y con dolor inmenso de que el fiero
Infiel al fiel tuviese tal ventaja,
Asiendo de las armas que primero
Se me ofrecieron vine á la baraja.
Apenas á este punto el caballero
Llega, quando el gran cuento le baraja
Un arma viva, que á la estable sierra
Hizo casi mover á brava guerra.

A la primera voz los caballeros
Saltan en pié, y acuden á la parte
De donde comenzaron los primeros
Gritos del alto estrépito de Marte.
El Sargento mayor sus sábios fueros

Con diligencia próvida reparte,
Y puesto en arma con atento oido,
Ver no pudiendo, atiende al gran ruido.
Así pues con las armas aprestadas,
Alerta estando la animosa gente,
Por las tinieblas lóbregas cerradas
Metiendo paz viene un varon prudente.
Repórtense las armas alteradas,
Viene diciendo en alta voz vehemente:
Amigo, amigo soy: hágase pausa
Al gran rumor que mi venida causa.
Su nombre en alta voz así diciendo
Mil veces por el campo repetia:
El sábio General reconociendo
La amiga voz, á aseguralle envia;
Y todo el campo en su quietud volviendo,
Seguro paso al valeroso abria:
Al valeroso Filadelfo amado,
Ya por muerto en su exército llorado.
Viene el valiente mozo generoso
En paz y en guerra extremamente bueno,
Cansado por un peso victorioso
Que trae puesto al noble y fuerte seno:
Es el bravo caudillo valeroso
Sobrino de Zeylan, llamado Armeno;
Aquel con quien ya dixe que quedaba
Trabado en singular batalla brava.

El moro viene en una sien herido
De una gran cuchillada, y el cristiano
Desde los hombros á los pies teñido
De su sangre, que riega todo el llano.
Estaba sin aliento y sin sentido
Por la vertida sangre el africano,
Quando ya el capitan para curarle
Adonde Alberto está viene á dexarle.
Luego al son eficaz de sacros versos
Fué la corriente sangre restañada,
Y el alma de mortales y diversos
Espantos fue á sosiego revocada;
Y de sucesos de la guerra adversos
Con amiga esperanza consolada,
Que es la que sobrelleva adversidades
En las almas de heroycas calidades.
¡O alivio de la vida de este mundo,
Cuyo nombre mas pio y justo es muerte,
Dulce esperanza de valor profundo,
Contigo el sufrimiento se concierte,
Que en tí con él la mortal vida fundo!
¡O vital muerte trabajosa y fuerte
De este engañoso temporal infierno,
Donde eres tú tan celestial gobierno!
Gobierno celestial, santa esperanza,
Acompañada á santo sufrimiento,

¿Qual hay del mundo fiera malandanza
Que del alma te arranque de cimiento?
¿Qual tú nos pintas bienaventuranza
Que fuera sea del empíreo asiento?
Y ¿qual consuelo y bien en él no calas
Con el excelso vuelo de tus alas?

Ya pues que el sábio Armeno fue curado,
Despues que en su sentido le volvieron,
Y su daño y peligro reparado
De la manera que mejor pudieron,
Del capitan valiente y señalado
La causa de traelle así supieron:
La qual fué al grande Alberto tan gustosa,
Quanto al discreto Filadelfo honrosa,
De quien en breve así fué referida:
Como cayese ese caudillo fuerte,
La fuerza con la sangre ya perdida,
Yendo sobre él me dixo desta suerte:
Vencido habeis; pero si dar la vida
Quereis, á quien habeis traido á muerte,
Haced, fuerte soldado, de manera,
Si ser pudiere, que cristiano muera.
No dixo mas el valeroso Armeno,
Y yo le dixe que por él haria,
Visto el buen fin de aquel su intento bueno,
Todo lo que á cristiano le debia;
Entonces replicó de gozo lleno,
En medio del desmayo y su agonía:
Yo sé que no hay camino en este suelo
Sino la ley de CRISTO para el cielo.
Que quando mi dichosa suerte quiso
Que fuese esclavo en la ciudad sagrada,
Adonde está del alto paraiso
La santa llave al viejo Apostol dada,
Tuve de la cristiana Fe el aviso
Que gobierna la gente bautizada,
Y junto con las lenguas de cristianos
Supe sus sacros cultos soberanos.

Y siendo mi intencion y mi deseo
Renacer en el agua del bautismo,
Me traxo de uno en otro devaneo
El fiero rey del espantoso abismo,
Hasta que libre ya tras gran rodeo
Me volvió al africano barbarismo,
Y al poder de mi tio, y de esta gente
Enemiga de paz naturalmente.
Con esto se quedo sin movimiento,
Y yo lleno de lástima y de pena;
Mas conociendo que el vital aliento
Aun no faltaba, puesto que era á pena,
Con el recato que yo pude y tiento
Le levanté de la sangrienta arena,

Y como ya se ha visto le he traido,
De mi promesa y su deseo movido.
Apenas fin al cuento aquí ponia
Discretamente el capitan famoso,
Quando Garin, que atento estado habia
Al referir del caso misterioso,
Al grande Alberto lleno de alegría
Dixo, qual verdadero religioso:
Con tu licencia yo de Armeno quiero
Ser para el cuerpo y alma el enfermero,
Holgóse el General; pero mostrando
Valor de heroyco príncipe perfeto,
A Filadelfo quanto puede honrando,
Así dice con término discreto:
En eso, padre mio, yo no mando,
A Filadelfo Armeno está sujeto,
Pues en tan buena guerra le ha ganado,
Y así pedilde á él lo demandado.

Filadelfo, el honor reconociendo
Que á su valor su General hacia,
Discretamente fué correspondiendo
Con alta y generosa cortesía;
De manera que todos concediendo
Al buen Garin la peticion tan pia,
El se amparó del moro caballero,
Con zelo de cristiano verdadero.
Mas entretanto que en el campo nuestro
En tales modos Marte ha sucedido,
El injuriado moro del siniestro
Suceso en brava cólera encendido,
Como valiente capitan y diestro
No reposaba en descuidado olvido,
Sino con cuidadosa diligencia
Descubre allí su plática experiencia.
Y sabida la nueva lastimosa
De la prision de su sobrino Armeno,
De dolor bravo y de pasion furiosa
El iracible y fuerte pecho lleno,
Con diligencia á su querida esposa
Despacha un hombre en eloqüencia bueno,
Para que con discreto y cuerdo aviso
Del triste caso sepa darle aviso.
Y para que la mueva y solicite
A que venga al exército volando,
Y á que su hermano como suele incite,
Con los valientes moros de su bando,
A que venga á gozar de aquel convite,
Que con victoria les está esperando,
Y sobre todo manda que encarezca
Que vengan todos antes que amanezca.

El bravo capitan Abenagonte,
De la famosa Lixerea hermano,

Con cien caballos de Biserta el monte
Habita, y corre la marina, y llano;
De quien por todo el clima y horizonte
Que ilustra el suelo bárbaro africano,
La veloz fama esparce y cuenta hechos
Que dan envidia á mil valientes pechos.
Este es de quien la veloz fama cuenta
Aquella maravilla señalada
De aquel dragon que tuvo en tanta afrenta
A Biserta su patria regalada:
El qual tenia por tributo y renta
Para comida suya dedicada
Una doncella noble cada dia,
Que por concierto el pueblo le ofrecia.
Es caso en toda la Africa sabido,
Que destruyendo este dragon la tierra,
Y no habiendo el poder della podido
Jamás vencerle con sangrienta guerra,
Vino por cierto oráculo á partido
De dar de las familias, que en sí encierra
Mas nobles, una moza la mas bella
Cada dia al dragon para comella.
Cupo la suerte á Rosa, ilustre dama,
Dama de Abenagonte, mas querida
Que el alma propia, y á quien ella ama,
Con casto y justo amor, mas que á su vida:
Ardiendo en él de amor la viva llama,
Su vida á muerte tal viendo ofrecida,
En lugar della el bravo moro y fuerte
A la fiera se ofrece, y á la muerte.

Salió, sin que supiese dél alguno,
Al mismo tiempo que de escuro bosque
El hambriento dragon salia ayuno
Al pasto con quien él despues se embosque;
Y animoso, y valiente, y oportuno,
Antes que el largo cuello desenrosque,
Bate las piernas el veloz ginete,
Y por frente al dragon fiero arremete.
Y con tal suerte, y tal destreza, y tanta
Fuerza al dragon la larga lanza arroja
Por medio de la boca y la garganta,
Que en medio el corazon el hierro aloja;
Si el alto silbo, si el mirar espanta,
O si la sangre con que el suelo moja,
Y la espuma mortífera que vierte
Amenazaban en tal muerte muerte.
Juzgar podráse con saberse solo,
Que fué este drago de la misma raza
Que el Fiton cruelísimo de Apolo,
Del mismo daño y de la misma traza:
Abenagonte, al fin, así matólo,
A quien su dama por su esposo abraza
En digno premio del famoso hecho,

Y del amor que lo inspiró en su pecho.
Pero el moro que el triste aviso lleva
Donde está Lixerea llega, y dalo
Haciendo de su ingenio y lengua prueba
En hablar con afecto y con regalo;
De tal manera que consuele y mueva
A todos tanto, que sin intervalo
De turbacion, ó triste sentimiento,
Zeylan consiga su prudente intento.

Y así sucede como pretendia,
Que apenas el aviso Timbro ha dado,
Quando en son alto ya el clarin heria
El ayre triste, lóbrego, y turbado:
A caballo, á caballo referia
El sonoroso arambre apresurado;
Y luego al estandarte, al estandarte,
Y el socorro tras esto apriesa parte.

Canto X

Ya que marchando á toda furia viene
La bella mora con su fuerte hermano,
La pasion tierna que en el pecho tiene
Del casto amor, dulcísimo tirano,
Con poderosa fuerza contraviene
Al enojo mortal que en el cristiano
Pide rigurosísima venganza,
Y muere ya por emplear la lanza.
Y no para estorbar esto se opone
El amor al enojo en Lixerea,
Porque antes mas la mueve y la dispone
A la fiera venganza que desea:
Para lo que sus fuertes fuerzas pone
Amor, que la gobierna y señorea,
Es para que su blando sentimiento
Se vea mas que el vengativo intento.
Y así la bella mora ya rendida
Al fiero mal que el corazon le parte,
Entre la furia airada y encendida
Del iracundo proceder de Marte,
Y entre el ronco rumor de la movida
Selva, por donde sigue el estandarte,
Hechos dos rios los hermosos ojos,
Así mueven la lengua sus enojos.

¿Tanto os parece que durado habia
Envidiosa fortuna de mi estado,
El regalo, el contento, y la alegría
De Lixerea con su esposo amado?
¿O tanto os enfadaba y ofendia
Su valor de mil glorias adornado,

Que para mi mortal congoja y duelo
Puesto le habeis en tanto desconsuelo?
El pecho ilustre de virtudes lleno,
Para mí tan amable y amoroso,
Que mi alma por él de mi enageno,
Y en él le doy dulcísimo reposo;
¿Es posible, querido y dulce Armeno;
Es posible, querido y dulce esposo,
Que está rendido á voluntad agena,
Y atado y puesto en áspera cadena?
Y ¿es posible, ay de mí! que la valiente
Y diestra mano, tan acostumbrada
A conseguir victoria eternamente,
Y para mí tan blanda y regalada,
La tiene esa enemiga infame gente
Con duro hierro y fuerte lazo atada?
¿Y que quizá en su rostro esos villanos
Ponen, no plega á Dios, sus viles manos?
¿Que Armeno está, que Armeno está cautivo,
Y Lixerea no le libra y venga?
¿No venga y libra? aunque el hado esquivo,
Qual vino contra él, contra mí venga,
Haré, si en mi vigor tres horas vivo,
Que el que mi bien cautivo tiene, tenga
Paga cruel, subida de quilate,
Por venganza justísima y rescate.

Así la bella dama dolorida
Sus quejas esparcia por el viento,
Con lastimosa y triste voz salida
Del corazon á fuerza de tormento;
Así la viva llama en él prendida
Descubre el amoroso encendimiento,
Mientras con prestos pies la selva espesa
Por lóbregos caminos atraviesa.
Pero ya quando se llegó la hora
Que abrió las puertas del dorado oriente,
Y por ellas saltó la bella aurora
Ante el hermoso sol resplandeciente;
La apasionada valerosa mora,
Toda encendida en cólera impaciente,
Del bosque ya saliendo al ancho llano,
Gran trecho se adelanta de su hermano.
Ya el sol los dos exércitos mostraba
Muy cerca, y ya la mora arremetia,
Qual acosada tigre ardiente y brava,
A nuestro campo que delante via;
Quando Zeylan, que al paso la esperaba,
Con blando ruego en él la detenia,
No permitiendo el temerario hecho,
Quietando un tanto el fuerte y tierno pecho.
Qual soberbio lebrel acostumbrado
A pardos y osos, tigres y leones,
Que un bravo toro mira rodeado

De gente con agudos garrochones,
Y en encendida cólera abrasado,
Al dueño, y al bozal, y á las prisiones,
Contra su voluntad está obediente,
Aunque fogoso, airado, y impaciente,

Tal la valiente mora acostumbrada
A emprender famosísimas hazañas,
Y á rendir por su lanza y por su espada
Mil fieras gentes bárbaras y extrañas,
Viendo tan cerca aquella gente armada,
Que le tiene al que tiene en las entrañas,
Ardiendo en ira está obediente al ruego,
Aunque impaciente, brava, y sin sosiego.
Pero ya quando Abenagonte llega
Al esquadron con su gineta banda,
Las banderas el campo infiel desplega,
Y que marche Zeylan apriesa manda;
Que marche á dar principio á la refriega,
Que con ardiente cólera demanda
Del sábio Armeno la valiente esposa,
De sangrienta venganza deseosa:
La qual y el bravo Alí vienen delante
Con su hermano y caudillo Abenagonte;
Tras ellos van el grande mago Atlante,
Medoro, Cloridano y Rodomonte,
Abenzoar, Hamida, Zeit y Organte,
Hazen, Hamet, Muley y Telefonte,
Getulo, Coraben, Pertan y Audalla,
Y tras estos la bárbara canalla.
Venia Abenagonte en un overo
Rico curiosamente y alheñado,
Revuelto y hollador presto y ligero,
De corazon robusto y alentado:
Hermosos son caballo y caballero,
Y fuertes tanto, que al mas alto grado
Parece que ambos llegan de belleza,
De gala, y gallardía, y fortaleza.

Era el jaez de seda roxa y oro,
Con estribos y hebillas de ataugía,
Y como muy galan el fuerte moro
Una marlota carmesí traía,
Que segun su belleza un gran tesoro
Con el tocado y capellar valía;
Trae la espada tunecí, y la lanza
Larga quarenta palmos á su usanza.
Un moro de estatura de gigante
Puesto á su estribo le traía una adarga
Bordada con mil perlas de Levante,
Ancha en debida proporcion y larga;
En cuyo campo un gran leon rapante
Está pintado, que la garra alarga
Al alto fruto de una fértil palma,

Con bravo aspecto en que descubre el alma.
Viene la dolorida Lixerea
En un caballo blanco mosqueado,
Que con agilidad salta y voltea
Delante al diestro y al siniestro lado,
Con un bravo jaez de su librea,
Que es terciopelo azul, todo sembrado
De estrellas de oro fino al propio, quales
Son las claras estrellas celestiales.
Parece así vestida al mismo cielo,
Quando forma en la noche un claro dia
La blanca hermana del señor de Delo,
A quien su lindo rostro parecia:
Calmaba el mar, paraba el sol, y el vuelo
El mas furioso viento suspendia
Por contemplar su rostro milagroso,
Y condolerse viéndole lloroso.

Una lanza gineta blandeaba
Con la valiente diestra, y con la izquierda
La rienda y la ancha adarga gobernaba,
Sin que de fuerte y diestra un punto pierda:
Un alfange del hombro le colgaba,
Que del famoso capitan se acuerda
Abuelo suyo Cidi Abenchapela,
Que al Mauro dió del Alcorán la escuela.
De verde y plata viene Alí su hermano,
En un castaño escuro fuerte y grande,
Estrellado quatralbo y rabicano,
En extremo galan, ó corra, ó ande:
Una asta gruesa y corta trae en la mano,
Que no hay quien mejor que él la rija y mande,
Con una adarga cuyo campo es cielo,
Y en medio dél pintado á Mongibelo.
Medoro, que es del capitan sobrino,
Viene vestido de brocado pardo,
En un caballo rucio tunecino,
Qual si fuera andaluz lindo y gallardo;
Lanza gineta de ancho hierro y fino,
Y adarga, cuyo campo un suelto pardo
Atado muestra en hierros inhumanos,
El fuerte jóven trae en ambas manos.
En un caballo negro como endrina,
Con los ojos ardientes como llama,
De español padre y madre tunecina
Nacido, mas ligero que una gama,
Atlante el grande Astrólogo camina,
Y al capitán á grandes voces llama,
Diciendo él: señor, sigue esta suerte
Con ánimo seguro, osado, y fuerte,

Que mirando en el cielo atentamente,
Y alzando una figura judiciaria,
He visto que tu fuerte brazo y gente

Vencerá esta canalla temeraria:
Toda la esfera en tu favor consiente,
No hay cosa en ella que te sea contraria.
Vamos, que en fe de lo que digo quiero
Ser en acometerlos yo el primero.
Pone piernas tras esto apriesa, y parte
El rocin ligerísimo volando,
Sin aguardar trompeta ni estandarte,
El daño del desorden despreciando,
Y da principio al espantoso Marte,
Que ya sangriento y fiero, amenazando
Saña cruel, venganza horrible y brava,
En ambas partes riguroso estaba.
Venia ya tambien baxando en esto
El católico campo al campo llano,
Por el prudente y viejo Ulisio puesto
En forma quadra, en batallon romano;
Y Alberto con espíritu dispuesto
A ganar el renombre de africano,
Hecho ya al cielo su debido ruego,
Viene delante con el gran Don Diego.
Y á los amigos dos consigo tiene
El sábio Alberto con Don Diego junto,
Dando á los tres el puesto que conviene
A sus quilates de tan alto punto;
Del heroyco valor que en sí contiene
Mostrando en sí y en ellos un trasunto,
Digno de que le guarde por exemplo
La eternidad en su famoso templo.

Venia Alberto con un peto á prueba,
Morrion, gola y espaldar, armado,
Espada y daga, y una gruesa y nueva
Pica de un fresno altísimo tostado:
Un page la rodela fuerte lleva,
En cuyo campo de oro está grabado
Un unicornio, que con la alta frente
Mueve las aguas de una dulce fuente.
Por las armas y aspecto venerable,
Venerable por canas y presencia,
Se muestra el grande Alberto, y sin que él hable
Persuade con altísima eloqüencia:
Su exemplo de valor raro, admirable,
Visto en heroyca y célebre apariencia,
Mueve mas los honrados corazones,
Que pudieran mover mil Cicerones.
Y no menos persuade, y mueve, y fuerza
Al esquadron, que honor ilustre inflama
El Florel valeroso, con la fuerza
De exemplos de valor de eterna fama,
Y sus parientes dos; y así se esfuerza
Ardiendo de valor en viva llama
Por estos solos tres, de la manera
Que si en favor mil Césares tuviera.

Puesto se habia el castellano fuerte
Un fino coselete de un soldado,
A quien la brava y rigurosa muerte
En la primer batalla lo ha quitado:
La fina espada tunecí, que vierte
La sangre de su gente, tiene al lado,
Y á la robusta y fuerte diestra aplica
Una larga, derecha, y gruesa pica.

Y desta misma suerte armados vienen
Todos los capitanes ya nombrados,
Que sus puestos delante en orden tienen
Con los quatro varones señalados:
Las hileras después en sí contienen
Segun sus grados y armas los soldados;
Y en medio, qual su espíritu y aliento,
Van las banderas ondeando al viento,
Y las caxas ante ellas, con el fiero
Rumor de Marte que ayre y tierra atruena,
Que infunde aquel espíritu severo
Que á muerte furiosísima condena,
Que estremece, que asombra, que el entero
Juicio ofusca, que arma y guerra suena,
Que las iras fortísimas provoca
Del corazon armígero que toca.
Así viene el exército pequeño
Del pueblo fiel, á recibir el grande
Del pueblo infiel, que con airado ceño
No hay mal en su intencion que no le mande;
Así viene obediente al sábio dueño,
Sin que del orden nadie se desmande,
El cristiano esquadron, así la ofensa
Tener vengada en breve espacio piensa.
Llegaba en esto el indiscreto Atlante
Con su rocin que el suelo apenas toca,
Quando el Florel haciéndose adelante
Fuerte opone á aquella furia loca:
A su santo Don Diego, el Nigromante
En alta voz á su profeta invoca;
Y vióse bien la diferencia luego
Del pérfido Mahoma al santo Diego.

El fuerte cuento de la pica asienta
En tierra, y firma la una y otra planta
El español gallardo, y se presenta
Al que tan confiado se adelanta:
Fuera bien que mirára en esta afrenta
El moro mago con su ciencia tanta;
Pero qué digo, ya revuelto habia
Toda la judiciaria astrología.
Y habiendo en ella á su sabor hallado
Lo contrario que alli le ha sucedido,
Por eso arremetió tan confiado,
Mostrándose valiente y atrevido;

Mas mostróle Don Diego atravesado
En la pica fortísima, y tendido
Gran trecho del caballo, cuya silla
Ya ocupa el caballero de Castilla.
No bien habia el sábio judiciario
Visto tan á su costa la experiencia
De lo que daña un hecho temerario,
Y de lo que es incierta aquella ciencia;
Quando el bravo español, con su ordinario
Espíritu, y valor, y diligencia,
Y con gallarda ligereza y brio,
Alegre salta en el rocin vacío.
No pudo contenerse el generoso
Habiendo visto la veloz carrera,
Y el menudo tropel bravo y furioso,
A no ver del caballo prueba entera;
Y á no mostrar también quan valeroso,
Quan fuerte y diestro caballero él era,
Y quan exercitado en la campaña
Con los ginetes pláticos de España.

Ya en esto llega el esquadron ginete,
Y con grande tropel y alto alarido
Nuestro pequeño exército acomete,
De quien es bravamente recibido:
Al gran Don Diego el bravo Ali arremete
Visto lo que de Atlante ha sucedido,
Pensando en él hacer lo que solia
En mil valientes que vencido habia.
Mas sucedióle adversa alli la suerte,
Que siempre le fué amiga y favorable,
Aunque en extremo fuese osado y fuerte,
Y en destreza y espíritu notable;
Porque la espada, en quien la brava muerte
Airada se mostraba y espantable,
De un tajo brazo y lanza le echa al suelo,
Y la cabeza de un revés en vuelo.
Abenagonte y Lixerea viendo
La miserable suerte del hermano,
En ira y rabia, y en dolor ardiendo,
Furiosos arremeten al cristiano:
Fué de los dos el fiero encuentro horrendo,
Tal, que el veloz rocin cayó en el llano;
Pero queda el diestrísimo Don Diego
En pié, y ardiendo en vengativo fuego.
A los dos vuelve como tigre fiero,
Y aunque fué el revolver en un instante,
Ya no los halla el bravo caballero,
Que volando pasaron adelante;
Y entre ellos y él, un esquadron entero
Así se opuso, que la bella amante,
Y el bravo Abenagonte, aunque quisieron
Volver al español, jamás pudieron.

Mas pensando acabar de su venganza
Lo que quedaba aquel gigante moro,
Que para que la adarga lleve, ó lanza,
La estima Abenagonte en un tesoro;
Con fuerza inmensa, y con bestial pujanza,
Qual acosado grande y bravo toro,
A Don Diego se arroja ardiendo en ira,
Y mil golpes bravísimos le tira.
Con la adarga del amo en el siniestro
Robusto brazo el gran gigante vino,
Gobierna el desmedido brazo diestro
Un ancho y fuerte alfange damasquino,
Qual con broquel y espada un hombre diestro;
Así se aviene el bravo tunecino
Con el alfange largo de una braza,
Y con la adarga anchísima que embraza.
En tanto ya los bravos esquadrones:
A toda furia vienen á las manos,
Los quales muestran bien las intenciones
De fieros enemigos inhumanos:
Batalla de fortísimos leones
Contra tigres bravísimos hircanos
No se pudiera ver mas rigurosa,
Mas fiera, mas trabada, y mas furiosa.
Allí caen caballo y caballero
Atravesados de una larga pica,
Acullá muere el diestro ballestero
Mientras la xara á la ballesta aplica,
Acá un ginete temerario y fiero
Contra cien contrapuestas picas pica,
Aquí, mientras el otro el arco flecha,
Atravesarse siente de una flecha.

Pero donde el furor mas riguroso
El ronco, airado, y confundido grito
Del bélico rumor, fiero y espantoso,
Levanta en son del infernal Cocíto;
Es donde el grande Alberto valeroso
Sustenta igual el desigual conflito,
Puesto con sus infantes coseletes
Al furor de los bárbaros ginetes.
Allí de aquellos capitanes fuertes,
Y del valor y honor de sus soldados,
Se vian famosas y gallardas suertes
De varones destrísimos y osados.
Allí la muerte con airadas muertes
A los soberbios moros confiados
Les muestra quanto daño trae consigo
El estimar en poco al enemigo.
Allí de los amigos generosos
Cardona y Aragon famosamente
Son llevados los moros sediciosos
Por el rigor de la mortal corriente;
Y allí los pasageros valerosos,

A imitacion de la guerrera gente,
Mil vidas quitan, muertes mil desprecian,
Por el honor que en alto punto precian.
Bien que donde la brava Lixerea
Con Hazen, con Medoro, y con Audalla,
Con Guido, Olindo, y Telamon pelea,
Diferente de aquí va la batalla;
Que aunque no llega al fin que ella desea,
Rompe dichosa la cristiana malla,
Entrando el esquadron á viva fuerza,
Amor la aníma, amor su brazo esfuerza.

Ni menos donde el fuerte Abenagonte,
Organte, Zeit, Abenzoar, Hamida,
Con Anselmo, y Ricardo, y con Oronte
Combaten, van los moros de vencida;
Antes si por Florante, y por Almonte,
No fuera aquella parte socorrida,
Por ella hubiera al campo fiel hallado
Dichosa entrada el fuerte moro osado.
Que alli un robusto moro combatia
Con infernal furor, saña y braveza,
Que el fuerte Abdeluzema se decia
Por su maravillosa fortaleza,
A quien Almonte el campo defendia
Con singular valor, brio y destreza;
Aunque de Rodomonte y Cloridano
Guardado estaba de una y otra mano.
Y allí el famoso tirador de arco,
Robusto, quanto diestro y arrogante,
Cuñado de Zeylan, llamado Zarco,
De nacion turco, en fuerzas un gigante,
Mato al suave músico Aristarco,
Griego en linage de la fértil Zante,
Cuya voz, que á la lira concertaba,
Las almas suspendia y encantaba.
Y allí con Benamir español moro,
Que andaba foragido de Valencia,
Su dulce patria, que en contino lloro
Vive por ella en su forzosa ausencia,
Y era entre estos tenido en gran decoro
Por su valor, juicio, y experiencia,
Tienen los nuestros resistencia fuerte,
Y puesta la victoria en alta suerte.

Y allí tambien el espantable Alfardo,
En fealdad y en fuerzas monstro fiero,
Mató al valiente alferez Belisardo,
Y á Guido Baldo, noble caballero,
De quien el famosísimo Ricardo,
Hermano suyo, y único heredero,
Vengó la injusta muerte dolorida
Privando al feo monstro de la vida;
Y matando tras él al gran Calibio,

Hechicero famoso y herbolario,
Y á un bravo capitan de nacion libio,
Primo de Tulipante, dicho Alario;
Y metiendo el sangriento estoque tibio
Por el pecho á Zazinto, gran cosario,
Y matando al bastardo Amirhabena,
Hijo del Rey de Fez, y de Aridena,
De Aridena, muger de Sabá, aquella
Que el viejo Rey de Fez á su alcazaba
Se le llevó, mientras el padre della
Por muger gozosísima le daba;
Haciendo á un tiempo al padre, á él, y á ella
Agravio tal, y sinrazón tan brava,
Que produxo en Sabá el mas bravo hecho
Que jamás emprendió bárbaro pecho.
Tomó Sabá aquel caso de tal suerte,
Y fué tal su congoja y sentimiento,
Que con su corazon soberbio y fuerte,
Y con su temerario pensamiento,
Sin temer el peligro de la muerte,
Ni otro alguno, si le hay, mayor tormento,
Determinó con rigurosa furia
Cobrar su dama, y vengar su injuria.

Para lo qual en una noche escura,
El solo, sin ayuda de su gente,
Hecha una eficacísima mixtura
Para dar fuego repentinamente,
Con tan grande artificio y tal ventura
Le puso á la alcazaba del pariente,
Que la furiosa repentina llama
Le abrio el palacio, y le entregó la dama.
Perdió el de Fez mugeres, joyas, y oro;
Perdio el castillo rico y admirable;
Fué espanto eterno de su tierra, y lloro,
El no entendido caso memorable;
Y el mozuelo Sabá con el tesoro,
A su amoroso pecho inestimable,
Huyo, mudando el nombre, el trato y trage,
Y disfrazando el rostro, y el lenguage.
Lloróse por quemada en Fez la mora
Con las que se quemaron realmente,
Y al que causó la llama vengadora
Por quemado lloró tambien la gente;
Y en especial el triste Rey los llora
Con afectos de amante, y de pariente:
Tan fuera de pensar el triste estuvo
El engaño bravísimo que hubo.
A Tunez Sabá, vino, y heredando
Hizo claro el engaño al vicio tio,
El qual, la atroz injuria blasfemando
Quiso vengar el loco desvarío;
Mas el bravo Sabá fiero, mostrando
Su soberbio valor y ardiente brio,

De modo el caso al tio zahirióle,
Que en perpétuo silencio sepultóle.

Parió del viejo Rey la moza dama
A Amirhabena, aquel que ahora muere,
A quien libró al nacer de ardiente llama,
Donde Sabá que muera al punto quiere.
Allí la madre, que qual madre le ama,
Le dió dos vidas, y á un su fiel requiere
Que el niño crie, y él hasta este punto
Aquí le tuvo, donde fué difunto.
Mas el terror furioso que acompaña
Con fiera amarillez á Marte ardiente,
Quando en su punto la sangrienta saña
Muestra su bravo espíritu inclemente,
Discurre con Don Diego la campaña
Con tan horrenda y espantable frente,
Que no hay quien no revuelva dél la suya,
Y por no verle á toda furia huya.
No espanto tal al marinero triste
El flaco pecho le convierte en yelo,
Quando en la mar el que al gobierno asiste
Con el timon es arrojado en vuelo,
Y la galera sin remedio embiste
En peñas levantadas hasta el cielo,
Qual es el miedo que esta gente tiene
De aquel terror que con Don Diego viene.
Habia con la brava resistencia
De aquel gigante tanto acrecentado
El enojo, y la saña, y la impaciencia
En el pecho á vencer acostumbrado;
Que no Don Diego, sino la inclemencia,
Entonces era el español airado,
Haciendo pruebas con su brazo fuerte,
Quales las hace la espantosa muerte.

Fué la batalla que con Alimauro
Tuvo (que así llamaban al gigante)
Tal, que el teatro del famoso Escauro
En el tiempo de Roma mas triunfante,
A ninguna dió palma, ó roble, ó lauro,
Que ser le pueda igual, ni semejante;
Ni entre las suyas el turbado Xanto
Alguna vió que se extremase tanto.

Canto XI

Como tal vez del cielo airado suele
En seco campo con rigor violento
Fuego caer, que prenda en él, y vuele
Con el furor de algun airado viento,
Sin que al villano mísero, á quien duele
Con mortal ansia el fiero encendimiento,
Le dé lugar que mies ó fruto guarde
De la alta llama que lo enciende y arde;
Así Don Diego riguroso, airado,
En colérico fuego convertido,
El esquadron mas fuerte donde ha entrado
En vuelo lleva roto ya, y vencido;
Sin que bravo Zeylan, que con cuidado
Mira por él su campo destruido,
Le dé lugar alguno á que provea
Cosa que en su reparo y orden sea.
Y así el valiente moro belicoso,
Ya sin remedio ni esperanza alguna,
Blasfemando colérico y furioso
Del cielo, y de Mahoma, y de la luna,
Al valiente español, que victorioso
Con su valor seguia su fortuna,
Se arroja airado con intento ardiente
De matalle, ó morir honradamente.

En tanto los demás con furia horrible
Como fuertes varones peleaban,
Y en varias formas con rigor terrible
El fiero espanto bélico mostraban;
Y en su mas alto punto la iracible
Saña del bravo Marte levantaban,
Haciendo cosas dignas que la gloria
Haga en el tiempo eterna su memoria.
La brava y hermosísima africana,
Despues de haber el campo discurrido,
Y con grande valor sangre cristiana
Dichosamente acá y allá vertido;
La furia airada que con sangre humana
El serpentino crin trae teñido
Con fiero asombro y grima de la tierra,
Cuyo espantable y triste nombre es guerra,
Hizo que con el sábio y valeroso
Capitán Filadelfo se topase;
Aquel cuyo valor su amado esposo
Causó que en su poder preso quedase:
El la acomete airado, y envidioso
De que tan victoriosa por él pase,
No pensando que fuese tierna dama,
Sino fuerte varon de excelsa fama.
Ella se vuelve á él visto su intento,
Y el caballo cansado, al dar la vuelta,
Sin piernas, y sin manos, y sin tiento
Dexa á la dama entre la arena envuelta;
Pero la bella mora en un momento,

En extremo animosa, y fuerte, y suelta,
Con la espada en la mano en pié se halla,
Y viene airada á la cruel batalla.

Su hermano en esto con el grande Alberto,
A pié tambien, y cuerpo á cuerpo, muestra
En un duelo peligroso, incierto,
La brava fuerza de su fuerte diestra;
Mas la sagacidad del viejo experto,
Y la grande prudencia que le adiestra,
Resiste aquel furor, mostrando un claro
Exemplo de valor notable y raro.
Aragon y Cardona inseparables,
Mil almas de mil cuerpos separando,
Con sangrientas espadas espantables
Hinchen de espanto el enemigo bando;
Invencibles los dos, y incontrastables,
Venciendo á todos van, y contrastando:
Con este par, ó fama, no compares
Aquellos tus famosos doce Pares.
Y así como en valor sin par señales
Este par soberano y peregrino,
Mueves tus lenguas mil y tus mil alas
En mostrar de amistad su ser divino;
De amistad verdadera, que á tan malas
Penas hallamos huella en su camino,
En este siglo lleno de perfidia,
Donde es reyna cruel la infame envidia.
Fueron estos dos fuertes caballeros
En la ley de amistad tan señalados,
Que por ella, entre tantos pasageros
En el escuro olvido sepultados,
Son en esta jornada dos luceros
Del claro sol de fama iluminados:
Ante la qual hallar no pueda excusa
La pérfida amistad que el mundo hoy usa.

Fundaron en razon esta ley santa
De su amistad, y con verdad sincéra
Altamente ilustraron la de quanta
Virtud le da su calidad entera;
Virtudes digo, que si ahora espanta
No haber fiel amistad, ni verdadera,
Es porque en vicios mil tiene la mira,
Y sin razon se funda, y con mentira.
Mil claras sinrazones, mil mentiras,
De que abundan los hijos de los hombres,
Y mil vicios, ó mundo, en que te aíras,
Quitan de alta amistad claros renombres;
Pero tú, ingratitud, que al mundo tiras
Mil monstros del infierno con que asombres;
Tú, de quien todo bien volando huye,
Eres quien mas santa amistad destruye.
Tú, fiera ingratitud, que del ingrato

Enemigo comun eres amiga,
Y del divino verdadero trato
De amistad santa pérfida enemiga,
Causas que con infame desacato
Por la misma razon que á ser le obliga
Un hombre de otro amigo fiel y justo,
Enemigo le sea infiel y injusto.
Pero donde me lleva y me trasporta
La infame ingratitud con sus dolores,
Por ocasion que da á mi lengua corta
La amistad santa destos dos señores;
Cuyo excelso valor á Alberto importa
En los airados bélicos furores
De la batalla en que se ve la vida
De célebre victoria enriquecida.

Aragon de un revés al mauro Lancho,
Capitan valeroso y señalado,
Los dos brazos cortó, que en alto un ancho
Y fino alfange habian levantado;
La rodela dexó el page en el rancho,
Adonde estuvo su aduar plantado
Aquella noche, que si la truxera
No poco en este golpe le valiera.
Pero aunque en este golpe aprovechára
Al fuerte capitan el fuerte escudo,
De otros mil fieros golpes no escapára
Con que Aragon matar á muchos pudo.
Zarante, nieto de la Reyna Zara,
Se entró rabiando por el hierro agudo,
Que de punta Aragon al pecho fuerte
Le ofreció, envuelto en rigurosa muerte.
De otra punta qual esta á Sacripante
Al mismo tiempo allí mató Cardona;
Y de un revés cortó por medio Argante,
Y el un brazo de un tajo á Maratona;
Maratona, que era en fuerzas un gigante,
Y un muy pequeño enano en la persona,
Monstruo notable, contrahecho, y feo,
Que afirmaba en blason ser rey pigmeo.
Bravo era el monstruo, y mas lo queda ahora
Con el brazo cortado, y encendido
En braveza y en ira vengadora;
Mas poco le ha durado, y le ha valido,
Que la veloz espada matadora,
Cardona reportado y prevenido,
Al corazon indómito le apunta,
Y á las espaldas hace ver la punta.

Aquí tambien Uberto, Olindo, y Danes
Matan á Yarbas, á Selin, y á Zerta,
Que habian sido, qual ellos, capitanes
En galeras de Argel, y de Biserta.
Caramamin que al capitan Alfanes

Dexa en un muslo larga llaga abierta,
Queda por él sin la espantosa vida
De insolente ladron, fiero homicida.
Telamon, qual aquel bravo de Troya,
Tambien aquí furiosa y bravamente
Peleo con la bárbara Lancroya,
Muger monstruosa, fiera, y insolente,
Tenida entre estos bárbaros por joya
Venida desde el último Oriénte
A ser allí qual ellos salteadora,
Furiosa, cruelísima, y traidora.
Matóla el fuerte Telamon, y Guido
A su lado mató al soberbio Zayde,
Désta fiera muger falso marido,
Y del gran Caruan traidor alcayde:
Florante aquí fué de Selin herido,
Y él mató en recompensa al Alvenzayde,
Moro galan, en Tunez señalado,
Y al Merlin por gran mágico estimado.
Y en este fuerte y riguroso punto
Los españoles pasageros tanto
Mostraron el valor nativo, junto
Al diestro proceder, que fué un espanto:
Excelso y sonoroso contrapunto
Fueron al valeroso heroyco canto
De los demás, en la armonía y arte,
De la sublime música de Marte.

Y por ellos decir solia Alberto,
Quando desta batalla se trataba,
Que de cautivo con su gente, o muerto,
Sin duda le libró la gente brava:
Su término, su honor, y su concierto,
Con grande admiracion siempre alababa;
Y con obras mostrándose, les hizo
Honor despues que al suyo satisfizo.
Ya dos horas habia que duraba
La batalla bravísima y sangrienta,
Quando en confuso y fiero punto estaba
Mas incierta, mas brava, y mas violenta;
Y de la misma suerte se mostraba
Que el alto mar en áspera tormenta,
Quando á veces las ondas tempestuosas
Vencidas van, y vuelven victoriosas.
Ya el campo infiel con ímpetu retira
Al católico exército animoso;
Ya el campo fiel revuelve ardiendo en ira
Sobre el bárbaro exército orgulloso;
Y así cada qual dellos fiero aspira
Al fin tan deseado victorioso,
En pretension del qual prestos llegaban
A muchos los que menos deseaban.
Hamet, Muley, Pertan, y Telefonte,
Getulo, Coraben, Hazen y Audalla,

Hácia la parte donde está en el monte
La chusma fiel, con quien Garin se halla,
Con Anselmo, con Guido, y con Oronte,
Traban rigurosísima batalla,
De mil moros los unos ayudados,
Los otros de los míseros forzados.

Y aquí sin duda todos padecieran
A manos de los bárbaros furiosos,
Si por el sábio Ulisio no tuvieran
Socorro los cristianos valerosos;
Y aun en cien otras partes padecieran
Trances infortunados y afrentosos,
Si el campo no tuviera por Sargento
Un varon de tal sangre, y tal talento.
Traxo consigo á Telamon y Alardo,
A Alcimedonte, y á Fadrique Danes,
A Uberto, á Sinforoso, y á Ricardo,
Valientes marineros capitanes;
Y él, mas que todos plático y gallardo
En los sangrientos bélicos afanes,
El primero acomete el moro bando,
Victoria en alta voz apellidando.
Jamás tan léjos della habia estado
Como entonces lo estaba el campo nuestro;
Mas el prudente y fuerte viejo osado,
En aquel menester sábio maestro,
Por ardid toma el nombre mejorado;
Y á tiempo fué tan próspero, y tan diestro,
Que saliendo de allí la voz amada
Por el campo voló luego esforzada.
Y adonde con Zeylan está Don Diego
En sangrienta porfia alegre llega,
Y allí, aumentando el encendido fuego,
Las alas ligerísimas desplega;
Y no tomando punto de sosiego,
Parte de allí, no ya confusa y ciega,
Sino evidente y clara en tono fuerte
Diciendo de Zeylan la cierta muerte.

Por diez heridas al furioso moro
Sacó Don Diego el alma rigurosa,
Que blasfemando del celeste coro
Huyó al infierno brava y desdeñosa:
Luego en un tono altísimo y sonoro,
Con dulce voz clarísima y famosa,
La gloria, el nombre del Florel en vuelo,
Levantó por el ayre alegre al cielo.
Terror, espanto, miedo, pasmo, muerte,
Infunde en el infiel pueblo africano
La alegre voz, que la dichosa suerte
Divulga del exército cristiano,
El qual en puro esfuerzo se convierte
Al triste fin del árabe inhumano;

Y así los unos huyen temerosos,
Y los otros los siguen victoriosos.
No puede Abenagonte socorrellos,
Que á manos del famoso Alberto muere;
Ni amparo, ayuda, ni favor de aquellos
Valientes caballeros nadie espere,
Que en este punto no hay alguno dellos
Que de la vida ya no desespere:
Sola la linda mora en la batalla
Con Filadelfo al paragon se halla.
Mas poco mas duraron los valientes,
Dignos de eterna y alta poesía,
Por quien vivan en bocas de las gentes
Mientras el sol causare al mundo el dia,
Que ambos vertiendo lastimosas fuentes
Dieron á un punto fin á su porfia,
A la tierra los cuerpos entregando
Sin sangre ya, y sin fuerza agonizando.

Amor, que tanto tiempo habia vivido
En el hermoso pecho de la mora,
Mas regalado y mas entretenido
Que en todo quanto habita y enamora,
Turbado, sin consuelo, y afligido,
Apaga el fuego, el arco rompe, y llora
Con sentimiento tan amargo y fuerte,
Que parar hace y suspender la muerte.
El fiero brazo, y el cuchillo alzado
Quedó la feroz muerte suspendida,
Oyendo el lamentar desconsolado
Que el amor hace por aquella vida;
Y sin calar el golpe acelerado
Pasó adelante casi enternecida,
Volviendo á Filadelfo el cuerpo en yelo,
Y abriendo al alma puerta para el cielo.
En tanto pues que dexa Lixerea
La muerte, de su muerte lastimada,
Y en el vencido exército se emplea
Mas furiosa que nunca, y mas airada;
La triste dama en quien amor desea
Alargar su dulcísima morada,
Animada del niño blando y fuerte
Así se queja de la brava muerte:
¡Obras son tuyas, furia aborrecible,
Espanto y grima de la humana gente!
¡Hazañas son de tu furor terrible,
Muerte cruel, fierísima, inclemente!
¡Representarte airada y invencible,
Quando tu brava y espantable frente
Sea mas horrible, temerosa y fiera,
A quien ni te desea, ni te espera!

¿Este fin tiene, este suceso alcanza
Aquel gozo de amor que al alma mia

En su gozosa bienaventuranza
Largos años de gloria prometia?
¿Aquella sin igual rica esperanza
De juventud, nobleza y gallardía,
Paró en tan pobre y desigual tormento?
¡Ay quantas esperanzas lleva el viento!
¿Y desta suerte, dulce esposo mio,
Mas que mi vida y que mi alma amado,
Remedio vuestra lástima, y desvío
El fiero golpe que os señala el hado?
Si este sangriento y encendido rio,
Que mana, ay triste! de mi pecho helado,
Os diera libertad á vos, y vida,
Consuelo fuera mi mortal partida.
Mas esto á vuestra amada Lixerea,
Que muriendo os contempla, y os adora,
Y mas que nunca os llama, y os desea,
Querido Armeno, en su postrera hora,
Es lo que duele mas, es lo que emplea
Su fuerza mas terrible, y matadora:
Que ella, sin vos, se parte muerta; y vivo,
Sin ella, vos quedais triste cautivo.
¡Amargo trago, amargo trance, y fuerte!
¡Aspero y lastimoso apartamiento!
¡Fiero y bravo rigor de adversa suerte!
¡Insufrible dolor, cruel tormento!
¡O sangre sin valor, ó vana muerte!
¡O quantas esperanzas lleva el viento!
¡Ni hay de Armeno gozo, ni su vida
Es con mi sangre y muerte socorrida!

Esto me mata, desto solo muero;
Y es mas mortal herida y penetrante
Que asta del brazo de ese caballero,
Que en mi venganza muerto veo delante;
Mas, ay de mí cuitada! que no espero
Que á la una la otra se adelante:
Juntas las dos el cuerpo y alma cercan,
Y apriesa la mortal congoja acercan.
Esta postrer palabra apenas fuera
Salió de aquellas perlas orientales,
Rompida de un sollozo que pudiera
Enternecer las furias infernales;
Quando la muerte acelerada y fiera,
Con presurosos pasos desiguales,
Por allí vuelta, con veloz corrida
De Lixerea se llevó la vida.
En esto á toda furia, á toda priesa
Vuelve la frente ya la gente mora,
Quien á la selva lobrega y espesa,
Y quien á la montaña defensora;
Mas á qual en la fuga se atraviesa
Cierta y aguda xara voladora,
Y á qual con mejor suerte, aunque no buena,

Fuertes cordeles, ó áspera cadena.
Quinientos de las manos se escaparon
De la sangrienta muerte encarnizada,
De los seis mil ladrones que causaron
La peligrosa y súbita jornada;
Mas todos sin valerles pies quedaron
En manos de la gente bautizada,
Que venció aquella bárbara braveza
Con cristiana prudencia y fortaleza.

De los cristianos no faltaron ciento,
Aunque todos allí sangre vertieron,
Mas atóles las llagas el contento
Que de la gran victoria recibieron;
Y alegres del dichoso vencimiento
Repararon su armada, y proveyeron
Del agua y leña, que con sangre y vidas
Se compró de las gentes descreidas.
Hecha la provision, y despojado
El miserable y triste campo muerto,
De su pillage cada qual cargado
Alegre vuelve al deseado puerto;
Y del buen Filadelfo mal logrado
No se olvidó su General Alberto,
Que le estimaba quanto conocia
Su discrecion, su sangre, y valentía.
Garin tomó á su cargo el sepultarlo
Con la pompa mayor que allí se pudo,
Y Alberto fué el primero á levantarle
Ya puesto sobre un ancho y fuerte escudo;
Y qual estaba armado, sin quitarle
Alguna pieza, ni el estoque agudo,
Garin guiando, y veinte capellanes,
Le llevan Guido, Olindo, Oronte, y Danes.
Una cruz rica en alto levantada
Lleva el pio Garin, delante puesto
De la fúnebre pompa, encaminada
Hácia la mar, al cabo de un recuesto;
Donde al reposo eterno encomendada
El alma, y el sepulcro ya dispuesto,
En una peña junto al mar sagrado
El cuerpo ilustre fué depositado.

Tambien los demás cuerpos se enterraron,
Que de entre los revueltos africanos
Con piedad dolorosa retiraron
Los que eran en milicia sus hermanos:
Hecho lo qual apriesa se embarcaron,
Y con robustas y maestras manos
Fué reparado el daño peligroso
Del pasado naufragio riguroso.
Y los heridos asimismo en tanto
Se repararon algo, solamente
Armeno acrecentó con pena y llanto

Su no mortal herida, y su accidente;
¡O quanto, amor, tu ardiente llama, ó quanto,
Y en quantas formas tu rigor se siente!
Sin duda Armeno de su mal curára,
Si tanto tu furor no le apretára.
Curára Armeno, si tuviera cura
La pasion amorosa, quando llega
A privar la razon y la cordura,
Y al alma triste el uso dellas niega;
Y cristiano, y en próspera ventura,
Léjos de su africana gente ciega,
Viviera con el gozo, y el consuelo,
Que tiene acá quien solo aspira al cielo.
A la real galera, donde estaba
Con Armeno Garin, llegó un soldado,
Trayendo de la mora linda y brava
El vestido de estrellas adornado;
El alfange del hombro le colgaba,
De los brazos las ropas, y el tocado
(Que á la curiosidad misma excedia)
De las manos, y alegre así decia:

Bien puede haber ganado plata y oro
Otro en esta jornada peligrosa,
O cautivado algun valiente moro,
O habido alguna joya muy preciosa;
Mas cosa que sin serlo, en un tesoro
Es digna de estimarse por hermosa,
Yo la he ganado; y si esto no es creido,
Mírese este bellísimo vestido.
Diciendo así, delante del cuitado
Y triste Armeno, en manos de otros pone
La almalafa, la aljuba, y el tocado,
Que con diversos lazos se dispone;
Quien de marlota y capellar ornado
Piensa, mientras se mira y se compone
El azul estrellado terciopelo,
Que está vestido de un sereno cielo.
Quien el alfange saca, y la fineza,
Haciendo alguna prueba en él, admira;
Quien la labor alaba, la riqueza;
Quien solamente con codicia mira;
Quien quisiera comprarle, y la probeza
Con helado despecho le retira;
Y así al fin todos todo lo alababan,
Y al dueño engrandecian y envidiaban.
Tambien Armeno, en yelo convertido,
Atónito, confuso, embelesado,
Está mirando el trágico vestido
Qual si estuviera en piedra transformado;
Mas siendo de aquel pasmo comovido
Al triste preguntar de aquel soldado,
Que le dice: si sabe cuyo habia
Sido el rico pillage que traía.

El alma os lo podrá decir (responde
El pobre Armeno con la voz turbada)
Si sale, como yo deseo, de donde
Está tan bravamente atormentada;
Si á mi triste deseo corresponde
Fortuna contra mí siempre indinada;
Si ya dolido de mi mal el cielo
Me quiere con la muerte dar consuelo.
¡O tristes ropas, quando Dios queria
Alegres á mis ojos lastimados,
Quando con vos, ó bien del alma mia,
Pasaba dulces dias regalados!
¡Ay Lixerea, gloria y alegria,
Y dulce fin de todos mis cuidados!
¿Qual inhumana furia, brava y dura,
Os le dió á vos tan lleno de amargura?
Sin duda que á traicion os dió la muerte
Quien os quitó, mi rico bien, la vida,
Pues ni el rostro os valió, ni el brazo fuerte,
Contra el traidor, cruel, fiero homicida;
Que vos en él trocárades la suerte,
Si fuérades á vista acometida;
O si él en el hermoso rostro os viera,
Antes os adorára que ofendiera.
No, no pudiera ser tan valeroso
Soldado alguno, que de bueno á bueno
Rindiera vuestro brazo poderoso
De mil victorias admirables lleno;
Ni hubiera corazon tan escabroso,
Ni tan lleno de cólera y veneno,
Que vuestros ojos no le enternecieran,
Y en dulce mansedumbre le volvieran.

Muerta al fin sois, y sois sin duda muerta
A traicion, mi dulce esposa amada:
Cada qual destas cosas es muy cierta,
Mas de lo que quisiera está probada;
Y así ya solo resta que la abierta
Senda por vos, sea por mí pisada,
Que os siga yo, mi Lixerea, en esta
Triste jornada solo ahora resta.
O vos, dueño cruel de ese vestido,
Si sois el que matastes á mi esposa,
Y esto que habeis ahora de mí oido
Por mi bien os enciende en ira honrosa;
Dadme la muerte, ya que ha merecido
Mi lengua apasionada y licenciosa;
Dadme la muerte, que es el justo medio
Para vuestra venganza, y mi remedio.
Aquí se le quedó súbitamente
La voz á Armeno en la garganta asida,
Y la muerte veloz, fiera, inclemente,
Con el vestido trágico venida,

Desenlazando al mísero doliente
El nudo estrecho de la amada vida,
Le dexó el cuerpo convertido en yelo,
Con los ojos y manos hácia el cielo.
Garin, su cuidosísimo enfermero,
Que junto á él estaba, apercibiendo
Santas razones con que aquel mal fiero
A fácil cura fuese reduciendo;
La postrera congoja, el postrimero
Trago cruel que la apretaba viendo,
Acude presto, y diligente aplica
Al pobre enfermo toda su botica;

Y fué á tal tiempo, que aunque el cuerpo helado
No pudo ser de muerte defendido,
Antes de ser el nudo desatado,
Fué el espíritu en tanto entretenido;
Que el pio Garin con celestial cuidado,
En su perfeto acuerdo y su sentido,
Al alma vida dió con la agua pura,
Despues con llanto al cuerpo sepultura.

Canto XII

La armada en tanto ya aprestada, solo
Aguarda que el rigor de la corriente,
Que causa el porfiar del bravo Eolo,
Aplaque su mortal ira inclemente;
Y que el revuelto mar de polo á polo
Muestre serena la turbada frente,
Para volver por su camino incierto
De infiel y extraño, á fiel y propio puerto.
Al tardo aparecer del quarto dia,
Que en orden aguardando está la armada,
Próspero tiempo, y viento de alegria,
Para la dulce Italia deseada;
Calmó el soberbio soplo que tenia
Toda la costa de Africa atronada,
Y della, quando el sol faltó del cielo,
Un viento salta con ligero vuelo.
El contrapuesto viento favorable
A la corriente indómita contraria
Venciendo vuelve el alto mar tratable
Con la mudanza entre ellos ordinaria;
Queda el soberbio piélago espantable
Manso, al volver de la fortuna vária,
En bonanza se ofrece, y al esfuerzo
Del ábrego quedó rendido el cierzo.

Alegre entonces el famoso Alberto,
Quando la noche á la mitad subida
De su camino sosegado y cierto,
La prima guardia tuvo ya rendida,
Manda dexar al africano puerto
Con la cierta señal de la partida:
Cuyo alto son apenas fué escuchado,
Quando el puerto se vió desocupado.
Salen al ancho mar, y al largo viento,
Las velas dan con gozo y esperanza;
Ofrece el tiempo al General contento
El viento en popa, y la alta mar bonanza:
Huye la tierra infiel, y el firme intento
De alcanzar la que espera el fiel alcanza;
Vuela la armada como su deseo,
Y toma el promontorio Lilibeo.
Tres veces saludaron la ribera
De la fertil Sicilia alegremente,
Y tres veces alegre la parlera
Eco, los fines replicar se siente;
Ya queda atrás el puerto, y la ladera
De Trápana, que el alto descendiente
De Capis, con su nombre, y su ceniza,
Por el único Títiro eterniza.
Persevera en su vuelo el africano
Viento, y pasa la esquadra italiana
Mirando alegre, á la derecha mano
La floreciente Isla Siciliana;
Y á la siniestra de Eolo y Vulcano
Las siete, donde viento y fuego mana
Lipara, Hiera, Estrongila, Ericusa,
Eronima, Didima y Fenicusa.

No cesa el fresco y dulce viento moro,
Ni Alberto amayna la cruzada entena,
Hasta que junto casi ya á Peloro
La voz airada de Caribdi suena;
Y Cila, amenazando eterno lloro,
Revuelve el Faro, y cielo y tierra atruena:
Aquí á media asta amayna, y del estrecho
Pasa el bravo refluxo un argos hecho.
Vuelve á dar la ancha vela al largo viento
Pasado el removido mar Sicano,
Y ve á la diestra Agrópoli y Cilento,
Y la espumosa boca de Brandano,
Salerno, Malfi, Masa, y de Sorrento
El deleytoso aunque pequeño llano:
Aquí al anochecer el viento el vuelo
Volvió cansado á su africano suelo.
Con los remos suplió la fuerza humana
La falta del soplar de travesía,
Abriendo por la mar quieta y llana
Segura senda en la derecha via;
Y al claro aparecer de la mañana,

El que la guardia en el carcer hacia
Descubre á Capri, y luego en voz gozosa
Nápoles dice, Nápoles famosa.
Ausente madre de su hijo amado,
Que anda con Marte en furias repentinas,
Y largos dias y años le ha esperado
Con suspiros y lágrimas continas,
Y siente que le dan del bien llegado
El parabien y nuevas sus vecinas,
No con mayor consuelo y regocijo
Gozosa y presta acude á ver el hijo.

Que á la alta y dulce voz del marinero
Acudieron á ver la amada tierra
Los tristes trabajados del mar fiero,
Y de la brava y peligrosa guerra;
Y con gusto y contento verdadero
Estan mirando la mas alta sierra,
Y luego el monte menos alto, y luego
El llano donde esperan su sosiego.
Ya cerca al fin, á menos de una milla
La fuerte esquadra el manso mar navega,
Y descubriendo va en la amiga orilla
La inmensa gente que á esperalla llega;
Y gozosa y alegre á maravilla
Las banderas y flámulas despliega,
Las tapieras, los ricos tendaletes,
Las banderolas, y los gallardetes.
Y con vistosa muestra así adornada,
Y en forma de batalla en orden puesta,
A la querida tierra deseada
Se va acercando con alegre fiesta:
Suena la caxa con furor tocada,
Dale el alto clarin dulce respuesta,
Y acompañando el marcial sonido
Alza la humana voz dulce alarido.
Con el aplauso mismo recibida
Es de la tierra la contenta gente,
Y en el muelle seguro recogida
Al mar arroja el corvo y fuerte diente;
Y demás dél, con cabo en tierra asida
Pone la armada mas seguramente:
Luego con el batél que nadar hace,
Del todo á su deseo satisface.

Alberto sale en tierra acompañado
De toda la nobleza de su armada,
Trayendo al diestro y al siniestro lado,
Con honra merecida aventajada,
Al buen Garin, de todos estimado
Por su vida exemplar ya muy notada,
Y al famoso Don Diego, su querido,
Por nuevo Marte en general tenido,
Y á los dos valerosos y notables

Amigos, de quien tanto él muestra serlo,
Quanto ellos con sus obras memorables
Llegan perfetamente á merecerlo.
En medio destos hombres admirables,
Lleno de excelsa magestad al verlo,
Alberto sale, y llega así contento
Donde le aguarda gran recibimiento.
Es la estacion del General famoso
Primero que otra alguna al templo santo,
A dar debidas gracias del dichoso
Fin del viage deseado tanto:
De allí á palacio, y luego mas gozoso
Al suyo va, donde con dulce llanto
Su familia le espera de la suerte
Que Penelope al hijo de Laerte.
A los quatro españoles sus queridos
Lleva consigo Alberto á su posada,
Deseando tenellos divertidos
En aquella su patria regalada:
Alentando sus ánimos traidos
Por la trabajosísima jornada
Quedan los dos amigos, y Don Diego;
Pero Garin quiso partirse luego.

No fué posible detenelle un hora
Mas de las que tardó la noche fria
A dar lugar que la siguiente aurora,
Con claros rayos llenos de alegria,
Mostrase el rostro que ilumina y dora
Quanto en la fertil madre el cielo cria,
Y abriese al rubio Febo radiante
Las clarísimas puertas de levante.
Parte el gozoso monge, al fin, por tierra,
Solo, y á pié, para la sacra Roma;
No fuerte bestia en que pasar la sierra
Aceta, ni dinero alguno toma;
Ni en la bizaza acostumbrada encierra
Las cosas prevenidas de que coma:
¡O pobreza de espíritu subida,
Como de todo estás bien proveida!
¡Riquísima pobreza, tus tesoros
Solo aquel que los goza los estima,
No el que goza del mundo pompas y oros,
Si la ambicion con ellos le lastíma!
¡Dichoso el que en grandezas y en decoros
Desta humilde pobreza se sublima!
No el ambicioso, aunque el haber le sobre:
Rico es aquel, mísero es este, y pobre.
Si contento no estás, si satisfecho
El estado que tienes no te tiene;
Si levantado, si alterado el pecho
La alma con tus haberes no se aviene;
Si el corazon te aprieta, si en estrecho
Te pone lo que menos te conviene,

Que es el no contentarte con tu suerte,
Miserable mortal, tu vida es muerte.

Miserable mortal, martirizado
De ambicion, fuerte furia del infierno,
Que sin cesar acá y allá arrojado
Lleva tu pensamiento en vuelo eterno;
Jamás de ti contento ni pagado,
Satisfecho jamás de tu gobierno,
Siempre de ti quejoso, imaginando
El modo siempre, siempre el como y quando.
¡O dulce paz, quietud, gozo, consuelo
Del alma do te acoges y regalas,
Del alma, á quien para elevarse al cielo
Das de águila real ojos y alas!
¡Libre de afetos míseros del suelo,
Pobreza que al Perú mas rico igualas,
De la fiera ambicion destruidora,
Y en ella de mil monstros vencedora!
Dame que, así como tus bienes veo,
Sepa dellos gozar, como el prudente
Garin, con el espíritu y deseo
De pobre peregrino, y penitente;
Dame que, sacudiendo el devaneo
Con que ambicion turbando va la mente,
Tu razon sosegada el alma rija,
Y solo lo que el cielo elige elija.
Quando de nuestro cielo el sol faltando
A la nocturna sombra se le entrega,
Y así como él se va en poniente entrando,
Ella sus alas lóbregas desplega;
Con su santo deseo, apresurando
El contrito Garin el paso, llega,
No con poco deseo de posada,
A una en todo extremo regalada.

Habia, sin pensarlo, el monge errado
El camino derecho que llevaba,
Y por un ancho del siniestro lado
Confiado y contento caminaba,
Hasta dar en un valle, que adornado
De un alto monte que le rodeaba,
Aquel albergue vió maravilloso,
Y á él se fué con paso presuroso.
Desde que vió la casa, y su lindeza,
Se le ofreció el camino llano, y lleno
De lo mas lindo que naturaleza
Pone á la tierra en el fecundo seno:
El alma le robó con su belleza
A Garin por la vista el valle ameno,
Imprimiéndole en ella un cierto aviso,
Que entraba en el terrestre paraiso.
Via selvas umbrosas, verdes prados,
Jardines curiosísimos, hermosos,

De mil vivos colores matizados,
De mil frutos y flores abundosos;
Altas mieses con granos sazonados,
Anchos viñedos, largos y espaciosos;
Bosques, dehesas, sotos, grangerías,
Torres, cercados, casas, y alquerías.
Y via bellas fuentes, que cristales
Deshechos como nieve parecian,
Que con sonoros y altos manantiales
Del monte por mil partes descendian;
Y las mieses, y plantas, y frutales
Del admirable valle enriquecian,
Por todo él alegrísimo riendo
Sus corrientes dulcísimas torciendo.

Iban, despues de haber todo el hermoso
Valle fertilizado y discurrido,
A dar á un lago claro y espacioso
De jazmines y rosas circuido,
El qual en medio tiene aquel suntuoso
Palacio, en mil colunas sostenido:
Centro del valle es la laguna bella,
Y el hermoso palacio es centro della.
Por quatro bien labradas y anchas puentes,
Que van á dar á quatro grandes puertas,
Que á todos de ordinario estan patentes,
Y como propias á qualquiera abiertas,
Se entra en la casa; y por las mansas fuentes
Del lago tambien tiene entradas ciertas,
En muchos barcos, que por todas partes,
Pescando van con industriosas artes.
Todo esto va Garin mirando, mientra
La escasa luz del sol se lo consiente;
Pero ya, al fin, casi en un punto él entra
En la ancha casa, y Febo en ocidente;
Y luego en la primera puerta encuentra
Un huesped, aunque viejo, diligente
Tanto, que en todo lo que disponia
La misma diligencia parecia.
Era lo que en el valle habia mirado,
Y en la grande laguna el monge pobre,
Con lo que dentro via comparado,
Como oro fino á baxo peltre, ó cobre:
Contempla el gran palacio sustentado
(Extraña y admirable cosa) sobre
Altas colunas, no de marmol pário,
Sino de vidro quebradizo y vário.

Bien que no solo el monge no juzgára
Ser fragil vidro las colunas bellas;
Mas creyendo jurar verdad jurára
Diamante ser la menos fuerte dellas;
Y de tal fortaleza le estimára,
Qual las dos que sustentan las estrellas;

Tanto podia en el palacio extraño
Del diligente huesped el engaño.
Como quien á la nieve está mirando
Desde cerca en un alto ventisquero
Gran rato, quando el sol reverberando
Hace con ella fuerte resistero,
Que del todo la vista disgregando
Queda sin su valor y ser primero,
Sin que ver pueda lo que mira atento,
Ni tener dello algun conocimiento;
De la misma manera deslumbrado,
En poniendo los pies en los lumbrales
De aquel hermoso albergue, freqüentado
De mil famosas gentes principales,
Quedo Garin, y con el viejo al lado,
Que le acaricia con palabras tales,
Que le obliga á que tome muy despacio
Gracioso alojamiento en su palacio.
En una pieza grande y rica mete
El huesped á Garin con rostro afable,
Donde una cena (antes un gran banquete)
Le ofrece, qual á un príncipe notable;
Y como tal, en un real retrete
Una cama, qual tálamo admirable:
Cena Garin templadamente en tanto
Con gusto grande, y no pequeño espanto.

Satisfecho ya el monge con la cena,
El viejo dice: mientras llega la hora
De reposar, serálo huesped buena
De entretenerte entre Pomona y Flora,
Que al claro rayo de la luna llena,
Mejor que á los del sol, podrás ahora
Gozar un rato de un jardin curioso,
De quanto el mundo pudo dar copioso.
Tómale por la mano así diciendo;
Y Garin se levanta alegremente,
Y á su huesped afable va siguiendo
Por entre grande multitud de gente:
Toda la qual parece estar riendo
Con tan serena y sosegada frente,
Que el juicio á Garin se le confunde,
Y aquella extraña risa en él se infunde.
Al medio de la casa á cielo abierto
Llegan, al fin, por donde una ancha puerta
Les da seguro paso, siempre abierto,
Para la grande y regalada huerta.
Aquí (el viejo astutísimo y experto
Dice á Garin) el ánimo despierta,
Para gozar de todas estas cosas
Que ahora se te ofrecen milagrosas.
La luna llena en el sereno cielo
Con la prestada luz resplandecia
Tanto, que del hermoso y fertil suelo

Las cosas y colores descubria:
Plata pura llevaba un arroyuelo,
Que por la primer calle discurria
De aquel jardin, y en su pintada orilla
Oro era la flor, si era amarilla;

Si era encarnada, era amatiste fina;
Rubí, si roxa parecia al verla;
Si azul, rico zafir de nueva mina;
Y si era blanca, diamante, ó perla;
Y por lo que se ve se determina
Qualquier dellas llegándose á cogerla;
Y aunque son tales las extrañas flores,
Tienen sus suavisísimos olores.
De verdes jaspes, tersos, transparentes
Los troncos y las ramas parecian,
En mil árboles varios, eminentes,
Que las iguales calles dividian,
Cuyas hermosas hojas excelentes
De esmeraldas color y ser tenian,
Y los diversos frutos que producen,
Como en el cielo las estrellas lucen.
De vária luz alegres rayos claros
Despiden los hermosos frutos, tales
Que á lo admirable de sus visos raros
No hay visos que les puedan ser iguales:
Apacibles, dulcísimos y caros,
Maravillosos, sobrenaturales,
Y de tal fuerza en su agradable vista,
Que tiraniza á toda humana vista.
Admirado Garin de la extrañeza
Del único jardin, pasa gozando
De su rara y riquísima belleza,
Las nunca vistas cosas admirando;
Y en unas la bellísima riqueza,
La novedad en otras contemplando,
Va bebiendo de todas el veneno,
Casi del todo de sí mismo ageno.

Espiraba un olor de mil olores
Regalados, preciosos, y suaves;
Oian desfogar los ruiseñores
Con voz aguda sus dolores graves,
Viendo andar gozando fruto y flores
Otras aunque nocturnas lindas aves:
Sentíase tras esto una armonía,
Que el cielo y elementos suspendia.
Para donde la música sonora
Vuelve Garin la vista, y el oido;
Y á la sonora voz, que se acordaba
Al suave y dulcísimo sonido,
Sin resistencia alguna apresuraba
Los mal guiados pies tras el sentido,
Metiéndose con paso apresurado

En un enredo crético intricado.
La dulce lira y dulce voz oía
Mas cerca cada paso, y no por eso
Al músico agradable ver podia
Por el hermoso laberinto espeso;
Y por la misma privacion hacia
Siempre mayor el comenzado exceso,
Con mas deseo el músico buscando,
Y mas adentro en la maleza entrando.
Al centro del enredo ya llegado,
En un prado se vió maravilloso,
De rosales espesos rodeado,
Con cierto desconcierto artificioso;
Y en un redondo estanque bien labrado,
Puesto en medio del prado deleytoso,
Al claro rayo de la luna llena
Descubrió una bellísima sirena.

De la cintura arriba se mostraba
Compuesta de una linda vestidura
De carmesí encendido, que adornaba
El pecho y brazos con sutil hechura:
El dorado cabello, que igualaba
Al sol en resplandor y en hermosura,
Parte atado tenia, y parte suelto,
Parte entre perlas y rubís revuelto.
Las manos, que á la nieve no tocada
Exceden en blancura milagrosa,
Al blando pecho tienen arrimada
La vihuela dulcísima y hermosa
Cantó siempre, aunque vió que era mirada,
Fingiendo de no verlo la engañosa;
Y del sonoro artificioso canto
Fué tal desde aquel punto el salto encanto.
¿Quien tan esquivo, quien tan inhumano
Consigo mismo es, con vano intento,
Que del suave y dulce amor humano
Huya el gusto, y el gozo, y el contento?
Al nemeo leon, al tigre hircano
Ablanda el regalado sentimiento
Del natural amor de la criatura,
Lleno de suavísima dulzura.
¿Y hombre ha de haber que dél se aparte, y huya,
Siéndose á sí cruel, duro, y arisco?
¿Y que á sus calidades atribuya
Las del aspid mortal y basilisco?
Quien estas da al amor, será la suya
De un yerto yermo aborrecido risco,
Lleno de eterna sombra y triste luto,
Que ni produce flor, ni espera fruto.

No tienes tú, bellísima diana,
Que ahora al suelo das tu luz hermosa,
Esta opinion tan bárbara y profana,

Aun con ser tú de castidad la diosa;
Pues como venga el sol á la mañana,
Irás á la morada peñascosa
De Endimion tu pastorcillo, donde
Con dulce amor te goza y corresponde.
Y no tú, padre altísimo Tonante,
En cielo y tierra, infierno y mar potente,
Desprecia del amor el importante
Fuego, que enciende tan gustosamente;
Pues en él, quando fué Egina amante,
Se convirtió, con viva llama ardiente,
Como en la torre por la griega en oro,
Y por la de Fenicia en Tiro en toro.
Es amor un deseo regalado
De gozar la belleza que enamora,
En quien vive el amante transformado,
Y con quien siempre entretenido mora;
Y á quien, como á su cielo deseado,
Dulcemente contempla, ama, y adora;
Y es su fin cumplimiento del deseo,
Todo lleno de gozo, y de recreo.
Aquí dió fin al engañoso acento
La falsa y hermosísima sirena,
Dexando juntamente el instrumento,
Llena de engaño, y de lascivia llena;
Y luego por el líquido elemento
Calar dexóse á la profunda arena,
Primero habiendo con lascivo juego
Hecho del agua del estanque un fuego.

Qual de profundo sueño recordado
Fué Garin por el huesped, al decirle
Que era ya hora de dexar el prado,
Y en reposada cama convertirle:
No le responde el monge embelesado,
Sino luego dispónese á seguirle:
Guíale el viejo por mas corta via,
Adonde ya la cama le atendia.
Déxale solo, porque así lo quiere
Garin, el huésped en el aposento:
La puerta el monge, solo ya, requiere,
Y ciérrala con llave á su contento:
La cama mira, y el retrete inquiere;
Y divertido en el oido acento,
Y en lo demás de aquella casa, al sueño
Hizo en la blanda cama de sí dueño.
Ya que el retrato vivo de la muerte
Al monge en el primer sueño entretuvo,
Y en la profundidad del ocio inerte
Los trabados sentidos le detuvo;
Aquel que su remedio y bien le advierte
Desde que en guardia y proteccion le hubo,
Permite el Rey de la admirable esfera
Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio,
Qual quando en el altar de Madalena
Le dió aquel dulce y regalado anuncio,
Que fué remedio de su angustia y pena;
Y dícele: Garin, yo te denuncio
Eterna muerte en inmortal cadena,
Si con menos descuido, y mas recelo,
No adviertes lo que siempre te revelo.

¿En regalada cama, descuidado,
Fuera de tu costumbre, duermes? vela,
Que estás de mil peligros rodeado,
Y en ellos tu enemigo se desvela:
No estés al torpe sueño así entregado,
Haz sobre tí cuidosa centinela:
Para volver á tu camino esfuerza,
Y para resistir la infernal fuerza.
Advierte atentamente lo que digo,
Que en parte estás donde sino lo adviertes,
Quedarás preso por el enemigo
En esa carcel llena de sus muertes:
Prepárate á vencerle, que contigo
Siempre yo asistiré con armas fuertes.
Alerta pues, no mas descuido: alerta,
Que el enemigo llama ya á la puerta.

Canto XIII

Apenas dixo la razon postrera
El angel santo, el vuelo revolviendo
Con gravedad á la mas alta esfera
El ayre escuro con su luz abriendo;
Quando al retrete llega por de fuera
El viejo huesped, tal rumor haciendo,
Que del triste Garin huyó al momento
El torpe sueño, qual ligero viento.
Abre el monge los ojos, y recoge
Apriesa los sentidos derramados,
Y en el alma con ellos luego acoge
Los nuevos pensamientos y cuidados,
Y por entrellos al deseo descoge
Largas alas en vuelos regalados:
Allí la casa mira, allí le suena
Al oido la voz de la sirena.
Estaba así suspenso y pensativo
El sueño y las visiones cotejando,
A sí ya en uno con razon esquivo,

Y ya sin ella en otro dulce y blando;
Quando, qual suele poco á poco el vivo
Rayo del sol salir iluminando
Con claros y dorados resplandores,
De los fértiles campos los colores,

Así la pieza en que Garin tenia
La cama nunca dél acostumbrada,
De un admirable inusitado dia
Poco á poco quedó toda ilustrada:
Del pecho el corazon se le salia,
La voz tenia en la garganta atada,
Mirando atento aquella luz extraña,
Y espera, y teme, y piensa que se engaña.
Mas otra maravilla mayor luego
De esta primera le dexó olvidado,
Con mas temor, con mas desasosiego,
Con mayor turbacion, miedo y cuidado,
Que fué ver, tras el dulce y claro fuego
Con que el rico retrete fué alumbrado,
A su lado, en su cama, una doncella
Como la misma hermosura bella.
En el rico trenzado artificioso,
Y el extraño atavío, parecia
A la sirena, que en el deleytoso,
Estanque aquella noche visto habia;
Mas en el rostro y el mirar gracioso,
En el real donayre y gallardía,
Aquella muestra ser que de su sierra
Con corazon contrito le destierra.
De aquella dama, á quien la injusta muerte
Dió con tanta crueldad su injusta mano,
Garin el rostro y la belleza advierte,
No en la imaginacion, ó en sueño vano;
Sino en formado cuerpo, de la suerte
Que es junto con el alma el cuerpo humano,
Tan retratada al vivo, que el ser muerta
Tiene entonces Garin por cosa incierta.

Y con debido miedo celerando
De vision en tal forma aparecida,
Al alto cielo en su favor llamando,
Della se aparta con veloz huida;
Y ella la voz entonces desatando,
Así con sus venenos le convida:
¿De quien, mi gloria, quieres alejarte?
¿De quien quieres huirte, y esquivarte?
No soy yo sierpe ponzoñosa y fiera,
Que usar quiera en tu daño su veneno;
No soy Aleto yo, no soy Megera,
Ni tengo su mirar de espanto lleno:
Muger soy, y muger que amando espera
En tí, que de mi amor estás ageno,
Sin razon siendo de tu propio gusto

Fiero enemigo, y matador injusto.
Esto que yo te ofrezco, y tú desprecias.
Otro con ansia inmensa lo desea,
Y en procurar lo que en tan poco aprecias
El cuerpo y alma con fervor emplea.
Cruel, si de gozarte no te precias
Con quien solo en gozarte se recrea,
Y te precia y te estima en sumo grado,
¿En que fundas tu gusto, y tu cuidado?
Vuélvete á mí, regálate en mi pecho,
Donde el amor te tiene puesto vivo,
Que está tanto en sus lágrimas deshecho,
Quanto te muestras tú al amor esquivo:
No fué tu corazon de mármol hecho,
Aunque tan duro y frio, y tan altivo:
Vuelve á lo menos á mirar ahora,
A quien como á su ídolo te adora.

Aquí paró la lengua ponzoñosa,
Y en vez della las manos atrevidas
Quisieron emplear la rigurosa
Fuerza, que rinde y doma tantas vidas;
Pero de la estacada peligrosa
Huye Garin, y evita sus heridas
De aquella combatiente dama bella,
Y huye por vencer con ansia della.
El huye victorioso, y ella sigue
Vencida su porfia comenzada;
Y no ya con las manos le persigue,
Ni con la lengua de dulzura armada:
Para que su dureza se mitigue
Otra arma toma mas aventajada:
Vierten sus ojos cristalinas lluvias,
Y sus manos arrancan hebras rubias.
Pudiera el rico aljofar trasparente,
Que por la nieve y púrpura corria,
Y la enojada mano que impaciente
El cabello bellísimo rompia,
Y el suspirar tiernísimo y ardiente
Con que el lascivo lloro interrumpia,
Hacer piadosa la implacable muerte,
Y dar vencido lo mas bravo y fuerte.
Pero derrama en la infecunda arena
En vano su mortífera semilla,
Y queda, al fin del blando ruego, llena
De excesivo dolor y maravilla:
El llanto enxuga, el rostro ya serena,
Ya no suspira, ya no se amancilla,
Sino brava, colérica, y furiosa
Hacerle fieras amenazas osa.

Que no le dexará salir le jura,
Si con su voluntad no condesciende,
De aquel retrete, que en prision escura

Convertirá, si en cólera se enciende,
Donde estará en eterna desventura
Si mas su dura obstinacion la ofende,
Que entienda que en aquella casa grande
No hay quien contra lo que ella manda mande.
Ni por aquí tampoco en el valiente
Halla para vencelle entrada cierta,
Que siempre victorioso y diligente
Huye, buscando acá y allá la puerta;
Y aunque es ya tal su turbacion vehemente,
Que con la parte donde está no acierta,
Sigue su retirada victoriosa
Por triunfar de la dama poderosa.
Tigre, á quien haya el cazador experto
Del ponzoñoso albergue saqueado
Algun hijuelo, y otro alguno muerto
En su sangre revuelto haya dexado,
No tanto con su airado desconcierto
Muestra el furioso pecho lastimado,
Quanto aquella el dolor que la lastíma,
De ver quan poco el buen Garin la estima.
Y así con un furioso y bravo ceño,
Los ojos en dos fuegos convertidos,
Vencida por el monge zahareño
Huye, dando tristísimos aullidos.
Garin entonces, no rindiendo al sueño
Con el descuido que antes los sentidos,
Sino despierto, y de rodillas puesto,
Dice, parando en mil suspiros, esto.

Mis fuerzas, ó clemente Rey eterno!
Y mi deseo, os es patente y claro:
Este quiere, Señor, vuestro gobierno,
Y han menester aquellas vuestro amparo:
Sin esto llevará de mí el infierno
Lo que os costó, Señor, á vos tan caro;
Pues, ó mi Dios! vuestra clemencia sea
Quien de amparo y gobierno me provea.
La nocturna tiniebla que asombraba
Lo que ilumina el sol resplandeciente,
Ya con ligeras alas se acercaba
A las escuras puertas de poniente,
Y al horizonte en su lugar dexaba
Al que siguiendo va perpetuamente;
A cuya luz al avisar del alba
Hacen las aves sonorosa salva.
Quando salió Garin mas consolado
A buscar para irse cierta via,
Salas y patios dexa apresurado,
Y á las salidas de la casa guia;
Ya quatro vueltas casi en vuelo ha dado,
Y de las quatro puentes que tenia
Para entrar en la casa la laguna,
Para salir hallar no puede alguna.

Ni en toda la ribera aborrecida
Ve cosa en que pasar el lago pueda,
Sino una barca rota y destruida,
Que encima apenas de las aguas queda:
Pasmado allí, no viendo otra salida
En quanto el espacioso extraño rueda,
En otro mas revuelto de sí mismo
Está Garin hasta el mas hondo abismo.

Un piélago revuelto le es el pecho
Con todo quanto mira, y quanto infiere,
Presuponiendo que de aquel estrecho
Salir, y luego en todo caso quiere,
Por parecerle temerario hecho
Fiarse en aquel fragil barco, inquiere
Otra vez, y otra, toda la ancha costa
Del grande estanque, á su deseo angosta.
Mas viendo, al fin de grande rato, que era
Excusado esperar otro camino
Para pasar la alta laguna y fiera,
Que era revuelta un lago camarino;
Con viva fe encendida y verdadera
Entra animoso en el abierto pino,
La amarra suelta, y con aliento extremo
Cala con arte el uno y otro remo.
Gimió de popa á proa la barquilla
Al peso del varon determinado,
Rechinaron costillas, borde, y quilla,
Hizo mucha agua de uno y otro lado:
Garin con faz mudada y amarilla,
Mas con entero corazon y osado,
Sigue animoso su viage, abriendo
Con presurosa boga el lago horrendo.
A la mitad de la laguna estaba
Con su corta barquilla peligrosa,
Y anhelando y cansado apresuraba
Todavía la boga fatigosa;
Quando saltó, con furia presta y brava,
Una borrasca súbita espantosa,
Que revolviendo el lago, al lago averno
Le iguala, abriendo en él bocas de infierno.

No pueden contra la áspera tormenta
La fragil barca, ni la debil fuerza
Del triste monge, aunque mil artes tienta,
Y en mil modos con ánimo se esfuerza:
Que el batél del rigor que le atormenta
A dar á fondo el gran furor le fuerza,
Y Garin de los remos desasido
Queda en las altas aguas sumergido.
Sacude recio la una y otra pierna,
Tendiendo á un tiempo el uno y otro brazo,
Hallándose con ansia tan interna
Del alto lago en el cruel regazo

Las ropas, y el temor que le gobierna,
Le son mortal estorbo y embarazo;
Y así el bravo combate de las ondas
Ya le sorbia en sus cavernas hondas.
Quando el viento, calmó y la lucha fiera
De las revueltas aguas espantosas,
Y á un tiempo el triste monge en la ribera
Firmó las flacas plantas temerosas;
Esfuerza entonces, y del todo fuera
Sale de aquellas ondas peligrosas,
Y está en lo enxuto apenas, quando advierte,
Que lago y casa en humo se convierte.
Espántale el suceso temeroso,
Y huye del lugar aborrecible
Con paso apresurado y codicioso,
Aunque turbado del temor terrible:
El valle que antes era tan hermoso
Es monte ahora casi inacesible,
En todo el qual sola una senda yerta
Halla Garin para subir abierta.

No duda de emprender la alta subida
Por la dificil y enriscada senda,
Para volver en su afanada vida
Con mas valor la mal regida rienda;
Porque tiene esperanza que, subida
La excelsa cumbre, podrá ser que entienda
A donde se perdió el primer camino,
Quando al valle, y laguna, y casa vino.
Sube al fin, quien dirá con que fatiga,
Con quanto afan, cansancio y desconsuelo,
El mojado vestido le fatiga
Pesando, y convirtiendo el cuerpo en yelo:
Esle naturaleza allí enemiga
Con hambre y sed pidiendo su consuelo:
El esfuerzo le falta, y le parece
Que la aspereza del camino crece.
Pero el fuerte varon fuerza sacando
De la cruel necesidad urgente,
Y con firme propósito aspirando
Al remedio esencial de su acidente;
Aunque con tanta lástima afanando,
Sigue la senda valerosamente,
Tanto que aun con la febea lumbre
Llegó del yerto monte á la alta cumbre.
Descubre allá llegado un ancho llano,
Alegre y lleno de infinitas flores,
Que muestra un templadísimo verano,
Y espira suavísimos olores,
Y en medio un fuerte alcázar soberano,
Que con la luz del sol da resplandores,
Tan llenos de dulcísimo consuelo,
Que alegran y enriquecen tierra y cielo.

El tormento, el cansancio, y la tristeza
Huyó del afanado peregrino,
Al punto que la excelsa fortaleza
Tan cerca descubrió de su camino:
Apresura los pies por la belleza
Del admirable llano, que divino
Llamar se puede, pues del cielo tiene
Quanto para este nombre le conviene.
Llega al fin al alcázar, y á la entrada
Halla una bella dama generosa,
De ricas vestiduras adornada,
Qual principal señora y valerosa:
Está de un hombre grave acompañada,
Y de dos dueñas, que á qualquiera cosa
De su servicio acuden diligentes,
Como ministros fieles y prudentes.
No bien hubo pisado los umbrales
Del soberano alcázar, y humillado,
A la dama y sus gentes principales
Con el debido acatamiento honrado;
Quando con mil consuelos celestiales
Fué dellos recibido y hospedado,
Haciéndole el regalo y cortesía
Que en todo el suelo desear podia.
A un aposento alegre le llevaron,
Donde cómoda cama le pusieron,
El vestido mojado le mudaron,
Y sóbriamente refeccion le dieron;
En reposado sueño le dexaron,
Como necesitado dél le vieron,
Hasta que al asomar del sol luciente
Le recordaron amorosamente.

Ya las ropas enxutas y compuestas
El peregrino alegre y consolado
Halla junto á la cama á punto puestas,
Y otro qualquier regalo aparejado;
Y la dama y las dueñas ve dispuestas,
Y el hombre á regalarle con cuidado,
Así en quanto requiere el hospedage,
Como en quanto conviene á su viage.
Para el qual desde allí gozoso toma
El camino que va derechamente
A la alta invicta y santa madre Roma,
Alegre fin de su deseo ardiente:
Pasa con prestos pies la verde loma
Del alto monte rico y floreciente,
Su viage larguísimo prosigue,
Y el derecho camino apriesa sigue.
Tuvo, quando quedó en tiniebla el suelo
Por la ausencia del sol, buena posada,
De donde alegre al aclararse el cielo
Salió á seguir su próspera jornada;
Y quando ya llegó el señor de Delo

Al fin de su carrera acostumbrada,
El de la suya el presto pié detuvo,
Donde tambien buen hospedage tuvo.
Sale la aurora, de su blanca mano
Pintadas flores derramando y rosas,
Con viva luz volviendo al monte y llano
Sus colores vivísimas hermosas:
Huye la blanca luna del hermano,
Vuelan á dar las sombras tenebrosas
Al antípoda nuestra noche fria,
Mientras Febo á nosotros nos da dia.

Y á este tiempo vuelve el cuidadoso
Garin á su camino apresurado,
Mas contento que nunca y animoso,
Mas alegre que nunca, y mas confiado.
¡O estado de los hombres lastimoso!
Mas ¿á que llamo yo en el hombre estado?
¿Que cosa tiene en este mundo el hombre
Que con razon pueda tener tal nombre?
Si es un pasar su corta y fragil vida
Triste de descontento en descontento;
Si es un andar de afanes combatida,
Sin que en la tierra tenga, ó halle asiento;
Si es un volar en siendo poseída
Para su fin ligera como el viento:
No hay en el suelo estado, ni hay holganza,
Sino es que sea estado la mudanza.
Y es así que el estado invariable
En sola la mudanza en él consiste;
Posee perpétuo estado miserable
De variedad de afan el hombre triste:
El grado mas subido y estimable
Vária miseria le circuye y viste:
Mil martirios de espanto el rico y alto
Tiene; y ¿quales no tiene el baxo y falto?
¡O Césares supremos, ó monarcas!
¡O potentados de la tierra grandes!
¡O rico que te ves llenas las arcas
De quanto á la codicia le demandes!
¡O pobrecillo tú, que unas abarcas
Apenas tienes, con que arando andes!
Cada qual en su estado y suerte, ¿quantos
Martirios padeceis, penas, y espantos?

¡O pura vanidad de vanidades,
Viendo que los estados de este mundo
Son pura variedad de variedades,
De desventuras, y de error inmundo!
¡No conocer las claras ceguedades
Que á despeñar nos llevan al profundo!
¡Ay que sí conocemos, pero el daño
Es el dexar vencernos de su engaño!
Quando llegaba con su clara lumbre

El amoroso padre de Faetonte
Al alto punto de la excelsa cumbre
Que parte en su mitad nuestro horizonte,
Vió de gente Garin gran muchedumbre
Al camino calar de un alto monte,
Que un laberinto era en espesura,
Y un infierno en espanto y desventura.
De ballestas, venablos y lanzones
La confusa canalla viene armada,
Siguiendo á paso largo á dos varones,
O monstros fieros, de quien es guiada:
Los quales, qual hicieran dos leones
A mansa res, medrosa y desmandada,
Así á Garin á un tiempo se arrojaron,
Quando ya en el camino le alcanzaron.
Y con su mismo ceñidor las manos
Atrás le ataron rigurosamente,
Y soberbios, airados, y inhumanos
Al triste entregan á su infame gente:
Corren fieros tras esto los cercanos
Caminos todos, hasta que en poniente
El sol abrió las puertas de alegria,
Por donde lleva al nuevo indio el dia.

Entonces por el alto monte espeso
Coléricos se emboscan y encaraman,
Y el dia, airados por el mal suceso,
Enormemente maldiciendo infaman:
Tiénenle por tristísimo y avieso,
Y blasfemando dél así le llaman,
Por no haber hecho presa mas notable
Que aquel inutil hombre miserable.
Llegan al fin, en una gran quebrada,
A una boca estrecha y peligrosa
De una caverna, de árboles cercada,
Escondida, enriscada, y escabrosa:
Entran en la alta cueva, y arrimada
Una peña á la puerta tenebrosa,
Que con hierros fortísimos la cierra,
Pasan á las entrañas de la sierra.
Casi en el medio el fiero monte tiene
Un ancho descubierto, á cuya altura
Sino es la que en el ayre se sostiene
Llegar no puede alguna criatura:
Por el qual á la grande cueva viene
Tanta luz, que le quita el ser escura;
Y la tiene en dos partes dividida,
Y en cien grandes cavernas repartida.
Un lestrigon, Formínolo llamado,
Es señor de la cueva peñascosa,
De Antifates y Lamio derivado
En Formia, que hoy es Nola deleytosa:
Al qual, en corazon duro y airado,
Y alma inhumana, brava y desdeñosa,

Jamás monstro ha tenido el ancho mundo,
Que de gran trecho no le sea segundo.

Ni Antropófago alguno tan enorme
Hubo jamás en sus antecesores;
Ni Sicilia Ciclópe tan disforme
Tuvo entre sus indómitos mayores;
Ni pudo ser á este cruel conforme
En fuerzas, y en soberbias, y en rigores
Alguno de los hijos de la tierra,
Que al trono celestial movieron guerra.
De carne humana el inhumano horrible
El vientre insaciable se saciaba;
Fieras de espanto y de furor terrible
Con sus robustas manos, halagaba;
Las sierpes de veneno aborrecible
Como queridas hijas regalaba,
Y alimentadas de lo que él comia,
A su plato, en su mesa las tenia.
Cárceles escurísimas y fieras
Llenas tenia de cautiva gente,
Que prendian sus gentes carniceras
En los caminos ordinariamente:
Seis esquadras tenia siempre enteras
Consigo en la ancha cueva el inclemente,
Que cada qual era de cien ladrones,
Todos de su linage, lestrigones.
Los quales no jamás en otra cosa
Ocupaban las noches y los dias,
Que en correr la montaña peligrosa,
Y los vecinos pueblos y alquerías:
Hambrienta esquadra, fiera y asquerosa,
De robadoras y hórridas arpías,
Nunca tal se arrojó á poblada mesa,
Qual estos fieros á qualquiera presa.

De mil gallardos jóvenes lozanos,
De mil hermosas mozas delicadas,
Tenian los ladrones inhumanos
Las cárceles tristísimas pobladas;
Y de otros mil varones que las manos
Pusieron con valor á las espadas
En su defensa, el monte, sus laderas
Poblaban espantosas calaveras.
Para el sangriento plato que ordinario
El soberbio Formínolo tenia,
Con el perverso, abominable y vario
Tropel de fieras que con él comia:
De tierna juventud aquel nefario
Y triste robo con rigor hacia
Su gente, y ella para sí la tierra
Tala, destruye, abrasa, asuela, atierra.

Canto XIV

Llorando la espantosa desventura
A que sus graves culpas le han traido,
Teniendo siempre de la muerte dura
Presente el amarguísimo gemido,
Garin estaba en la mazmorra escura
A donde el primer dia fué metido,
Ya treinta habia quando el monstro fiero
A ver llegó su triste prisionero.
El soberbio Formínolo espantoso
Que visitar sus cárceles usaba
Cada vez que la luna el espacioso
Cielo con lleno rostro le mostraba,
A la prision del monge doloroso
Llegó con gente que le acompañaba,
Y uno que va mostrándole el camino,
Trayendo ante él un encendido pino.
De cien tiernos mancebos que allí habia
Escogió diez el monstro abominable,
Tomando el que mejor le parecia
Para su fiero plato detestable:
Los quales á otra carcel los hacia
Pasar, aunque mejor, mas espantable,
Donde por orden muertos y guisados
A su mesa despues eran llevados.

Así en las otras cárceles dezmaba
Tristes mozos y mozas doloridas,
Y á la nueva prision los apartaba
Cada mes ordenando sus comidas;
Y de otros, que comellos no gustaba,
Con las sangrientas fieras sus queridas,
Otras mil que tenia aprisionadas,
Eran bastantemente alimentadas.
Señalaba tambien el monstro á estos,
Y eran luego los míseros sacados,
Y en otra cárcel mas terrible puestos,
Hasta ser á las fieras entregados.
Vivos, y de sus ropas mal compuestos,
Quales estaban estos desdichados,
A las fieras los fieros los echaban,
No como á los primeros los guisaban.
El triste monge, el mísero romero,
Por trabajos tan ásperos traido,
El buen Garin, retrato verdadero
De aquel varon paciente en Hus nacido,
Fué nombrado con otros el primero
Por aquel fiero monstro descreido,
De toda humana piedad esquivo,
Para ser de las fieras pasto vivo.
El quarto dia por el claro oriente
Con pies apresurados asomaba,

Despues que la cruel muerte inclemente
En la segunda cárcel aguardaba;
Quando al cuitado, la perdida gente
Que las hambrientas fieras ministraba,
Metió en un fuerte torno, que asentado
Estaba en la pared de un gran cercado.

Confusamente sierpes y panteras,
Dragos y grifos, tigres y leones,
Manticoras, crocutas, y otras fieras,
Várias en fuerzas, y armas, y naciones,
Son en aquel cercado prisioneras
De los mas fieros que ellas lestrigones,
Solamente por gusto allí criadas,
De ser de humana carne sustentadas.
Puesto pues en el torno de la muerte
El mísero Garin, ya della cierto,
De rodillas en él con pecho fuerte,
Y con fervor de fe vivo y despierto,
Al alto Dios sus lágrimas convierte,
Y con cristiano y varonil concierto,
Dice llorando así, mientras el torno
Para darle á las fieras anda en torno:
Vos, mi Dios, mi refugio, y mi consuelo,
A quien nada se encubre, ó disimula,
Sabeis bien mi intencion, sabeis mi zelo,
Y el dolor que me aqueja, y me atribula;
Si en este afan, martirio, y desconsuelo,
Conviene que se limpie, adorne y pula
Mi alma para entrar en vuestras bodas,
No queden penas, vengan luego todas.
Vos, trino Dios, eterno, omnipotente,
Que, como al grande Pablo, del mar fiero
Ya me librastes milagrosamente,
Con clemencia de padre verdadero;
Podeis librarme ahora del presente,
Peligro, en que tan triste muerte espero,
Como al humilde Daniel; de suerte
Que es vuestra voluntad mi vida, ó muerte.

Y así, Señor, con ella yo de hecho
Mi voluntad conformo aquí gozoso;
Solo por la piedad de vuestro pecho,
Solo, Señor, solo pediros oso,
Que pase alegre este mortal estrecho
Al ancho mar del inmortal reposo
El alma, triste ahora y dolorida,
Y quanto puede y debe arrepentida.
Así Garin decia, y entretanto
Le puso el fuerte torno removido,
En el cercado de terror y espanto
Sepulcro de hombres, y de fieras nido:
Cesó la voz, cesó el amargo llanto,
En mayor sentimiento convertido,

En el punto que vió las carniceras,
Crueles, grandes, y espantables fieras.
En esto en la ancha cueva un espantoso
Ruido de armas y de voces suena,
Tal, que parece el monte cavernoso
Al alto cielo quando airado truena:
Eco, en son ronco, bravo, y presuroso,
Responde acá y allá, y alto resuena,
Diciendo en voz distinta, airada, y fiera:
Arma, arma, arma, muera, muera, muera.
Al ancho descubierto de la cueva,
Que mil pasos en quadro rodeaba,
Por todas partes el ruido lleva
La cruel gente enojadiza y brava:
Quien con fuerte coraza armado aprueba
Apretando un venablo allá llegaba,
Quien con ballesta, quien con un escudo,
Y una ancha espada corre allá desnudo.

A un lado del gran patio mal seguro,
En fuerte punto á pura fuerza entrado,
Teniendo por espalda el fuerte muro,
El paso de la puerta ya ganado,
Con un arnés mas que la noche escuro,
Y un pequeño esquadron fuerte y osado,
Un valiente mancebo recogido
Es el que causa y mueve el gran ruido.
Ganó la primer puerta, y la segunda,
Y el patio ahora fiero poseía,
Donde la grita, estruendo y barahunda,
Toda la sierra retiñir hacia:
La qual desde la parte mas profunda
Apriesa allí su brava gente envia,
Para que se socorra aquella parte
Que está ofendida del rigor de Marte.
De la manera que naturaleza,
Quando le ofenden parte muy sensible,
Envia humor sangriento con presteza,
Para ayudarla en quanto le es posible;
Así en aquella súbita braveza,
La cueva con sangriento humor terrible
La parte ayuda que ofendida siente,
Viniendo en vuelo alli toda su gente.
Ya el jóven mas osado y valeroso,
Y mas rendido á la amorosa llama,
Que bien aconsejado y venturoso,
Apresurando el hado que le llama;
Y su esquadron no menos deseoso
Que su caudillo de gloriosa fama,
Como generosísimos leones
Reciben á los bravos lestrigones.

¿Que batalla se vió jamás qual esta?
¿Donde la furia del sangriento Marte

Llegó por sus bravezas á ser puesta
En tan airada y rigurosa parte?
Jamás hallarse pudo tan dispuesta
La cruel ira que el rencor reparte,
Para tomar aquello todo junto
Que la puede poner en mayor punto.
Jamás con tal rigor y enojo tanto
Se peleó sobre el pesado cerco,
Donde en sangre trocó el agua del Xanto
El cruel griego porfiado y terco:
Ni quando influye su mayor espanto
El fiero Marte desde su alto cerco
Se muestra tan furioso, y tan airado,
Qual se mostraba allí el menor soldado.
El valeroso caballero que era
Caudillo de la fuerte compañia,
Metido en medio de la gente fiera,
Con generoso esfuerzo y osadía
Mata de un golpe al capitan Quimera,
Así llamado porque descendia
Del espantoso quadriforme monte,
Que tanta fama da á Belerofonte.
Mata tras este al medio toro Trinco,
Y junto á él al medio lobo Sigre,
Monstro veloz que á él se fué de un brinco,
Qual si no hubiera cosa en que peligre:
Cinco pesados golpes le dan cinco
Monstros horrendos, hijos de una tigre,
A los quales volviendo el varon fuerte,
Con otros cinco golpes les dió muerte.

A Bronte, despues destos, de una punta
El corazon indómito barrena,
Con Glauco luego riguroso junta,
Y el brazo de la espada le cercena:
La gran cabeza á un fuerte casco junta
A divorcio del cuerpo le condena
Al gigante Ariston, el qual cayendo
Mató á Filanto con el peso horrendo.
Corta de un tajo el muslo diestro á Lampo,
Y de un revés las manos á Trimulco;
Parte el hinchado estómago á Melampo,
Y en dos medios el rostro á Libifulco:
Rompe al fin y abre en el infame campo
Con la furiosa espada un ancho sulco,
Por donde sigue en ira y muerte envuelto
Su pequeño esquadron bravo y resuelto.
Junta con el bravísimo Esterópe,
Que ve cubierto de una piel de drago,
Y como no hay acero en que se tope,
Hace la espada en él mortal estrago:
Cae rabiando el áspero ciclópe,
Mas cruel que el mas duro antropofágo,
Y arañando y mordiendo aulla y gime,

Y dientes y uñas en la peña imprime.
A Formio, que de un peto sin la gola
Se habia armado en aquel punto triste,
Tú desde un alto, amarga madre Nola,
Atravesarle la garganta viste:
Luego la espada el capitan arbola,
Y mata de un revés al loco Alpiste;
Y tras él siega el blanco cuello á Runco,
Como delgada vara, ó tierno junco.

Pero la fiera y lastimada madre
Que al hijo vió matar de aquella suerte,
Como que no haya cosa que le quadre
Sino venganza ya en el mundo, ó muerte,
Qual perro que rabiando, sin que ladre,
Suele embestir con furia brava y fuerte,
Así callando con furor terrible
Al patio salta la muger horrible.
No hay hombre entre la bárbara caterva
Que esta muger en fuerza aventajase,
Y en ligereza, ó tigre, ó pardo, ó cierva
Jamás quiso alcanzar que no alcanzase;
Y en ánimo, y en ánima proterva
Ni hay hombre ni animal que la igualase:
Una furia infernal era encarnada,
Y como tal al patio sale armada.
A dos manos un tronco de una encina,
La mitad hecho brasa y encendido,
Trae la furiosa Nola, y se avecina
Al fuerte caballero sin ruido;
Y á su salvo el pesado tronco inclina,
Con ánimo gozoso enfurecido,
A la cabeza, con tal fuerza y vuelo,
Que como muerto le tendió en el suelo.
Y entonces con un grito airado y triste,
Como rabiando, y qual vengada en parte,
A mis manos, traidor, dixo, moriste,
Pero fáltame aun despedazarte:
El corazon que en ese pecho asiste
Me he de comer, no solo he de matarte.
Así decia en son horrendo y ronco,
Y alzaba en alto el encendido tronco.

Quando dos camaradas del valiente
Capitan, que á su lado peleaban,
Ambos á un tiempo valerosamente
Fuertes escudos al reparo alzaban,
Sobre quien descargó la encina ardiente;
Y aunque ambos del gran golpe arrodillaban,
Diestros los dos á un tiempo de dos puntas
Las espadas en ella arrojan juntas.
Y ambas al ancho vientre que dió vida
Al que ahora le es causa de la muerte,
Hallaron cierta entrada y acogida

Por donde al corazon el golpe acierte:
Al qual llegando, la muger caida,
Con gemido mortal, horrible, y fuerte,
Sobre el caido capitan, le causa
Que vuelva en sí del mal que ella fué causa.
En sí vuelve el valiente caballero,
Y viéndose en el suelo, al punto salta
En pié, mil veces que antes mas ligero,
Para enmendar aquella quiebra y falta,
Que tal la estima el ánimo severo,
Juzgando como tal la heroyca y alta
Obligacion de aquel honor que debe
Mas blanco ser que no tocada nieve.
A Xarra, poderoso ladron bravo;
A Canino, tan perro como el nombre;
A Forcolino, renegado esclavo;
A Leon, mas leon hambriento que hombre;
Al insolente sedicioso Flavo;
A Orbuz, traidor de singular renombre,
Con varios golpes, diestros, bravos, fuertes,
Dió, varias, bravas, y espantables muertes.

No menos que el caudillo valeroso
Sus valientes soldados peleaban,
Pues ya con largo paso y victorioso
Gran parte de la plaza grangeaban,
Y en un herviente lago y espumoso
Con la sangre inhumana la tornaban;
Aunque eran los feroces lestrigones
Seistantos que los ínclitos varones.
Pero sin duda la cruel pendencia
Fuera dichosamente difinida,
Aunque fuera mayor la resistencia
De aquella brava gente mal nacida,
Si del caudillo la fatal sentencia
Pudiera ser trocada, ú diferida
Siquiera el breve término de un hora
Por la muerte furiosa executora:
La qual en una xara enarbolada,
Envuelta, y escondida, y presurosa,
Por entre el morrion y gola entrada
Fué á quitarle la vida valerosa;
Y en la tierna garganta atravesada,
Con prestas alas, brava, y rigurosa
Se llevó el alma generosa en vuelo,
Volviendo el cuerpo valeroso en yelo.
Alzaron alaridos victoriosos,
Viendo al valiente capitan caido,
Aquellos bravos monstros espantosos,
Y cobraron el ánimo perdido;
Y aunque los fuertes mozos generosos
Con gran valor sustentan su partido,
No pueden contrastar á la corriente
De la súbita bárbara creciente.

Y tanto mas que en este punto amargo,
El terrible Formínolo indinado
De haber visto quan poco en su descargo,
A su opinion, su gente ha peleado,
Entraba ya en el patio á paso largo,
Desde la planta á la cabeza armado
De fuertes planchas de templado acero,
Con una maza que era un roble entero.
Rayo parece el bravo monstro horrendo
Que entre espesos relámpagos y truenos
En tormenta deshecha va rompiendo
Negros nublados de temores llenos;
Y acrecentando en espantoso estruendo,
Muestra quemar del mar los anchos senos,
Hundir el cielo, destruir la tierra,
Y al infierno doblar la eterna guerra.
Mata del primer golpe á Federico,
Un soldado romano fuerte y noble,
Metiéndole el templado peto rico
En las entrañas con el duro roble;
A Paulo boloñés, y á Genserico,
Muertos tras de él derriba de un mandoble;
Y á Sulpicio de Arezo los dos brazos
Hace de un golpe escaso mil pedazos.
Quatro nobles mancebos, naturales
De la grande Parténope famosa,
Viendo las bravas fuerzas desiguales
Del fiero monstro, y lo que puede y osa,
En intencion, en fuerza y zelo iguales,
Con heroyca virtud maravillosa
Juntos se arrojan, bravos y furiosos,
Y danle á un tiempo golpes rigurosos.

Qual jabalí valiente y enojado,
De quatro nuevos perros circuido,
Que al uno dexa el pecho atravesado,
Y al otro por el vientre dividido,
Y otro á sus pies derriba degollado,
Y al otro tiende casi en dos partido,
Tal el valiente monstro á golpes fieros
Hizo de aquellos quatro caballeros.
Claudio, Leandro, Marco, y Trimegisto
Los nombres eran de estos valerosos,
Digno; que del Antártico á Calisto
Suenen sus apellidos generosos:
Los quales eran Pino, Muso, Almisto,
Y Sancio de los Sículos famosos;
Cuya mano en la lira, y en la espada,
Con espanto era vista, y escuchada.
Cayó un helado pasmo temeroso
En los valientes mozos que quedaban,
Viendo del monstro airado y espantoso
Lo que el enojo y fuerza amenazaban;

Y aquel ardiente brio generoso
Con que tan vivamente peleaban
Se convirtió en temor terrible y fuerte
De la presente inevitable muerte.
Y á la voz infernal y rostro horrendo
Con que el bravo Formínolo iracundo
Amenazando sigue el estupendo
Estrago de su brazo furibundo,
las frentes á la puerta revolviendo,
Nadie queriendo ser allí segundo,
Procuran la salida temerosa
Por la infelice entrada tenebrosa.

Pero como es estrecha y mal pulila,
Aunque la desdichada esquadra estaba
A número tan corto reducida,
Que de veinte soldados no pasaba;
La maza de Formínolo regida
A los míseros últimos llegaba,
Haciendo dellos con su fuerza fiera,
Qual si de vidro el mas armado fuera.
La mitad de los veinte desta suerte,
Por el pesado tronco endurecido,
Recibieron amarga y presta muerte,
Muy á gusto del monstro embravecido:
Los otros diez con mas dichosa suerte
Salvos salieron del enorme nido,
Y por las altas peñas se arrojaron,
Y al camino real juntos llegaron.
Donde, por singular alto misterio
De quien gobierna y rige el cielo y tierra
Con aquel poderoso magisterio
Que sola su divina mente encierra,
Hallaron quien del fiero cimenterio,
De donde huyen con tan triste guerra,
Desenterró los míseros cautivos
Que en él morian sepultados vivos.
Y quien de su caudillo generoso,
Y de sus compañeros desdichados
Hizo justa venganza, á su famoso
Nombre dando renombres señalados,
Es Don Diego Florel el valeroso,
A quien hallan los míseros soldados
En el camino, y danle en breve cuenta
Del monstro, del caudillo, y de su afrenta.

Las armas pide el español valiente,
Armas, airado, dice, y en un punto,
Ya puesto á pié, recibe de su gente
El fuerte arnés que allí le trae junto;
Y animoso, y colérico, y ardiente,
En un momento puesto en todo á punto,
A los diez dice, que uno dellos sea
Guia por quien la fiera cueva vea.

Pudo la fama allí del varon fuerte
Tanto en los diez soldados valerosos,
Que ya sin miedo de la airada muerte
Todos se ofrecen bravos y animosos;
Y probando con ánimo su suerte
Segunda vez, con pasos presurosos
Guiando van al fuerte caballero
A la alta cueva del ciclópe fiero.
A cuya boca, que un pequeño llano
Tiene delante de árboles cercado,
Hallaron á Formínolo inhumano
A su roble fortísimo arrimado.
Muera, en voz alta dice el castellano:
Muera, replíca su esquadron osado;
Y como furiosísimos leones
Se arrojan á los bravos lestrigones.
La plaza era pequeña, de manera
Que aquellos diez valientes no tenían
Contra sí entonces de la gente fiera
Mas de otros tantos, porque no cabian;
Y el espantable lestrigon, que espera
Hacer lo que sus fuerzas ya solian,
De solo á solo á singular batalla
Ahora ya con el Florel se halla:

De suerte que su bárbara esperanza
No le sucederá como imagina,
Sino en vez della altísima venganza
De la mano justísima divina:
De la qual, quanto mas es la tardanza,
Tanto es mayor la fuerte disciplina,
Que asiste en ella por igual concordia
Con la justicia la misericordia.
El primer golpe fué el del gran Don Diego,
Que á la soberbia frente amenazando
Sacó del morrion repente fuego,
Y al lestrigon dexó vayveneando;
Mas afírmase el monstro al punto, y luego
La persona y la maza levantando
Un golpe cala, que en su fantasía
Muerto á sus pies al español tendia.
Y tal fuera el suceso del pesado
Y fuerte golpe, si Don Diego diestro,
Mudando pies hácia el siniestro lado,
No le dexára en tierra al lado diestro;
Y al mismo tiempo extremamente osado,
Y extremamente plático maestro,
Al alto lestrigon fiero se junta
Con una brava y rigurosa punta.
No fué la furiosísima estocada
Por donde el caballero pretendia;
Pero tampoco fué del todo errada,
Pues el gran brazo al peto le cosía:
Ser la rabia del monstro comparada

A cosa alguna que la tierra cria,
Con palabras pensando exâgerarla,
Será muchos quilates amenguarla.

Las hermanas crinadas de serpientes,
Furiosas hijas de la noche triste,
Quando en su pecho en daño de las gentes
En el punto mayor su saña asiste;
Jamás pondrán sus furias inclementes
En el punto de furia en que consiste
Aquel pecho del monstro enfurecido,
En un ardiente infierno convertido.
Cala otra vez la ya empinada maza,
Mata al fuerte español, si el golpe acierta;
Corta es, y embarazada está la plaza;
La vida importa la destreza cierta:
Nada desto á Don Diego le embaraza,
Antes le aviva mas, y le despierta;
Y así se guarda de este golpe fiero
De la manera que esquivó el primero.
Fuego y humo, y mortífero veneno
Por los ojos y boca el monstro arroja,
No sabe que partido le sea bueno,
No atina que arma, ó que remedio escoja:
En esto ya el Florel, de industria lleno,
Tiñe otra vez la cortadora hoja,
Haciéndole en un muslo gran herida,
La ancha escarcela por mitad partida.
No pudo mas la cólera impaciente
Del bravo lestrigon sufrir la pena,
Que en las heridas y en el alma siente;
Y alzando en alto la ñudosa entena,
Con la ancha cara como brasa ardiente,
Y de espuma mortal la boca llena,
Representando allí la misma ira
Al valiente Don Diego se la tira.

Fué favor singular del alto cielo
No acertarle la maza rigurosa,
Que como xara de ballesta en vuelo
Salió de aquella mano poderosa:
Erró á Don Diego, pero no en el suelo
Dió sin dañar la encina temerosa,
Que á quatro estrigones dio la muerte,
Y á Genofonte de Verona el fuerte.
Casi en un punto fué el echar la maza,
Y cerrar con Don Diego el monstro artero;
Mas él, haciendo con la espada plaza,
De sí le alarga con acuerdo entero,
Y luego el ancho escudo desembraza
Por añadir mas fuerza al fuerte acero,
Y alza á dos manos la furiosa espada,
Y cala una espantosa cuchillada:
La qual en medio de la frente fuera,

Mas echándola atrás el monstro airado,
Cebó en el fuerte peto de manera,
Que en dos partes por medio fué cortado:
Dobló el golpe el Florel á la testera,
Al qual el gran cuchillo atormentado
Saltó en quatro pedazos dividido,
El monte respondiendo al gran ruido.
Y al mismo punto el lestrigon horrendo
Aturdido midió la dura tierra
Con aquel fiero cuerpo, que quiriendo
Hacer pudiera á todo el mundo guerra:
Hizo temblar el desigual estruendo
De la caida toda la ancha sierra,
Qual si un terrible y bravo terremoto
Pusiera el mundo todo en alboroto.

Va sobre el fiero lestrigon vencido
El fuerte caballero victorioso
Alegre y bravo, y el puñal buido,
Arma en tal punto de valor precioso,
Por quatro veces le dexó metido
En el soberbio corazon furioso:
Huyó al eterno abismo el alma en vuelo,
Con su ausencia alegrando tierra y cielo.

Canto XV

Entanto que el Florel famoso estuvo
En tal batalla con el monstro envuelto,
Su pequeño esquadron propicio tuvo
Al fuerte Marte ya á su bando vuelto;
Y en la pequeña plaza se entretuvo
Con la soberbia multitud revuelto
De aquella enorme gente, cuyos brazos
Hace el temor ahora mil pedazos.
Atónito el infame bando queda
Al temor que la muerte le dispensa,
No hay mano que regir la espada pueda,
Ni en la espada hay aceros ya ni ofensa.
A qualquier brazo el torpe miedo veda
El escudo subir á la defensa,
Suspenso cada qual á su caudillo
Mirando está, pasmado y amarillo.
Ni para procurar huyendo vida
Les concede el helado espanto aliento,
Y así la muerte del Florel traida
Airada emplea su cruel tormento:

No quedó de la gente mal nacida
Quien esquivase el triste fin violento
De su caudillo: todos perecieron,
Y en muerte como en vida le siguieron.

Hecha pues la venganza rigurosa
En aquella infernal infame gente,
Con sus nueve soldados la espantosa
Cueva discurre el español valiente;
Y abriendo aquí una carcel tenebrosa,
Y otra prision haciendo allí patente,
Fueron todos los presos libertados
Que en la gran cueva estaban sepultados.
Toda la qual habiendo discurrido,
Al patio con los presos ya salian,
Quando hallaron otro triste nido,
Donde muchas mugeres se dolian:
Sube el Florel de los demás seguido
Por unas gradas que á la estancia guian:
Las puertas rompen, y entran en la fiera
Carcel, que clara y espaciosa era.
Estaba en alto esta prision, y habia
En el un quadro della una ventana,
Que al cercado mortífero salia
De las fieras que comen carne humana;
Donde la providencia eterna guia
Al Florel con su mano soberana,
Para que al buen Garin su amigo vea,
Y vida á un tiempo y libertad le sea.
No bien á la ventana el varon fuerte
La cabeza asomó, reconociendo
Lo que en aquella casa de la muerte
Con espanto y horror van descubriendo,
Que del pobre Garin la extraña suerte
En que le puso el lestrigon horrendo
Se le ofreció á la vista, que turbada
Quedó en dolor inmenso embelesada.

Mira al monge carísimo entregado
A la parte del torno, que entregaba
Los miserables hombres al airado
Tropel de fieras que el corral cerraba:
En éxtasis divino arrebatado
El ermitaño parecia que estaba,
Las rodillas hincadas en el suelo,
Y los ojos clavados en el cielo.
Los leones, los tigres, las panteras,
Los osos, dragos, grifos, y serpientes,
Y todas las demás sangrientas fieras,
Que en aquel gran cercado están presentes,
Hambrientas, y coléricas, y fieras,
Con espantoso rechinar de dientes,
Y el monte con aullidos atronando,
Al contrito Garin andan mirando.

Y no hay alguno, ó gran padre divino!
Que llegar ose á la comida puesta
En el gran torno, donde de contino
Les era en tanta multitud dispuesta:
Visto pues el amado peregrino,
El gran Florel á le salvar se apresta,
Y no sabiendo otra mas cierta via
Saltar por la ventana ya queria.
Pero los prisioneros le dixeron
Del torno, y de la parte donde daba,
Al qual corriendo todos acudieron,
Siguiendo al español que los llevaba:
En breve espacio con el torno dieron,
Y roto el hierro que le aseguraba,
Danle la vuelta, y libran al cuitado,
Que tanto tiempo en tal martirio ha estado.

Desde el amanecer hasta aquel punto,
Que pasado de Atlante el sol se via
A la ancha puerta de poniente junto,
Llevándose consigo apriesa el dia,
Estuvo allí Garin vivo, y difunto,
En la espantosa muerte que temia,
Pasando aquel tormento riguroso,
Favor del cielo raro y milagroso.
No de otra suerte el ermitaño queda,
Quando le dexa en parte ya segura
Del fuerte torno la voluble rueda,
Llena de espanto, y miedo, y amargura,
Que un hombre á quien el cielo le conceda
Salir con vida de la sepultura,
Y así elevado está sin movimiento,
Y sin poder articular acento.
Pero ya vuelto en sí, al Florel famoso,
Con agradecimiento y alabanza,
Sublima y pone en el lugar glorioso,
Que sola la virtud sublime alcanza;
Y luego el uno y otro victorioso
Al patio van de la cruel matanza,
Donde ya las mugeres habian ido,
Y alzaban amarguísimo alarido.
De aquellas que en el último aposento
Halló la mano del Florel famosa,
Levanta aquel tristísimo lamento
Una muger que muestra ser hermosa:
El dorado cabello suelto al viento
Arrancaba con mano rigurosa,
Puesta sobre el caudillo de la gente,
Que entró la cueva temerariamente.

Severo el español, y desgustado,
Como que el triste llanto le ofendia,
La causa dél pregunta, y un soldado
De aquellos nueve que con él venia,

Con un suspiro del amor causado
Que á su infelice capitan tenia,
Los ojos arrasados, desta suerte
Al gran Don Diego de aquel caso advierte.
Es Almonte, señor, aquel difunto,
Tu amigo regalado y verdadero,
Sobrino del famoso Alberto, y junto
El que le habia de ser solo heredero:
Si llegó de valor al alto punto
El pobre mal logrado caballero,
Ya tú, señor, lo sabes: solo ahora
Diré, porqué, y quien es la que así llora.
Ismeria, aquella moza dolorida,
Que el llanto hace sobre el cuerpo helado,
Fué del famoso Almonte tan querida
Siendo su amor por ella tan pagado,
Que parecia de una sola vida
El fin, el pensamiento, y el cuidado,
Que á los dos regalaba, ó afligia,
Y en las demás acciones las regia.
Mientras Almonte anduvo con su tio
En las galeras todo este verano,
Ella quedó, vuelta de llanto un rio,
En un lugar pequeño aquí cercano:
El qual, por cierto enojo, ú desvarío,
Destruir quiso el lestrigon tirano:
Destruyóle, y robó las damas bellas,
Y á la infelice y triste Ismeria entre ellas.

Lo qual sabido por Almonte quando
A Nápoles volvieron las galeras,
Con insufrible alteracion mostrando
Del falso amor las furias lastimeras,
La muerte al lestrigon amenazando,
Mal informado de sus fuerzas fieras,
De la ciudad partió secretamente
Con sesenta soldados de su gente.
Aquella furia del amor nacida,
Y del frio temor alimentada,
Que es bravo infierno á la afanada vida
Del triste pecho donde fué criada;
Aquella matadora embravecida
De todo el bien con que su padre agrada;
Aquella peste, aquella ardiente llama,
Que el mundo á quien abrasa zelos llama:
Aquella pudo tanto en el valiente
Y desdichado Almonte, que al momento
Que supo de su Ismeria el inclemente
Rigor de su amarguísimo tormento,
Partió, como ya dixe, con su gente
De su materno dulce alojamiento,
Siguiendo su tristísima fortuna,
Sin que él supiese entonces cosa alguna.
Con infelice suerte al fin salimos,

Aunque principios prósperos llevamos,
Porque quando en la cueva nos metimos
Tras cien ladrones que al subir hallamos,
Con las muertes que á ellos y otros dimos
Dos puertas y este patio les ganamos,
Adonde el amarguísimo suceso
Está qual ves bien claramente expreso.

Así le dixo Hipolito de Aricia,
Que así llamaban á este buen soldado,
Qual al buen Virbio, que por la malicia
De su torpe madrastra fué arrastrado:
Quedó el eterno honor de la milicia,
Don Diego, extremamente lastimado,
Y sabido su amigo el triste cuento,
Al cuerpo va con tierno sentimiento.
A donde ya Garin, visto el furioso
Llanto de aquella moza lastimada,
Habia con espíritu piadoso
Llegado á socorrer su pena airada;
Y con afecto santo y fervoroso,
Y con santa eloqüencia aventajada,
Sabido el fin del capitán valiente,
Así á la dama dice brevemente:
La amorosa pasión no pueda tanto,
Hermosa dama, en vuestro tierno pecho,
Que ponga con su triste duelo y llanto
Al alma pobre en miserable estrecho:
Conviértase ese amor profano en santo,
Aspire ese dolor á mas provecho;
Pues si dexa de ser el amor ímpio,
Podrá el dolor el corazon dar limpio.
No presta sobre el muerto ya haceros
Fuentes de amargas lágrimas los ojos,
Sino para perder vuestros aceros,
Y dar al enemigo los despojos:
De ese mismo dolor debeis valeros
Para que en paz se vuelvan los enojos,
Que al santo amor vuestra alma á dar se atreve,
Dando al humano lo que á él se debe.

Ea pues ya no cosa indina humana
Cause ese llanto, ese dolor, y pena;
Rinda la eterna parte y soberana
En vos á la mortal, flaca, y terrena:
Temed al juez de cuya mano mana,
Con su potencia de justicia llena,
Irrevocable altísima sentencia,
Contra quien es ingrato á su clemencia.
Así sois grata á la divina mano
De esa belleza que afeais llorando,
Que por vano dolor de amor humano
Divino amor y eterno echeis en bando?
Paso abierto teneis, facil, y llano,

Para ganar lo ya perdido, quando
Convirtais el dolor que os precipita
En el que penas infernales quita.
Goza desta ocasion que Dios piadoso
Con tanto amor en vuestras manos pone:
Mira que quiere ver si el amoroso
Corazon vuestro á amarle se dispone.
Teme, teme de verle riguroso:
Goza de la clemencia que interpone
A la justicia merecida tanto
De vuestro injusto amor injusto llanto.
Teme la eterna pena del infierno,
Que grangeais con tantas de este mundo:
Ama la gloria del amor eterno,
Bien empleando vuestro amor profundo:
Claro ingenio y juicio en vos discierno:
En él la persuasion mayor yo fundo;
Pues tanto amar sabeis, no en ciego engaño
Vuestro amor empleeis con tanto daño.

Ese amor y ese ingenio que contemplo
Tan subidos de punto en vos, conviene
Se aprovechen ahora del exemplo
Que en dama como vos cada qual tiene:
De Madalena el amoroso templo
Doy por exemplo, y quanto en sí contiene
Este qual la piedad divina diólo,
Os represento ante los ojos solo.
Ahora pues es tiempo y coyuntura
Para gozar de estos divinos dones:
Trocad ahora en celestial dulzura
El amargo dolor de esas pasiones:
Con mil otros exemplos de escritura
Podria reforzar mis persuasiones;
Pero no mas en cosa tan sabida
Quede con esto Ismeria persuadida.
Con espíritu tal de tal sugeto
El buen Garin hizo á la triste Ismeria
Este breve sermon santo y discreto,
Para remedio á su mortal miseria;
Que penetrando en su inmortal secreto
Le descubrió lo que en aquella feria
De pérdida tenia, y de ganancia,
Aclarando las sombras de inorancia.
Y así con admirable alivio luego,
Del difunto querido retirada,
Dando al cuitado corazon sosiego,
Y algun consuelo al alma apasionada:
Condescendió con lo que el gran Don Diego
Ordenó de la mísera jornada,
Que fué llevar él mismo al jóven muerto
A la presencia de su tio Alberto.

Y que ella juntamente con él fuese

A la ciudad, donde con honra eterna
En obediencia santa convirtiese
La vana libertad que la gobierna;
Adonde grangear mejor pudiese
Con el dolor de aquella pena interna
Gloria, que fuese exemplo qual de santa,
A quien el sensual encanto encanta.
Esto se concertó, y se puso á punto
Por obra, y el Florel excelso y claro
Acompañó tristísimo al difunto,
De virtud dando un alto exemplo y raro:
No va Garin con este llanto junto,
Hecho del rico tiempo sábio avaro:
Vuelve cuidoso á su camino santo,
Tanto estorbado, y deseado tanto.
A Nápoles llegó el Florel famoso
Con el difunto en breve tiempo; pero
Ismeria no, que su dolor rabioso
Le dió la muerte en el lugar primero:
Fue el suceso mas triste y lastimoso
Que vió jamás la luz del hemisfero:
Mirando un dia el frio cuerpo amado,
El de la triste moza quedó helado.
Amor causó esta triste desventura,
Pero ¿porque la fiera causa desto
Se ha de llamar amor? sino locura,
Sino infernal tormento manifiesto;
Sino qual se pone en la mortal criatura
En el eterno criador es puesto
Amor será; pero desotra suerte
Es furia airada, y es eterna muerte.

En el mismo lugar fué sepultada,
La sin ventura Ismeria, donde habia
Sido antes por Formínolo robada
En infelice, y en aciágo dia:
Al fin, al grande Alberto ya dexada
La mal lograda prenda que traia,
El buen Don Diego su licencia toma,
Y por la posta vuelve á ir á Roma.
De la qual el alegre peregrino
Con gusto celestial, con gozo inmenso,
Apresurando siempre su camino
Con su fervor, y su deseo intenso,
Causando en su enemigo el desatino,
Y el dolor que es de envidia horrible censo,
Ya pocas millas léjos se hallaba,
Y á mas andar á ella se acercaba.
No pudo el rey de la tartárea corte,
Del buen Garin bravísimo enemigo,
Sufrir el ver que tanto ya se acorte
El fin al monge de su intento amigo;
Y yendo airado en un momento al norte,
Al aquilon de eterno desabrigo

De sus furias cavernas saca en vuelo,
Haciendo estremecer al ancho suelo.
Granizo y piedra á un tiempo, y agua, y truenos,
Y rayos, que uno á otro se alcanzaba,
Relámpagos de horror y espanto llenos,
Con priesa y furia repentina y brava,
El aquilon de los hinchados senos,
Con ímpetu fierísimo arrojaba,
Haciendo al ayre, y fuego, y agua y tierra,
Y al cuitado Garin airada guerra.

Grandes nublados, tristes, y espantosos,
El dar su luz al mundo al sol vedaron,
Y sus alegres rayos luminosos
En tinieblas negrísimas trocaron:
Las aguas de los llanos espaciosos
A los altos collados se igualaron,
Llevándose sus súbitas corrientes
Plantas, ganados, casas, peñas, gentes.
¿Que turbacion, que miedo, que desmayo
Fué el tuyo, ó buen Garin, quando esto viste,
Como á la piedra, al agua, al fiero rayo,
Santo varon, entonces resististe?
¿De que manera este infernal ensayo,
Cristiano pacientísimo, venciste?
Dilo tú, que á mi lengua en tus loores
Fáltanle los retóricos colores.
En un barranco de profunda altura,
Que entre dos cerros raudo al mar corria,
Y de árboles, y peñas, y espesura
Hasta las cumbres lleno descendia,
Se vió Garin quando en tiniebla escura
La borrasca trocó la luz del dia,
Sin humano remedio sumergido
Furiosamente del raudal traido.
¡O fe bastante á que el mas alto monte
Por tu virtud se mude de su asiento,
Y á detener la luz del horizonte,
Y remover el firme firmamento!
¡O fe merecedora que remonte
La palabra de Dios el ornamento
De sus altas palabras elegantes,
Loando al capitán de cien infantes!

¡O capitán el mas famoso y claro
Que tuvo el vencedor romano suelo,
Pues tuviste por término tan raro
La disciplina militar del cielo!
¡Soldado á los soldados tan preclaro,
Que á la luz de tu fe, y tu honor, y zelo,
Contento cada qual con su estipendio,
De valor y virtud será un compendio!
¡Que no menos un alto exemplo labra,
Y libertad en disciplina muda,

Por el camino que el capitán abra
Seguirán los soldados, quien lo duda!
¡O gran centurion, con tu palabra,
La de Dios viendo quan propicia acuda,
Tal bien el alma del soldado cobre,
Que entre el Señor en su morada pobre!
Y tu gran fe mirando, pues miralla
Tanto se precia en límites humanos,
Que ni le impide mar, foso, ó muralla,
Fuegos y aceros, fieros y inhumanos,
Halle con ella el bien que Garin halla
Valiéndole sus rayos soberanos,
Porque en medio del agua repentina
Ardia en él su viva luz divina.
El mismo curso arrebatado y fiero
Del hinchado barranco riguroso,
Sacó al contrito monge al verdadero
Puesto de su camino trabajoso:
Los pies en él firmó, y el hemisfero
Al punto se mostró claro y hermoso,
De las escuras nubes despejado,
A su carcel el viento retirado.

Quedó en la cuesta de un collado ameno
El trabajado peregrino, quando
El cielo se mostró claro y sereno,
Y la fiera borrasca fué calmando;
Desde donde de gozo inmenso lleno,
Lágrimas amorosas derramando,
Descubrió la ciudad santa señora
Del mundo, á quien postrado adora.
¡O dulce fin de mi deseo ardiente,
Sacra morada de la santa esposa
Del Príncipe glorioso omnipotente,
Mas que toda la tierra venturosa!
¡A tí se postra humilde y reverente
Esta alma fatigada y congojosa,
Por camino tan largo á tí venida,
Para volver al de la eterna vida!
¡Acógeme, santísima morada,
Aunque indigno, en tu seno generoso,
Sea esta alma afligida consolada
En tu regazo maternal piadoso!
¡Da lugar á que sea ya escuchada
Del que es en cielo y tierra poderoso,
Para que de su mano disciplina
Reciba santa, y santa medicina!
Así dixo, y regando las mexillas
Vuelve á seguir la santa romería,
Que al buen romero ya de pocas millas
Por entonces alegre se ofrecia.
¡O excelsas y secretas maravillas,
Quien hay que entienda vuestra oculta via!
Fin este del trabajo aquí parece,

Y por principio de mayor se ofrece.

Fin del trabajo inmenso, que trabaja
Al buen Garin, este parece ahora,
Y es principio de aquel que se aventaja
En virtud de perdon merecedora;
En aquella virtud con que se ataja
La muerte eternamente matadora,
Haciendo el cuerpo en penitencia quanto
Le pide el alma en su contrito llanto.
Trabajo al corazon le causa inmenso
Al buen Garin, y el alma le atormenta
Aquel deseo de perdon intenso,
Y aquel dolor de su mortal afrenta,
Y no menor que le recibe pienso
De lo que él piensa en dar su errada cuenta;
Pero el mayor que pide su conciencia
Es el dalla, y pagar con penitencia.
Entra pues el romero en la gran Roma,
En regaladas lágrimas deshecho,
Y el camino mas corto apriesa toma,
Que al gran palacio sacro va derecho:
El qual ya viendo que de cerca asoma,
Saltos el corazon le da en el pecho,
De mil yelos y fuegos rodeado,
Ya triste, ya medroso, ya animado.
Y primero que llegue al aposento
Del Pontífice Sumo de la tierra,
Para esforzar el ánimo y aliento
Al victorioso fin de aquella guerra,
Entra devoto al sacro alojamiento,
Que á quien no cabe todo el orbe encierra
En la capilla del Apostol sacro,
Que fué allí con sus lágrimas lavacro.

Y allí en breve oracion calificada
Con amor, y esperanza, y fe encendida,
Para poder hacer la deseada
Confesion de las culpas de su vida,
Pide al Señor la gracia que aprestada
Está para qualquiera que la pida,
Teniendo como debe la conciencia
Del todo aparejada á penitencia.
Cosa admirable he de decir, mas cierta
En un varon qual el Leon sagrado,
Y por Garin, que ya del todo abierta
Tenia el alma al esencial cuidado.
El monge apenas de la sacra puerta
Hubo el umbral con devocion pasado,
Y al gran Pedro en su altar favor pidiendo
Está contritas lágrimas vertiendo.
Quando el Sumo Pontífice del suelo,
Que en su retrete retirado estaba,
Mirando atentamente el alto cielo

Al claro resplandor que le alumbraba;
Vió abrir el ayre con ligero vuelo
Un pelícano bello, y que llegaba
Al capitel del templo, donde via
Que un hijo enfermo y flaco le atendia.
Y llegado el pelícano amoroso
A donde el hijo estaba agonizando,
El tierno pecho abriéndose piadoso,
Y sobre él de su sangre derramando;
Vió que se levantó sano y gozoso,
Y que tras él el hijo fué volando,
Hasta que entre la luz del sol envueltos,
En ella pareció quedar resueltos.

Admiró la vision al gran Prelado;
Mas fué la admiracion breve, que al punto
Supo en revelacion ser lo mirado
Del bien del buen Garin vivo trasunto:
Así de su venida fue avisado,
Y de las tristes causas della, y junto
De lo que él hacer debe, y ya entretanto
El pio monge dexa el templo santo,
Y pasa de palacio la ancha puerta,
Patio, escalera, corredor, y sala,
Ballando con dichosa suerte abierta
La que al retrete del gran padre iguala:
Llega con esperanza alegre y cierta:
Entrada pide, y dulcemente dala
Quien á cargo la tiene, ya primero
Brevemente informado del romero.

Canto XVI

O musa, tú las lágrimas y el llanto,
Tú la voz y el juntar de palma á palma
Aquí me dicta, que este varon santo
Gran tormenta corrió en aquella calma;
Y juntamente, pues entiendes quanto
Para su bien lo ha menester mi alma,
Haz que no solo el raro caso diga,
Sino que en él al penitente siga.
Ante el sacro Leon Quarto en el nombre,
Qual el primero en zelo, y en prudencia,
Que daba resplandor mayor que de hombre
Con divina y santísima presencia,
Llega el buen monge, digno de renombre
Mientras tuviere el mundo su existencia,
Y el pecho derribado por el suelo
Adora humilde al que abre y cierra el cielo.
Como la santa amante venturosa

Estaba ante los pies de su querido,
Con alma convertida y faz llorosa,
La mejor parte habiendo ya escogido;
Y como la clemencia generosa
Del gran Señor á redimir venido
Estaba oyendo el congojoso llanto,
A sus oidos sonoroso canto.

Así el contrito monge á los pies puesto
Del gran teniente de aquel Rey eterno,
El corazon á su salud dispuesto
El llanto vierte con dolor interno;
Y así tambien en su sagrado puesto
El gran Leon de celestial gobierno,
Oyendo está mansísimo y clemente
El lloro del contrito penitente.
El qual el monge reprimiendo en parte
Con su nativa singular prudencia,
Ya convertido en un cristiano Marte
Al valor del que tiene en su presencia;
Sin dexar de decir la menor parte,
Purga y limpia su alma, y su conciencia,
No se olvidando ni una circunstancia
Que fuese para el caso de importancia.
Oyóle el sacro Príncipe del suelo
Con oidos de padre tan piadoso,
Y tras dalle santísimo consuelo
Con santo afecto dulce y amoroso:
Todo inflamado en un fervor del cielo
Dice al ya confesado religioso,
Que el día siguiente á su presencia vuelva
Por penitencia, para que él le absuelva.
Con esto el monge á un monasterio santo
Se fué á esperar el venidero dia,
Y el Pontífice sacro, visto guanto
Mirar en aquel caso convenia,
Al alto cielo lo consulta en tanto
Que el señalado término venia,
De donde el orden tuvo expresamente,
Que habia de dar al santo penitente.

Ya el tardo sol con claros rayos de oro
Los montes y la mar iluminaba,
Ilustrando del campo aquel tesoro
Que el rocío del alba aljofaraba;
Y Filomena al lamentar sonoro
El ayre suspendia y regalaba,
Alternando sus quejas tan suaves
Con todas las demás divinas aves:
Quando del sueño breve interrumpido,
Y de la noche larga y enojosa,
El buen Garin del todo desasido,
Con alma consolada y cuidadosa,
Para mejor hallarse apercibido

A la clemente absolucion preciosa,
Y á recibir la santa penitencia,
Descargo principal de la conciencia,
Con las rodillas puestas en el suelo,
Y el alma al alto empíreo levantada,
Está pidiendo su favor al cielo
Con la santa oracion acostumbrada:
La qual con suavísimo consuelo,
Siendo en un hora á dulce fin llegada,
Vuelve por el entero cumplimiento
De su importante pretension y intento.
Hasta que al sol ya cerca del poniente
Las horas de la tarde le servian,
Y las nocturnas en el alto oriente
El estrellado carro apercibian,
No tuvo tiempo el santo penitente
(Tantos los graves casos le impedian)
Para acabar lo que en su bien quedaba,
Aunque su Santidad lo deseaba.

Pero lugar habiendo entonces, luego
Entró Garin; y á caso fué á tal punto,
Que entró en la sacra cámara Don Diego
Casi con él sin intervalo junto:
El gran Florel es el que entró, aquel fuego
De heroyco y alto honor, aquel trasunto
Del mayor griego, y del mayor romano,
Del grande macedon, y pio troyano.
Despues que el muerto Almonte dió á su tio,
Ya con cuidado de volver á España,
Sin detenelle caudaloso rio,
Fragosa senda, ó áspera montaña;
Probando de una y otra posta el brio,
Y aun el de quien le sigue y acompaña,
Vino á tomar con amoroso zelo
La bendicion del gran Rector del suelo.
Fué por el sacro Príncipe acogido
El español con tanto regocijo,
Qual suele ser del padre recibido
Tras larga ausencia el deseado hijo.
Tanto, dice el Prelado esclarecido,
Me alegro, me consuelo, y regocijo,
O valeroso caballero, en veros,
Que es imposible el quanto encareceros.
Y no sea tenido á maravilla
Este mi regocijo, y mi contento,
Pues fuistes vos de la romana silla
En aquel gran peligro tal sustento;
Y seréis de la célebre Castilla
Honor y gloria, lustre y ornamento,
Con que á mil reynos pueda aventajarse,
Que no menos de vos debe esperarse:

No menos de esa excelsa sangre goda,

Que os levanta el espíritu á la cumbre,
Donde muestra el valor heroyco toda
La grande luz de su admirable lumbre,
Debe esperar, quien mide y acomoda
El discurso á la clara certidumbre,
Que por vuestros abuelos, como exemplo
En vos y en vuestros nietos yo contemplo:
De los quales (y aquí el pastor divino
Mostró el rostro encendido y relumbrante)
Tal valor, tal grandeza me imagino,
Y me parece aquí tener delante,
Que serán un escudo diamantino
Desta su santa madre militante,
Contra las armas fieras y crueles
De poderosos bárbaros infieles.
Y no han de serle solamente escudo
Para guardalla de enemiga ofensa,
Sino cuchillo juntamente agudo
Executor de su justicia inmensa:
Por esto solo el buen Pelayo pudo,
Con tan pequeñas fuerzas y defensa,
Valerse allá en las ásperas Asturias
Contra las bravas africanas furias.
Por esto solo, tras hazañas tales,
Que admirarán las venideras gentes,
Hechas con mil favores celestiales
Por todos vuestros claros descendientes:
Concordantes en méritos iguales
Los dos famosos nombres florecientes
De Godos y Austria, en santo ayuntamiento,
Serán con suerte de perpétuo aumento.

Por esto solo un invencible Carlos,
Emperador de la romana silla,
Sublimes triunfos de quien suele darlos
Tendrá con infinita maravilla:
Monstros fieros domando, que domarlos
Al cielo y al infierno maravilla,
Monstros horrendos, que querrán á saco
Poner el mundo, idolatrando en Baco:
Monstros que de las furias y las iras
De aquel ídolo torpe comovidos,
Tendrán en un abismo de mentiras
Sus almas y sus cuerpos sumergidos:
Monstros sordos, qual aspid, á las liras
Que regalan católicos oidos,
A la virtud del todo el rostro vuelto,
Del todo el freno para el vicio suelto.
¡O Carlos dichosísimo, o dichosos
Los que militareis en su milicia,
Siguiéndole en sus hechos tan famosos,
Quanto llenos de honor y de justicia!
Será gran vencedor de sediciosos,
Gran domador de envidia y de malicia,

Justo castigador de injustos crueles,
Fiel triunfador de bárbaros infieles,
Y en suma será digno de ser padre
Del Monarca de España poderoso,
Hijo querido de esta santa Madre,
Como el mas obediente y religioso:
No habrá en el mundo á quien ser Rey le quadre
Con mil quilates, afirmarlo oso,
Como al gran Rey Felipe, del gran Carlo
Hijo, qual puede el suelo desearlo.

Felipe, que en razon del gran gobierno
De estado, y religion, y fe, y potencia
Será el mayor en quien el brazo eterno
Ha de mostrar su inmensa providencia;
Y su caro Felipe, que el paterno
Valor tendrá, qual infalible herencia,
A quien en tierna edad reyno en el suelo
Dexando, al reyno él subirá del cielo.
Pacífico Monarca de la España,
Y de otros reynos mil y señoríos,
Su dulce hijo dexará en campaña
Opuesto á infieles sediciosos brios:
Con ira santa y con divina saña
Haciendo en l'alma bravos desafios
A los contrarios de esta su gran madre,
No menos que su excelso invicto padre.
Y de Austria una preciosa Margarita
Le dexará por compañia divina,
La qual desposará mano bendita
De un Papa á quien Ferrara se destina,
En aquella ciudad con su infinita
Gloria, qual de ocasion tan peregrina,
Y con gozo de Italia, su distancia
Atravesando, y de la mar de Francia.
Y con divino altísimo consuelo,
Y gozo en general de España toda,
Y en especial del valenciano suelo,
Donde será la suntuosa boda:
Suelo favorecido por el cielo
En grato ser á vuestra sangre goda,
Y con razon, porque tendrá Valencia
En aquel tiempo altísima excelencia.

Largos años colmados de mil glorias
Tendrán Felipe y Margarita juntos,
Altas empresas, célebres victorias,
Hazañas famosísimas, y asuntos:
Veráse en mil auténticas historias,
Con eternos de honor divinos puntos,
Que ellos, y quantos fueren de Austria y Godos,
Serán fuerte católico en mil modos.
En vuestra sangre, en vuestros nietos fundo
De la Iglesia el amparo y el consuelo,

Siendo ella la que mande todo el mundo
Con poder y saber dado del cielo;
Mas si el poder con el saber profundo,
Con afecto piadoso y santo zelo,
Por la fe y religion se arma y se auna,
¿Puede faltar felicidad alguna?
Esto al fin baste, y vos, varon notable,
Apresurad el viage comenzado,
Volved gozoso á vuestra patria amable,
Que os aguarda qual hijo regalado:
Dad principio al intento inestimable,
Que en vuestra alma real está guardado
De emprender cosas dignas que la gloria
Las eternice en su inmortal memoria.
Que con ellas el cielo generoso
Permitirá, discreto caballero,
Conforme á vuestro intento valeroso,
Que seais en mil glorias el primero;
Y con esto en el nombre poderoso
Del alto Rey del lúcido hemisfero,
Volved alegre á vuestra patria ilustre,
De quien seréis un sol de eterno lustre.

Y yo con tierno afecto al cielo pido
Que esto así sea en su servicio y nombre,
Pues él honra aquel suelo esclarecido
Con el valor ilustre de tal hombre;
Y que viva en su vuelo mas subido
La fama, dando celestial renombre
A vuestras cosas, de quien yo me obligo
Ser siempre favorable y grato amigo.
Puso el Florel humilde por el suelo,
Al oir esto, el rostro y manos, dando
La adoracion debida al que del cielo
Tiene en la tierra el poderoso mando;
Y con inmenso y celestial consuelo
Partió del gran Pontífice llorando:
El qual también, qual padre de amor lleno,
Riega con tiernas lágrimas el seno.
Y ya partido el español valiente,
El gran Dotor de autoridad divina
Vuelve el afable rostro á aquel doliente,
Que espera saludable medicina:
El qual postrado ante él con llanto ardiente
La pide, y solicita, y la avecina;
Mas por entonces otro caso impide
Lo que Garin con este afecto pide.
Llega del gran Prelado á la presencia,
En aquel punto con Garin estando,
Un Cardenal de santa reverencia
Un cautivo cristiano apadrinando;
Y en el aspecto grave y apariencia
Alegria dulcísima mostrando,
Albricias pide á su prelado divo

De la nueva que trae aquel cautivo.

Las quales el Pastor divino manda
Conformes á su ser, y juntamente
Al cautivo cristiano afable manda
Que la nueva que trae él mismo cuente;
Y él dice así: Santo Señor, quien anda
Con el término aun de aquella gente
Que cautivo me tuvo, la eloqüencia
Le ha de faltar debida en tu presencia;
Mas aunque esto es así, tu mandamiento
Haré, Señor, como mejor pudiere;
Y ya que no adornáre yo mi cuento
Será llana verdad lo que dixere.
Es la nueva de gozo y de contento,
Que este tu siervo trae y decir quiere,
Que Sabá tu enemigo y nuestro queda
Al fondo ya de la inconstante rueda.
Milagroso suceso, y que sin duda
Ha sido por tus méritos, ó santo
Y divino Pastor, con quien se escuda
La santa Madre, á quien amparas tanto.
Quando el cosario Rey con su desnuda
Gente, que al cristianismo puso espanto,
De tus manos huyó roto y vencido
Por el romano mar embravecido.
El agua y viento en tu favor pusieron
Su fuerza en acabar la del tirano,
Y su armada fortísima embistieron
Con rigurosa vengadora mano:
Los bárbaros vaxeles esparcieron
Por el revuelto mar siciliano,
Y en varias peñas de la mar batidas
Hicieron sacrificio de mil vidas.

Qual á la costa de Sicilia arroja
La tramontana con su fuerza entera,
En parte donde el mar airado moja
Altos peñascos de áspera ribera;
Y qual adonde es fama que se aloja
Vulcano fiero con su gente fiera,
En parte que los mares rigurosos
Rompen en los baxíos engañosos.
Y á qual sepulta el mar en su alto centro
Con bravos y furiosos remolinos,
Hecho fiero señor del todo dentro
Con el favor de raudos torbellinos;
Y á qual con un encuentro y otro encuentro,
En medio del rigor de sus caminos,
Acá y allá le vuelve y le revuelve,
Y al fin en mil pedazos le resuelve.
Desta suerte los bárbaros vaxeles
Fueron del fiero viento destrozados,
Y así fueron los míseros infieles

Del espantoso y bravo mar tragados;
Y así tambien á mil cautivos fieles
Con la tormenta fueron acabados
Los ásperos tormentos del pesado
Yugo del cautiverio desdichado.
El Rey Sabá que en una galeota
Huyendo de la playa habia salido,
Por el derecho viento la derrota
Diestro tomó de su africano nido;
Y aunque en mil partes destruida y rota,
Dichosamente fué el infiel traido
A dar á la canal del ancho lago,
Que está en medio de Tunez y Cartago;

Mas fué de suerte que en la playa brava
Dió el vaxel al través en un baxío,
Antes harto de entrar adonde entraba
El mar en el estaño por su rio;
Donde la triste gente que pensaba
Haber dado á la muerte ya desvío,
Viéndola entonces ya tan manifiesta,
Quedó en sus manos mas que nunca puesta.
Uno de los esclavos que tenia
El vaxel era yo, y en aquel punto
La libertad estuvo y vida mia,
Quando pensaba yo quedar difunto.
Sabá que en el peligro horrendo via
De fiera muerte en l'alma ya un trasunto,
Lleno de horror y asombro á mí se vuelve,
Mientras la arena su vaxel envuelve.
Estaba yo junto á la popa suelto
Quando embistió el navío en el arena;
Y á mí, cobrando espíritu, el Rey vuelto,
Con voz de un confiado esfuerzo llena,
Dice: Matías, si del mar revuelto
Me ayudas á salir libre de pena,
La amada libertad desde aquí tienes,
Y parte como hermano de mis bienes.
Yo que en nadar, Señor, toda mi vida
He sido extremamente exercitado,
Al dulce son de la promesa oida
Al moro prometí lo demandado;
Y con él junto, al agua embravecida
Al punto me arrojé, todo animado
De alcanzar libertad, vida, y hacienda,
Valiendo al Rey en la mortal contienda.

Puestos los ojos en la deseada
Tierra donde esperaba mi ventura,
Y el alma bien de veras levantada
Con ruego humilde á la celeste altura:
Con robusta destreza exercitada
Al Rey, que su salud tambien procura
Solo con ayudarse, y no impedirme,

Pasé desde el baxío á tierra firme.
Y por ella conmigo mano á mano
Para Tunez se va, solo seguido
De algunos que tambien del mar al llano
Salir como nosotros han podido.
Era de ver el bárbaro africano,
Perdido habiendo lo que habia perdido,
sosegado y grave, y ni gozoso
Mostrarse, ni tampoco doloroso.
Del naufragio tristísimo la pena,
Y de salvar la vida la alegria,
Ni llena el alma de dolor, ni llena
De contento mostrarla ya podia:
Al fin así por la mojada arena
Fuimos con la turbada luz del dia
A Tunez, donde el moro tristemente
Fué recibido de su casa y gente.
Y allí, cumpliendo la palabra dada
En aquel su mortal desasosiego,
Me dió la libertad tan deseada
Con el primer pasage, que fué luego;
Y juntamente para la jornada,
Hasta verme en España en mi sosiego:
En tanto tuvo el moro agradecido,
El habelle, ayudado yo, y valido.

Este es, Padre santísimo, el suceso
Del moro Rey, que vuestra sacra mano
Con su valor hizo volver avieso
El intento sacrílego y profano,
Que con solemne juramento expreso
Hizo á su pueblo bárbaro africano,
De destruir esta sagrada tierra
A sangre y fuego con airada guerra.
Y yo solo á decillo aquí he venido,
Como soy, sacro Príncipe, obligado,
Despues de haberlo en voto así ofrecido,
Quando salí del bravo mar á nado;
Y ahora humilde y reverente pido
En albricias, Señor, de lo contado
La santa bendicion, y alto consuelo,
De esa mano que cierra y abre el cielo.
Estas albricias y otras generosas
Matías le dió el Pastor divino,
Y con lágrimas santas y gozosas
Al Cardenal mando, que con él vino,
Que con solemnes fiestas y piadosas
Luego de aquella nueva al uno y trino
Dé el pueblo gracias, con efectos quales
Se deben á favores celestiales.
Y tras esto á Garin vuelve amoroso
El sacro rostro lleno de alegria,
De su largo esperar ya cuidadoso,
Qual padre que su pena le dolia;

Y con afecto paternal piadoso,
Y palabras de altísima armonia,
Todo inspirado de divina ciencia
Al monge impone así la penitencia.

Habiendo al alto cielo consultado,
Garin, vuestro negocio de importancia,
Con la solicitud, zelo, y cuidado
Que me pidió vuestra cristiana instancia:
Sé que el clemente Dios, aparejado
A dar su mano siempre á la constancia
Que en los buenos propósitos se emplea,
Quiere que lo que oiréis sin falta sea.
Para que vuestras culpas criminales
Os perdone, Garin, el Rey eterno,
Y goceis los asientos celestiales
De aquel que los posee en el infierno,
Como andan los terrestres animales
A quatro pies por natural gobierno,
Así habeis de ir desde esta santa tierra
Hasta vuestra morada en vuestra sierra.
Digo que á quatro pies á Monserrate
Volver habeis desde esta casa, donde
Ordena Dios que vuestro bien se trate
Con el que á su clemencia corresponde;
Y no habeis de perder de aquel quilate
Aunque qual fiera os caze Jofre Conde,
Hasta que un niño de tres meses sea
Quien otra cosa os mande, y os provea,
Esta es la voluntad de Dios piadoso,
Y aquella penitencia saludable
Que vos pedistes con dolor ansioso
En vuestra santa confesion loable:
Sed en ella prudente y animoso,
Y del poder altísimo inefable
Fiad, que dél tendreis favor de suerte
Que venzais al infierno, y á la muerte.

Así dixo el gran Príncipe del suelo,
Y aceptando Garin la penitencia,
La santa absolucion le dió y consuelo,
Con paternal amor, zelo, y clemencia:
Con lo qual, lleno de favor del cielo,
Parte de su santísima presencia,
Animado el contrito penitente
Con alta fe vivísima y ardiente.

Canto XVII

¿Qué canto, ó lengua, ó pluma habrá que diga,
O Garin, valeroso peregrino,
El trabajo, el tormento, y la fatiga
Que pasaste en el áspero camino?
Tu santidad y la razon obliga
A engrandecer tu pecho diamantino;
Pero ¿como podré llegar á tanto
Yo con mi debil pluma, y lengua, y canto?
Si es trabajo excesivo al caminante
El caminar acomodadamente
En un caballo que ande de portante
Con prestos pies, y con alegre frente;
Si la blanda litera, y si el triunfante
Carro de quatro ruedas excelente,
Cansan, como se alarguen la jornada
No mas de á conocer nueva posada;
Y si el marchar á pié dicen que es muerte,
Y lo es casi en efecto, aunque mas sea
El que camina acostumbrado y fuerte,
Y aliento, y fuerza, y juventud posea:
Bendito monge! si esto así se advierte,
¿Que juzgará quien considere y vea
Que vais á quatro pies, y de rodillas,
Por camino de mas de dos mil millas?

¿Y que habeis de pasar Alpes subidas
Al cielo con tan áspera espesura,
Y compañas de sierras, y encendidas,
Sin reparo, sin sombra, y sin verdura;
Y corrientes hinchadas y crecidas
De raudal fiero, y de espantosa altura;
Y helados y altos Pirineos fragosos,
Y otros cien mil peligros rigurosos?
Juzgar podrá, varon de eterna fama,
Quien esto considere sábiamente,
Que ardia en vos con encendida llama
La virtud de perfeto penitente;
Y que el divino amor, que á sí nos llama,
Os abrasaba el sábio pecho ardiente,
Con deseos vivísimos de aquella
Patria del alma, inmensamente bella.
Y juntamente podrá ver los fuertes
Varones de la Iglesia primitiva,
Que ofrecian los cuerpos á mil muertes
Por ver las almas llenas de fe viva:
Trocadas, ó gran Dios! están las suertes
En esta edad á la virtud esquiva;
Mas blandura en la Iglesia y mas terneza,
Y en los cristianos menos fortaleza.
Sale pues de la reyna de la tierra

El buen Garin de la manera impuesta,
Las manos baxa, el pecho y rostro atierra,
Y al viage asperísimo se apresta:
Ni espeso bosque, ni enriscada sierra,
Ni ardiente llano, ni nevada cuesta,
Las rodillas levántanle del suelo:
Tanto en él puede el alto amor del cielo.

Solo para tomar algun sustento
Entraba el santo monge en los poblados,
Yéndose al general alojamiento
De los enfermos y necesitados:
Con quien, tomado mísero alimento,
Sin dar algun lugar á mas cuidados,
Al único esencial en que se via
Con alto aliento y ánimo volvia.
Así la gran Toscana regalada
Pasó el gran peregrino y penitente,
Así pasó la Lombardía helada,
Y sus rios de altísima corriente;
Así la cumbre al cielo levantada
De los Alpes subió el varon paciente,
Y desta suerte de la noble Francia
Atravesó la anchísima distancia.
Desta manera el alto Pirineo
Pasó Garin, regando las mexillas
Por ver desde él el fin de su deseo
En aquel caminar de tantas millas;
Y al fin así, tras largo y gran rodeo,
Le volvieron sus manos y rodillas
A su querido Monserrate, donde
Como fiera emboscándose se esconde.
Habia del zodiaco pasado
Siete veces el sol las doce estancias,
Y el campo siete veces habia dado
Al diestro agricultor ricas ganancias,
Despues que el triste monge trabajado
Paso las asperísimas distancias
Que desde Roma á Monserrate habia,
Y allí su penitencia proseguia.

Quando el valiente Don Jofre velloso,
Padre de aquella dama lastimada
Por quien hace el contrito religioso
Esta su penitencia señalada,
Con gente de su estado poderoso,
La mas ilustre y mas á sí llegada,
Vino á cazar al alto monte mismo,
Que antes le fué de pena un hondo abismo.
Que quando ni á Garin ni á la doncella
Halló el cuitado padre, que esperaba
Vella sana, contenta, alegre, y bella,
Sin la infernal pasion que la aquejaba;
Fué su congoja tal, que encarecella

Solo se puede con lo que la amaba,
Y el tierno amor en esto se colija
De un amoroso padre á dulce hija.
Fué la congoja tal, fué tal la pena,
El asombro fué tal, tal fué la grima,
Que al triste Conde, el alma de amor llena,
Caso tan portentoso le lastíma:
Tan fieramente al corazon le suena,
Por tan horrendo y tan atroz le estima,
Que no tuvo el consuelo en él abierta
Por tiempo largo ni una estrecha puerta.
Duró muy largo tiempo el gran tormento
Del suceso tristísimo espantoso,
En su punto mostrando el sentimiento
Que era razon de mal tan lastimoso;
Haciendo juntamente en un momento,
Así en todo el condado populoso,
Como en la fragosísima montaña,
Para buscarla diligencia extraña.

¿Qué maleza, qué bosque, qué espesura
Dexo de ser reconocida y vista?
¿En qué caverna lóbrega y escura
No penetró su lastimada vista?
¿Qué escondrijo de fieras y de horrura,
Donde el peligro en fiero espanto asista,
Hubo, que al triste Conde le faltase
Para que no buscando le quedase?
Pero como jamás halló vestigio
El padre lastimado y dolorido,
Teniendo por tristísimo prodigio
El espantoso caso sucedido;
Con temor del poder del reyno estigio
Estuvo largo tiempo recogido,
Dando muestra con claros sentimientos
Del dolor de sus tristes pensamientos.
Mas ya que el tiempo con su leve curso
Mitigó en parte su congoja y duelo,
Y abrió la puerta al varonil discurso
Por donde entrar pudiese algun consuelo;
Acudió el triste Conde al gran recurso
Que tienen los prudentes en el suelo,
Que es la razon con que se quadra y mide
El hombre á todo lo que el cielo pide.
Y con ella conforme en esto, dando
Lugar decente á lícitos contentos,
Anda en guerra de paz, ya exercitando
Caballos y armas, galas y ornamentos;
Ya en corto barco el largo mar sulcando
Por la ribera, estando en paz los vientos,
Ya persiguiendo tímidos venados,
Y ya acosando jabalís osados.

Ya en curiosos riquísimos jardines

Gozando sus bellezas milagrosas,
De azahares, mosquetas, y jazmines,
De clavellinas, alhelíes, y rosas,
De fuentes y arroyuelos, que confines
Son á calles y plazas deleytosas,
A quien mil parras y árboles defienden
Al sol los rayos quando mas se encienden.
Ya en saraos hechos á ocasion de bodas
De la nobleza de su ilustre corte,
Donde el contento humano muestra todas
Las galas de su fiesta y su deporte;
Donde tú, gusto humano, te acomodas
Tan á tu talle, á tu medida, y corte,
Entre el regalo de las bellas damas,
Dulce y eterna yesca de tus llamas.
Ya músicas oyendo concertadas
De dulces instrumentos sonorosos,
De peregrinas voces acordadas
En altos modos casi milagrosos;
Ya historias escuchando celebradas
De sucesos altísimos famosos,
Ya con heroycas poesías el alma
Teniendo en celestial divina calma.
Pues como en estos exercicios varios
Su pensamiento el Conde divirtiese,
Y de los mas gustosos y ordinarios
El de la caza de los montes fuese:
Llevando de aparatos necesarios
Quanto en la caza desear pudiese,
A Monserrate, como dixe, un dia
Llegó para cazar de montería.

Y habiendo prevenido mil senderos
Con cautelosos lazos y paranzas,
Y puestos los solícitos monteros
En cubiertos puestos y asechanzas,
Con los diestros lebreles y rastreros
Buscando de las fieras las estanzas,
Hallaron una en una angosta cueva
En todo á todos admirable y nueva.
Forma de hombre tenia, bien mirada
La extraña fiera, en lo que ser podia
Con atencion y discrecion juzgada,
Aunque en la tierra á quatro pies yacía:
De un vello espeso y largo cobijada
Con gran monstrosidad la piel tenia,
Que revuelto, encrespado, y descompuesto
Hacia fiero el cuerpo, y bravo el gesto.
Espantados los perros aullando
Sin abocar la fiera se quedaron,
Confusos los monteros recelando
Calados los venablos se pararon;
Y pláticos la fiera rodeando
Al Conde y caballeros convocaron,

Con furor esparciendo por el viento
Con los sonantes cuernos el aliento.
Acude el Conde y su gallarda gente
A la parte que el alto son guiaba;
Y mirada la fiera atentamente,
Y el miedo y mansedumbre que mostraba,
Cierran con ella algunos frente á frente,
Y sin que se mostrase, ó fuerte, ó brava,
Con extraño contento y maravilla
De la cueva la sacan de trailla.

O misterioso Dios! el ermitaño
Que sigue humilde vuestra santa traza,
Y en recompensa del pasado daño
Su cruz de penitencia alegre abraza,
Es esta fiera, que con tanto engaño,
En tan monstrosa forma el Conde caza,
Forma en que con el tiempo y su vestido
La penitencia el cuerpo ha convertido.
Pudo tanto en el pobre penitente
La desnudez, el tiempo, y la aspereza,
Que vista de los pies hasta la frente
Su trabajada terrenal corteza,
Era de la que fué tan diferente,
Que nadie, aunque tuviera gran certeza
De ser Garin el que qual fiera estaba,
Dexára de pensar que se engañaba.
Bendito y santo monge! ¿que sentia
Esa alma ilustre, de prudencia llena,
Quando al velloso cuello te ponia
El diestro cazador dura cadena?
¿Porque sábios discursos discurria
Para sentir consuelo en vez de pena?
¿Que acuerdo hizo envuelto en dulce llanto
De las palabras del Prelado santo?
Este, diria, es fin de la aspereza
Que pasa mi mortal terrena parte,
Y principio muy lleno de certeza
Del bien que á la divina se reparte:
Aumente pues aquí la fortaleza
Su esfuerzo, su valor, su industria, y arte,
Que este es principio y fin en dulce liga
De gozo eterno y temporal fatiga.

Este es el alto punto en que consiste
La perficion desta importante obra,
Si aquí en su esfuerzo la virtud asiste
Todas sus fuerzas para siempre cobra:
Si la perseverancia aquí resiste,
Y en este mar ahora no zozobra,
Todo será despues seguro puerto
Hasta llegar al deseado y cierto.
Pero del gran Pastor la alta promesa
Que la memoria por sin duda ofrece,

Al alma mía que este caso pesa
En la balanza de lo que merece;
Aunque es de peso tal lo que le pesa
De lo que el cuerpo mísero padece,
Esfuerze la virtud perseverante
Con ánimo y espíritu constante.
Y sea la razon divina en esta
Fuerte batalla vencedora fuerte,
Pues ella tiene de su parte puesta
La alta victoria en tan heroyca suerte:
Con ella pues el alma esté dispuesta
A padecer del cuerpo qualquier muerte
Por evitar la suya, y estar firme
En que la gran promesa se confirme.
¡O fuerzas de dulcísima esperanza,
Que soleis resistir á las mayores
Con que el comun fuerte enemigo alcanza
Victorias de mil grandes defensores!
Vea el bravo ofensor su brazo y lanza
Rotos en vuestros célebres valores,
Espada y mano inútiles contemple
En vuestro acero de divino temple.

Tales razones la razon divina
Por el alma del monge dilataba,
Con que al santo valor de elefantina
Fuerza con encendido ardor armaba;
Y l'alta eterna gloria, en la vecina
Humilde y temporal pena mostraba,
Con vivo resplandor, y clara lumbre,
Llena de milagrosa certidumbre.
Acordábase el monge valeroso
De lo que el gran Leon le habia impuesto,
Que aunque del Conde Don Jofre velloso
En aquel punto y trance fuese puesto,
No dexase valiente y animoso
De proseguir su firme presupuesto,
Hasta que milagrosamente diese
El niño el orden que tener debiese.
Y aunque de verse puesto en tal estado
Ante quien ofendió tan gravemente,
El valeroso pecho alborotado
Con recelo, temor, y angustia siente;
En las santas palabras confiado
Del sagrado Pontífice prudente,
Se aníma y vence aquel terror y miedo
Con esforzado espíritu y denuedo.
Y el engaño notable conociendo
En que está el Conde y los demás, pensando
Que es bestia fiera, ó monstro, no advirtiendo
Ser hombre lo que atentos van mirando:
Todo su aviso y discrecion poniendo,
Así al engaño se anda acomodando,
Que en todo el proceder de sus naciones

Les confirme sus falsas opiniones.

No fia al ayre de ninguna suerte
La voz humana el sábio monge pobre,
Aunque el dolor de la cadena fuerte,
O de otro algun pesar le aqueje y sobre:
Da á entender que no entiende, y que no advierte
El bien, ó el daño que con él se obre,
Pace la yerba, cébase en el suelo,
No vuelve nunca el rostro á ver el cielo.
Desta suerte contento y engañado
Va el Conde con aquel por quien habia
Cien veces la montaña rodeado,
Y quantas en su estado poseía:
No con fin de tenelle aprisionado
De la suerte que entonces le tenia,
Sino de demandarle estrecha cuenta
De su querida hija, y de su afrenta.
Secretos son de la alta providencia,
Que en su fuerza sustenta y rige el mundo,
A que llegar no puede humana ciencia,
Aunque investigue el cielo, y el profundo:
No es esto estrella, ó hado, ó contingencia,
Ni es el poder del disponer segundo
Que la esférica máquina gobierna,
Sino divina providencia eterna.
Que sin que los pecados cometiera
Que cometió Garin con la doncella,
Ser santo perfectísimo pudiera
Con gozo y gloria de la patria bella;
Y sin venir á ser monstrosa fiera,
Llegar pudiera al dulce fin de aquella
Trabajosa carrera en que se via
Por la que antes gozoso proseguia.

Mas es de providencia inmensa eterna
Altísimo secreto misterioso
El proceder divino que gobierna
Lo que cria su brazo poderoso:
El qual, aunque ni sepa ni discierna,
El humano juicio tenebroso,
No es falta, pues qualquiera en l'alma sabe
Lo que le importa quanto en ella cabe.
Porque lo que saber al hombre importe,
Aquel angel que tanto al hombre importa,
Por orden del gran Rey de la alta corte
Con alto advertimiento traza y corta;
Y de quanto conviene que le exhorte
Con amoroso espíritu le exhorta,
Pero de sus sucesos el camino
Es reservado al disponer divino.
¿Quien pensára jamás si al monge viera
En su querido Monserrate puesto,
Con tan extraña vida, y tan austéra,

En la limpia conciencia tan compuesto,
Que el triste habla de ser en tal manera
Derribado del santo presupuesto,
Y despues por tal término y tal via
Llegar al fuerte punto en que se via.
No hay asiento seguro, no hay estado
Ni cosa cierta sino la mudanza
En este mundo, en guerra siempre armado,
Do verdadera paz jamás se alcanza;
Donde ora en alto y poderoso grado
Llenos de valerosa confianza,
Ora en mil varios y diversos puestos
Los míseros mortales esten puestos,

En qualquier parte se levantan vientos
Que dan á sus intentos por la proa,
Donde quiera hay tormentas y tormentos,
Cada qual tiene un hueso donde roa:
La carraca mayor de pensamientos
Se vuelve en breve, la menor canoa,
Que traza la caduca humana ciencia,
Y dispone la eterna providencia.
Ya pues el Conde tras haber cazado
La fiera que por única estimaba,
Y las demás del monte fatigado,
Sin dexar parte en su aspereza brava:
Divertido á su gusto y regalado
En aquello que tanto le agradaba,
A Barcelona se volvió contento,
Donde tenia el principal asiento.
Y por grandeza y gusto el monstro manda
En palacio poner cómodamente,
No en aposento alegre y cama blanda,
No en trato de hombre, y de hombre tan prudente;
Si no en la parte donde trata y anda
Con freqüencia mayor la comun gente,
Junto á una estancia grande y bella, donde
Cien hermosos caballos tiene el Conde,
Que, en esto á maravilla era curioso;
Y así para armas de napolitanos
Y de frisones, y para el ayroso
Y agil ginete turcos y africanos;
Como para que muestre el valeroso
Caballero sus hechos soberanos,
Tiene el lindo andaluz y el de Castilla,
Reyes de todos á una y otra silla.

Al fin allí, con fin que el pueblo todo
Del monstro goce, que se ponga ordena
El Conde, donde al frio, al agua, y lodo
En un rincon se puso á la cadena;
Adonde todos llegan, y á su modo
Cada qual le atormenta, y le da pena
Con tan varias maneras de disgustos,

Quanto de quien los da los varios gustos.
Qual le da á su pesar duros abrazos
Por mostrar bestialmente valentia,
Y le atormenta y hace mil pedazos
Con su vana y torpísima porfia:
Qual le levanta el rostro, el pecho, y brazos,
Haciendo dél curiosa anatomia,
Qual le derrama un golpe de agua encima,
Qual con golpes de palos le lastima.
Quien por bestia le tiene, quien por hombre;
Quien dice ser de aquella especie, o desta;
Quien le llama de aquel, quien deste nombre;
Quien le pregunta, y fuerza á la respuesta;
Quien le amenaza, y gusta que se asombre,
Y le aqueja, y le aflige, y le molesta,
Dándole pesadumbre, angustia, y pena,
Con pies y manos, piedras y cadena.
Qual con viles manjares le convida,
Y porque coma le amenaza y grita;
Qual viéndole gustar de la comida,
Por gustar dél se la arrebata y quita;
Y al fin, qual es y quanta la movida
Gente que á ver la novedad incita:
Tales y tantos son los movimientos
Que al triste monge dan duros tormentos.

Pero qual alto monte, cuyo asiento
Al furioso batir del mar airado,
Y al soberbio soplar del bravo viento,
Está firme en su peso asegurado;
Tal al contino desigual tormento
Del novelero vulgo porfiado,
Que le congoja y atormenta tanto,
Está en su intento firme el monge santo.
Y aunque el prolixo y enojoso dia
Pasa desta manera el afligido,
Y para el sueño de la noche fria
Con áspero cansancio va rendido;
No restaura con él esta porfia,
Que del todo le dexa enflaquecido,
Por emplearse con ardiente zelo
En ofrecer su penitencia al cielo.
Entonces es quando discreto aplica,
Mostrando su santísima paciencia,
Aquello todo con que multiplica
El valor á su estrecha penitencia:
Allí la ilustra, allí la vuelve rica,
Allí le da finísima excelencia,
Con lustrosos matices y colores
De alegres sentimientos y dolores.
¡Qué esperanza, qué fe, qué amor divino!
¡Qué constancia tan puesta en su fineza!
¡Qué saber tan excelso y peregrino!
¡Qué humildad, y obediencia, y fortaleza!

¡Qué corazon, qué pecho diamantino,
Lleno de heroyca y celestial nobleza!
¡Qué desprecio tan célebre del suelo!
¡Qué deseo tan íntimo del cielo!

El que la sed del oro le atormenta,
Y el que la hambre del mandar le mata,
El que los torpes vicios alimenta,
Y el que santas virtudes desbarata;
El que regalos de Epicuro inventa,
Y el que qual Eliogábalo se trata,
¿Que confusion tendrán, que corrimientos,
Si al heroyco Garin miran atentos?

Canto XVIII

El punto se descubre ya y la clave,
O musa, donde estriba, y donde funda
Nuestro canto la música suave,

Delicada, dificil, y profunda;

Pues para que lo dulce con lo grave
No se altere, se afee, y se confunda,
Sino que en alta consonancia junto
Se llegue al deseado firme punto.
Comenzad vos, divina musa, el canto
En tono mas sublime y sonoroso,
Dad mas favor á lo que ahora canto
Levantado mi espíritu gozoso:
Soltad la rica vena heroyca tanto,
Que dure el raudo curso presuroso
Hasta dar en el mar de gracia y gloria,
Adonde se eternice su memoria.
A vos, Reyna santísima del suelo,
De su gran Redentor madre piadosa;
A vos, divina Emperatriz del cielo,
Del Espíritu Santo amada esposa;
A vos, amparo y luz, guia, y consuelo
Desta alma indigna que llamaros osa;
A vos invoco, á vos, Señora mia,
Pido consuelo y luz, amparo y guia.

Para que en vuestra gloria y alabanza
Pueda llegar mi corta voz y aliento,
Al entonado punto donde alcanza
Mi generoso y alto pensamiento;
El ser vos mi firmísima esperanza

Excuse mi arrojado atrevimiento,
Pues tal valor por ella el alma cobra,
Que emprenderá qualquier dificil obra.
Mientras el penitente monge santo
En su admirable penitencia estaba,
Causando al bravo infierno triste espanto,
Y alegre al que en el mundo le miraba:
El tesoro santísimo, que tanto
Enriquece el lugar que le guardaba,
Fué descubierto en una sacra mina
Con milagrosa luz clara y divina.
Aquel sacro retrato milagroso
De la Reyna de la alta gerarquía,
Que al rico Monserrate venturoso
Da luz mayor que la del sol al dia;
En este tiempo célebre y dichoso
Que Garin su paciencia enriquecia,
Dichosamente pareció, del arte
Que cantará mi musa en esta parte.
Entre muchos pastores que el ganado
En la fertil montaña apacentaban,
Donde al ardiente tiempo y al helado
Extremos templadísimos hallaban;
A siete pastorcillos, que del lado
Del claro oriente en la montaña andaban,
El alto Dios omnipotente quiso
Dar de este rico don alegre aviso.

Como al aparecer vuestro en la tierra,
Quando mi Redentor del alto cielo,
Venistes á trocar en paz la guerra
Del miserable habitador del suelo:
En la áspera campaña y yerta sierra,
Entre el ganado, y entre escarcha y yelo,
A los simples pastores avisastes,
Y á ellos los primeros os mostrastes;
Así al parecer maravilloso
Del virginal retrato venerable,
Que al mundo dais con pecho generoso
Por inmenso tesoro inestimable,
Quereis, Señor, con orden misterioso,
Que en aquella montaña memorable
Simples pastores los primeros sean
Que con favor altísimo le vean.
Abrióles la infinita omnipotencia
A los siete zagales venturosos
La humana vista, y con divina ciencia
Mostróles sus secretos misteriosos:
Hízoles ver en corporal presencia
Los divinos espíritus gozosos,
Que en la corte de los santos moradores
Nobles ministros son y embaxadores.
Angeles los dichosos niños vieron
Del cielo descender en esquadrones,

Y por divina ciencia conocieron
Ser con alto misterio sus visiones;
Y sábios ya, y prudentes, atendieron,
Con altos y elevados corazones,
Al discurso admirable y fin del vuelo
De aquel hermoso exército del cielo.

Los ángeles santísimos baxaban,
Y aquellos simples pastorcillos vian
La clarísima luz con que ilustraban
El celestial camino que traían;
Y los divinos cantos que cantaban
Atónitos los niños los oían,
Y las dulces finales, que el sonoro
Monte formaba del celeste coro.
Vian venir los gozos y contentos
Por guias de las gentes celestiales,
Y las gracias tañer en instrumentos
Quales jamás oyeron los mortales,
Y formar suavísimos concentos
Las angélicas voces inmortales,
Y llegando del cielo al monte santo,
Doblar en él el son, el gozo, y canto.
En una angosta cueva mal pulida
Vian entrar la ilustre y santa gente,
Cuyo alto asiento y áspera subida
Es á la parte del dorado oriente;
Y allí en forma admirable recogida,
Ya recogido el sol en ocidente,
De aquel pequeño y escabroso suelo
Formaba un grande y regalado cielo.
¿Quien explicar podrá la alta armonía,
El canto dulce, alegre, y sonoroso,
La inmensa suavidad y melodía,
El divino concento artificioso,
La dulzura, el consuelo, la alegria,
El regalo, el contento milagroso,
Que sentian los rústicos zagales
Las músicas oyendo celestiales?

Para que de los orbes soberanos
El orden se encarezca y la belleza,
Basta decir que es obra de las manos
Del gran Maestro de naturaleza;
Y así de los divinos cortesanos,
Para decir la gracia y la fineza,
Basta tambien decir que son al corte
De las grandezas de su eterna corte.
Basta decir que los que el alto canto
Entonan en la cueva peñascosa,
Con la admirable música que tanto
La simple gente tiene allí gozosa,
Son los que dicen Santo, Santo, Santo,
Con incesable voz dulce y sabrosa,

En la alta eterna gloria, á la presencia
De la divina sempiterna Esencia.
Al fin esta vision gloriosa, siendo
Muchos sábados vista y admirada
De aquellos simples niños, y atendiendo
A cosa tan divina y señalada,
A Monistrol su humilde pueblo yendo,
Con eloqüencia por el cielo dada,
Contaron á sus padres lo que vieron,
Y á que lo viesen ellos los movieron.
Van los padres á ver la vision santa,
Y vénla de la suerte que sus hijos,
Con tanta luz, con alegria tanta,
Con tantos y tan dulces regocijos;
Y no menos que á ellos les espanta
Ver que entre en los estrechos escondrijos,
De la escabrosa cueva aquella gente
Tan regalada, rica, y excelente.

Y admirados del caso misterioso,
Y en él algunos dias empleados,
Notando dél el orden milagroso
Vuelven á su lugar apresurados;
Y con afecto santo y fervoroso,
Del alto Dios movidos, inspirados,
Dan al ministro de su iglesia aviso
De la rara vision del paraiso.
Hacer el cura quiere la experiencia
Antes que crea cosa tan extraña,
Sabiendo de la rústica inocencia
Quan facilmente en el creer se engaña:
El lo quiere saber de cierta ciencia,
Y cuidadoso sube á la montaña
Un sábado al partir del claro dia,
Los pastores sirviéndole de guia.
No bien el sol se derribó al poniente
Dexando escuro el ártico hemisfero,
Quando el retor y la aldeana gente,
Que de la cueva pisan el sendero,
Otro sol mas hermoso y mas luciente,
Mas alegre, y gozoso, y verdadero,
Descender vieron por el horizonte
Al fertil, rico, y venturoso monte.
Aquella luz divina, que fué vista
Por los simples zagales y pastores,
Aquella el cura ve, vuelta la vista
A sus claros y alegres resplandores:
Los quales hacen que se adorne y vista
De alegres ropas de admirables flores
La felice montaña, y que se ilustre
El ayre escuro con sereno lustre.

Y aquella sonorosa melodía,
Que los otros oyeron en la cueva,

En los oidos al retor heria
Con la admirable suavidad y nueva:
Ya la silvestre gente dado habia
De lo que le contó bastante prueba,
Pues con su relacion tan justa viene
La alta vision que ante los ojos tiene.
Hasta que á la mitad de su camino
Llegó la dulce noche sosegada,
Se oyó el cantar del esquadron divino
En la cueva del cielo regalada;
Y entonces por el ayre cristalino
Se volvió á su santísima morada,
Dexando al cura en la alma y pensamiento
Lleno de admiracion y de contento.
Y advirtiendo al altísimo misterio
Que la vision santísima mostraba,
Y á lo que del excelso eterno imperio
En su parte inmortal se le inspiraba;
Y mirando al divino ministerio
En que él en Monistrol se exercitaba,
Del monte descendió determinado
De dar cuenta del caso á su Prelado.
Un ardiente deseo no entendido,
Que á publicar la santa maravilla
Suavemente le llevaba asido
En amorosa celestial trailla;
Con un gozo tan dulce y tan subido,
Que el alma le consuela y maravilla,
Hace al cura que en esto se resuelva,
Y que del santo monte apriesa vuelva.

A Manresa, ciudad allí cercana,
Que era entonces cabeza de obispado,
Llega el retor discreto á la mañana
A contar la vision á su Prelado,
Con quien no siendo la embaxada vana,
Tambien qual los demás de Dios tocado,
Ordena, sin que el caso se dilate,
De subir en persona á Monserrate.
Quiere ver la divina maravilla
De que le da su sacerdote nueva
El Obispo prudente, y conferilla
En quanto importe con bastante prueba:
No quiere contentarse con oilla,
Quiere inquirir la causa, y ver la cueva;
Y en esto ya resuelto, con su gente
Parte el Obispo el sábado siguiente.
Vos, mi Dios, que á Felipe en un momento
Llevastes por extraña y larga via
Al coche do el eunuco egipcio atento
Con gran deseo de entender leía,
Para que en vuestro nombre á su contento
Le declarase la alta profecía,
Y le diese en las aguas del camino

El sacramento que él pidió divino.
Vos mismo sois el que al Obispo ahora,
Y á la gente que alegre le acompaña,
Con voluntad de hecho executora
Llevais á la santísima montaña,
Para que llegue la dichosa hora
En que de la escabrosa cueva extraña
Sea sacado aquel retrato santo
Tan celebrado del celeste tanto.

Para que de la santa mina sea
Sacado aquel riquísimo tesoro,
Que á la tierra enriquece y hermosea
Como su original al alto coro:
En quien halla descanso quien desea
El verdadero inestimable oro
Con que se dota el alma generosa,
Que quiere ser del alto Rey esposa.
Dexe ya de estimar la madre tierra
Sus fértiles entrañas abundosas
Por lo que en ellas cria, y lo que encierra,
Y lo que da con manos generosas:
Solo se estime porque en esta sierra
Entre sus duras peñas escabrosas
Tuvo guardado este tesoro santo,
Que es para enriquecer á tantos tanto.
A la hora que el sol pasado atlante
Para el ocaso el dia apresuraba,
Y de las nubes que tenia delante
Los extremos de oro iluminaba,
El Pastor de Manresa vigilante,
Con los demás de quien se acompañaba,
Llegó del monte al sitio mas dispuesto
Para lo que traía presupuesto.
Y quando ya la noche escura y fria
Estaba con sus sombras en oriente,
Y contenta y alegre se ponia
El vestido mas claro y transparente;
Quando el fiel pueblo de la AVE MARIA
La devota señal y alegre siente,
He aquí que asoma la vision divina,
Y á la sagrada cueva el vuelo inclina.

El ayre ve de rayos de oro lleno
El Prelado que atento al cielo mira,
Cuyo divino resplandor sereno
Con luces hermosísimas le admira:
Del grande abismo en el mas hondo seno
La nocturna tiniebla se retira,
Como sol resplandece la ancha sierra,
Y en sus entrañas la alta luz se encierra.
En la pequeña cueva acostumbrada
Entra la milagrosa luz divina,
Donde en el mismo punto que es llegada

El canto angelical se determina:
Música tan suave y concertada,
Armonía tan dulce y peregrina,
Son que con tal regalo y gusto suene,
No tiene igual en quanto el mundo tiene.
No puede en quanto tiene de consuelo
El ancho mundo y de gozosa suerte
Cosa igualar á la que en dulce cielo
La cueva benditísima convierte;
Pero ¿como podrá tener el suelo,
Aunque todo se junte y se concierte,
Cosa que iguale á la que allí se oía,
Si era del ciclo, y era por MARIA?
Había con su yelo acostumbrado
La sosegada noche venturosa
De su alto curso á la mitad llegado
Mas alegre que nunca, y mas hermosa;
Quando el divino canto regalado
Cesó en la sacra cueva peñascosa,
Y el alto coro envuelto en su alta lumbre
Volvió gozoso á la celestial cumbre.

Quedó en tiniebla escura todo el suelo
Para los ojos que la luz seguian,
No tanto por estar sin luz el cielo,
Quanto por causa de la que perdían;
Mas aunque el carecer de aquel consuelo
De la vision angélica sentian,
Y la perdida inmensa luz causaba
Que en sombra qualquier otra se trocaba;
Una regaladísima esperanza,
Llena de mil gozosos pensamientos,
Daba á sus almas celestial holganza
Entre mil alegrías y contentos:
Creían con divina confianza,
Los misterios altísimos atentos,
Que en la cueva del cielo regalada
Alta ventura habia de ser hallada.
Y no fué esta esperanza alegre quales
Son las tristes del lisonjero mundo,
Que paran sus altísimas señales
En precipicios de dolor profundo;
Pero el fin de favores celestiales
Es bueno, es cierto, es qual en él le fundo;
Y el que en la tierra tiene fundamento,
Es sueño, es ayre, es humo, es sombra, es viento.
Llegó la noche célebre y famosa
A las escuras puertas de poniente
Con su alegre familia, que gozosa
La acompañaba regaladamente;
Y pareció mas que jamás hermosa
La blanca aurora en el dorado oriente,
Vertiendo ante la clara luz del dia
Contento y gozo, gloria y alegria.

Y el sacro Obispo, con deseo ansioso
De investigar quanto posible fuese
La causa porque el cielo tan piadoso
Aquella cueva así favoreciese,
Mandó que con cuidado presuroso
La dificil subida se inquiriese,
Poniéndose él tras diligentes guias
Por las fragosas y entricadas vias.
Y así con esperanza alegre y cierta,
Llevados de su pia y santa instancia,
Fueron á dar á la pequeña puerta
De la sagrada y venerable estancia:
Los ámbares y almizcles que concierta
La humana industria para dar fragancia,
Los dulces y suavísimos olores
Mas estimados de las bellas flores,
Y todo lo que en esto mas regala,
Y mas consuela en toda la ancha tierra,
Al olor comparándose que exhala
De aquella rica parte de la sierra,
Es como si á la luz del sol se iguala
La de la luna quando el tiempo encierra
En pardas nubes su turbada cara,
Y la del sol serena muestra y clara.
Entran con santo miedo y reverencia
El Prelado, ya cierto de que habia
En la cueva de altísima excelencia
Cosa que á las humanas excedia:
¡O eterna y soberana omnipotencia!
Un sagrado retrato de MARIA
Halla el Obispo venturoso dentro
De aquel bendito y venerable centro.

Un divino tesoro, que enriquece
Devotas almas de inmortal riqueza,
A la vista al Obispo se le ofrece
En aquella dulcísima aspereza:
Una imagen hermosa, que parece
Obra divina de sublime alteza,
Mira el Prelado en la alta cueva atento,
Lleno de celestial gozo y contento.
Es qual de venerable dama anciana
La sacra imagen que el Prelado mira,
Cuya santa belleza soberana,
Dando consuelo celestial, admira:
Su perficion ser mas que de obra humana
Con señales altísimas inspira,
Pues junto con beldad suave, espanta
Su gravedad y reverencia santa.
Es el color de su divina cara
Moreno, mas hermoso á maravilla,
Tanto, que ante él la luz del sol mas clara
Es escura, turbada, y amarilla;

Y al fin, su perficion y forma rara
No es posible en su punto describilla,
Sino diciendo que es conforme quanto
Ser puede á la del hijo sacrosanto.
Del qual en las rodillas santas tiene,
Con maternal afecto acariciado,
El hermoso retrato, que conviene
En todo con su imagen cotejado:
Con la siniestra mano le sostiene
Puesta en el hombro izquierdo del amado,
Y al diestro lado la derecha asoma,
Como que alguna cosa en ella toma.

Tal es la sacra imagen que en la cueva
Hallada fué con celestial consuelo,
Por orden milagrosa, excelsa, y nueva,
Dada en favor á todo el ancho suelo:
De la qual, viendo quan de veras deba
Poner en venerarla afecto y zelo,
El Obispo resuélvese en llevarla
A su iglesia, y en ella colocarla.
Resuelto pues en el consejo santo,
Manda que de Manresa al punto venga
Su clerecía, el pueblo, y todo quanto
A tan alegre fiesta mas convenga;
Así se cumple luego, y entretanto
Hace que todo el tiempo se entretenga
Dando en la cueva á Dios dulces clamores,
Con himnos, salmos, gracias, y loores.
Con dulce voz alegre, y alto aliento,
La veloz fama, diestra embaxadora,
Guiada del consuelo y del contento
Que las cristianas almas enamora,
Con las ligeras alas hiere el viento,
Y con la voz altísima y sonora,
Y á los pueblos del pié de la montaña
Cuenta la excelsa maravilla extraña.
Acuden gentes de una y otra parte
Al dulce son de la famosa nueva,
Y adoran, quien de cerca, y quien de aparte,
El gran tesoro de la rica cueva:
No hay pendon, ni bandera, ni estandarte;
No hay cosa de contento antigua, o nueva;
No hay música de paz, ó son de guerra,
Que no se traiga á la bendita sierra.

Y no hay cruz, ni reliquia, ni ornamento
En todos los lugares convecinos,
Que mostrando el altísimo contento
No adorne del gran monte los caminos:
Los quales para el santo y pio intento,
Con robustas encinas y altos pinos,
Con piedras, y con otros materiales
Son vueltos llanos, fáciles, y iguales.

Ya el pueblo junto, y ya la clerecía
Con la devota pompa en orden puesta,
Y ya la sacra imagen de MARIA
Para la santa traslacion dispuesta:
Hinchendo el alto monte de armonía
Baxando van en procesion la cuesta,
Puestos en dos hileras con mil luces,
Siguiendo á los pendones, y á las cruces.
Lleva el Obispo el celestial tesoro
Dentro de un palio entre la noble gente,
Divino canto altísimo y sonoro
Alza su clero ante él suavemente;
Y el alto monte otro apacible coro
En mil partes al fin formar se siente,
Repitiendo con dulce melodía
Ya el nombre de JESUS, ya el de MARIA.
A vos, omnipotente Padre eterno;
Y á vos, Hijo divino, igual al Padre;
Y á vos, quo de ambos procedéis coeterno;
Y á vos, ó Virgen, de Dios hombre madre,
Con alto son, y con el gozo interno,
Que mas al que desea el alma quadre,
Alzan debidas gracias y loores
Los músicos, el clero, y los cantores.

Y así en orden conforme procediendo
Para baxar por mas segura via,
Fué la devota procesion subiendo
Por donde el mejor paso se ofrecia:
¡Divina cosa y admirable! siendo
Llegada la alta imagen de MARIA
Al lugar donde ahora está, repente
Sin poderse mover paró la gente.
Pára la gente sin saber la causa,
Y sin poder hacer que el movimiento
Sirva á la libre voluntad que causa
Su diferente accion á su contento:
Milagrosa conocen ser la pausa,
No interviniendo humano impedimento,
Que así á todos les fuerce en un instante
A no poder pasar mas adelante.
Estuviera confusa y temerosa
La gente con el caso señalado,
Si el sagrado Pastor con voz gozosa,
Por el Eterno altísimo inspirado,
No dixera la causa misteriosa
De haberse de tal suerte allí parado,
Diciendo: en este sitio, en este puesto
Este sacro tesoro ha de ser puesto.
Aquí quiere el Eterno omnipotente
Que este retrato de su Madre y nuestra
Se quede en un lugar sacro y decente,
Hecho con el poder y industria vuestra:
Esto es lo que el pararnos de repente

Indubitadamente enseña y muestra.
Ea pues á la obra, que yo quiero
En emplearme en ella ser primero.

Así diciendo, en un altar formado
De sus pontificales ornamentos
Pone el santo tesoro encomendado,
Mientras se da principio á sus intentos;
Y al punto el pueblo alegre, ya tornado
A la accion corporal y movimientos,
A l'alta obra se ofrece y se dedica,
Y cada qual á su labor se aplica.
Quien con el sábio Obispo el sitio traza
De la iglesia, y capilla, y monasterio;
Quien de la puntual fábrica y traza
Cuidoso toma el cargo y magisterio;
Y la gozosa gente alegre abraza
Lo que este ordena, ó manda con imperio,
O cosa facil sea, ó sea cosa
Quanto pudiere ser dificultosa.
Tiene este de la obra ya la planta
Que la intencion del arquitecto encierra,
Por donde, aunque es la diferencia tanta
De lo que se ha de obrar, nada se yerra:
Qual corta una cantera y la levanta,
Qual árboles altísimos atierra,
Qual zanjas, y qual fuentes abre, y quales
Traen mil diferentes materiales.
Todo fué aquí tambien maravilloso,
Pues muy en breve vieron hecho tanto,
Que al pueblo y al Pontifice gozoso
Causó notable admiracion y espanto;
Y así del monasterio venturoso,
Y del afortunado templo santo,
Por momentos la obra fué acabada,
Y en ella la alta imagen colocada.

Quedó en el monasterio aquel discreto
Cura de Monistrol, y alguna gente,
A quien tocó en el íntimo secreto
Con mas fervor la mano omnipotente,
Hasta que se pusiese por efeto
El santo culto mas cumplidamente,
Con religiosos dignos de aquel puesto
A vida perfectísima dispuesto.
Este era del Obispo el santo intento,
Pero Dios, ó bendita y santa sierra!
Mas lustre te guardaba y ornamento,
Y mas renombre en quanto el ayre encierra:
Santo era del Obispo el pensamiento,
Y de los moradores de su tierra;
Mas lo que Dios de tí tiene ordenado
Es divino favor en sumo grado.
Al fin, esta divina y rica suerte,

Este raro suceso milagroso,
Pasó para bien nuestro desta suerte
En este santo monte venturoso;
Mientras en su virtud constante y fuerte
En Barcelona el santo religioso,
Con la alta perficion de la paciencia
Pasa su memorable penitencia.

Canto XIX

Con su dulce familia el regocijo
Por Barcelona desplegaba el vuelo,
Desterrando al pesar, al escondrijo
Mas escuro y mas íntimo del suelo,
A causa de haber dado al Conde un hijo
Por singular favor y gracia el cielo,
Que de sus canas el regalo fuese,
Y en el ilustre estado sucediese.
En cañas, toros, justas, y torneos,
Galas, saraos, divisas, y ornamentos,
Caballos, armas, máscaras, y arreos,
En altas obras de altos pensamientos;
Y en todos los demás nobles empleos
De los ilustres lícitos contentos,
Ocupa el regocijo en Barcelona
Qualquier estado y suerte de persona.
No hay señor, no hay hidalgo, ó caballero,
Que no se muestre en lo que mas confia;
O ya representando un Marte fiero
Con generoso esfuerzo y gallardía;
O ya depuesto el relumbrante acero,
Mostrando general cortesanía
En gala, en ademán, en gracia, y ayre,
En dulzura, en regalo, y en donayre.

El mismo Conde alegre y consolado
Sus nobles cortesanos acompaña,
O sea en sala, ó sea en estacado,
O sea en plaza, ó calle, o en campaña;
Y diestro, y animoso, y remozado,
Ya doma al toro la furiosa saña,
Ya gana el prez en el torneo, ó justa,
Ya en las follas las armas barahusta.
Ya en aparatos de altas invenciones
Con grandeza real y pompa hechas,
Ya en varios casos de altas ocasiones,
Que dan las sendas de virtud estrechas,
Dexa los valerosos corazones,

Y las heroycas almas satisfechas,
Poniendo el real término en su silla
Con amable admirable maravilla.
Y ya entre mil blanduras y mil galas,
Conversable, apacible, y cortesano,
Con las servidas damas en las salas
Convierte en blanda la robusta mano,
Dando mayor lugar á que sus alas
Desplegue y trate el regocijo humano,
Y toda la contenta compañia
Que le ministra, y acompaña, y guia.
Y al fin, por dulce fin de estos contentos,
Que fueron tales, que dobló la fama
Todos los sonorosos instrumentos
Con que por la ancha tierra se derrama,
Consigo á sus reales aposentos
A los varones de su estado llama,
Y en su mesa real con ellos junto
Quiere en las nobles fiestas hacer punto.

Vinieron los Barones de su estado,
Y fué el banquete rico y suntuoso,
De todas las grandezas adornado,
Que adornarle pudiera un Rey famoso;
A donde no faltó quien, acordado
Al instrumento y son artificioso,
Con dulce pecho y voz, quiebro y garganta,
Cantáse como fué Narciso planta.
Y como con menguada voz su pena
Muestra Eco, y de su amado el devaneo,
Como Ariadna en la desierta arena
Llama llorando al pérfido Teseo,
Como Venus del cielo se enagena
Por ser solo su Adonis su recreo,
Como Alcídes mató, y porque al Centauro,
Y como fué vencido el Minotauro.
Y como del clarísimo Planeta
Huyó volando Dafnes infelice,
Como sacaba el músico Poeta
De la carcel eterna á su Euridíce,
Como en la noche lóbrega y secreta.
Alcion vió anegado á su Ceíce,
Como se coronó Baco de yedra,
Y como Aglaura fué mudada en piedra.
Con tales cosas del real banquete
El regalo el cantor acrecentaba,
Y quanto con la música promete
El regocijo largamente daba;
Quando allí fué sacado de un retrete
El que las fiestas célebres causaba,
Traido para gozo de su padre
Por su segunda regalada madre.

El dulce hijo, que al Jofre famoso

Dió con tal gozo el favorable cielo,
Por quien su fuerte pueblo generoso
Estaba en regocijo y en consuelo,
Traido al pecho dulce y amoroso
De que alimenta el tierno corpezuelo,
A donde estaba el padre entró, ilustrando
Quanto con los ojuelos va mirando.
Y apenas la ama con el tierno infante
A la mesa del Conde habia llegado,
Quando el monge, en su cruz fuerte y constante,
Entra en la sala á su cadena atado:
Mandó el Conde traelle allí delante,
Habiendo en la comida del tratado,
Bien fuera de entender que le inspiraba
El cielo á él lo que él allí mandaba.
¡O infinita de Dios sabiduría,
Por quan secretas sendas y admirables
Tu sempiterna omnipotencia guia
Sus excelsas hazañas memorables!
¡O felice cristiana monarquía,
Que divinos favores tan amables
Recibes de la mano omnipotente
De tu gran Dios dulcísimo y clemente!
Pero ¿que no ha de dar al cristianismo
De gracias y favores celestiales,
Quien con tan alto amor se dió á sí mismo
Con manos en tal grado liberales?
¡O ceguedad, ó confusion, ó abismo
De ingratitud de míseros mortales!
Dádivas recibidas en tal suma,
Que el olvido en el alma las consuma?

¡O ingratitud de humanos corazones!
¡O por fiera dureza de diamante,
O por fragilidad que en tus pasiones
Tan varias te mantiene tan constante!
¡Quan admirables y divinos dones
Desprecias como cosa no importante,
Miserable mortal, por las miserias
En que tienes tus tratos y tus férias!
¡Ambicion de grandezas y de estados
De esta caduca y momentánea vida,
A cuyos vanos peligrosos grados
Se sube por tan áspera subida,
Es la que en tu memoria da cuidados,
Que la traen de afanes combatida,
Con olvido total y con desprecio
De aquellos bienes de tan alto precio!
¡Codicia insaciable de riquezas,
Solo para que el cuerpo se recree
Con sensuales vicios y torpezas
En que quanto hay en la ancha tierra emplee,
Envidias, y pasiones, y asperezas
Con que se postre á quien virtud posee,

Como si fuese oprobio vil del suelo,
Siendo el regalo y el honor del cielo!
¡Indómita soberbia y arrogancia
De estos vicios horrendos producida,
Asentada en la bárbara inorancia,
De mentira cubierta y revestida,
Es lo que en l'alma tiene cierta estancia,
Y della es la virtud desposeida,
Y así el pecar es su mas cierto trato,
O con desprecio, ó con olvido ingrato!

¡Padre piadoso, Dios que solo quieres
Dotar al hombre, por tu gracia pura,
De los grandes y riquísimos haberes
Con que enriqueces tu gloriosa altura,
Humilde te suplica, por quien eres,
Esta, Señor, tu amada criatura,
Que tan ingrata así en pecar se emplea,
Que otro Garin en penitencia sea!
El qual, como ya dixe, habia llegado
A donde el Conde y los demás habian
Con la comida suntuosa dado
A las fiestas el fin que pretendian;
Y siendo el santo monstro contemplado
Por los señores que le circuían,
Y sobre él varias cosas discurriendo,
Su especie y calidades inquiriendo;
Milagroso suceso! el tierno infante,
Que el ama en su regazo sostenia,
Con clara voz y angélico semblante,
Vuelto á la fiera lleno de alegria,
Dixo: Dios quiere ya que se levante,
Garin, tu rostro al ser que antes tenia,
Que ya tu penitencia es acabada,
Y tu culpa del todo perdonada.
Y el pequeñito niño apenas hubo
Estas altas palabras declarado,
Con que en admiracion inmensa tuvo
Aquel ilustre pueblo allí juntado;
Quando Garin el rostro alzó, y sostuvo
En los dos pies el cuerpo fatigado,
Y con humilde y santa reverencia
Llegó: del Conde á la real presencia.

Y con palabras, cuyo afecto un monte
Mover pudiera de su firme asiento,
Y convertir el reyno de Aqueronte
A blando y amoroso sentimiento:
Puestos los ojos en el horizonte,
Y en su esperanza el alto pensamiento,
Al Conde dixo así sucintamente,
Toda su corte y casa allí presente.
Yo soy, Príncipe sábio y valeroso,
Aquel que á Dios y á tí con grave ofensa

Dí causa de emplear el poderoso
Rigor, que con justicia se dispensa:
Yo soy Garin, y si nombrarme oso,
Es para dar debida recompensa
De mis grandes pecados, de la suerte
Que tu ofendida calidad concierte.
Aquí me tienes ante tu presencia,
Puedes satisfacerte á tu contento,
O sea con rigor, ó con clemencia,
Mi vida, ó muerte es ya tu mandamiento;
Y á las dos cosas yo con obediencia
Doy como debo aquí consentimiento,
Pidiendo arrepentido y humillado
Perdon á Dios y á tí de lo pasado.
No dice mas el santo monge, y queda
Como elevado y de rodillas puesto,
La admiracion del todo al Conde veda
Poderle responder á lo propuesto;
Pero ya reportado y vuelto en rueda
El admirado rostro, aunque compuesto,
Dice el sábio señor de Barcelona:
Tambien perdono yo á quien Dios perdona.

Alzáos, ó santo monge, alzáos del suelo,
Que aunque tan gravemente me ofendistes,
Pues con tan gran favor y amor del cielo
Perdon de vuestras culpas merecistes,
Yo tambien os perdono y os consuelo,
Y de lo que en mi daño cometistes
En recompensa solo aquí se elija
Que me digais á donde está mi hija.
Con el mayor decoro que ser pudo
Dixo el caso Garin, no claramente,
Sino cubierto de un honroso escudo
Para todas las partes mas decente:
Oyólo el Conde, y que esté ya desnudo
El santo penitente no consiente:
Manda que luego se le dé vestido,
Y al punto de ermitaño fué vestido.
Y dexa el Conde allí determinado
De partir luego para el monte santo,
A sacar dél el cuerpo sepultado
De la hija que quiso y lloró tanto;
Y tambien para ver el celebrado
Retrato de la Virgen, que ya el canto
De la fama veloz le divulgaba,
Y á irle á ver las gentes incitaba.
Ya en aquella comarca venturosa,
Con dulce son de altísimo consuelo,
Canta la fama la maravillosa
Merced que goza del piadoso cielo,
Con mil en que la mano poderosa
Del alto Dios muestra el gustoso zelo
De que se pidan por la imagen santa,

Que la fama veloz divulga y canta.

Toda movida la provincia tiene
Ya de la fama el canto de alegria,
Con voz que en la devota oreja suene
Celestial consonancia y armonía,
Por quien con santo afecto y zelo viene
Ante el sacro retrato de MARIA,
A pedir al Señor de los señores
Gracias, mercedes, dones, y favores.
Parte pues con Garin y con su gente
Para el bendito Monserrate el Conde,
Y al deseo de todos igualmente
La presta diligencia corresponde:
Al lugar llegan donde la inocente
Dama venturosísima se esconde,
Mira el sitio Garin en la espesura,
Y señala despues la sepultura.
Abren por la señal la dura tierra
Diestros sirvientes con robustas manos,
No pretendiendo mas en lo que encierra
De un cuerpo ya comido de gusanos,
Para que se traslade de la sierra
Al honroso lugar de sus ancianos,
Y allí qual los demás se deposite
Hasta que al gran juicio resucite.
Mas, ó gran Dios en todo poderoso!
No cuerpo allí es hallado desta suerte,
Sino vivo, fresquísimo, y hermoso,
Libre de las señales de la muerte;
Cuyo alto rostro con mirar gracioso
Al dulcísimo padre se convierte,
Y cuyos pies á él se van, y cuyas
Manos al padre toman de las suyas.

Levante aquí el humano entendimiento
Las alas ligerísimas en vuelo
A la contemplacion del sentimiento
Que causaria aquel favor del cielo:
Considérese el gozo y el contento,
La inmensa admiracion y alto consuelo
Del padre, y hija, de Garin triunfante,
Y de la atenta gente circunstante.
Ofuscada del gozo inmenso queda
A cada qual el alma allí y la mente,
La extraña admiracion á todos veda
Otra accion que miralla atentamente:
Que ojos lengua alguno mover pueda
La nueva maravilla no consiente,
En mar de gloria cada qual el alma
Tiene gozosa en admirable calma.
¿Qué se le puede preguntar á aquella
Señora ilustre de sí misma ahora?
O ¿qué á qualquier pregunta podrá ella

Responder á la gente que la adora?
De claro aljofar la una y otra estrella
Hinche de gozo, y con el padre llora,
Que con abrazo de dulzura lleno
Riega con tiernas lágrimas el seno.
Y con palabras llenas de dulzura
Dice la dama llena de contento:
Merced, á que de humana criatura
Ni llega merecer, y entendimiento;
Favor, á gloria de la Virgen pura,
Y de su sin igual merecimiento;
Gracia, que del mar dellas se deriva,
Es lo que veis en mí viéndome viva.

Una señal sacó la dama ilustre
Que adornaba el suceso milagroso,
Que fué una raya de encendido lustre
En el cuello blanquísimo y hermoso,
Como en él puesta para que se ilustre
Su blancura por modo artificioso,
Y era la parte tierna y delicada
Por donde fué la dama degollada.
Todo era admiracion de la espantosa
Obra divina del poder eterno,
De aquel Señor que con su voz piadosa
Nos llama siempre con amor tan tierno;
Y todo era triunfar de la envidiosa
Sierpe cruel del espantoso infierno
Aquel buen monge, en paga y recompensa
De la pasada lastimosa ofensa.
¡Qué gozo, qué consuelo, qué alegria,
Con este triunfo altísimo y victoria,
El pio Garin en l'alma sentiria,
Teniendo en lo pasado la memoria!
Y ¡qué dolor y pena causaria
A su fiero adversario con su gloria,
Viendo vencer con triunfo tan subido
Al que él pensó del todo haber vencido!
En pena eterna y en dolor redunda
El triunfo de Garin, gozo, y consuelo
Del infernal poder, con que confunda
Su iníca saña el pio y justo cielo:
Dobló su llanto y su pasion profunda
El príncipe de eterno desconsuelo,
Victoria el santo monge dél teniendo,
Y su temido monte en gloria viendo.

Van al fin todos, tras haber pasado
De gozo y de consuelo un dulce rato,
Al templo santo, donde está el sagrado
De la Virgen Santísima retrato:
El qual adora cada qual postrado
Con tierno corazon y ánimo grato,
Y de veras allí se regocija

El monge, el Conde, y la dichosa hija.
Y ya que en tal consuelo entretenidos
Algunos breves dias estuvieron,
Y los tuvo aquel gozo divertidos,
Como el mas grande que jamás sintieron:
Ya que para partirse apercibidos,
Y á punto el Conde y los demás se vieron,
La sábia dama al padre sábio y fuerte
Descubre su alto intento desta suerte.
Bien fuera digna de castigo eterno,
Dulce padre y señor, sino mirára
A la merced presente con interno
Zelo de gratitud, siendo tan rara:
Fuera culpa bien digna del infierno
Si desta obligacion yo me olvidára,
Y por volverme á Dios no pospusiera
Quanto del mundo desear pudiera.
Que aunque puedo volviendo á Barcelona,
En compañia de mi madre y vuestra,
Emplear sábiamente mi persona
En lo que el cielo en nuestro bien nos muestra,
Mas en la religion se perficiona
La alta virtud del sumo bien maestra,
Con quien segun la obligacion que tiene
La alma cristiana su vivir ordene.

Todo es aquí suceso milagroso,
Mi vida, vuestro gozo, el admirable
Perdon de este bendito religioso,
Y esta sagrada imagen tan notable:
Todo pues en su modo misterioso
Nos persuade la intencion loable,
Que á mí en l'alma me escribe de su letra
Quien sus cosas mas íntimas penetra.
Digo, porque declare bien mi intento,
Que con licencia vuestra yo querria
Quedar, señor, en este santo asiento
Con religiosa y santa compañia,
Que en este punto su acontecimiento
En gran ventura, es grande suerte mia,
Y es gran señal que quiere Dios que sea
Esto que tanto mi alma ya desea.
Y es razon que la vida que poseo,
Por tan notable y rara maravilla,
Escoja por dichoso y rico empleo
El quedar á servir esta capilla;
Y por debido voto y por trofeo
Se dedique á la Virgen sin mancilla,
Pues por su gracia y mano valedora
Con tal merced yo la poseo ahora.
Aquí podrán devotas religiosas
Ofrecerse conmigo en santa vida,
A quien hace estas obras milagrosas
Con que á su amor nos mueve y nos convida:

Sean por vos miradas estas cosas,
Y la justicia de que soy movida,
Y dad, señor, con sentimiento justo
A mi loable y santo intento gusto.

Así mostró la generosa dama,
Con sus palabras llenas de eloqüencia,
El santo amor y zelo que le inflama
El alma con altísima prudencia:
Tras lo qual tiernas lágrimas derrama
Del santo afecto efecto y aparencia,
Las quales eran en su rostro al verlas
Entre rosas al sol cristal y perlas.
No menos se admiró en la hija amada
El padre contentísimo con esto,
Y la gente que alegre y admirada
Oia atenta su deseo honesto:
De lo que su alma fué maravillada,
Y las de los demás en todo el resto;
Y así con alto sentimiento el Conde
En todo con la dama corresponde.
Dice que su intencion se cumpla, y sea
Luego de la manera que ha ordenado,
Y manda que al momento se provea
Quanto conviene al caso señalado:
Detiénese allí mas, y luego emplea,
Con lo que está en la casa fabricado,
Gasto mayor con trazas mas costosas,
Y habitacion conforme á religiosas.
Las quales fueron como las que ahora
Habitan en San Pedro en Barcelona,
Del orden santo con que ilustra y dora
El gran Benito su inmortal corona;
Y dellas fué cabeza la señora,
Que lo pudiera ser en Elicona,
Pues supo la mayor ciencia del suelo
Perfectamente, que es ganar el cielo.

La dama ilustre que escogió ofrecerse
A Dios en el convento milagroso,
Sin confiarse ni desvanecerse
En el mundo y el padre poderoso,
A ser cabeza quiso disponerse
En aquel monasterio misterioso
De muchas que con ella estar quisieron,
Y su santo propósito siguieron.
Ya pues que el santo monasterio estaba
Qual á tan alto intento convenia,
Y el sacro culto en él se comenzaba
Con principios de altísima alegria;
Y viendo el Conde ya que en él quedaba
Su santa hija en santa compañia,
Y que no tiene en cosa alguna falta
De las de su intencion divina y alta,

Determinó dexarla en el deporte
De su devota soledad amada,
Y dar la vuelta con su casa y corte
A su noble ciudad regocijada;
Y dado en todo ya el debido corte
Fué para la partida señalada
Por hora aquella en que del sacro oficio
Se da fin al santísimo exercicio.
Ya el claro sol por el abierto oriente
Lleno de luz alegre se levanta,
Y ya el devoto Conde con su gente,
Ante la imagen milagrosa y santa,
Oye el divino oficio atentamente,
Que el religioso coro oficia y canta
Con voz al celestial contento unida,
El dia señalado á la partida.

Y ya el divino oficio habia llegado
Al fin alegre de su excelso canto,
Quando el pio Garin todo inflamado
En divino fervor y zelo santo,
De un lustre celestial iluminado
Con que causaba á quien le via espanto,
La lengua eloqüentísima desata,
Y de altas cosas memorables trata.

Canto XX

Puesto del templo en la sublime parte
Al divino evangelio dedicada,
Usando en el principio santo el arte
Que se acostumbra en la licion sagrada;
Con el fervor que el cielo le reparte
En l'alma de sus gracias regalada,
Así dice Garin con alto aliento
Al Conde que oye con su pueblo atento.
No puedo, ó gran señor, en modo alguno
Dexar de publicar lo que me inspira
Este extraño fervor en mí importuno,
Que así conmigo á todos os admira:
En este tiempo alegre y oportuno,
Que quien así mueve mi pecho mira,
Quiere que diga yo á su santa gloria
Cosas dignas de altísima memoria.
Oidme pues, oidme atentamente
Lo que han de oir y ver otras edades,
Que á mi lengua se ofrece y á mi mente

Con altas y lustrosas claridades:
Es la intencion de mi sermon presente
Deciros las divinas calidades,
Que con divino y admirable exemplo
Ha de tener este sagrado templo.

Tú, Rey eterno, que mi pecho inflamas
De la luz clara de este templo santo,
Que ha de encender en sus divinas llamas
Innumerables corazones tanto:
Los que con estas maravillas llamas,
De tu luz queden alumbrados quanto
Conviene ahora para que veamos
Las grandezas del templo que fundamos.
Y tú, Reyna Santísima del cielo,
Causa destas grandezas milagrosas,
Mientras predico las que en todo el suelo
Han de ser predicadas y famosas,
Tú favorece el justo y santo zelo
De celebrar tus memorables cosas,
Y el arte aclara en los oyentes todos
De este sermon, y sus piadosos modos.
Tu divino retrato milagroso,
Virgen, luz de las vírgenes prudentes,
Causa de este convento religioso,
Y de sus altos dones permitentes,
Ha de ser el mas célebre y famoso
De quantos tengan las cristianas gentes,
Y aquel por quien hará en tu santo nombre
Infinitos favores Dios al hombre.
No habrá nacion en todo lo habitado
Do desta santa imagen no se trate,
No asiento alguno se verá ilustrado
Con monasterio de mayor quilate,
No verá el sol lugar mas celebrado
Que el felice y bendito Monserrate,
Y no habrá invocacion en todo el suelo
Por quien mayores gracias haga el cielo.

Como fecunda planta en buen terreno
De diestro agricultor bien cultivada,
Que al buen principio de esperanza lleno
Corresponde con suerte mejorada;
Así ha de ser en este monte ameno
Esta divina casa en él plantada,
Que su alto agricultor hará que sea
Mas que deste principio se desea.
Que quien aquí mas altamente vuele
En desear su venturoso aumento,
Terrero quedará qual siempre suele
El humano deseo y pensamiento;
Y por mucho que en esto se desvele
Llegar no puede al elevado asiento
En que visiblemente yo contemplo

Que ha de estar esta casa y este templo.
Y no mas de cien años les concede
Dios á santas mugeres esta estancia,
No porque en ellas aunque el tiempo ruede
Ha de faltar altísima constancia,
Que antes el bien que á la virtud sucede
Tendrá con ellas gran perseverancia,
Sino porque traerán aquí varones
Por justísimas causas y razones.
Será tanto el concurso de la gente
Que aquí vendrá de todo el ancho suelo,
A visitar devota y santamente
Esta imagen de altísimo consuelo,
Que ni será bastante ni decente,
Ni fuera de peligros y recelo,
El atender las religiosas santas
A la hospitalidad de gentes tantas.

Un Borrel, sucesor en este estado,
Con zelo santo y discrecion cristiana,
Su conveniente intento autorizado
Por la Silla Apostólica Romana,
Dexará este convento transplantado
En su ciudad con honra soberana,
Y en vez de las castísimas doncellas
Monges pondrá del orden mismo que ellas.
Pues quanto desde entonces adelante
Ha de ir creciendo la grandeza santa
Desta casa real, desta importante
Divina, excelsa, y milagrosa planta,
No hay lengua humana á lo decir bastante,
Porque ha de ser de maravilla tanta,
Que los que entonces llegarán á vella
Aun apenas podrán comprehendella.
Una perpétua fama en todo nueva
Criará el cielo en este tiempo, solo
Para que en honra de esta casa mueva
Quantos vivientes mira el claro Apolo
De las riquezas que en sus ondas lleva
El Indo, el Tajo, el Hemo, y el Pactólo,
Y de la luz de la Febea llama,
Se ha de adornar esta gloriosa fama.
Y á par del tiempo ha de durar creciendo
Por puntos siempre en voz y en hermosura,
De este templo santísimo poniendo
El dulce nombre en la mayor altura,
Maravillas rarísimas diciendo
Llenas de celestial gozo y dulzura,
Ricas gracias y altísimos favores
Siempre mas milagrosos y mayores.

Ciudades moverá, moverá estados
A venir á pisar estos umbrales,
Trayendo á sus señores y prelados

Con deseos y afectos celestiales;
Y todos en amor santo abrasados,
Con poderosas manos liberales,
Ofrecerán aquí famosos dones
De rentas, joyas, oro, y posesiones.
Y esto será con muy mayor instancia,
Con mas fervor, mas zelo, y mas freqüencia,
Quando pongan aquí santa observancia
Dos Reyes de católica excelencia:
Los quales en divina coligancia,
Viviendo con altísima prudencia,
En honra de sus hechos señalados
Serán Reyes Católicos llamados.
Vendrá á ser desto el lustre y ornamento
De esta bendita casa en sumo grado,
Crecerá el sitio, crecerá el convento
Con mil comodidades mejorado:
Para todos será el alojamiento
Alegre, y apacible, y regalado;
Y asimismo tambien para el divino
Retrato santo en modo peregrino.
Que quanto ser pudiere esta capilla
En aquel tiempo se verá ilustrada,
Dando á la imagen mas costosa silla
Con fábrica real acrecentada:
De mano de la misma maravilla
Mostrará ser la obra señalada
En devocion, en lustre, y en decoro
Y en la belleza del retablo de oro.

Y tomando de mí, aunque indigno pobre,
Principio aquí la vida de ermitaños,
Será, que tanto lustre y tanta cobre
Perficion santa, ya en aquellos años,
Que este monte será donde zozobre
La infernal rabia, y sus eternos daños;
Y donde el celestial divino aviso
Dé á sus cultores dulce paraiso.
Catorce humildes celdas repartidas
Por este santo monte venturoso
Poseerán los monges, que las vidas
Ofrecerán al singular reposo;
Donde en contemplacion entretenidas
Las almas con regalos de su esposo,
Convertirán este dichoso suelo
En dulce parte para sí del cielo.
Que con el orden y la compostura
De sus celdas, y templos, y exercicios,
Y el asiento, y la vista, y hermosura,
Y todos los humanos beneficios;
Y el alto acuerdo de la eterna altura,
Y el olvido total de humanos vicios,
No será en ellos menos que una gloria
Este momento de célebre memoria.

Pues quanto los benditos religiosos,
En estos sacros claustros encerrados,
Han de ilustrar con hechos virtuosos
Estos santos y fértiles collados,
Y con los rayos, mas que el sol lustrosos,
De sus divinos bienes y cuidados
Han de dar luz á quanto el ayre rueda,
No hay lengua humana que decirlo pueda.

De ordinario serán mas de sesenta
Estos benditos monges recogidos,
Todos hombres de letras y de cuenta,
Famosos en la tierra, y escogidos;
Y donados habrá mas de noventa,
Todos en vida activa entretenidos
Con huéspedes y pobres ordinarios,
Y en otros ministerios necesarios.
Y demás de estos ínclitos varones,
De religiosos hábitos ornados,
Serán en otras mil ocupaciones
Otros doscientos hombres ocupados;
Sin los que á varias partes y naciones
Serán por las limosnas enviados,
Con los regalos de la Cofradía
Que aquí ha de haber en honra de MARIA.
La qual ha de tener por sus cofrades
Todos los Potentados que en la tierra
Seguirán las santísimas verdades
Del que en el suelo el cielo abre y cierra:
El qual de las mayores calidades
Que su poder universal encierra
Ha de dotar la Cofradía ilustre,
Que será deste monte eterno lustre.
Pero ¿qué voz, qué espíritu y aliento
Las memorias dirá, las de mercedes
Que adornarán deste real convento
Las colunas, los techos, y paredes?
No podrás ver, ó sol, tal ornamento
En quanto ver de todo el mundo puedes,
Como el que aquí pondrán fieles devotos,
Con presentes, con dádivas, y votos.

El enfermo llegado al postrer punto,
Y la alumbrada el de parir llegado,
Con su mortaja el que ya fué difunto,
La madre con el hijo ya anegado,
En estos claustros serán vistos, junto
Con mil que, ó en desierto, ó en poblado,
Por mil traidoras manos enemigas
Tuvieron mil peligros, mil fatigas.
Aquí de aquel mancebo á quien convino
Que de su propia patria siempre ausente
En la comun de Corte el desatino
Comun siguiese en su veloz corriente,

Y esta alta invocacion le abrió el camino
A la salud del alma conveniente,
La oferta se verá de cortesano,
No ingrato, ni soberbio, ni tirano.
Aquí de aquel varon á quien en suerte
Cupo el seguir al espantoso Marte,
En vida que es una perpétua muerte,
Sin que en cosa de vida alcance parte,
Y tuvo esta alta devocion de suerte
Que vino á ser de su milicia el arte,
Las armas se verán con gozo y gloria
Rendidas en señal de gran victoria.
Aquí del preso y del cautivo rota
La doblada cadena será vista,
Aquí la nave que enemiga flota,
O tormenta bravísima resista,
Aquí el vaxel que en áspera derrota
En altas peñas, ó en baxíos embista,
Pintados se verán en las tablillas,
Que son memorias de estas maravillas.

Y aunque estas gozosísimas señales
Serán ya mas que yo decir podria,
Al tiempo que los dones celestiales
Comience á reparar la Cofradía;
Quando sus altas fuerzas principales
Alcance la Española Monarquía,
Tendrá esta maravilla un admirable
Punto de aumento, excelso, y memorable.
Que así como será favorecida
Entonces esta casa milagrosa
Por los Reyes de aquella edad florida,
Que serán Condes de esta tierra honrosa;
Así tambien del cielo enriquecida
Con mano liberal maravillosa,
Será esta santa Iglesia entonces tanto,
Que vendrá á ser un celestial espanto.
Quando el sacro Felipe poderoso
Será Monarca de lo que es España,
Y digno por su ser maravilloso
De mandar quanto el mar circuye y baña,
Llegará este convento milagroso,
Y el nombre de esta célebre montaña,
Al rico ser de celestial fineza,
Y al colmo de su altísima grandeza.
Habránse visto ya milagros tantos
Por esta invocacion santa en el suelo,
Y estarán ya los religiosos santos
Con fama tal por su divino zelo,
Tendrán tal bien y tal remedio quantos
Aquí vinieren por favor del cielo;
Que entonces en el mundo no habrá cosa
Mas celebrada, excelsa, y milagrosa.

Monserrate será la maravilla
Mayor del mundo en aquel tiempo bueno,
Que por Felipe á la española silla
La mayor suerte albergará en su seno:
Esta casa, este templo, esta capilla,
Y este retrato de alta gloria lleno,
Entonces echarán rayos mayores
De milagrosas gracias y favores.
¿Qué será ver en aquel tiempo tanto
Concurso aquí de peregrinas gentes?
¿Qué oir el incesable y dulce canto
Del sacro oficio en horas diferentes?
¿Qué será ver honrado el templo santo
De riquezas al culto suficientes?
¿Qué las luces eternas colocadas
En oro, y plata, y joyas estimadas?
¿Qué será ver labrar un rico templo,
Que en aquel tiempo emprenderá el convento?
El qual ya desde aquí miro y contemplo
Ser obra de riquísimo ornamento:
Bien mostrará tener el alto exemplo
De la que entonces con divino intento,
Hará aquel sábio Rey de eterna fama
En las faldas del alto Guadarrama.
¿Qué será ver el orden y aparato
Para hospedar Pontífices y Reyes?
¿Y el ordinario y abundante plato
Que aquí darán á innumerables greyes?
¿Qué contemplar el celestial ornato,
Los órdenes, preceptos, y las leyes,
Con que lo humano y lo divino junto
Aquí pondrán en su perfecto punto?

Bien se echará de ver en esta parte
Que tendrá entonces la española tierra
En su favor al poderoso Marte,
Que en este altar en blanco arnés se encierra;
Y que siguiendo siempre su estandarte
Militará Felipe en justa guerra,
Contra los fieros del contrario bando,
Mil hidras y mil monstros sujetando.
El qual, vencido habiendo monstros tales
Con excelso valor, divino, y santo,
Llamado ya á los reynos celestiales
Con gozo dellos, regocijo, y canto;
Vencido de accidentes corporales,
Que causarán al mundo inmenso espanto,
En ellos por un Job siendo estimado,
Para siempre á reynar será llevado.
Y no menos entonces será claro
El gran favor del cielo poderoso,
En aumento, y en honra, y en amparo
De nuestra España, y de su Rey famoso,
En darle un sucesor, que en el preclaro

Nombre, y en el valor maravilloso,
Sea retrato de su padre, tanto
Que cause en tierna edad gozoso espanto.
Hará con la esperanza solamente
En aquel tiempo el jóven Rey Felipe,
Que tan de veras la española gente
Del gran favor del cielo participe,
Que el coro de virtudes excelente,
Que gusta de las aguas de Aganipe,
Tendrá mas dulce albergue en nuestra España,
Que en quanto el sol rodea, y el mar baña.

Y juntamente dos Infantas bellas,
Dignas hermanas de este Rey glorioso,
Entonces mostrarán vivas centellas
De su gran Rey, qual de su sol lumbroso:
Siendo las dos clarísimas estrellas
Que ilustren aquel siglo venturoso,
Dando Isabel á Flandes luz divina,
Y al Piamonte, aunque breve, Catalina.
Y no será en España solamente
La buena suerte entonces, que yo creo,
Segun lo que mi alma nota y siente
Del sumo bien que en este templo veo,
Que en quanto alumbra el sol resplandeciente
Verá cumplido el fiel su fiel deseo,
Viendo tener á quanto mire Apolo
Solo un Pastor, en un aprisco solo.
Y así se ha de creer que quando sea
La alta felicidad de este convento,
Quanto ahora en el mundo se desea
Ha de llegar á su lugar y asiento:
Dichoso el hombre que lo alcance y vea,
Y gozar sepa de aquel gran contento,
Y no menos dichosos los que en esta
Iglesia celebramos esta fiesta.
No es menos buena nuestra alegre suerte
Que la que en este caso declaramos,
Pues el clemente cielo nos advierte
Del rico bien del templo que fundamos;
Y mas si vale para que se acierte
El camino real á que aspiramos,
A cuya causa Dios nos la declara
Con dulce amor y maravilla rara.

Y esto aquí se contemple, esto se sienta,
Y á esto cada qual el alma encare,
Pues tanto mas ha de quedar contenta,
Quanto mas desta suerte aquí repare:
Por esto Dios su sacro culto aumenta,
Y ha de aumentar mientras el sol no pare
En este santo monte, con eterno
Dolor y espanto del escuro infierno.
Por esto aquí su sacra Madre amada,

Por medio de su imagen milagrosa,
Ha de ser sumamente venerada,
Y ha de mostrar su mano poderosa;
Y por esto ha de ser tan freqüentada
Esta fértil montaña venturosa
En todo tiempo, y mucho mas el dia
Del santo nacimiento de MARIA.
O Virgen soberana! ¿qué pinceles,
Qué matices, qué esmaltes, qué colores,
Qué Zeuzis, qué Timantes, ó qué Apeles,
Bastarán á pintar vuestros loores?
O ¿qué cuenta podrán contar los fieles
Que aquí recibirán vuestros favores
Este bendito dia, dedicado
Por el mayor de vuestro templo amado?
En este dia que esta sacra puerta,
Llena de gozo y de dulzura tierna,
Estará como siempre franca abierta
Representando la real eterna,
Se verá por notada cuenta cierta,
Que la experiencia larga la discierna,
De cinco á seis mil almas ser entrada,
Dándoles hospedage y dulce entrada.

Que puesto que vendrán por todo el curso
Del año innumerables peregrinos,
Mas tal será este dia su concurso,
Que ocuparán el monte y los caminos;
Pues, ó gran Dios! si hago aquí discurso
De los grandes favores y divinos
Que en dia tal con tu clemencia tanta
Harás aquí por esta imagen santa.
Antes que pueda la mas breve parte
Con presteza decir sucintamente,
El claro sol que el dia nos reparte
Le llevará consigo al ocidente:
Todo sirva, Señor, para agradarte,
Todo tu culto y religion aumente,
Pues todo tú, gran Dios, de eterno nombre,
Quieres que sea para bien del hombre.
En suma digo, ó Conde poderoso,
Y pueblo ilustre á mi sermon atento,
Que en este santo templo venturoso,
Y en este felicísimo convento,
Y por este retrato milagroso,
Y su alta invocacion y llamamiento,
En cuerpo y alma sus devotos todos
Alcanzarán favor en varios modos.
Los cuitados enfermos de accidentes
A las humanas ciencias incurables,
Con lástimas y afanes diferentes,
Con lisiones y penas espantables,
Sumamente afligidos y dolientes,
Tristes en todo extremo y miserables.

Si aquí la devocion los encamina,
Del cielo alcanzarán la medicina.

Los desterrados pobres y afligidos
Del cruel mundo acá y allá arrojados,
Los dél, como no suyos, perseguidos,
Con su envidia y malicia atormentados,
Los hombres libres, sueltos, distraidos,
Y en humanas miserias engolfados,
Aquí viniendo, altísimo consuelo,
Gracias, y dones hallarán del cielo.
Los que el soberbio espíritu ambicioso
Traen revuelto en vanos pensamientos,
Qual suelen del hinchado mar dudoso
Las aguas revolver soberbios vientos,
Aquí, si con afecto fervoroso,
Para no zozobrar con sus intentos,
Piden gobierno qual conviene al alma,
Hallarán puerto de segura calma.
Al fin aquí de todos quantos males
El mísero mortal teme y padece,
Que quantos sean en el mundo, y quales
En la alma y cuerpo á cada qual parece,
Si con santos afectos celestiales
A la Virgen santísima se ofrece,
Poniendo esta alta invocacion por medio,
En cuerpo y alma alcanzará remedio.
¡Virgen piadosa, que de la afligida
Alma sois dulce puerto de consuelo!
¡Virgen gloriosa, que á la humana vida,
Para la eterna puerta sois del cielo!
¡Virgen hermosa, que del sol vestida
Luz sois que alumbra todo el ancho suelo,
Aquí los penitentes peregrinos
Estos dones tendrán por vos divinos!

¡Santa, sábia, graciosa, honesta, y bella,
Ilustre y hermosísima MARIA,
De aqueste tempestuoso mar estrella
En la dulce region de la alegria,
Vos nos llevad con vuestra gracia á ella,
Siéndonos norte de infalible guia
La invocacion de este retrato vuestro,
Inmenso bien, de vuestra mano, nuestro!
Vuestra bendita imagen, colocada
Con tal favor de esa divina mano,
En esta excelsa sierra dedicada
A ser del cielo ya camino llano,
Con viva fe y espíritu invocada
En las miserias del linage humano,
Será el refugio suyo, y el gobierno,
El gozo temporal, y el bien eterno.
Ea pues, no haya alguno que no sea
Devoto de esta imagen sumamente,

Desta sagrada imagen, por quien crea
Tener favor del alto omnipotente,
Tal, que en esta mortal fiera pelea,
Que perpétua en el mundo el hombre siente,
Ganará al enemigo la victoria,
Y triunfo alcanzará de eterna gloria.
Aquí dió fin el santo religioso
Al sermon santamente predicado,
Y al Conde y á su pueblo venturoso
Dexó en amor santísimo abrasado:
El qual consoladísimo y gozoso,
El tiempo de partirse ya llegado,
Se despidió con tierno sentimiento
Del templo, y de su hija, y del convento.

Garin tambien, y en la bendita sierra
Volvió á tomar su solitaria estancia,
Y la señora á quien el claustro encierra
Quedó con las demás en su observancia;
Y aquella sacra imagen que en la tierra
Para el favor del cielo y su importancia
Nos es tesoro de tan gran quilate,
Así convierte en cielo á Monserrate.

FIN